

SODALITIUM

N. 74

Anno XXXIX n. 1 - Giugno 2023 - Sped. a. p. - art. 2 - comma 20/c. Legge 662/96 - Filiale di Asti - Organo ufficiale del Centro Educativo Sodalitium -
Loc. Carbignano, 36, 10020 VERRUA SAVOIA (TO) Tel. +39.0161.839.335 - IN CASO DI MANCATO RICEPITO, RINVIARE
ALL'UFFICIO C.R.P. ASTI PER RESTITUZIONE AL MITTENTE CHE SI IMPEGNA A CORRISPONDERE LA RELATIVA TARIFFA

Tassa Riscossa - Taxe Perçue. ASTI CPO



NUMERO ESPECIAL

En defensa de Mons. Umberto Benigni

Periódico “Sodalitium”

n° 74, Año XXXIX, n° 1/2023

Editorial *Centro Librario Sodalitium*

Loc. Carbignano, 36. 10020 VERRUA SAVOIA, TURÍN

Tel.: 0161.839335 - CCP 36390334

INTERNET: www.sodalitium.it - correo electrónico:
info@sodalitium.it**Director responsable:** *Padre Francesco Ricossa*El número original de la revista en italiano
se cerró en la redacción el 15/05/2023**En portada: Mons. Umberto Benigni fiel
a la línea de San Pío X (pintura contemporánea).**copyright *Sodalitium*, todos los derechos reservados.

Editorial

Queridos lectores de *Sodalitium*, en el editorial del número anterior de la revista (el n° 73) habíamos anunciado que tendríamos que dedicar a la “defensa de Mons. Benigni” (del que ya hemos hablado en el n° 70-71) un libro o un número especial de la revista. La solución “libro” ya había sido elegida en dos ocasiones: con la publicación de “*Cristina Campo o la ambigüedad de la tradición*” (2005) y “*La vergüenza de la tradición*” (2018). También en esas dos ocasiones, lo que debían ser artículos de *Sodalitium* se convirtieron, por el camino, en volúmenes separados.

Esta vez, en cambio, he preferido publicar mi respuesta a la serie de artículos contra la memoria de Mons. Benigni y de los católicos integristas que colaboraron con San Pío X en la lucha contra el modernismo en un número monográfico de *Sodalitium* que pueda ser leído por todos, en nuestro sitio, en formato pdf, o recibido a simple petición en la versión impresa (con una deseable ofrenda libre por los considerables gastos ocasionados). No encontrarán, pues, en este n° 74 las columnas habituales (como la “*Vida del Instituto*”) y muchos artículos de nuevos o antiguos colaboradores de la revista que se publicarán, Dios mediante, en el próximo número.

Más allá del motivo puntual que me ha impulsado a tomar la pluma en defensa, precisamente, de Mons. Benigni y, con él, de San Pío X, este artículo es una oportunidad para profundizar en el estudio, desde un punto de vista histórico, de la difusión de la herejía modernista en la Iglesia (y contra la Iglesia) bajo tres pontificados: los de San Pío X, Benedicto XV y Pío XI. Junto con la reseña que trataba de los pródromos de la crisis bajo León XIII (*Sodalitium* n° 72, págs. 36-43), podemos decir que hemos hecho un balance global de la crisis modernista desde la perspectiva de nuestro Instituto.

Soy consciente de que no todos nuestros lectores estarán interesados en los temas tratados y pueden sentirse decepcionados por este número especial: un poco de paciencia, y recibirán el nuevo número donde cada uno podrá encontrar un tema más adecuado a sus intereses; pero también confío en que para algunos serán importantes las consideraciones de estas páginas, y ante todo para los miembros de nuestro Instituto.

Por tanto, encomiendo esta obra al patrocinio de San Pío X y de los celestiales patronos del antiguo *Sodalitium Pianum*: María Auxiliadora, los Santos Pedro y Pablo y San Pío V; que se dignen bendecirlo y hacernos dignos herederos de quienes nos precedieron en la misma lucha por el triunfo del catolicismo romano integral contra todos los enemigos – internos y externos– de la Iglesia.

Padre Francesco Ricossa

Sumario

INTRODUCCIÓN	5
Mons. Benigni: signo de contradicción (sobre todo entre las filas del clero).....	6
Mons. Benigni: historiografía	6
Un giro historiográfico: la apertura del “Fondo Benigni”	8
“ <i>Reductio ad Hitlerum</i> ” y el pensamiento integrista como “fobia” paranoica.....	8
Fuego amigo	10
Mons. Benigni y los integristas en el diván del psicoanalista (o psicólogo)	11
PRIMERA PARTE: SAN PIO X Y LOS CATÓLICOS INTEGRISTAS	13
1911: Mons. Benigni deja la Secretaría de Estado. ¿El Cardenal Merry del Val (y San Pío X) desconfían de Mons. Benigni?	13
Apéndice: Mons. Benigni critica a dos cardenales amigos. Psicología de un impresentable	18
El <i>Sodalitium</i> y su obstáculo. Los obispos y el “episcopalismo”	20
Apéndice: reproches paternos.....	23
Un ejemplo: la acogida de la <i>Pascendi</i>	23
Un ejemplo: el caso de <i>La Vigie</i> . “El monstruoso sabotaje de las directivas pontificias”	25
También en Alemania: informe sobre el modernismo sirve para atacar a los antimodernistas.....	26
Un ejemplo: la diócesis de Vicenza y Mons. Rodolfi	27
Un último ejemplo: la diócesis de Bérgamo (la del futuro Juan XXIII)	29
Conclusión sobre el pontificado de San Pío X	33
SEGUNDA PARTE: CATÓLICOS INTEGRISTAS, BENEDICTO XV, PÍO XI, Y SU SECRETARIO DE ESTADO, EL CARDENAL GASPARRI	34
TERCERA PARTE: EL GIRO DE BENEDICTO XV (1914-1922)	35
El Obispo de Bolonia Giacomo Della Chiesa.....	36
El Papa Benedicto XV. Continuidad doctrinal, pero cambio práctico en la política de la Santa Sede hacia el modernismo... ..	40
Pequeña digresión: Benedicto XV y el tomismo	42
El “giro” de Benedicto XV: cuatro ejemplos	45
Bajo Benedicto XV: el <i>Sodalitium Pianum</i> desde la muerte de San Pío X (1914) hasta su disolución (1921).....	45
La disolución del <i>Sodalitium Pianum</i> : etapas y cronología. Antecedentes (1914)	45
La conspiración. El allanamiento. La incautación de documentos (1915).....	46
La “Memoria anónima” y el papel de los jesuitas franceses (febrero-marzo de 1921).....	46
La denuncia en Roma y la disolución del S.P. (abril-diciembre de 1921)	47
La destitución de Mons. Volpi (1919): un clero inmoral y modernista aliado contra un santo obispo.....	48
El nacimiento del Partido Popular (1919) y la victoria del aconfesionalismo	49
El giro de la prensa católica: prensa integrista y prensa de penetración	54
a) La venganza de Mons. Rodolfi contra <i>La Riscossa</i> de los hermanos Scotton.....	57
b) Los dolores de <i>Fede e Ragione</i>	58
c) El caso de <i>La Vigie</i> . La desaparición de la prensa integrista en Francia (bajo Benedicto XV y Pío XI).....	62

El Cardenal Pietro Gasparri, nexo de la unión entre dos pontificados, visto por Ernesto Buonaiuti.....	64
CUARTA PARTE: BAJO PÍO XI (1922-1939)	66
La Santa Sede y la República Francesa: del no a las culturales (San Pío X) al sí a las diocesanas (Pío XI)	67
La Santa Sede y la República Francesa: la condenación de la <i>Action Française</i> y el regreso de Marc Sangnier.....	71
a) “ <i>Damnabilis, non damnandus</i> ”: la primera condenación de Charles Maurras bajo Pío X (1914).....	72
b) Con Benedicto XV.....	74
c) La condenación de la <i>Action Française</i> bajo Pío XI	76
d) Católicos integristas y la <i>Action Française</i> antes y después de la condenación.....	76
e) La resurrección de Marc Sangnier y del “sillonismo”	78
El triunfo de Marc Sangnier	79
QUINTA PARTE: Mons. Benigni, el <i>Risorgimento</i>, el Fascismo (¿y el antisemitismo?).....	81
La acusación del P. Nitoglia	81
Primera parte: Mons. Benigni y el <i>Risorgimento</i> italiano. Gran Guerra y Concordato.....	82
Mons. Benigni y el <i>Sodalitium Pianum</i> durante la Gran Guerra.....	83
Mons. Benigni y el Concordato italiano (1929)	88
Segunda parte: Mons. Benigni y el fascismo.....	90
Mons. Benigni (y los integristas italianos) y el fascismo: la cuestión especulativa	91
Mons. Benigni y el fascismo. Después del giro de 1923, ¿qué hacer?.....	94
Mons. Benigni y el fascismo. El “ <i>fiduciario</i> n° 42”	96
Tercera parte: la I.R.D.S. y la colaboración social con los no católicos: ¿una violación de la confesionalidad católica integral?.....	99
“La Internacional antisemita” y la Defensa Social	104
Apéndice: El Padre Rosa S.J., <i>La Civiltà Cattolica</i> y el antisemitismo	107
Para concluir: Mons. Benigni, el fascismo y el <i>Risorgimento</i>	110
SEXTA PARTE: Mons. Benigni y la Compañía de Jesús	111
(la “ <i>campaña rusa</i> ” de Mons. Benigni, POULAT, <i>Intégrisme</i> ..., pág. 336).....	111
El Padre Enrico Rosa: ¿oráculo vaticano o “lunático criminal”?	113
¿“Exagerado” Mons. Benigni? ¡Mira quién habla!	115
Los métodos “algo exagerados”. De acuerdo. Pero, ¿de quién?	116
Cartas anónimas, etc. (“ <i>Benigni es una de esas personas sobre las cuales cualquiera se cree autorizado a decir cualquier cosa</i> ”, POULAT, <i>Catholicisme</i> ..., pág. 42).....	117
Mons. Benigni, ¿modernista y maestro de Buonaiuti? El equívoco del Padre Rosa (y de otros)	122
Algunos rasgos de la personalidad de Mons. Benigni, entre las acusaciones de los enemigos, como el P. Rosa, y la realidad.....	130
La historia de la Compañía de Jesús según I. de Recalde	133
La educación de la juventud. El método Montessori, entre jesuitas e integristas	135
La educación de la juventud. De los oratorios católicos al “Bar Inglés” del Zorro Negro.....	140
1928: la Compañía inaugura el diálogo con la Masonería	142
Conclusión sobre “integristas y jesuitas”	144
CONCLUSIÓN: El “nuevo rumbo” según Mons. Benigni.....	145
“¿Modelo a evitar” o “profeta” desoido?.....	146
NOTAS.....	147

Este estudio ayudará al lector –gracias a una visión general de la historia de la Iglesia en el siglo XX– a comprender mejor la génesis y el desarrollo y, sobre todo, la persistencia de la herejía modernista a pesar de la condena de San Pío X, hasta su triunfo provisional y trágico en el Concilio Vaticano II, que llevó a la Iglesia y a las almas al estado actual de abandono. Abandono y humillación que tantos comentaristas de los acontecimientos de aquellos tiempos parecen olvidar o subestimar.

En defensa de Mons. Benigni

Padre Francesco Ricossa

“A lo largo de este período, nadie en la Iglesia, ni siquiera Loisy, ha sido detestado, execrado, despreciado tanto como él. Todavía es así hoy, abandonado sólo a la misericordia de Dios. Juzgado sin proceso, ni siquiera por un tribunal popular: sino por la asamblea de sus compañeros, de la que había sido separado y que le ganó”

(EMILE POULAT, *Catholicisme...*, pág. 27, año 1977)

“Y, sin embargo, es bajo Pío X, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, cuando todo eso se llevó a cabo, lo que hemos visto extenderse durante diez años”

(E. POULAT, *ibíd.*, pág. 481)

INTRODUCCIÓN

El artículo que Usted está comenzando a leer (esperando que llegue hasta el final), y que prometí publicar en el editorial del número 72 de *Sodalitium*, es ocasionado por dos trabajos de uno de nuestros colegas y ex colaborador de *Sodalitium*, el Padre Curzio Nitoglia. El primero tiene fecha de julio de 2010, y fue publicado en el “quincenal antimodernista” *Sí Sí, No No*; el segundo, mucho más largo y articulado (con 15 episodios) fue publicado en el sitio web del autor y retomado por la asociación “*Inter multiplices una vox*” de Turín y la editorial Effedieffe. Los dos trabajos tienen en común la intención de defender la persona y la obra de dos Sumos Pontífices, Benedicto XV y Pío XI, así como su Secretario de Estado, el Card. Pietro Gasparri. Una intención digna de elogio (al menos en lo que respecta a la doctrina y la persona de los dos Papas de feliz y venerada memoria), especialmente cuando se trata de reaccionar contra una mentalidad anti-romana y anti-papal lamentablemente extendida incluso en ambientes “tradicionales”. Mucho menos loable, sin embargo, cuando la defensa de los dos Pontífices sirve como instrumento para un ataque persistente en general contra aquellos que fueron llamados y así denominados bajo el pontificado de San Pío X de “*católicos integristas*”, y contra la figura de Mons. Umberto Benigni en particular. Más allá de las circunstancias mencionadas anteriormente que han dado ocasión a este estudio, espero que ayude al lector, gracias a una visión general de la historia de la Iglesia en el siglo XX, a comprender mejor la génesis y el desarrollo y, sobre todo, la persistencia de la herejía modernista a pesar de la condena de San Pío X (y todos sus sucesores) hasta su triunfo provisional y trágico en el Concilio Vaticano II, que ha llevado a la Iglesia y a las almas al estado actual de abandono, negligencia y humillación que tantos comentaristas de los acontecimientos de aquellos tiempos parecen olvidar o subestimar.

Abandonando toda polémica fácil –y estéril– quisiera inspirarme en lo que se acaba de relatar para abordar algunos puntos controvertidos de la última parte de la vida y de la actividad de Mons. Benigni. La primera parte de su vida, bajo el pontificado de León XIII, vio a un joven Benigni muy fiel a la línea del Pontífice que fue su obispo en Perugia: esto como sacerdote, como historiador, como periodista (*Eco d'Italia*, 1893, *Voce della Verità*, 1900) y militante católico en la *Opera dei Congressi* (vicepresidente de la II sección, 1895), como docente (a partir de 1901) y miembro de la Comisión Histórico-Litúrgica (1902). La segunda parte, que es también la más conocida, contempla a Mons. Benigni, en la Secretaría de Estado y, después de 1911, fuera de ella, fiel a San Pío X y en primera línea de la lucha contra el modernismo. La tercera, bajo los pontificados de Benedicto XV y Pío XI, se le ve situado al margen de los círculos eclesiásticos, y plantea el problema de sus relaciones con el fascismo, primero movimiento (1919-1923) y luego Régimen (de 1923 a 1933: Mons. Benigni murió en febrero de 1934). Veremos cómo a lo largo de toda su vida al servicio de la Iglesia y de Cristo Rey, a pesar de los cambios inevitables en el largo curso de una existencia humana, Mons. Benigni fue siempre coherente y fiel, hasta su muerte. Como no puedo, dentro de los límites de un artículo, tratar exhaustivamente los últimos veinte años de la vida de Mons. Benigni, me limitaré a responder a las críticas que se le han hecho y que he mencionado hasta ahora. Este es el objetivo de este artículo y la línea que seguiré. Me doy cuenta, y el lector también deberá tenerlo en cuenta, de que tratar principalmente de estos últimos veinte años de su vida, los más difíciles, y además limitarme a responder a las dificultades, o más bien a las acusaciones que se le hacen, corre el riesgo de dar de Mons. Benigni, al menos ante algunos lectores, una impresión negativa de su persona, de su carácter, de su actividad. Dado que Mons. Benigni ya no puede defenderse, como lo hizo en vida ⁽¹⁾, nuestra revista asume hoy (y siempre) con gusto y gran honor su defensa: de ahí el título de nuestro artículo.

Mons. Benigni: signo de contradicción (sobre todo entre las filas del clero)

A lo largo de su vida, e incluso después de su muerte, Mons. Umberto Benigni (1862-1934), fundador del *Sodalitium Pianum* y fiel colaborador de San Pío X en la lucha contra el modernismo, tuvo más enemigos que amigos. Lo que puede sorprender, a primera vista, es que entre los numerosos enemigos de Mons. Benigni, muchos eran sacerdotes. Ya Emile Poulat, que ha contribuido con sus precisos estudios ⁽²⁾ a un conocimiento más profundo y objetivo de Mons. Benigni y de su obra, puso de relieve este hecho recordando el testimonio del Padre Jules Saubat en el proceso de canonización de San Pío X, a propósito del funeral de Mons. Benigni: “*¡Qué funeral! Una multitud de laicos... 7 u 8 senadores, de 12 a 15 diputados, e incluso doce carabineros con magníficos uniformes presentando armas. Como miembros del clero, dos sacerdotes*” ⁽³⁾. A sus hermanos de ayer y de hoy, incluso a ciertos antimodernistas declarados, Mons. Benigni podría decirles como César a Bruto: “*Tu quoque Brute, fili mi?*”.

Mons. Benigni: historiografía

La incomodidad causada por la figura de Mons. Benigni (a quien sus enemigos modernistas o filo-modernistas llamaban Maligni) en los ambientes eclesiásticos es evidente, por ejemplo, en la anomalía que se encuentra en la entrada dedicada a él en la *Enciclopedia Cattolica*, vol. II, col. 1347, impresa en la Ciudad del Vaticano en 1949: la breve entrada que se le dedica –de forma bastante anómala– no está firmada, sino marcada con un asterisco anónimo. Incluso en los círculos que, en cierto sentido, podían decirse herederos de su obra o



Mons. Umberto Benigni con el P. Jules Saubat el 6/9/1913 (Archivo de los Padres Betharramitas)

contiguos a su mundo, antes de la beatificación de San Pío X era costumbre ignorar su figura o distanciarse de ella, así como distanciarse genéricamente de lo que en Francia más que en Italia se llama todavía hoy, con desprecio, “integrista” (4). El juicio histórico sobre Mons. Benigni y su obra empezó a cambiar, y a su favor, debido a dos factores. El primero fue el pontificado de Pío XII (que conoció personal y estrechamente al prelado umbro) (5), sobre todo cuando el Pontífice advierte el renacer del modernismo en la “*nouvelle théologie*” (Encíclica *Humani Generis*, 1950) y cuando quiso fuertemente la beatificación (1951) y la canonización (1954) de San Pío X. Durante los procesos (1923-1946) para la beatificación de Pío X, de hecho, varias figuras ilustres se declararon contrarias a la glorificación del Papa Sarto, precisamente porque había apoyado a los católicos integristas y el *Sodalitium Pianum*

de Mons. Benigni. El principal adherente a esta tesis fue el Cardenal Pietro Gasparri (1852-1934): Benigni era “*el pecado de Pío X*”. No se podía ignorar la objeción del Secretario de Estado (de 1914 a 1930) de dos Pontífices, que el P. Nitoglia ha querido defender, por lo que Pío XII ordenó en 1949 una investigación suplementaria confiada al futuro Cardenal Ferdinando Antonelli O.F.M., es la famosa *Disquisitio* (6), que en 1950 concluyó a favor de San Pío X pero también, sustancialmente, de sus colaboradores, y rechazó la objeción de Gasparri (el director de *La Civiltà Cattolica*, el Padre Enrico Rosa, también tomado como modelo por el Padre Nitoglia, tenía las mismas posiciones que Gasparri). La tormenta del Vaticano II acabó con la prometedor devoción a San Pío X, pero Emile Poulat (1920-2014), el historiador del modernismo (y por tanto del antimodernismo), desde un lado totalmente inesperado, vino a ilustrar la vida, el pensamiento y la obra de Mons. Benigni y de sus sodalicios. Que los estudios más apasionados, ecuanímenes y objetivos sobre Mons. Benigni y los católicos integristas procedan de un sacerdote (1945) implicado en la experiencia de los “curas obreros”, que había abandonado el sacerdocio (1955) y que ha sido calificado de “*apóstol del laicismo*”, puede sin duda sorprender, pero no deja de ser una verdad indiscutible que honra a este autor. La publicación (Casterman, 1969), con amplios comentarios de los documentos del *Sodalitium Pianum* incautados durante la Primera Guerra Mundial al abogado Joncks por las autoridades alemanas que ocupaban Bélgica, la reedición de “*Corrispodenza Romana*” de Feltrinelli (1971) y, por último, la biografía intelectual de Mons. Benigni (Casterman, 1977) han sacado del olvido la figura de Mons. Benigni y su escuela de pensamiento.

Después de la muerte del prelado de Umbría, no faltaron, por tanto, estudios objetivos como los de Emile Poulat y la *Disquisitio*, pero abundaron, ciertamente no en calidad sino en cantidad, los críticos, e incluso las injurias. En el clima actual de filosemitismo acalorado, Mons. Benigni es condenado –al igual que Giovanni Preziosi– como un fanático fascista antisemita, e incluso como un entusiasta suscriptor del manifiesto racial y de las leyes raciales, lo cual es claramente imposible, aunque sólo sea porque dicho manifiesto data de julio de 1938, mientras que el nuestro murió, como se mencionó, en 1934. Los historiadores (laudativos) del modernismo doctrinal y social (murrismo, democracia cristiana), como Scoppo-

la o Bedeschi, han atacado a Mons. Benigni de siniestro fundamentalista que, con trabajos de espionaje y la fundación de una sociedad secreta, luchó contra el progreso de la Iglesia. Más recientemente, el historiador acreditado de *La Civiltà Cattolica*, el Padre jesuita Giovanni Sale, se destacó en la difamación en sus estudios documentados (a partir del vasto archivo de *La Civiltà Cattolica*, precisamente) pero no ecuanímenes ⁽⁷⁾, sobre todo porque son abiertamente rehabilitadores hacia el modernismo. En esto no hay nada de qué sorprenderse: es normal que modernistas más o menos explícitos se opongan a Mons. Benigni; en todo caso, sorprende la objetividad de Poulat, que ciertamente no era un católico integrista.

Un giro historiográfico: la apertura del “Fondo Benigni”

Por tanto, desde hace años los estudios de Poulat marcaron un hito en la historia del catolicismo integrista y, a decir verdad, lo siguen siendo hoy y, en mi opinión, están destinados a seguir siéndolo en el futuro. Mientras tanto, sin embargo, debemos señalar algunas novedades que no anulan (o, mejor dicho: no deberían anular) el enfoque de la *Disquisitio* y de Poulat, sino que son un complemento que podría ser un verdadero enriquecimiento. Se trata de la apertura a los estudiosos de dos “fondos” documentales que contienen los restos del archivo de nuestro monseñor y que fueron vendidos al Archivo Secreto Vaticano (febrero de 1935) por su hermano Federico Benigni, y al Archivo Histórico Diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores (noviembre de 1937) por su sobrino Pietro Mataloni. Mons. Sergio Pagano y Margherita Bettini Prosperi presentaron un primer inventario de los dos archivos, posteriormente saqueados por los estudiosos ⁽⁸⁾. Si bien el archivo confiscado al abogado Joncks abrió al historiador información inestimable sobre la actividad del *Sodalitium Pianum* en tiempos de San Pío X, con una referencia particular a la región donde trabajaba el corresponsal flamenco del *Sodalitium Pianum* (en adelante S.P.), los dos archivos abiertos a los estudiosos desde los años noventa ampliaron nuestro conocimiento “desde dentro” de la actividad de Mons. Benigni en varios países (incluido Italia) y en otras épocas, incluso después de la disolución del S.P., y resolvió, por ejemplo, algunos problemas historiográficos aún no resueltos para Emile Poulat, si no en forma de hipótesis, como el motivo del alejamiento de Mons. Benigni de la Curia en 1911 (todavía bajo Pío X, entonces) o el cierre de la revista integrista *Fede e Ragione* [*Fe y Razón*] en 1929: volveremos sobre ello.

“*Reductio ad Hitlerum*” ⁽⁹⁾ y el pensamiento integrista como “fobia” paranoica

Reducir la persona, el pensamiento y la obra de Mons. Benigni y el catolicismo integrista (y en última instancia, el catolicismo en general) al antisemitismo fascista y, por qué no, nacional socialista es un intento (miserable) que no sorprende en nuestros tiempos: véase, por ejemplo, el librito de MARIA TERESA PICHETTO: *Alle radici dell’odio. Preziosi e Benigni antisemiti* [En las raíces del odio. Antisemitas Preziosi y Benigni] (1983). De una talla intelectual muy diferente –pero con un propósito político-religioso similar– es el trabajo de la “*historiadora francesa*” (el P. Nitoglia *scripsit* - escribió) Nina Valbousquet. La joven investigadora –apoyada por becas apropiadas– estudia el catolicismo integrista y a Mons. Benigni a la luz del antisemitismo desde su tesis doctoral: *Les Réseaux transnationaux de l’antisémitisme catholique: France, Italie, 1914-1934. Umberto Benigni et les catholiques intransigeants* [Redes transnacionales de antisemitismo católico: Francia, Italia, 1914-1934. Umberto Benigni y los católicos intransigentes.] La tesis, defendida el 3 de junio de 2016 ante los profesores Marc Lazar (Ciencias Políticas, París) ⁽¹⁰⁾ y Marie-Anne Matard-Bonucci (Universidad París 8), pretende ilustrar la transición del catolicismo intransigente, antimodernista e integrista de los viejos modelos de anti-judaísmo a un nuevo antisemitismo

clerical-fascista, cuyo ejemplo sería precisamente la trayectoria de Mons. Benigni y sus colaboradores en el período entreguerras. Tras su disertación, Valbousquet no abandonó este tema, especializándose en él y publicando numerosos artículos y ensayos incluidos en otras publicaciones ⁽¹¹⁾, culminando en su volumen más reciente, que citaremos a menudo:

Catholique et antisémite: Le réseau de Mgr Benigni - Rome, Europe, Etats-Unis, 1918-1934, CNRS Éditions, París, 2019.

Para resumir la intención de Valbousquet, no sólo académica sino también con consecuencias prácticas, utilizaré las palabras finales de su libro:

“*Queda por escribir otra historia: la de la prolongación del antisemitismo católico después de la Shoah y su reactivación en los círculos tradicionalistas opuestos al Concilio Vaticano II*” (pág. 290): teniendo en cuenta las leyes vigentes en nuestros países occidentales, la tesis catolicismo = antisemitismo = Shoah = católicos tradicionalistas nos tiene a todos preocupados, en primer lugar al P. Nitoglia, que en cambio, tras un “resbalón” con el jesuita Padre Sale, parece intelectualmente fascinado por la “*historiadora francesa*”.

Ahora bien, Valbousquet es una erudita seria y documentada, ciertamente, pero no por ello ideológicamente imparcial. Al contrario, como se ha dicho, da la impresión de que está como “creada” y destinada a una tarea muy concreta por quienes han apoyado su hasta ahora brillante carrera dedicada a un tema tan especializado y, al fin y al cabo, “menor” (no para nosotros, claro, sino para el gran público). He aquí la lista –pública– de becas y premios obtenidos por la joven investigadora, incluso antes de presentar su tesis doctoral:

2014-2015: *boursière de la Fondation pour la Mémoire de la Shoah* [beneficiaria de una subvención de la Fondation pour la Mémoire de la Shoah] (París).

2015-2016: *lauréate de la bourse de mobilité Alliance et programme d'échange doctoral à Columbia University* [ganadora de la beca de movilidad de la Alianza y del programa de intercambio doctoral en la Universidad de Columbia] (New York).

2015: *Lauréate du prix de la Ville de Paris, Bourse de recherche sur la xénophobie et l'antisémitisme*.

2016-2018: *Bourse postdoctorale au Center for Jewish History et New York University*.

Otoño 2018: *Bourse de recherche postdoctorale à l'United States Holocaust Memorial Museum* [Beca de investigación postdoctoral...] (Washington).

Primavera 2019: *Bourse de recherche en études juives à Fordham University et New York Public Library* [Beca de Estudios Judíos en...].

No sabemos si Nina Valbousquet –además de escritora francesa– es también escritora israelita. Ciertamente, ella es o ha sido dirigida a estudiar el antimodernismo como antisemitismo gracias al apoyo constante (financiero, académico, político) de asociaciones nacionales e internacionales vinculadas al judaísmo y a la lucha contra el antisemitismo y la xenofobia. Esto, en cuanto a la “*reductio ad Hitlerum*”: los católicos integristas o tradicionalistas son a la vez la causa y los continuadores del antisemitismo que condujo a la Shoah, y pueden integrarse, si no con el nacionalsocialismo, al menos con su aliado y cómplice: el fascismo. ¿Y el diván del psicoanalista? El integrismo (ante todo Benigni) es

La portada del libro de Nina Valbousquet



obra de “fanáticos animados por una visión paranoica según la cual el judío está en todas partes” (pág. 13, citando a M. Marrus), una “obsesión por una infiltración de elementos modernizantes y corruptores en la Iglesia”, una “paranoia” catastrofista y victimista (pág. 37). “La manía persecutoria y la paranoia” (pág. 59) aumentan a medida que aumentan los fracasos de Mons. Benigni: “insistencia obsesiva”, “resentimiento” (pág. 60). Contrariamente a la tesis de Bernard Lazare según la cual el antisemitismo es un efecto de la propia actitud de los judíos (y él formaba parte de ellos), el dogma actual postula que el “antisemitismo” (incluido el anti-judaísmo cristiano, que en la tesis de Valbousquet no se distingue adecuadamente) no puede tener la dignidad de opinar, aunque no se comparta, sino que debe ser una enfermedad mental: sólo puede ser inmotivado, basado en “mitos” (págs. 42, 71-73). De ello se deduce que la autora niega a Mons. Benigni como historiador, docente, escritor, toda labor científica, sino a lo sumo una “supuesta” o “presunta” científicidad: un adversario político (¿y religioso?) sólo puede ser “demonizado” y su pensamiento reducido a una fobia.

Fuego amigo

En esto, nada de lo que sorprenderse: es normal que modernistas más o menos explícitos, o incluso historiadores “militantes”, se opongan a Mons. Benigni; lo que sorprende, si acaso, es la objetividad de un Poulat, a quien la obra de Valbousquet busca programáticamente desacreditar (págs. 16-19). Sin embargo, lo que resulta sorprendente y angustioso es la crítica poco generosa procedente del campo “antimodernista”. Nuestro boletín, lo hemos recordado varias veces, debe su nombre *Sodalitium* al antiguo *Sodalitium Pianum*, y ello también como reacción a una serie de artículos sobre el pontificado de San Pío X firmados por el Abbé Didier Bonnetterre, publicados por la revista de la Fraternidad San Pío X *Fideliter*, artículos que contenían una crítica de fondo a los llamados “católicos integristas” y al *Sodalitium Pianum* de Mons. Benigni ⁽¹²⁾.

Posteriormente, un periódico declaradamente “antimodernista”, *Sì sì, no no* (nº 13, julio de 2010), en un esfuerzo por defender al Secretario de Estado de Benedicto XV y Pío XI, Card. Pietro Gasparri, de ciertas acusaciones vertidas contra él, escribió que:

El Cardenal Gasparri no simpatizaba con los métodos del Sodalitium Pianum, que, a veces, después de la muerte de San Pío X (1914) se volvieron un tanto exagerados. Estos métodos “exagerados” incluyen:

- la colaboración de Mons. Benigni con la ‘Ovra’ (la policía política fascista)
- la revalorización del ‘Risorgimento’
- la devaluación de la Compañía de Jesús como tal como una ‘internacional masónica negra’.

Diez años más tarde, el mismísimo autor, el Padre Curzio Nitoglia, aclaró y desarrolló sus acusaciones iniciales en una serie de artículos (de 15 episodios) publicados en su propio sitio web y retomados íntegramente por los sitios web de la editorial Effedieffe y de la asociación *Inter multiplices Una vox*. La serie comenzó el 16 de abril de 2020 con un artículo titulado *Mons. Benigni, Benedicto XV, católicos integristas y moderados*, donde el título ya dirige la discusión: los católicos integristas no son moderados, y los contrarios a los integristas no son más o menos cómplices del modernismo, sino precisamente “moderados” (y los integristas “exagerados”). El hecho de que el título “católicos moderados” sea, hasta donde yo sé, una invención del P. Nitoglia –aunque inspirado en Valbousquet (pág. 15)– nunca utilizado por nadie en aquella época, es significativo para comprender hacia dónde quiere llevar al lector. Si el título lleva al lector por una pista falsa, el *status quæstionis* termina por engañarlo por completo, distorsionando el tema en discusión. El método es simple

y bien conocido: presta al oponente que deseas refutar opiniones que nunca ha defendido y apoyado, para poder triunfar fácilmente sobre un enemigo... imaginario. En este caso, se opone Mons. Benigni (que era un hombre privado en la Iglesia) a dos Pontífices –como tales Vicarios de Cristo, independientemente de lo que diga Bergoglio, para quien el de Vicario de Cristo sólo sería un “título histórico”– por lo que es evidente que el “choque” es aún más desigual: los integristas, de ayer y sobre todo de hoy (léase: nosotros) emitirían un juicio grave sobre estos dos Papas: *“Algunos autores quieren ver en Benedicto XV un Papa liberal en sentido estricto, es decir, modernizador, si no del todo modernista. Para comprobar si esta afirmación corresponde a la verdad, considerando que el liberalismo es al menos un grave error teológico y el modernismo es ‘la síntesis de todas las herejías’, conviene estudiar las relaciones entre el Sodalitium Pianum de Mons. Umberto Benigni (1862-1934) con el Papa Pío X y el Papa Benedicto XV”*. Quiénes son estos “autores”, qué dijeron exactamente, no se sabe desde este primer artículo, por lo que no se puede lanzarse a la guerra contra un enemigo imaginario, inventado para nuestro propio uso y consumo, es decir, con el objetivo de difamar a enemigos muy reales, quienes, sin embargo, se cuidan de afirmar lo que el autor les atribuye (13).

Mons. Benigni y los integristas en el diván del psicoanalista (o psicólogo)

El cuadro que el P. Nitoglia pinta de la Iglesia a la muerte de Pío X es más o menos así: fuera de ella los modernistas ya condenados, dentro de ella sólo católicos de diferentes sensibilidades, los integristas y los moderados; de los modernistas ocultos, no se dice nada, ni de los cómplices de los modernistas. Los moderados son, por definición, moderados. Los integristas, en cambio, tal vez tengan razón en teoría, pero son exagerados en la práctica: *“Benedicto XV moderó algunas actitudes quizás exageradas de Mons. Benigni”* o, mejor dicho, sin el quizás, se deploran de Benigni y sus asociados *“los excesos en los métodos de lucha”, “los arrebatos”,* etc. En un crescendo rossiniano, la denuncia de la psicología integristaista (¡no la moderada!) sube de tono en el segundo artículo (*Las vicisitudes del catolicismo integrista bajo Benedicto XV y Pío XI*): *“la personalidad difícil quizás excesivamente polémica”* de Benigni, hizo que *“hubiera excesos entre los ‘integristas’”* y *“algunos católicos ‘moderados’ fueron mal tratados entre 1903 y 1914; otros considerados ‘integristas’ no lo fueron menos durante los años siguientes”*: resulta un empate, por tanto, admitiendo injusticias contra los moderados durante el pontificado de San Pío X. Ambos libres de error doctrinal (*“no se encuentran errores teológicos en ninguno de los dos campos”*), ambos excesivos en su mutua falta de caridad (*“que, sin embargo, pueden haber pecado por exceso o defecto en el modo práctico de obrar”*). Nos preguntamos entonces, por ejemplo, si el “moderado” Don Sturzo que defendía la aconfesionalidad, y el no moderado Card. Boggiani que la condenaba eran la misma cosa con distintas sensibilidades: ¿o no lo eran? Pero tal vez Don Sturzo, o quien sea, utilizó tonos moderados, mientras que Benigni *“en realidad tenía un ‘temperamento’ que no lo hacía simpático a sus colegas”*. Y luego, Valbousquet (y sabemos quién es), *“en su ensayo muy bien documentado”* (14), *“agrega que Mons. Benigni ‘influyó en Pío X’ y no habría dudado en difundir rumores maliciosos contra Della Chiesa y Gasparri, según el testimonio retrospectivo de este último”*. Si Valbousquet lo dice, entonces es cierto (cuando en realidad es falso), por lo que el P. Nitoglia aprueba y comenta: *“su vehemencia le costó a Benigni el apoyo de Merry del Val y lo obligó a renunciar como subsecretario el 7 de marzo de 1911, reemplazándolo por Mons. Eugenio Pacelli”* (ibíd.). *De hecho, el carácter a veces difícil y excesivo de Benigni, una cierta vehemencia en la polémica y una tendencia a la denigración personal de aquellos que no pensaban como él, lo llevaron a chocar no solo con los ‘moderados’, sino también a disminuir las simpatías de*

algunos “tradicionalistas” (veremos luego los problemas que también tuvo con Merry del Val en 1911 e incluso con De Lai en 1922)”. Veremos cómo fueron realmente las cosas... El siguiente capítulo es un programa completo titulado: “*Benigni contra Benedicto XV*”. Si todavía bajo Pío X “uno encuentra en la forma de actuar, de escribir y expresarse de Benigni y sus colaboradores cercanos un cierto celo excesivamente amargo, mordaz e incluso irreverente”, ¡y más aún! (15). “Francamente, uno no puede dejar de notar una actitud excesivamente crítica hacia todos aquellos que se apartaban incluso mínimamente de su forma de pensar y actuar”, escribe el P. Nitoglia. Pero a medida que envejecemos... Benigni empeora: muestra “un pesimismo radical y un sentimiento de **frustración** que lo llevó a amargarse cada vez más desde 1914 hasta su muerte (1934) y a aumentar su excesivo espíritu polémico”. Y finalmente, el P. Nitoglia revela de quién quería hablar cuando aludió a aquellos que acusaron a Benedicto XV de ser liberal y modernista: “Valbousquet cita a EMILE POULAT (*Catholicisme, démocratie et socialisme. Le mouvement catholique et Mgr Benigni, Tournai, Casterman, 1977, pág. 358*), según el cual Benigni y los integristas, después de Pío X, estaban cada vez más convencidos no sólo de la ‘infiltración modernista y liberal’ en el ambiente católico, algo ya establecido y denunciado por San Pío X, sino incluso de que había alcanzado ‘la cima de la Iglesia’, es decir, hasta el propio Benedicto XV y sus colaboradores más cercanos. Ahora es difícil acusar a Benedicto XV de modernismo o liberalismo, incluso si su forma de gobernar la Iglesia se había apartado de la práctica seguida bajo Pío X, volviéndose más moderada, pero no por esta razón liberal o modernista”. ¡Si lo dice Valbousquet! (ciertamente no Poulat que en la página citada no escribe nada parecido). “No se puede, pues, negar que después de la muerte de Pío X hubo ‘un caso Benigni’, caracterizado por una **frustración** cada vez mayor y un rencoroso abatimiento, que le llevaron a una crítica excesiva y poco generosa”, de hecho, la enfermedad de Benigni era contagiosa, ya que “ni siquiera hay que creer que Benigni estuviese ‘aislado’ en su oposición crítica a la orientación de gobierno más moderada de Benedicto XV. Muchos de sus colaboradores pensaban como él. Emile Poulat, seguido por Nina Valbousquet, cita el caso del Abbé Paul Boulín, que superaba incluso a Benigni en ardor polémico (N. VALBOUSQUET, *op. cit.*, pág. 453)”; sin embargo, contaba con el apoyo del Cardenal Boggiani (¿enfermo también?).

“En los últimos años del pontificado de Benedicto XV, las invectivas de Benigni contra el Papa y su entorno se amplificaron. [...]. Benigni se alegraría incluso de que la precaria salud de Benedicto XV pudiera ser un buen augurio para un próximo retorno a la línea integrista” (N. VALBOUSQUET, *op. cit.*, pág. 454). Veremos más adelante las acusaciones de fondo contra Benigni y los integristas. De momento, citaré al P. Nitoglia en su, yo diría, análisis psicológico de Benigni (y compañeros, o camaradas) siguiendo a Valbousquet (para quien son –recordémoslo– paranoicos): el suyo es “un espíritu exacerbado y ulcerado”, “impulsado por los fracasos”. En resumen: las ideas y las opciones de Mons. Benigni y de sus seguidores no tendrían una dignidad intelectual propia, sino que serían, en gran medida, fruto de sus propias pasiones desordenadas, cuando no de un cierto desequilibrio interior (16).

La interpretación psicoanalítica de los “integristas” propuesta por Valbousquet (17) y que en el P. Nitoglia es al menos una interpretación psicológica, no es nada nueva. Emile Poulat, al trazar la historia del término “integrista” en 1969, recuerda que fue retomado por el Cardenal Suhard en su carta pastoral “*Essor ou déclin de l’Eglise?*” para indicar “el error inverso del modernismo”. Desde entonces, escribe Poulat, “la literatura se lo ha apropiado: la historia, la psicología, incluso el psicoanálisis. Era un complejo sado-anal”. Así, el sacerdote neomodernista Marc Oraison en la revista *La Vie spirituelle* (!): “reacción afectiva de carácter neurótico... Un innegable componente sado-anal... Un elemento de verdadera

voluptuosidad masoquista...” (18). Son palabras que, si no nos dicen nada, en realidad, sobre los católicos integristas, son quizá reveladoras de la mente y la psique de su autor, Marc Oraison.

PRIMERA PARTE: SAN PIO X Y LOS CATOLICOS INTEGRISTAS

No profundizaré más en el tema, no sólo porque fue tratado ampliamente en la *Disquisitio* con motivo de la canonización del Papa Sarto, sino también porque es evidente la armonía entre Mons. Benigni, los católicos integristas y el Papa San Pío X, no obstante la inevitable diferencia entre personas y roles (un Papa, un Secretario de Estado, un miembro de la Curia –Mons. Benigni hasta 1911– y un particular –el mismo de 1911 a 1914– desempeñan papeles distintos con competencias y obligaciones diferentes). Me limitaré a tratar algunas cuestiones, en parte en parte planteadas por el P. Nitoglia. diferentes roles con diferentes habilidades y obligaciones). Me limitaré a abordar algunas cuestiones, en parte planteadas por el P. Nitoglia.

1911: Mons. Benigni deja la Secretaría de Estado. ¿El Cardenal Merry del Val (y San Pío X) desconfían de Mons. Benigni?

“Su vehemencia le costó a Benigni el apoyo de Merry del Val y le obligó a dimitir como subsecretario el 7 de marzo de 1911, sustituido por Mons. Eugenio Pacelli (*ibíd.*). De hecho, el carácter a veces difícil y excesivo de Benigni, una cierta vehemencia en sus polémicas y una tendencia a la denigración personal de quienes no pensaban como él, le llevaron no sólo a chocar con los ‘moderados’, sino también a apartarle las simpatías de algunos ‘tradicionalistas’ (luego veremos los problemas que tuvo también con Merry del Val en 1911, e incluso con De Lai en 1922)”. Ya he informado sobre esta cita de Valbousquet-P. Nitoglia. La tesis vuelve obsesivamente al P. Nitoglia: por ejemplo, en la novena parte, escribe: “Incluso el Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado de Pío X y el protector del movimiento integrista, estaba convencido de que tenía que relajar un poco el clima que se había creado en la Iglesia debido a la forma de actuar de algunas personalidades, objetivamente excesiva, en la lucha antimodernista (Y. CHIRON, *op. cit.*, pág. 283) y provocó que Mons. Benigni fuera alejado de la Secretaría de Estado en 1911”; “ya en 1911, bajo Pío X, el Cardenal Merry del Val hizo alejar a Mons. Benigni de la Secretaría de Estado vaticana”; “Ahora el propio Cardenal Merry del Val tuvo que intervenir en 1911 para poner fin a estos abusos de poder por parte del S.P.”; y nuevamente: “Valbousquet explica, por tanto, que Mons. Benigni fue ‘miembro de la Curia de Pío X hasta 1911 (por tanto, por sólo 3 años – n.d.r.) (en realidad, 5 años - nota del P. Ricossa), cuando inició su progresiva marginación” (*op. cit.*, pág. 160), que como veremos más adelante fue solicitada, sin embargo, no por los modernizantes, sino en pleno pontificado del Papa Sarto, por el Cardenal ‘integrista’ Rafael Merry del Val, fiel Secretario de Estado de Pío X, que en 1911 desaprobó los métodos del monseñor de Perusa y pidió su alejamiento de la Curia”: podríamos seguir por mucho tiempo pero, ¿con qué fin? Repetir continuamente un concepto no significa volverlo verdadero...

El problema del P. Nitoglia es que confía en Valbousquet (o en Yves Chiron), sin conocer exactamente las fuentes. Ya en 1911 se produjo el nombramiento de Mons. Benigni como Protonotario Apostólico con el simultáneo abandono de su cargo en la Secretaría de Estado, dando lugar a especulaciones y discusiones. ¿Fue el proverbial *promoveatur ut amo-*



El Papa San Pío X

veatur? Según *La Correspondance de Rome* (y, por tanto, Benigni) él mismo había pedido hacía un año dejar ese cargo... por motivos de salud: una verdad a medias, como veremos. Por otra parte, las versiones dadas por amigos y enemigos de Mons. Benigni se oponían entre sí, y el enigma siguió siendo tal también para Emile Poulat, que dedicó un capítulo entero de su biografía de Mons. Benigni al dilema histórico: “*Catholicisme, Démocratie et Socialisme: le mouvement catholique et Mgr Benigni de la naissance du socialisme à la victoire du Fascisme*” (1977) (capítulo X. *Un complexe de trahison. L’énigme du 7 mars 1911*). A partir de la documentación de que entonces disponían los historiadores, Poulat sólo pudo formular algunas hipótesis ⁽¹⁹⁾. Pero el P. Nitoglia parece ignorar, y con él Valbousquet, lo hallado en el Archivo Secreto Vaticano por Mons. Sergio Pagano, tras la apertura del “Fondo Benigni”. Lo que era oscuro es ahora claro, cristalino,

tanto sobre el origen del *Sodalitium Pianum* como sobre los acontecimientos de 1911. Pagano, filo-modernista declarado, escribe sobre el tema: “*Hasta ahora, a falta de documentos, permanecíamos en lo vago: todo el mundo, sin embargo, leía la promoción de 1911 como un alejamiento de Benigni decidido desde arriba. Nuevos documentos pueden ahora arrojar un poco más de luz, aunque en verdad el escenario curial que se perfila es aún más ambiguo y poco escrupuloso de lo que hasta ahora se pensaba*”. Dejando a Mons. Pagano sus opiniones sobre la falta de escrúpulos de la Curia de San Pío X, veamos ahora el principal documento que aclara todo el asunto: “*Una larga carta de Mons. Benigni fechada el 21 de junio de 1910 al Cardenal Secretario de Estado, Merry del Val, su superior, es capaz de aclarar algunas circunstancias que estaban ciertamente destinadas a permanecer ocultas. He aquí el texto:*

Eminentísimo Príncipe, hago un llamamiento muy ferviente a la bien conocida bondad de Vuestra Excelencia para que se digne tener a bien tomar nota y conceder mi súplica. (...) Ahora que estoy en el quinto año de mi subsecretaría, creo subordinadamente oportuno sacar las consecuencias prácticas de la experiencia que he tenido. Mi asignación oficial, si nunca me hizo hacer mucho, ahora está reducida a casi nada, no por voluntad de nadie, sino por la evolución natural de las cosas. En cambio, el encargo oficioso del ‘servicio de información’ ha aumentado insensiblemente pero continuamente de trabajo, de modo que hoy vale materialmente el trabajo de una oficina. Y de esta antítesis surgió espontáneamente el hecho de que yo, que en los primeros años era muy puntual en las horas de oficina, hoy me he impuesto el deber de no serlo más, sabiendo que, nueve de cada diez veces, no tendría nada que hacer en la oficina como subsecretario, mientras el otro trabajo apremia”. Así pues, Mons. Benigni tenía un cargo oficial en la Curia (que le abría el camino a la púrpura) y un cargo oficioso, conocido, sin embargo, por el Secretario de Estado: el del servicio de informaciones. Sigamos leyendo, y descubriremos la descripción del *Sodalitium Pianum*, o de lo que sería el S.P.: “*Si Vuestra Excelencia desea conocer brevemente cómo está organizado el ‘servicio de informaciones’, diré en pocas palabras (sin perjuicio de dar los últimos detalles que V. E. quisiera saber) lo que comprende: a) el servicio diario de correspondencias,*

especialmente de la prensa liberal (periódicos y agencias) para poner “inyecciones” en sus páginas; b) ‘La Correspondance de Rome’; c) una correspondencia semanal en la que resumo y comento los acontecimientos que interesan a Roma, correspondencia que paso en mano a algunos correspondientes de confianza de periódicos extranjeros que la envían como propia. Esta correspondencia se imprime en español (Barcelona), francés (Gand), alemán (Salzburgo) y polaco (Czenstochowa). Otros periódicos la ‘saquean’: por ejemplo, he comprobado que El Pueblo de Buenos Aires la roba regularmente del periódico de Barcelona. Del mismo modo, los periódicos polacos de Europa y América saquean la correspondencia en polaco. Así, la correspondencia semanal (o a veces quincenal) recorre el mundo sin que se sospeche la única fuente; d) el servicio secreto de información y consignas. Ya está organizado en Roma, Francia, Bélgica, Suiza, Rusia, con un servicio suplementario en Alemania, Austria, España, Estados Unidos y Canadá, además de mis informes, que yo diría no orgánicos, que sirven en otros lugares, por ejemplo, en los Balcanes. El servicio está organizado de forma sencilla: cada ‘jefe de fila’ con su ‘fila’ de amigos que no conocen a nadie más que a él, ignorando a quién éste se refiere. Cada ‘jefe de fila’ ni siquiera sabe quiénes son los demás jefes: todos tratan directamente conmigo. De este modo, no se teme que al romperse una malla de la red se comprometan las demás; cada malla es un nudo en sí misma. Por supuesto, el servicio se realiza con las debidas precauciones: cifrado, jerga, direcciones postales diferentes, escritura diferente, etc. El servicio funciona así: cada jefe de fila me envía las noticias que recoge directamente o a través de su fila. Yo me comunico directamente con cada jefe de fila mediante cartas especiales para casos particulares y mediante “cartas de Ginebra” para informaciones y orientaciones comunes. Se trata de cartas fechadas en Ginebra con las que comunico a los jefes de fila: 1) aquella información que me han proporcionado los demás jefes de fila o recopilada directamente por mí, o que puede ser utilizada por los jefes de fila como norma personal, como oportunidad para completar o corregir la información, etc.; 2) las consignas para desmentir las calumnias anti-romanas, para indicar confidencialmente lo que en tal caso debe decirse o callarse, hacerse u omitirse, en interés de la Santa Sede y de la Iglesia. Así, los jefes de fila trabajan y hacen trabajar en el sentido romano, cada uno por su cuenta, aquí y allá, sin que pueda verse en ellos una consigna central. Como este servicio está en sus inicios, le faltan muchas mallas en su red internacional, pero ya la red está tejida y basta con ampliarla, ni pasa un mes sin tener al menos una malla más”. Después de la descripción del “servicio de informaciones” (por tanto, no una sociedad secreta, como quisieran los enemigos, incluido el Cardenal Gasparri, sino un servicio secreto, que es otra cosa) seguimos leyendo para ver su origen: “*He aquí, Eminentísimo Príncipe, en muy breves líneas el ‘servicio de informaciones’ nacido en aquel septiembre de 1906, en el que a mis primeras propuestas V.E.R. se dignó responder que lo aprobaría*”. De donde se desprende que la propuesta vino de nuestro monseñor, que fue aceptada por el Cardenal Merry del Val (y ciertamente por San Pío X, añade Mons. Pagano) en septiembre de 1906, es decir, con motivo del nombramiento de Benigni como Subsecretario de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Gasparri pensó que le había abierto el camino a la Secretaría de Estado a Benigni, y se arrepintió; sin embargo, no sabía nada del motivo por el cual Merry del Val y Benigni habían acordado este nombramiento. Y aquí estamos ante la decisión de abandonar la Curia Romana: ¿fue el Cardenal Merry del Val quien obligó a Mons. Benigni a dimitir, como afirman el P. Nitoglia-Valbousquet? Sigamos leyendo esta extraordinaria carta: “*Aún es inmensamente poco comparado con lo inmensamente mucho que haría falta: pero algo hay y vale la pena dedicarse a aumentarlo. Dicho esto, para aburrir lo menos posible a V.E.R. me apresuro a presentarle mi humilde pedido: que V.E.R. se digne obtener del Santo Padre el cese de mi cargo de subsecretario en las siguientes condiciones...*”. ¡Así obligó Merry del Val a dimitir a Benigni! ¡Fue Mons. Be-

nigni quien pidió al Papa y al cardenal que debía dejar el cargo! ¡Ninguna desgracia! ¡Ningún castigo! Pero veamos las condiciones: “*que, al asegurarme un adecuado acuerdo, facilitará material y moralmente mi trabajo: que al dejar el mencionado cargo yo tenga un título decoroso, que impida sospechar sería y honestamente de mi destitución o desgracia...*”. ¡Y esto es lo que ocurrió en 1911, ya que Mons. Benigni fue ascendido a Protonotario Apostólico participante! La carta continúa con el deseo de poder frecuentar luego la Secretaría de Estado, aborda la situación económica de Benigni y termina “*en la confianza de obtener la tan señalada gracia*”. En su comentario al “*documento fundamental*”, Mons. Pagano subraya que “*la asunción al alto cargo de la Secretaría de Estado (prácticamente el quinto en la jerarquía interna) estuvo en cierta medida dictada por proyectos que tanto el prelado como el Cardenal Secretario de Estado, y quizás el propio pontífice, habían discutido en secreto, cuya aplicación estaría “cubierta” por el nombramiento oficial, que, por otra parte, sirve perfectamente a los fines de los diseños oficiosos*”. Si el Cardenal Gasparri no lo sabía y se limitó a desaprobando la subvención por parte de Pío X de *La Corrispondenza Romana* de Benigni, “*esto demuestra cómo (Benigni) logró ocultar completamente sus intenciones y sus pasos y escondió, incluso de sus protectores (como lo hizo Gasparri en el principio, nota del autor) las verdaderas aspiraciones personales y sus proyectos*”. Lo que fue “*el punto de partida del futuro Sodalitium Pianum*” se describe en otro documento del Fondo Benigni como un “*acuerdo estable y activo de los elementos dispersos por todo el mundo dedicados a la causa del Orden Integral, por lo tanto, de hecho, al Catolicismo Romano y a la Contrarrevolución integral. Por Catolicismo Romano Integral se entiende el Catolicismo Romano en su plena aplicación y eficiencia en la vida pública y privada, de los individuos y de la comunidad, siempre, en todas partes, a cualquier costo...*”. En la lucha contra el modernismo, “*que es el traidor a la Iglesia, y contra el liberalismo, doctrinal y práctico, que es cómplice de la Revolución*” se constituyó un “*entendimiento libre y fraterna de los amigos del Orden Integral...*”. “*Se habían sentado las bases –comenta Pagano– de un organismo que parecía funcionar, considerado con benevolencia (si no queremos decir apoyado) por la cúpula vaticana, que sin embargo carecía de una aprobación explícita del pontífice. Para lograrlo, era necesario que el Entendimiento se vistiera con ropajes más religiosos e hiciera aparecer, al menos externamente, algún tipo de propósito eclesial. Benigni guió hábilmente esta delicada fase de transición: en 1909, como parece, la asociación de los ‘Amigos’, hasta entonces anónimos, se erigió en Sodalitium Pianum, o ‘Sociedad San Pío V’ (...)*”. El Sodalitium no era un engaño: rechinando los dientes, Pagano enumera sus principales fechorías (desde su punto de vista): “*Entre los ‘méritos’ que la nueva asociación podía presumir el mismo año de su fundación a los ojos de Pío X estaba ciertamente el de la denuncia y el espionaje contra Antonino De Stefano en Ginebra a través de Don Pietro Perciballi (...). Al Sodalitium debemos ciertamente la campaña integrista contra el Padre Anizan, superior general de la Hermandad de San Vicente de Paul, acusado de modernismo social y depuesto tras una visita apostólica del Padre Saubat, secretario de la Dieta del mismo Sodalitium Pianum. También fue la organización de Benigni la que supervisó los movimientos del Padre Giovanni Semeria y denunció sus ideas modernistas al pontífice. Ciertamente intervino el Sodalitium en el conocido asunto de ‘Le Sillon’, el movimiento de Marc Sangnier condenado en agosto de 1910, así como en el caso de la ‘Action Française’, de Charles Maurras, que no agradaba a Pío X. La práctica inmoral (sic) de la organización integrista todavía permitía, por ejemplo, apoderarse de una carta de Luigi Piastrelli al Padre Federici del 11 de julio de 1909; el texto fue copiado por el oratoriano Arturo Colletti (miembro del Sodalitium) y enviado a Benigni, quien a su vez lo envió al pontífice. Ciertamente es favorecida por Benigni, si no coordinada por él mismo, la campaña de prensa contra los Cardenales Maffi de Pisa y Ferrari de Milán, porque fue él quien proporcionó*

noticias e ideas polémicas a ‘La Riscossa’ de Breganze y a la ‘Unidad Católica’ de Florencia que crearon ese desafortunado caso (sic). Esto para limitarnos sólo a algunos aspectos, entre los más conocidos, de la lucha cotidiana llevada a cabo por el Sodalitium Pianum, y en primera persona por Benigni, a quien ni Pío X ni su cardenal Secretario de Estado pueden considerarse ajenos. Demasiados elementos llevan ahora a suponer un entendimiento mutuo entre el pontífice y el prelado de Umbría, cuya organización (el trabajo oficioso de Benigni) pudo ofrecer a los líderes vaticanos información rápida y detallada sobre personas, hechos, círculos, ideas, tendencias e iniciativas. Un grave problema histórico (...) es el uso que el Papa y los dicasterios vaticanos hicieron de esta información, la confianza con que la solicitaron y recibieron (...). Los “excesos” que el P. Nitoglia atribuye a Mons. Benigni bajo San Pío X son “excesos” del mismo San Pío X; no en vano el Cardenal Gasparri, el Padre Rosa y, aparentemente, el propio Pagano (que critica la *Disquisitio*) niegan su santidad. También es cierto que –cuando en realidad Mons. Benigni dejó la Secretaría de Estado– las relaciones con el Cardenal Merry del Val habían empeorado, e incluso Pagano lo menciona: hablaremos de ello nuevamente. Sin embargo, el propio Pagano señala que San Pío siguió haciendo uso de los servicios del S.P.: “prueba clara de ello es el quirógrafo que Pío X dirigió a los miembros del mismo Sodalitium el 5 de julio de 1911, apenas cuatro meses después de la partida de Benigni del Vaticano, y en palabras que no dejan lugar a dudas sobre la constante atención papal a esa iniciativa: ‘Dilectos filios socios Sodalitii Piani in Domino exhortamur ut bene inceptum opus pergant, certantes bonum certamen fidei, præsertim contra multiformis modernismi errores et versutias; eisdem fausta quæque a Domino adprecantes Apostolicam benedictionem permanentemente impertimus’. El tan esperado reconocimiento pontificio que Benigni deseaba para su organización había llegado por fin, claro y significativo: ya nadie podía dudar (ni siquiera los obispos o los cardenales) de que el opus concebido y organizado a la sombra del poderoso monseñor estaba, en opinión del Papa, ‘bene inceptum’; entonces nadie debía ignorar que la bendición apostólica descendía sobre los nobles fines ideales del Sodalitium, pero también sobre su acción, sobre las redes y las mallas de las que Pío X tenía conocimiento, necesidad desafortunada tal vez en otros momentos pero no en el fatal de la ‘bestia modernista’, dado que se trataba de una lucha, una verdadera guerra: ‘certantes bonum certamen’. El redactor anónimo del texto pontificio (¿o el propio Pío X?) no podría haber prestado mayor favor a Benigni y sus iniciativas”. Más que simples “tarjetas de felicitación ad personam”, como las llama el P. Nitoglia (novena parte).

Que el Papa (Pío X) no había retirado su apoyo a Mons. Benigni y al Sodalitium Pianum incluso después de marzo de 1911, lo confirma la actitud de algunos prelados importantes que más tarde llegarían a ser mucho más importantes. Mons. Benigni, en efecto, no sólo contó con el apoyo de la poderosa secretaría particular de Pío X (Mons. Bressan, Mons. Pescini, etc.), de la que el Pontífice a menudo se sirvió para eludir a la propia Curia Romana (²⁰): “entre los prelados vaticanos de cuya amistad y confidencias gozaba Benigni (es difícil decir hasta qué punto eran confidencias coloquiales o verdaderas informaciones confidenciales), especialmente después de su ‘abandono’ de la Secretaría de Estado, y a quienes enviaba documentos y opiniones sobre temas candentes de política eclesiástica, se encuentran dos futuros cardenales, Don Gaetano Cicognani y Mons. Eugenio Pacelli...” (pág. 249). Como prueba de ello, Pagano publica varios documentos, del 5 al 9 (pág. 259: “*Informatori di Mons. Benigni in Vaticano*” - Los informantes de Mons. Benigni en el Vaticano): Cicognani informa a Benigni en 1915 (ya bajo Benedicto XV); Pacelli, especialmente en 1912, después de la pseudo caída en desgracia de nuestro prelado, a quien llamó “Querido y venerado Monseñor”. Mons. Pacelli, en nombre del Cardenal Merry del Val, comunica una carta confidencial a Mons. Benigni, preguntándole (¡a él!) qué se debe responder (8 de junio

de 1912); pide información sobre un prelado extranjero (15 de marzo de 1912); escribe sobre asuntos alemanes utilizando un nombre en clave para indicar el cardenal de Colonia (7 de agosto de 1912).

Después de 1911, por tanto, Mons. Benigni no cayó en desgracia, no fue desautorizado por Pío X; simplemente cambió su papel, desviculando –y sólo en parte, como hemos visto– al S.P. de la Secretaría de Estado (Merry del Val) y confiándolo a la Consistorial (De Lai), siempre bajo las órdenes y al servicio del Papa (Pío X).

Apéndice: Mons. Benigni critica a dos cardenales amigos. Psicología de un impresentable

Concluimos este primer examen de Mons. Benigni (y de los integristas) durante el pontificado amigo de San Pío X, precisando lo que se ha dicho sobre las relaciones entre Benigni, por una parte, y los dos cardenales más favorables a él en aquel momento:



El Cardenal Rafael Merry del Val

Merry del Val y De Lai. Esta aclaración nos llevará hasta el umbral del pontificado de Pío XI en lo que concierne al Cardenal De Lai. La prueba fehaciente de los “excesos” de Mons. Benigni se encuentra de hecho, para el P. Nitoglia, en las críticas que el prelado umbro dirigió no sólo a modernistas y modernizantes, sino incluso a dos paladines del antimodernismo como el Secretario de Estado de Pío X, Merry del Val, y el prefecto de la Consistorial, De Lai. Escuchemos al P. Nitoglia: “*Mientras tanto, con el nuevo pontificado de Benedicto XV, el Cardenal De Lai y el Cardenal Merry del Val habían perdido su gran influencia en la Curia Romana. Desgraciadamente, Mons. Benigni, exagerando, con un poco de resentimiento, se volvió también contra De Lai, que según él, en el Cónclave de 1922, ‘para conservar su puesto, se había mostrado condescendiente’ (ASV, Fondo Benigni, 59, f. 71)*” (primera parte). “*Benigni, tras la muerte del papa Sarto, se vio “traicionado” por casi todos los que le habían protegido, en 1922 llegó incluso a disgustarse con el Cardenal De Lai, que siempre había sido su amigo y protector incluso bajo el pontificado de Benedicto XV, escribiendo amargamente: ‘De Lai Gaetano: bajo Pío X muy combativo en la lucha antimodernista, luego cedió para conservar su puesto. Carente de fondo, impresionable, violento, cambiante, ambicioso hasta la intriga...’ (ASV, Fondo Benigni, b. 59, carta de Benigni a sus colaboradores franceses de febrero de 1922). Ahora bien, si se puede admitir que Benigni después de 1914 tuvo la oposición de algunos prelados de mentalidad más moderada en cuanto a la manera de gobernar la Iglesia, es difícil seguirle en sus acusaciones contra Merry del Val (desde 1911) y De Lai (desde 1922). No se puede negar, por tanto, que tras la muerte de Pío X hubo un ‘caso Benigni’, caracterizado por una frustración creciente y un rencoroso abatimiento, que le llevaron a una crítica excesiva y poco generosa, pero ello no da derecho a condenar in toto la labor del S.P., la lucha antimodernista y la producción académica de Mons. Benigni.*

Tampoco debemos creer que Benigni estuviera ‘aislado’ en su oposición crítica a la orientación gubernamental más moderada de Benedicto XV. Muchos de sus colaboradores pensaban como él. Emile Poulat, seguido de Nina Valbousquet, citan el caso del Abbé Paul Boulin, que superó incluso a Benigni en términos de ardor polémico (N. VALBOUSQUET, op.

cit., pág. 453). También el Cardenal Pío Boggiani, orgulloso antimodernista y enemigo del Partido Popular, apoyó a Benigni durante el pontificado de Benedicto XV (*ibíd.*).

De las relaciones entre Mons. Benigni y el Cardenal Merry del Val (especialmente durante el pontificado de Pío X) ya hemos hablado, a propósito del alejamiento de Mons. Benigni de la Secretaría de Estado en 1911: para el P. Nitoglia esta decisión es la prueba de un juicio negativo de Merry (y de San Pío X) sobre Mons. Benigni ya desde esa fecha, mientras que hemos demostrado que esta conclusión es completamente infundada. Es cierto que hubo valoraciones diferentes entre el Secretario de Estado de Pío X y Mons. Benigni, que consideraba a Merry del Val demasiado tímido y temeroso (*La Peur*, el temor), como en el caso del proceso Beilis (en este caso temeroso de la comunidad judía de Londres) ⁽²¹⁾, o como en las cuestiones de Alemania (hemos hablamos de ello). Emile Poulat examina en profundidad ⁽²²⁾ las convergencias y divergencias entre ambos hombres: “*no es en la evaluación de los acontecimientos, sino en la manera de tratar los asuntos donde se opusieron, y con dureza*”. Pero Poulat no data estas dificultades desde 1911 (cuando Benigni abandonó la Secretaría de Estado) sino desde febrero de 1912 (cuando Benigni quiso cerrar *La Correspondance de Rome*, y pospuso esta decisión a enero de 1913 a petición del propio Pío X y de Merry del Val). Merry del Val, también él diplomático de la escuela rampolliana, de familia inglesa, cercano a los jesuitas, no era lo suficientemente decidido, según Benigni, a la hora de aplicar la política de San Pío X. El juicio benévolo (a diferencia de aquel sobre De Lai) que Benigni emitirá sobre el cardenal anglo-español en vísperas del cónclave de 1922, demuestra que la opinión de fondo no había cambiado, incluso si la colaboración y el entendimiento entre los dos continuaron: “*Hipotéticamente ‘papable’ en caso de elección de un Papa extranjero. Retomaría la política de Pío X, pero con muchas atenuaciones*”. En estas pocas palabras podemos resumir todas las consonancias (“*retomaría la política de Pío X*”) y las disonancias (“*pero con muchas atenuaciones*”) entre Merry y Benigni. La opinión mucho más severa expresada sobre el Cardenal De Lai, siempre en el marco de la lista habitual de electores para el próximo cónclave, es sin duda una expresión de la decepción causada por el cardenal veneciano, en el cual Mons. Benigni se había apoyado sobre todo al final del pontificado de Pío X y durante el comienzo del de Benedicto XV. En el juicio con motivo del cónclave de 1922 (referido sólo a algunos de sus corresponsales, y no público), Benigni elogia la actividad de De Lai bajo Pío X: “*bajo Pío X muy reaccionario en la lucha antimodernista*”. Sigue la crítica: “*después, cediendo para mantener su puesto*”; ¿es de extrañar en un hombre de curia? Benigni continúa con juicios sobre el carácter y la personalidad del próximo elector del Papa: “*sin fondo, impresionable, violento, cambiante*”, escribe el P. Nitoglia. Benigni escribe en francés: “*peu de fond*”, y efectivamente la preparación cultural no era excepcional: del Cardenal Billot, sin embargo, escribirá: “*excelente teólogo*”. “*Impresionable, violento, cambiante*”, son rasgos del carácter; de su amigo (de Benigni) Billot dirá igualmente: “*muy nervioso e impresionable*”. ¿Era un juicio acertado? No me corresponde a mí decirlo, ni afirmarlo, ni descartarlo. El propio P. Nitoglia escribe (sobre Benigni): “*nadie está libre de mancha*”, y se permite juzgarlo severamente. Benigni concluye: “*poco estimado como hombre de gobierno, muy trabajador, muy ambicioso hasta la intriga. No papable*”; de estos cuatro juicios, el P. Nitoglia sólo menciona uno (muy ambicioso), sin señalar siquiera al lector la omisión de los otros (incluido un elogio: muy trabajador) ⁽²³⁾. Círculos próximos a los fieles del Padre Pío (Brunatto), también tradicionalistas (Pagnossin), han formulado otras críticas al Cardenal De Lai por su amistad con Mons. Gagliardi, obispo de Manfredonia y primer perseguidor del Padre Pío (lo que no prueba que el cardenal veneciano, a quien estimamos y veneramos, estuviera al corriente de las faltas del prelado de Manfredonia).

El mismo P. Nitoglia admite, pues, que Mons. Benigni no estaba tampoco entonces aislado ni siquiera en el Sacro Colegio: y cita el caso del Cardenal Boggiani. ¿Era también él rencoroso y fariseo? Nos gustaría saberlo. Pero ya que hemos dejado la doctrina para volver a la psicología, quisiera concluir con algunas observaciones sobre la de Mons. Benigni. Emile Poulat la estudia detenidamente en su biografía intelectual de Benigni (por ejemplo, págs. 25-55 y 469-479, al principio y al final de la historia). El hombre al que Gramsci juzgaba “*de gran capacidad teórica y práctica, y de una actividad increíble*” (pág. 44) es, sin embargo, una de esas personas de las que “*cualquiera se siente autorizado a decir cualquier cosa*” (pág. 42). Es bien sabido el recuerdo que Benigni tenía de su alumno Buonaiuti: como él era idealista, y Benigni seco y cínico, hasta el punto de comparar la historia de la humanidad con unas náuseas. ¿Y no era su lema: *nec spe nec metu*? [sin esperar una recompensa, sin miedo a las consecuencias - nota del traductor] (24). Sus enemigos le acusaron de arribismo e incredulidad: pero, ¿qué arribismo es el de un importante miembro de la Secretaría de Estado destinado a la púrpura que pide él mismo ser retirado de su cargo? ¿Y qué arribismo es el de alguien que, fiel a la línea de Pío X, siguió siéndolo incluso cuando ésta fue abandonada? Incrédulo no, escribe Poulat, sino “*anantrópico*” [o no antrópico, o no antropocéntrico, no centrado en la persona humana - n.d.t.]. Creía en Dios, pero, a diferencia de Pablo VI que tenía el “*culto al hombre*”, Mons. Benigni no creía en el hombre. Su “*historia santa sin aureola*” (este es el título del capítulo VII del Poulat) no hace concesiones a nadie, o casi, y sus confidencias (ver la correspondencia con su amigo Faloci-Pulignani) nos muestran que no hizo concesiones ni siquiera a sí mismo. En un ambiente en el que la hipocresía es a menudo inevitable (falsa humildad, falsa caridad), Mons. Benigni habló claro y dijo lo que pensaba. Un defecto, a veces, que es sin embargo la otra cara de una gran virtud.

El *Sodalitium* y su obstáculo. Los obispos y el “episcopalismo”

El hecho es, sin embargo, que, como se ha dicho, las relaciones entre el Cardenal Merry del Val y Mons. Benigni se hicieron menos fáciles, aunque más tarde las relaciones volvieron a ser buenas, y Mons. Benigni llegó a sospechar que el repentino final del cardenal, durante una banal operación quirúrgica, fuera en realidad un asesinato (25); el 6 de marzo de 1912, el Cardenal Merry del Val, por ejemplo, tomó la defensa de Mons. Benigni frente al nuncio en Alemania, contra las habituales y atroces calumnias (26). Mons. Benigni llamó al Cardenal Merry del Val “*La Peur*” (el temor), ya que el Secretario de Estado tuvo que tener en cuenta todas las presiones que le ejercían los Estados (por ejemplo, la Francia de Briand, o Alemania, como ocurrió tras la encíclica sobre San Carlos), los lobbies (como el judío, con motivo del caso Beilis, un proceso por homicidio ritual) y, sobre todo, los obispos. Los procesos de canonización de Pío X (en particular, la famosa *Disquisitio*) relatan la correspondencia entre Pío X y el Cardenal arzobispo de Mi-

El Papa San Pío X y su secretaría privada



lán, Ferrari (del cual Juan XXIII introducirá la causa de beatificación, concluida por Juan Pablo II, para “descanonizar” a Pío X). De esta correspondencia se desprende claramente la sordera del cardenal ambrosiano ante las palabras de Pío X, y la gravedad del choque entre ambos, precisamente en torno a la cuestión del modernismo. No en vano Pío X le dijo a Mons. Archi, obispo de Como (uno de los pocos que le eran más fieles) estas amargas palabras: *“De gentibus non est vir mecum”* (no hay nadie conmigo) para expresar su soledad (POULAT, *Intégrisme...*, págs. 100-101). En su último discurso en el consistorio, el Papa expresó su angustia con estas significativas (y proféticas) palabras: *“¡Oh! ¡Cuántos marineros, cuántos pilotos y, Dios no lo quiera, cuántos capitanes, enfrascados en las noticias profanas y en la ciencia mentirosa de la época, en lugar de llegar a puerto, han naufragado! En medio de tantos peligros, en cada contingencia, no he dejado de hacer oír mi voz para llamar a los desorientados, para informar de los daños y para mostrar a los católicos el camino a seguir. Pero no siempre, ni por todos, mi palabra fue bien entendida e interpretada, aunque clara y precisa. En efecto, no pocos, siguiendo el ejemplo fatal de los adversarios, que esparcieron cizaña en el campo del Señor para traer confusión y desorden, no tuvieron reparo en darle interpretaciones arbitrarias, atribuyéndole un significado completamente contrario al pretendido por el Papa y considerando como sanción el silencio prudente”* (27). *“El discurso que el Santo Pontífice dirigió a los nuevos cardenales fue explícita y abiertamente favorable a los llamados “católicos integristas”, como escribe Mons. Benigni a los miembros del Sodalitium Pianum el 29 de mayo siguiente. El propio Pío X lo dijo al historiador Von Pastor, al recibirlo en audiencia privada el 30 de mayo: “**Hablé claro, poniéndome del lado de los Integristas, puse explícitamente el acento en la fide integrada**”. Al día siguiente, Von Pastor anotó en su diario: “La alocución del 27 de mayo es una clara advertencia a todos los obispos que se han pronunciado contra la tendencia integrista. No hay duda sobre el dolor que causan al Santo Padre y el daño que harán a la causa católica. El discurso es también una demostración enérgica a favor de la prensa integrista e intransigente”*.

San Pío X –lejos de creer que el modernismo había desaparecido y que lo había vencido– lo vio crecer amenazante, no solo entre los simples marineros o pilotos, sino entre los propios capitanes de la barca eclesiástica. Un modernismo que, abandonando por el momento las cuestiones dogmáticas, demasiado peligrosas, se convirtió en modernismo social para sobrevivir, defendiendo la no confesionalidad de partidos, sindicatos y asociaciones” (28).

Es sólo por no entender este punto, tan simple como importante, que el P. Nitoglia puede escribir (novena parte), comentando y criticando al S.P. en la implementación de su programa:

*“Habiendo establecido esta premisa, para distanciarme tanto de los modernistas como de los **neofariseos**, paso a exponer los puntos que me dejan perplejo en cuanto a la discordancia entre decir y hacer, entre el programa y la acción del S.P. (...).*

4º punto) ‘Veneramos y seguimos a los obispos, puestos por el Espíritu Santo para dirigir la Iglesia’.

Ahora bien, a menudo, ya bajo el pontificado de Pío X, Mons. Benigni entró en conflicto con muchos obispos, por no hablar de las disputas que tuvieron lugar con ellos durante los pontificados de Benedicto XV y Pío XI, también ellos considerados por él como Papas ‘liberales’”.

Aparte de la gravedad de la etiqueta de “neofariseos” atribuida a los católicos integristas, no llego a comprender cómo se pueda no captar la diferencia entre el **principio** (debidamente reconocido) del papel jerárquico del obispo y el **hecho** (especialmente en tiempos de crisis) de un obispo que falta más o menos gravemente a su papel, protegiendo a los modernis-

tas y cerrando los ojos a la difusión del modernismo en su diócesis. Durante la crisis protestante, muchos obispos e incluso cardenales fueron juzgados como herejes bajo los pontificados de Pablo IV y San Pío V (y en cambio, absueltos bajo, por ejemplo, Julio III y Pío IV); frente a la crisis modernista, los medios disponibles para San Pío X ya no eran –desafortunadamente– los de Pablo IV y San Pío V: el *Sodalitium Pianum*, como hemos visto, en nombre de Pío X y Merry del Val, podía actuar sólo en secreto, y no a la luz del día, dentro de ciertos límites, y no libremente, sin que la Secretaría de Estado no sintiera el deber de sacrificar en público a quienes continuaron apoyando entre bastidores. Volviendo a la cuestión del alejamiento de Benigni de la Secretaría de Estado, el P. Nitoglia, por ejemplo, escribe (sexta parte):

“Guido Aureli (op. cit., pág. 187) luego narra la historia del alejamiento de Mons. Benigni de la Secretaría de Estado en 1911, atribuyéndola a una maniobra llevada a cabo por obispos alemanes (considerados por él casi todos modernistas) contra la Encíclica de Pío X sobre San Carlos Borromeo (Editæ Sæpe, 26 de mayo de 1910), con motivo del tercer centenario de su canonización, que despertó una amarga controversia especialmente en Alemania por las críticas hechas a los cabecillas del protestantismo alemán, definidos por San Pío X como “falsos reformadores y enemigos de la Cruz de Cristo, hombres dedicados a las pasiones y los vicios”, a quienes el Pontífice contrastó con San Carlos como un verdadero reformador y amigo de la Cruz de Cristo. Ahora bien, dado que “el oponente más feroz del modernismo alemán” (op. cit., pág. 188) había sido Mons. Benigni, los obispos alemanes exigieron su cabeza al Vaticano a cambio de cesar su oposición a la Encíclica Editæ Sæpe. En cambio, Valbousquet, en la primera parte de este ensayo (op. cit., pág. 160), nos había mostrado cómo la renuncia de Benigni había sido solicitada por Merry del Val y por el propio Pío X, debido a una grave imprudencia por parte del monseñor de Perusa, que había dañado las relaciones diplomáticas de la Santa Sede”.

También en este caso, el P. Nitoglia sigue la opinión de Valbousquet (¡o lo que atribuye a Valbousquet!) ⁽²⁹⁾ y no la de Guido Aureli, periodista cercano a Mons. Benigni. Es una lástima que Emile Poulat, sobre esta encíclica antimodernista que provocó las reacciones más violentas de los gobiernos alemán y holandés, hasta el punto de amenazar con romper relaciones diplomáticas con el Vaticano, nos dé esencialmente la misma versión que la de Aureli y no la que el P. Nitoglia atribuye a Valbousquet: la mayoría de los obispos alemanes (tendencia de Colonia, bachemita, es decir, demócrata-cristiana) se sirvió del gobierno para obtener para los profesores de teología de la universidad una exención del juramento antimodernista, y el “alejamiento” de Benigni ⁽³⁰⁾.

Puede decirse, por tanto, que uno de los principales escollos a la actividad del S.P. y de los católicos integristas en general, ya bajo Pío X, y en el fondo también el principal obstáculo al gobierno y a las propias directrices de Pío X, fue el llamado “episcopalismo”. El término ‘episcopalismo’ –escribe un historiador muy ácido contra los integristas, Maurizio Tagliaferri– parece atribuirse a Mons. Archi, obispo de Como, que lo habría inventado en una carta pastoral. El verdadero heraldo, contra esta nueva expresión del modernismo, fue Andrea Scotton, con una serie de artículos recogidos más tarde en un folleto de unas 200 páginas. El término ‘episcopalismo’ designaba a aquellos sacerdotes o laicos católicos que estaban con el obispo vecino para escapar a la obediencia del papa lejano. En este sentido, algunos obispos más integristas habían publicado cartas pastorales y hecho homilías”, como Mons. Archi de Como y Mons. Volpi de Arezzo. La actitud práctica incluía también un error doctrinal, como escribió el obispo de Como: “Haciendo, según ellos, papas (craso error teológico) a los obispos, alteran el orden jerárquico e incurren en las más funestas consecuencias” ⁽³¹⁾ (como sucedería más tarde con la doctrina sobre el origen de la jurisdicción del obispo y aún más con la doctrina sobre la colegialidad episcopal en *Lumen Gen-*

tium). Tagliaferri objeta, como objetaron en su momento los obispos que obstaculizaron a San Pío: “*Detrás de la coartada de la lucha contra el episcopalismo se legitimaban ciertos ataques contra los obispos*” (ibíd.). Frente a estos ataques, escribe Tagliaferri, “*la Santa Sede se limitó a algunas amonestaciones anodinas*” sin “*ninguna desautorización pública. (...) La autoridad de los obispos se vio frustrada*” (pág. 180). Sólo cuando los obispos fueron respaldados por sus respectivos gobiernos, como en Alemania, las críticas tuvieron que ser más prudentes, so pena, como hemos visto, de “incidentes diplomáticos” que no podían dejar indiferente al Secretario de Estado.

Apéndice: reproches paternos

Por una vez entonces, Tagliaferri escribe bien: “*leves advertencias*”, “*sin ningún desmentido público*”. En privado, o en todo caso con discreción, Pío X no dejó de reprender a uno u otro de los combativos escritores antimodernistas. ¡Ellos mismos lo reconocieron abiertamente! Léanse los testimonios de la propia *Disquisitio* (cito la edición francesa), como el artículo de Don Gottardo Scotton al admitir sus excesos (*Confiteor*, pág. 198) o la carta muy apenada de su hermano Don Andrea a San Pío X (pág. 199). A este respecto, el texto más interesante es la carta de Don de Töth al commendatore G. B. Ferrata, abogado de la Causa de Beatificación, del 4 de abril de 1950, en la que Don de Töth demuestra la firmeza del Siervo de Dios para corregirlo cuando era necesario, hasta el punto de alejarlo de la dirección de *L’Unità Cattolica*, donde el mismo Papa lo había colocado: “*habiendo superado los límites que imponían una justa reserva y un celo necesario, me alejé de la dirección del periódico donde me había colocado al comienzo*”. “*De Él –continúa la carta– y de su actitud, quiso que aprendiéramos el respeto debido a las personas investidas de autoridad en la Iglesia, en particular a los obispos, mostrándose siempre muy celoso de su honor*”. Pero su “*severidad –escribe nuevamente Don de Töth– dándome siempre a conocer mejor al Pontífice, me hizo amarlo aún más*” (pág. 143). Dulces reproches, por tanto, y paternales. De hecho, sabían que San Pío X compartía sus batallas, y también sus temores respecto a muchos obispos: así lo demuestra la propia *Disquisitio* sobre el Cardenal Ferrari (págs. 202 y siguientes): si San Pío X reprochó a *La Riscossa* o a *L’Unità Cattolica* los escritos públicos que podrían desacreditar al cardenal, luego, escribiendo a este último, le expresó que compartía plenamente, *et ultra*, sus temores y sus quejas, que el Cardenal Ferrari persistía en no querer comprender; los acontecimientos que contaremos sobre la diócesis de Bérgamo lo demuestran aún más. Si hubo algún reproche a Scotton (a quien Pío X conocía bien desde hacía mucho tiempo), a de Töth, a Don Boccoardo (pág. 149), a Don Cavallanti, no hubo ninguno para Mons. Benigni (al menos por parte de San Pío X; de las desavenencias con el Cardenal Merry, que llevaron al cierre voluntario de *La Correspondance de Rome*, hemos hablado), esto se debe a que el prelado de Umbría actuó de manera más hábil y discreta. Las preocupaciones de quien debía dirigir a toda la Iglesia no eran exactamente las de un periodista polemista; pero sí la concordia y la armonía del pensamiento. Y esto lo sabían bien los católicos integristas.

Un ejemplo: la acogida de la *Pascendi*

Los obstáculos puestos por el episcopado y los superiores de las órdenes religiosas a la acción antimodernista de San Pío X son innumerables. Un ejemplo entre muchos: el de la acogida de la Encíclica *Pascendi Dominici Gregis*. Este es el tema de un estudio titulado *La acogida y aplicación de la Encíclica Pascendi* (32). El título de una de las contribuciones al volumen, de LOUIS-PIERRE SARDELLA, es todo un programa: “*La répression du modernis-*

me. Une priorité toute relative pour les évêques français (1908-1914)” [La represión del modernismo. Una prioridad muy relativa para los obispos franceses]. Entre las medidas prácticas para la represión del modernismo, la Encíclica *Pascendi* preveía el establecimiento en cada diócesis de un consejo de vigilancia, y el envío anual y luego trienal a la Santa Sede, por parte de los obispos, de un informe sobre la aplicación de estas medidas, una decisión confirmada y especificada por el m.p. *Sacrorum Antistitum* de 1910. “*Varios obispos – escribe Alejandro Diéguez (33) – no parecen haber interpretado estrictamente la obligación del informe Pascendi*” (pág. 28): nada envió el obispo de Cremona, la convicción del ordinario de Wurzburg era escasa “*sobre la utilidad de la operación*” (pág. 28), un obispo brasileño omite el informe: no hay rastro de modernismo (pág. 29). Los obispos orientales piden exenciones del juramento antimodernista. Dos obispos irlandeses no ven rastro del error y piden exenciones. Sardella a su vez escribe (en francés) (34): “*el modernismo no era la obsesión de un buen número de obispos franceses*” (pág. 36): en otras palabras, no estaban interesados en eso. Muchos obispos franceses ni siquiera han respondido (pág. 41); muchos de los que responden “*no tienen nada que informar*” (pág. 42). El obispo de Troyes señala que no hay modernistas, por lo que la reunión del consejo de vigilancia fue sin objeto: ¿qué sentido tiene continuar? (pág. 43). Los Consejos –cuando existen– se ocupan de otras cosas. Algunos obispos se niegan a prestar juramento a su informe (pág. 44). Muchos otros hacen poco y nada (pág. 46): “*la impresión predominante es que la actividad inquisitorial era modesta, tanto porque no tenía razón de existir, como porque los obispos sabían ser razonables en la represión, y porque los eclesiásticos cercanos a las nuevas ideas decidieron no exponerse innecesariamente (...) Para la mayoría de los obispos es evidente que ningún sacerdote y a fortiori ningún fiel ha apoyado los errores denunciados en la encíclica*” (pág. 47). A los muchos ejemplos citados de pseudo ausencia de modernismo, Sardella añade el ejemplo del obispo de París, Amette, para quien “*ya en noviembre de 1908 ha pasado el grueso de la tormenta*”: *requiescat* [descanse] el modernismo... ¡y que duerman los Pastores! En cuanto a los seminarios, “*todos los obispos son garantes de la ortodoxia de los profesores que ellos mismos han nombrado*” (pág. 50). Pocos profesores son despedidos, “*sin duda porque los obispos no están dispuestos a hacer uso de medidas extremas*” (pág. 51). Hay cierta preocupación por los seminaristas que son seguidores de *Le Sillon* (págs. 53-54), pero incluso aquí “*los obispos quieren creer que es suficiente que el Papa hable para que todo vuelva al orden*” (pág. 55). No me detendré en ello y llego a la conclusión de Sardella: “*los obispos franceses, por lo que pueden ser juzgados por sus informes, no han puesto realmente la lucha contra el modernismo en el centro de sus preocupaciones*” (pág. 69). Raffaella Perin se ocupa de los informes de los obispos italianos (35): hay 47, mientras que deberían haber sido 546 (pág. 122). El obispo de Casale no vio modernistas en el clero, mientras que él mismo los protegió (págs. 127-128), como el obispo de Vicenza, Rodolfi. Los obispos de Rávena, Pisa, Milán y Bolonia pidieron indulgencia para el partido murriano (págs. 129-130); el obispo de Concordia intervino a favor del vicerrector, que había sido destituido por su apoyo a Don Murri (pág. 131); en su diócesis era murriano el futuro Cardenal Celso Costantini. Fiel a Pío X era Mons. Volpi, obispo de Arezzo: “*en 1917 el excesivo antimodernismo del obispo de Arezzo sería la causa de que Benedicto XV enviara un visitador apostólico...*” (pág. 136). Tal vez porque el obispo había escrito de su preocupación por los artículos de *La Civiltà Cattolica* al general de los jesuitas y de *L’Avvenire* al obispo de Bolonia... ¡el futuro Benedicto XV! (pág. 137). El obispo de Perugia, Mattei Gentili, fue en cambio depuesto por Pío X en 1910. Retrasado en hacer su informe estaba el Cardenal Ferrari, cuyo “*proyecto pastoral no coincidía con el dictado por el pontificado de Pío X*” (pág. 138). “*Entre los ordinarios que no enviaron informe destacan algunos nombres importantes: el ya mencionado de Mattei Gentili, arzobispo de Perugia, y el de Pietro Maffi,*

arzobispo de Pisa, Geremia Bonomelli, obispo de Cremona” (pág. 152). “Una última observación general se refiere a la negación por parte de los prelados italianos de la presencia del modernismo en sus diócesis” (pág. 154). ¿Había la *Pascendi* golpeado a un fantasma?

Un ejemplo: el caso de *La Vigie*. “El monstruoso sabotaje de las directivas pontificias”

Un ejemplo entre muchos de las dificultades de aplicación de las disposiciones de San Pío X en materia de modernismo nos viene del caso de *La Vigie*, periódico católico integrista de París controlado por el *Sodalitium Pianum*. El asunto es relatado por Louis-Pierre Sardella (en las antípodas de nuestro pensamiento) en el artículo “*L’affaire de ‘La Vigie’. Le cardinal Amette suspect d’indulgence pour le modernisme*” (36).

San Pío X sabía que la condena doctrinal del modernismo no daría fruto sin una acción concreta contra los modernistas; por ello previó instrumentos prácticos para hacer cumplir esta acción, como el juramento antimodernista (no por casualidad suprimido por Pablo VI), las visitas apostólicas y, en cada diócesis, los consejos de vigilancia. El fracaso de estas medidas se debió a que los responsables no siempre aplicaron estos medios, o a veces los aplicaron al revés. Ya he hablado de la farsa del juramento antimodernista realizado por Buonaiuti, Vannutelli, Turchi y Motzo en la capilla privada del Card. Gasparri en 1916, calificado por Mons. Benigni de “*comedia sacrílega*” (37). El artículo de Sardella nos muestra cómo los “*consejos de vigilancia*” deseados por el Papa contra los modernistas fueron aplicados, o más bien contra-aplicados, incluso en tiempos del intachable Pío X (¡y no digamos después!).

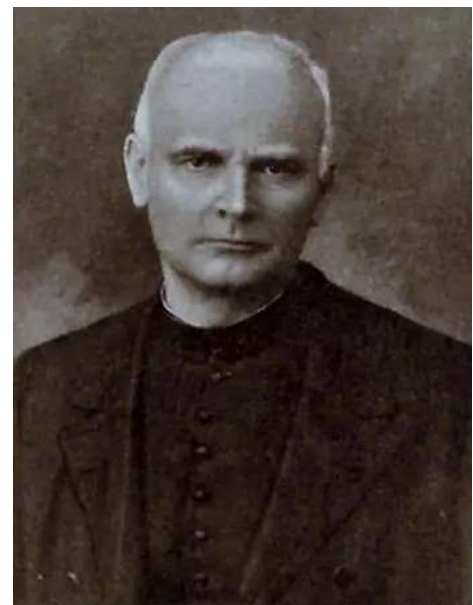
El episodio en cuestión ocurrió en los últimos meses del pontificado de San Pío X. El 5 de enero de 1914, la revista jesuita francesa *Études* (Padre de Grandmaison) publicó un artículo contra los “católicos sin mandato” (en este caso, *La critique du libéralisme* del Abbé Barbier) a los que acusaban sin tener autoridad para ello. El ataque de los jesuitas sirve para defender la *Action Populaire*, dirigida en Reims por el Padre jesuita Gustave Desbuquois, y que corría el riesgo de ser condenada en Roma: era la última gran batalla de Pío X, la del sindicalismo y contra lo que Pío XI llamaría el “modernismo social”. Al ataque de *Études* respondió no sólo *La critique du libéralisme*, sino también *La Vigie*, dirigida por Henri Merlier con el Abbé Boulín, dos miembros del *Sodalitium Pianum* (8 y 12 de febrero). El problema es que *La Vigie* se imprime en París (el futuro Cardenal Baudrillart es su censor eclesiástico), gobernado por el Cardenal Amette (que ya había intentado suprimir *La Vigie* sacando al Abbé Boulín de París en diciembre de 1912 y haciéndolo volver a la diócesis de Troyes en enero de 1913) (38). El 13 de marzo, a petición del célebre Padre Tanquerey, el consejo diocesano de vigilancia, querido por San Pío X para luchar contra el modernismo, interviene para tomar partido... ¡contra los antimodernistas de *La Vigie*! El arzobispo de París, Card. Amette, envió a Baudrillart a amonestar a Merlier: ¡*La Vigie* merecía una “severa reprimenda” episcopal por haber criticado a quienes gozaban de la confianza del episcopado! Notificado por los de *La Vigie*, Mons. Benigni (erróneamente calificado por Sardella como todavía miembro de la Secretaría de Estado) interviene con una larga carta al Card. De Lai. Para el prelado de Perusa, el caso Amette-Vigie es emblemático: “*El presente caso no sólo es grave en sí mismo, sino que es la señal gravísima de toda una situación. Ahora una cosa es evidente: el monstruoso sabotaje directivas pontificias por parte de la coalición demoliberal y modernista y sus cómplices superiores e inferiores*”. La carta de Benigni no se limita a afirmar, sino que continúa demostrando, enumerando al menos once casos en los que el cardenal y sus órganos habían elogiado, protegido o hecho como si nada, cuando en cambio deberían haber intervenido contra asociaciones o autores incluidos en el *Índex* o condenado de otro modo por otros obispos o por la propia Roma; lo bueno es que uno de

ellos era miembro del propio consejo de vigilancia y otro del consejo episcopal. El Cardenal De Lai tomó su pluma el 25 de abril, quejándose de que el consejo de vigilancia... no había vigilado a los modernistas (retoma todos los casos relatados por Benigni) y había vigilado cuando no debía hacerlo, es decir, contra *La Vigie*. Mons. Baudrillart se informa en Roma: el Card. Merry apoya la carta de De Lai, por lo que el propio Papa así lo cree. Cuando el consejo de vigilancia se reúna el 6 de mayo, el Card. Amette se siente herido: ¿quién será el pastor que no vela como debería? Preparó entonces una nueva carta a Roma (15 de mayo) que acompaña a un escrito del Consejo, en el que se reitera que *La Vigie* actuó contra la caridad, la justicia y la verdad, mientras que la diócesis vigilaba cuidadosamente contra el modernismo (el de Loisy, ahora “quemado” y excomulgado). Mons. Baudrillart intenta distanciarse y al mismo tiempo aconsejar prudencia a Roma. Una segunda carta, más “diplomática”, del Card. De Lai (30 de mayo) da satisfacción al “muy vigilante” Card. Amette, pero sólo en la forma: en el fondo del asunto se reitera que el consejo de vigilancia se equivocó al intervenir contra *La Vigie*, que, como se indica en la carta anterior, habría sido una excelente ayuda para el consejo de vigilancia. Mientras tanto, Mons. Benigni pone el dedo en la llaga: son los obispos quienes sabotean las directivas de San Pío X. Con este fin, todos los párrocos de París recibieron una publicación de las cartas entre Pío IX y el entonces arzobispo de París Darboy, en las que el muy liberal arzobispo parisino reprochaba al Papa por ocuparse de su diócesis, que era de su exclusiva competencia: un buen ejemplo de galicanismo. Uno de los acusados por *La Vigie*, el Abbé Letourneau, pidió entonces nuevas medidas contra las “odiosas insinuaciones”: la prudencia de Amette primero, la muerte de Pío X y luego la guerra y sus consecuencias, las hicieron inútiles. Bajo un nuevo pontificado, ya no habrá nadie que pueda proteger a los herederos de *La Vigie* y a los católicos integristas de París. La actitud del Cardenal Amette (“conocido por sus simpatías liberales y su moderatismo político”, POULAT, *Intégrisme...* pág. 262) había intentado poner fin a *La Vigie* “desde su primera edición”, en diciembre de 1912, haciendo llamar al Abbé Boulin a su diócesis de Troyes, donde fue nombrado párroco de 155 almas (págs. 261-263), enviándolo “a Siberia” (pág. 522). *La Vigie*, “órgano católico romano integrista”, salió por primera vez el 5 de diciembre de 1912 (director: Henri Merlier). Recibió la bendición apostólica de Pío X el 26 de marzo de 1913. El último número salió el 6 de agosto de 1914, pocos días antes de la muerte de San Pío X.

También en Alemania: informe sobre el modernismo sirve para atacar a los antimodernistas

El mismo fenómeno que se encuentra en Italia y Francia se puede ver en Alemania: el modernismo no existe, mientras que los obispos están alarmados por el peligro integrista. Un ejemplo entre todos: el del arzobispo de Colonia, el Cardenal Fischer. Francesco Tacchi escribe: “Para movilizarse a favor de los sindicatos cristianos (o interconfesionales, compuestos por católicos y protestantes - nota del autor), y más en general por todos los sujetos asociados por los integristas a la ‘Kölner Richtung’ (escuela de Colonia, n.d.a.), fue también el arzobispo de Colonia, Anton Fischer. En diciembre de 1911 envió a Pío X un largo informe de acuerdo con la ‘Pascendi’ sobre su importante diócesis: el comienzo estaba obviamente dedicado al modernismo, que según el cardenal no

El Padre de Grandmaison S.J.





El Cardenal Gaetano De Lai

se encontraba en Colonia en la forma descrita por la encíclica, pero por lo demás el informe constituía una defensa ferviente de los 'christliche Geverschchaften' (sindicatos cristianos, n.d.a.), de la 'Kölnische Volkszeitung', del 'Volksverein' y del 'Zentrum'. Fischer rogó al Papa que no diera crédito a las observaciones del reciente libro de Weiss (Albert Maria, dominico, n.d.a.) sobre los católicos alemanes en general y la diócesis de Colonia en particular, y que confiara en su forma de relacionarse con la 'Kölner Richtung'; rechazó por ser demasiado severa y no acorde con la verdad la acusación de liberalismo y modernismo dirigida a la 'Kölnische Volkszeitung', que garantizó vigilar también en el futuro; impugnó que la herejía modernista fuera legítimamente comparada también con el 'Volksverein' y sus líderes; finalmente, estigmatizó con vehemencia a aquellos católicos que denunciaban una desviación del 'Zentrum' de los principios profesados por la Iglesia, y en este sentido aludió al 'Osterdiens-

tagskonferenz' de abril de 1909. Para el cardenal era una locura disipar la fuerza del 'Zentrum', baluarte de los católicos alemanes en la escena política (...). En la última parte del informe, entonces, el arzobispo de Colonia llamó la atención del Papa sobre la prensa integrista publicada fuera de Alemania, culpable en su opinión de haber agravado las tensiones en el catolicismo alemán: el dedo apuntaba a 'L'Univers' de París, 'De Maasbode' de Rotterdam, 'L'Unità Cattolica' de Florencia, los 'Österreichs katolisches Sonntagblatt' de Viena y, sobre todo, contra 'La Correspondance de Roma' de Mons. Benigni" (39). En Colonia como en París, la música episcopal es la misma; Roma cometieron un error: los ladrones no existen, mientras que toda la culpa es de la policía.

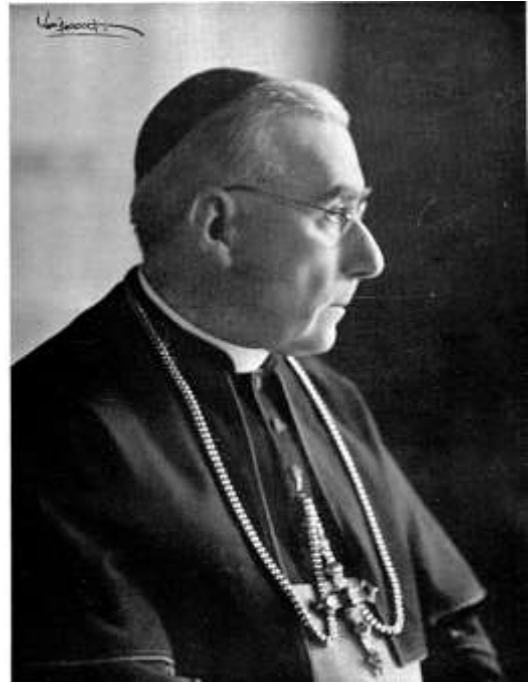
Un ejemplo: la diócesis de Vicenza y Mons. Rodolfi

El ejemplo de la diócesis de Vicenza es particularmente interesante, al menos por dos razones. Fue en esta diócesis donde se imprimieron dos de los periódicos intransigentes más conocidos, *Il Berico* y sobre todo *La Riscossa*, de los tres hermanos monseñores Scotton. Y de esta diócesis procedía el "hombre fuerte" del pontificado de Pío X, el Cardenal Gaetano De Lai, Secretario de la Congregación Consistorial (que se ocupaba de los obispos, los seminarios y las universidades). Dividida entre católicos intransigentes y liberales bajo Pío IX y León XIII, vio cómo continuaba la misma división entre católicos modernizantes y católicos integristas bajo Pío X. Esta terminología y estos contrastes, que serían mal vistos bajo Benedicto XV, fueron en cambio aceptados pacíficamente bajo Pío X, como atestiguan las propias cartas del Cardenal De Lai sobre el nuevo obispo de Vicenza, Mons. Rodolfi: "*Me temo que Mons. Rodolfi se inclina un poco hacia esa escuela de ideas amplias, democráticas, independientes, del tipo 'L'Unione', 'L'Avvenire', etc., una escuela que está muy extendida pero que no es bien vista por el Santo Padre y la Santa Sede (...). Desgraciadamente, el clero de Vicenza está dividido, un mal no de hoy, entre democráticos liberalisantes, o como se dice hoy modernizantes, y sacerdotes de la antigua fe*" (al arzobispo de Udine); "*De Lai retomó algunos conceptos cuyo significado había aclarado unos meses antes en*

una carta al Cardenal Maffi, arzobispo de Pisa. Por ‘escuela de ideas amplias’ entendía el conjunto de los ‘tibios’ en la defensa de la ortodoxia frente al ataque de los modernistas, en oposición a los ‘celosos’ denominados ‘escuela conservadora’” (40). El nuevo obispo Rodolfi es, según el propio De Lai, de la “escuela amplia”, un evidente discípulo del Card. Maffi, admirador del modernista Fogazzaro (cuyas obras figuran en el *Índex*), hasta el punto de que a su muerte escribió “un telegrama lamentable” (De Lai) elogiando al difunto. La diócesis había sido objeto de una visita apostólica (del P. Bresciani) bajo el obispo Farina, que había llevado al alejamiento de algunos sacerdotes sospechosos de modernismo. El nuevo obispo Rodolfi restituyó inmediatamente en honor, como vicario, como director espiritual del seminario, etc., a los sacerdotes sospechosos o alejados, mientras que solo reservaba amargura para con los sacerdotes intransigentes y su prensa, como *La Riscossa*, prefiriendo los periódicos que Pío X había prohibido o desaconsejado, entre ellos *L’Avvenire*. Tanto los Scotton como el obispo escribieron entonces continuamente a Roma para buscar apoyo en el enfrentamiento. El obispo acusó entonces no sólo a los Scotton, sino también a los propios Cardenales De Lai y Merry del Val: “En el caso vicentino, el peligro del auge de las ideas modernistas o modernizantes no sólo entre los laicos, sino especialmente entre el clero e incluso en la cúspide de la jerarquía católica constituyó un elemento disuasorio para la Santa Sede frente a las numerosas peticiones de Rodolfi para que desautorizara los modos y tonos de los intransigentes, para que desmintiera las acusaciones y sospechas que se cernían en las páginas de sus periódicos, para que le apoyara contra sus ataques. Mons. Rodolfi, como otros en aquellos años, afirmó su autoridad episcopal no sólo contra los abusos de ciertos sectores de su clero y de periodistas laicos, sino también frente a un centro (la Santa Sede) que hizo oídos sordos a sus peticiones de apoyo. En varias ocasiones, Rodolfi hizo saber a De Lai de su malestar por su reticencia a tomar medidas contra la prensa integrista. En una carta fechada el 13 de junio de 1913, Rodolfi se queja porque ‘él (De Lai) abandona al obispo de Vicenza a la ambición vulgar y retorcida de un Navarrotto y a la loca malicia de un Don Gottardo Scotton’. Y Rodolfi también se quejó del desinterés mostrado por De Lai ante el Secretario de Estado Merry del Val, que había remitido su recurso a la Consistorial. ‘(...) Ya en vano me había dirigido confidencialmente al Eminentísimo Cardenal De Lai, secretario de la S. C. Consistorial...’, entonces, concluye el obispo, ‘he pedido justicia a Su Eminencia el Cardenal De Lai y no la he hallado. Y luego recurrí a Vuestra Eminencia (...) y con dolor debo constatar que Vuestra Eminencia también me rechaza’. El secretario de la Consistorial no tomó partido por el obispo ni siquiera ante la acusación de **episcopalismo** lanzada contra Rodolfi por algunos boletines integristas a causa de la no concesión de la audiencia papal durante la peregrinación a Roma de abril de 1913 y el discurso que pronunció el Cardenal De Lai ante la delegación diocesana” (PERIN, págs. 658-662). Un texto del obispo decía “el obispo es de la Iglesia de Vicenza lo que es el Papa de la Iglesia Católica”: un texto acertadamente criticado por los Scotton, por el Cardenal De Lai y por el Papa, ya que éste también es ordinario en Vicenza, mientras que el obispo local no goza, ni siquiera en su diócesis, de todas las prerrogativas del Papa (pensemos en la infalibilidad). Luego, cuando el obispo promovió a los sacerdotes “democráticos” que Roma había alejado y quiso apuntar a aquellos sacerdotes o laicos cuyos periódicos eran fieles a Roma, el problema se volvió grave.

“Nadie que haya tomado la pluma para la defensa de Dios, nadie puede jamás, por ningún título, reclamar el mandato de entrar en el campo reservado a los obispos; y todavía menos considerar haber tenido, de alguna manera, la misión de denigrar a las personas” (PERIN, pág. 602): así escribió el moderado Mons. Rodolfi (moderado sólo con los filomodernistas) invocando su autoridad; y para ahogar a *Il Berico*, dio mandato a la Banca Cattolica Vicentina para que dejara de proporcionar subsidios; Roma tuvo entonces que inter-

venir escribiendo al director del Banco: “*El Santo Padre se ha enterado de que el loable periódico de esta ciudad, Il Berico, para cerrar su balance en equilibrio, necesitaría un subsidio anual de 5000 L. durante algunos años. Y me ha dado el agradable encargo –es el Card. De Lai quien escribe– de presentar esta necesidad a Su Excelencia y pedirle que la tome en benévola consideración como presidente de la Banca Cattolica Vicentina. Il Berico tiene el mérito, en medio de muchas dificultades, de haber procedido lealmente según las directivas pontificias, de haber mantenido en alto la bandera de la fe y de no haberse avergonzado nunca del nombre cristiano y católico. Mientras mantenga esta conducta, merece tanto la aprobación de la Santa Sede como el apoyo de los buenos y de las instituciones católicas. Es por estas razones que el Santo Padre quiere que Usted y el instituto católico que dirige, recomienden a Il Berico en sus necesidades*” (PERIN, págs. 613-614). Por lo tanto, Pío X y el Cardenal De Lai a veces debían reprender a sus amigos, por el profundo respeto en que tenían a la jerarquía y la autoridad; pero sin dejar nunca de recordar a estas jerarquías cuál era su deber y cómo habían fallado en él.



Mons. Ferdinando Rodolfi, obispo de Vicenza era un “moderado”

Un último ejemplo: la diócesis de Bérgamo (la del futuro Juan XXIII)

Podría seguir durante mucho tiempo rastreando los dolorosos ejemplos de negligencia episcopal en la lucha contra el modernismo, y en el “sabotaje” de las directivas de San Pío X a este respecto. Sin mencionar las diócesis transalpinas, y limitarnos a las italianas, ¿cómo olvidar el famoso enfrentamiento entre San Pío X y el Cardenal Ferrari, arzobispo de Milán? Ya he citado a Mons. Pagano, que cree que detrás de las críticas dirigidas al seminario milanés por la prensa intransigente y luego integrista, en el caso, particularmente *La Riscossa* de los hermanos Scotton⁽⁴¹⁾ y *L’Unità Cattolica* de Florencia, estaba el *Sodalitium* de Mons. Benigni. Lo mismo podría decirse de otras diócesis, como la de Cremona (Mons. Bonomelli, cuyo opúsculo anti-temporalista fue puesto en el *Índex*), la de Pisa (Cardenal Maffi), o incluso la de Bolonia del futuro Benedicto XV (protector del periódico *L’Avvenire*). Pero dejo al lector el placer de leer la *Disquisitio* del futuro Cardenal Antonelli, solicitada por Pío XII durante el proceso de beatificación y canonización de Pío X, que publica las cartas del Santo Pontífice al cardenal ambrosiano de las que se evidencia cómo los dos, una vez amigos, ahora tenían una visión completamente divergente sobre la crisis modernista. Los neomodernistas del Vaticano II lo vieron bien, y para reparar el “daño” causado por la canonización de Pío X, quisieron enérgicamente la beatificación del Cardenal Ferrari, otro “moderado” que debía de caer bien a nuestro crítico de Mons. Benigni⁽⁴²⁾. Me gustaría concluir esta lista tratando de un episodio ya conocido, pero sobre el cual –también en este caso– se ha añadido una copiosa documentación inédita. Se refiere a la situación de la diócesis de Bérgamo (una de las más ricas en vocaciones sacerdotales y religiosas) y, en particular, al enfrentamiento entre el propio obispo, Mons. Giacomo Radini Tedeschi, y el Padre Guido Mattiussi S.J., conocido como filósofo tomista y autor de las XXIV tesis de Santo Tomás aprobadas por la Sagrada Congregación de Estudios. La historia es tratada en

el interesante volumen de ERMENEGILDO CAMOZZI, *Il caso Mattiussi. La Chiesa di Bergamo tra modernismo e conservazione agli albori del ventesimo secolo* (Archivio Segreto Vaticano, 1911) ⁽⁴³⁾ que, con la publicación de documentos inéditos, actualiza la historiografía a este respecto (yo mismo la traté en la biografía de Juan XXIII, *el Papa del Concilio*, en *Sodalitium* n° 23, octubre-noviembre de 1990, págs. 2-11, *Il Papa del Concilio. Roncalli e il modernismo*). Leyendo el libro de Camozzi, completamente favorable al obispo de Bérgamo, y las sentidas cartas del mismo obispo, incluso el partidario más convencido del Padre Mattiussi corre el riesgo de ser atrapado por la duda: ¿no eran exagerados estos “integristas”? ¿Fue el Padre Mattiussi (amigo y partidario de Don de Töth, director de *L’Unità Cattolica*, de *Le Armonie della Fede* y de *Fede e Ragione*) también un “neofariseo” como Benigni? Pero las dudas se disipan como la niebla en el viento si se leen, en el mismo volumen, no tanto las respuestas diplomáticas del Cardenal De Lai, sino más bien la intervención decisiva y muy poco diplomática de San Pío X. El hecho es que Pío X estaba muy bien informado sobre la triste situación de la diócesis de Bérgamo, gracias a uno de sus hombres de confianza: el Conde Stanislao Medolago Albani ⁽⁴⁴⁾. Nacido en Bérgamo en 1851, hijo de una nieta de Joseph de Maistre, Medolago Albani fue considerado por León XIII “*un maestro del pensamiento social católico*” y llegó a ser presidente de la segunda sección de la *Opera dei Congressi* [Obra de los Congresos]. Cuando, en 1904, San Pío X disolvió la *Opera dei Congressi*, en la que se habían infiltrado elementos murrianos protegidos por el presidente de la *Opera*, el Conde Grosoli ⁽⁴⁵⁾, el Pontífice decretó que sólo sobreviviría la Unión Económico-Social presidida por Medolago (duró de 1905 a 1920). Así se comprende la estima y confianza que el Santo Pontífice profesaba a Medolago. Recientemente (en 2017) la revista *Modernismo* ⁽⁴⁶⁾ publicó íntegra una carta que Medolago Albani envió a Pío X el 26 de abril de 1911, poco antes de que estallara en la diócesis el “caso Mattiussi”. Francesco Mores, que editó la misiva, la califica de “*documento impresionante*” (pág. 296) y por una vez estoy de acuerdo con él. Medolago escribió a Pío X para informarle de que, para el año 1911, el P. Mattiussi sería el encargado de impartir las clases en la Escuela Social Católica de Bérgamo; a continuación, pasó a informar al Papa sobre la diócesis de Bérgamo, en respuesta a una pregunta explícita del Pontífice. Medolago alabó el episcopado de Mons. Speranza (de 1853 a 1879), un obispo intransigente; el impulso se agotó bajo su sucesor, Mons. Guindani, obispo de Bérgamo desde 1879 hasta su muerte en 1904. Guindani había sido vicario general del obispo de Cremona, Bonomelli, un prelado transigente y liberal. Se esperaba entonces al nuevo obispo, Radini, pero no fue así: “*el nuevo gobierno miró a Milán –es decir, al Cardenal Ferrari– y lo tomó como modelo: ¡de ahí el comienzo de nuestros problemas! Los liberalisantes primero y luego los modernizantes de aquí cercaron al obispo (...) él creía y cree que manda y en cambio sufre el yugo de un grupo audaz y astuto que propaga, en Bérgamo y en la diócesis, las ideas de Murri y Fogazzaro, así como las ideas católico-liberales de ‘L’Unione’*”, periódico del “trust” (consorcio) dirigido por Filippo Meda. “*Por el contrario, luego se hacen averiguaciones para saber quién se atreve a suscribirse a ‘L’Unità’ o a ‘La Riscossa’*” (es decir, a la prensa católica integrista), “*y se interpela ‘ad audiendum verbum’ [para escuchar la palabra] a cualquiera que se atreva a enviar una línea, tal vez incluso una simple necrológica, a estas publicaciones, mientras que cualquiera puede escribir cualquier cosa en los periódicos del ‘trust’ y sus consortes, sin ser molestado*”. Las cosas no van mejor en la librería del obispado, que vende “*obras semi-modernistas*” como las de Duchesne. La acción católica “*sigue el modelo inaugurado por Meda y sus compañeros*” (es decir, la Democracia Cristiana). El periódico diocesano *L’Eco di Bergamo*, que había fundado Medolago, “*estaba dirigido por un sacerdote que se había dejado acarrear completamente por el grupo de sacerdotes modernizantes; en el semanario ‘Il Campanone’, para sustituir al transfugado Don Pagani*” (había abandonado el

sacerdocio en 1910) “*se llamó a otro sacerdote, que siempre fue uno de sus mejores amigos: un tipo Bonomelli. Hacía tiempo que los sacerdotes modernizantes habían invadido la ‘casa del Pueblo’ y se enseñoreaban de nosotros, a pesar de los esfuerzos del manso e ingenuo presidente de la administración diocesana tratando de impedirlo*”, Nicolò Rezzara, sucesor de Medolago en el cargo en 1908. Y aquí es donde entra en escena el futuro Juan XXIII: “*¿Y qué podían hacer éstos ante la influencia del secretario del obispo?*” (es decir, Roncalli). “*Éste, sobre cuya vida sacerdotal no hay nada que objetar, joven sacerdote, culto, respetado, admirador de Semeria, que fue en Roma discípulo de Buonaiuti (...)*”, que como miembro de la presidencia de la administración diocesana “*es siempre un firme defensor de las tendencias y personas más peligrosas, especialmente en términos de acción social. Es evidente que, siendo secretario del obispo, sus palabras son a menudo tomadas como un eco de la voluntad del superior: y así su importancia aumenta al comprometer la autoridad. La consecuencia práctica entonces es que en la parte social hay poca democratización cristiana, en el resto hay liberalización a toda costa, desde las ideas que se cultivan en los cerebros, hasta las banderas patrióticas desplegadas en las salas de asociaciones católicas; conclusión: el clero y los laicos están engañados en los principios doctrinales, la conciencia pública de los bergamascos está distorsionada, pero todavía, en su mayoría, son católicos que conservan la fe y las costumbres antiguas*”. Una vez hecho el diagnóstico, el hombre de confianza del Papa sugiere un remedio: “*un recordatorio paternal y autorizado*” al obispo; “*si esto sucediera pronto tal vez aún habría tiempo para salvar muchas cosas; pero si nos demoramos más, ¡siempre tendremos que llorar!*”. Y a pesar del recordatorio que, como veremos, tuvo lugar, hemos llorado y lloramos todavía, gracias precisamente a aquel joven secretario del obispo, Angelo Giuseppe Roncalli que, con el nombre de Juan XXIII, abrió las puertas no sólo a los modernizantes, a los demócratas poco cristianos, a los liberalizantes, sino a los verdaderos modernistas y a todos los enemigos de la Iglesia.

Hubo un recordatorio: y llegamos al “caso Mattiussi”. El jesuita tomista (casi un contrasentido) que Pío X hubiese querido que fuese General de la Compañía, pero a quien la Compañía no consideraba digno ni siquiera de formar parte del colegio de escritores de *La Civiltà Cattolica*, se trasladó entonces a Bérghamo, donde pronunció una serie de conferencias apologéticas en la Escuela Social, y también ante numerosos seminaristas de la diócesis. Tengamos presente no sólo la condena del modernismo con la Encíclica *Pascendi* (1907), sino también dos documentos muy recientes de la Santa Sede: la carta de Pío X a los obispos lombardos *Ista quanti sit* del 1º de julio de 1911, en apoyo de la prensa “papal” (la católica integrista) y contra la prensa moderada (como, aunque no mencionada, *L’Unione* de Filippo Meda, apoyada por el Cardenal Ferrari, o *L’Eco di Bergamo*, apoyado por Mons. Radini) y la circular *È a cognizione*, del Card. De Lai, contra la *Historia de la Iglesia antigua* de Duchesne, que estaba prohibida en los seminarios (mientras que en Bérghamo fue utilizada, principalmente por el Padre Roncalli, a pesar de las declaraciones del obispo en sentido contrario). El P. Mattiussi reiteró luego los conceptos expresados por el Magisterio de la Iglesia, provocando sin embargo fuertes reacciones en la diócesis. El 25 de septiembre, el obispo escribió al Card. De Lai contra las lecciones del P. Mattiussi, apoyado en el testimonio de siete sacerdotes a los que juzgó “*irreprochables tanto en términos de doctrina como de devoción absoluta a la Santa Sede*” e incluso, “*con mucha estima por el P. Mattiussi*”. ¡Y menos mal que los siete sacerdotes (el rector del seminario, el prefecto de estudios, el vicerrector y profesor de derecho canónico, un oficial de la curia, el profesor de dogmática, el vicario foráneo de Alzano y, finalmente, *dulcis in fundo*, el profesor de apologética y de historia eclesiástica, Don Angelo Roncalli, secretario del obispo) estimaban al Padre Mattiussi y eran devotos de la Santa Sede! En sus testimonios adjuntos a la carta del

obispo, llueven acusaciones contra el Padre, su mentalidad, su impetuosidad, sus formas de hacer, sus acusaciones. El seminario de Bérgamo (todos eran profesores del seminario) alaba con palabras la doctrina del Padre, y luego denigra su estilo: amargo, irónico, despectivo, partidista y venenoso, impulsivo, exagerado, con el monopolio de la verdad, improvisado y desordenado... La caridad “liberalisante” emana por todos los poros de los sacerdotes interrogados por el obispo. Bajando a los detalles: el Padre habló mal de papas, cardenales, obispos y periódicos católicos. De los Papas, faltando el respeto a León XIII que dio el concepto correcto de “democracia cristiana” y admitió el uso de la expresión; de cardenales, como el Card. Gibbons, que asistió al congreso de religiones en Chicago, o el Card. Mercier por su filosofía semi-kantiana (seguida por el P. Gemelli), o el Cardenal Ferrari, aunque no nombrados explícitamente; obispos como Bonomelli, opuestos al poder temporal de los Papas (¡el P. Mattiussi incluso habló mal del quincuagésimo aniversario de la Unificación de Italia!); sacerdotes como el que absolvió a Fogazzaro sin retractarse, o como el que (el P. Lepidi) dio el *imprimatur* a Duchesne. Los obispos deben ser respetados, pero solo si están sometidos a Roma, no lo son cuando se equivocan como en los casos antes mencionados (el episcopalismo). Y sobre los periódicos, el P. Mattiussi tuvo la audacia de afirmar que en Lombardía no hay periódicos verdaderamente católicos (excepto el de Como), ni el de Milán (*L'Unione*), ni el de Bérgamo (*L'Eco*), ni el de Brescia (*Il Cittadino*, dirigido por Giorgio Montini), es decir, que cumplan con las recientes directivas de la Santa Sede, y que los propios periódicos liberales hacían menos daño. Finalmente, ¿qué sentido tiene hablar mal del modernismo en el seminario, cuando ninguno de los seminaristas (y profesores) eran modernistas? El modernismo, entendemos el nuestro, no existe, al menos en nuestra casa. El lector habrá notado que las acusaciones son realmente similares a las del P. Nitoglia contra Mons. Benigni: buena doctrina, pero mal carácter y exageraciones culpables. Los “moderados”, de hecho, pidieron a Roma que alejara al Padre Mattiussi de Bérgamo, como el Card. Ferrari lo alejaría de Milán. Y si el Card. Billot lo llamó para reemplazarlo en Roma en su cátedra en la Gregoriana, Benedicto XV se encargará de alejarlo de Roma donde Pío X lo había llamado. ¿Cómo terminó el “caso Mattiussi” por el momento? El obispo exigió una disculpa pública; Mons. Bressan, secretario del Papa, escribió en cambio a Mattiussi: *“El Santo Padre ha tomado conocimiento de lo que V. R.P expone en su preciosa carta del 3 del presente mes. Pero incluso sin ésta, Él estaba completamente informado de todo, y aprobó enteramente cuanto Usted ha dicho en la Escuela Social, contento de que haya puesto el dedo en la llaga. Nadie se atreverá a pedirle retractación, incluso sobre la oportunidad, porque la verdad tiene derecho a ser predicada siempre y en todas partes. Y esto sea dicho respecto de L'Eco y sobre sus observaciones sobre la democracia. Por lo tanto, puede estar tranquilo, persuadiéndose también de que cualquiera que reflexione tendrá que avergonzarse del alboroto hecho y se beneficiará como se espera de la lección”* (7 de octubre de 1911). Cuando el obispo leyó la carta de Mons. Bressan, quedó estupefacto, tanto más cuanto que el Cardenal De Lai le había respondido mucho más prudentemente el 18 de octubre, tratando de dar razón a uno y otro: ¿Es auténtica la carta de Bressan en nombre de Pío?, preguntó el obispo al cardenal el 2 de noviembre. Sí, es auténtica, contestó De Lai el 12 de noviembre, cambiando el tono con el obispo, aprobando en todo a Don Mattiussi y diciendo al obispo que se condujera con sabi-

El Padre Guido Mattiussi S.J.



duría. El obispo de Bérghamo (y sus profesores, incluido Roncalli) pasaron de acusadores a acusados, y Radini tuvo que disculparse en una larga carta a De Lai del 15 de noviembre, y en otra el 27 de diciembre, en la que se ve que no había comprendido la lección recibida. Una nota de la Congregación Consistorial cerró finalmente el pleito promovido por el *L'Eco di Bergamo* (periódico controlado por el obispo): “*Por el honor de Don Mattiussi podemos declarar, seguros de no ser desmentidos, que tras el recurso hecho por L'Eco a Roma, el ilustre Don Mattiussi no tiene nada que cambiar o de lo que retractarse respecto de cuanto ha dicho en la Escuela Social Católica de Bérghamo, y que las acusaciones que se le han hecho no tienen ni sombra de fundamento. Esto es lo que decimos hoy, ya que a otros más interesados que nosotros les gusta callar las cosas en detrimento del honor de un excelente religioso*”. Aplausos. Pero imaginemos el odio reprimido que animaba a estos liberalisantes y modernizantes impenitentes que sólo esperaban la muerte de San Pío X para volver a manifestar abiertamente sus sentimientos; imaginemos la confusión de los 100 seminaristas de Bérghamo dirigidos por tales profesores; e imaginemos los sentimientos de Juan XXIII cuando le entregaron esta correspondencia para que la relejera atentamente en enero de 1962: el viejo obispo y su secretario habían triunfado. Lo lamentable es que, aún hoy, los sacerdotes “tradicionalistas” tengan que repetir los mismos errores de juicio que aquel obispo y aquel secretario de entonces.



El Padre Enrico Rosa S.J.

Conclusión sobre el pontificado de San Pío X

He dado sólo algunos ejemplos de los escollos que encontró la acción de San Pío X y de sus más fieles colaboradores en la lucha contra la herejía modernista. Los cómplices de los modernistas halagaban al Papa declarando muerto el modernismo, pero San Pío X sabía bien que eso no era cierto ⁽⁴⁷⁾. La victoria completa se habría conseguido si la acción de San Pío X hubiera continuado, con la misma intensidad, durante los pontificados posteriores, y si se hubiera podido, durante el mismo período de tiempo, renovar el episcopado y a los superiores religiosos en una dirección antimodernista (se sabe que en 1914 Pío X pensaba en destituir al propio General de los Jesuitas, el Padre Wernz) ⁽⁴⁸⁾. La *Disquisitio* se detuvo largamente, por ejemplo, en el diálogo de sordos entre San Pío X y el Card. Ferrari: el primero reprochaba al segundo su debilidad en la lucha contra los modernistas en su diócesis, el segundo reprochaba al Papa su apoyo a los católicos integristas. Pío XII quiso firmemente la canonización de Pío X, a la que se opusieron en cambio el Card. Gasparri y el Padre Rosa; Juan XXIII quiso la del Card. Ferrari (1963), declarado venerable por Pablo VI (1975) y beatificado por Juan Pablo II (1987): estos nombres me parecen significativos en la polémica suscitada por el P. Nitoglia sobre quién está con los “integristas” y quién con los llamados “moderados”: cada uno elige su compañía...

SEGUNDA PARTE: CATÓLICOS INTEGRISTAS, BENEDICTO XV, PÍO XI, Y SU SECRETARIO DE ESTADO, CARDENAL GASPARRI

“*E*sta distinción entre ‘Sede’ y ‘sedente’, típicamente galicana y conciliarista, asombra en boca de católicos integristas y ultramontanos, que en teoría profesan la más absoluta devoción al Papado, pero que en la práctica se alinean contra el Papa reinante. Éste es uno de los puntos menos bellos o más contradictorios de la historia del S.P.” (P. Nitoglia, conclusión de la segunda parte).

Esta afirmación del P. Nitoglia (que como veremos se basa, incluso extralimitada, en las acusaciones de Valbousquet y, antes que ella, del propio Card. Gasparri: en este sentido abordaremos la acusación hablando de *Fede e Ragione*) es, por tanto, capital en su crítica a Mons. Benigni, al *Sodalitium Pianum* y a los católicos integristas. La distinción entre “Sede” y “sedente” es típicamente galicana, por cierto, y quizás conciliarista. Es una pena que no pertenezca a católicos íntegros, ni en teoría ni en la práctica. Con un argumento *ad hominem* se podría decir que se trata, en todo caso, de una tesis asumida por los tradicionalistas “lefebvrianos” (y no sólo: pensemos en la escuela T.F.P. de da Silveira), incluido el P. Nitoglia en la versión actual, que reconoce en Jorge Mario Bergoglio (y sus predecesores desde Pablo VI en adelante) a un verdadero y legítimo sucesor de Pedro y Vicario de Cristo, salvo para invocar la legitimidad de la resistencia a su persona, a su magisterio y a sus leyes, con esa fórmula que en Norteamérica se llama “Reconocer y Resistir”. En definitiva: ¡el buey que le dice cornudo al burro! Los católicos integristas siempre han obedecido al Papa, sin servilismo, es cierto, ya se llame Pío X, Benedicto XV o Pío XI. Obedecer al Papa, sin embargo, no significa no saber hacer una distinción legítima, **no** entre la “Sede y el sedente” (para los galicanos sólo era infalible la Sede Apostólica, en la continuidad de su magisterio, y no el individuo sedente) sino entre la dirección que cada sedente pretende dar a su pontificado. La continuidad (obviamente, para los Papas legítimos) está divinamente asegurada en la custodia del depósito de la fe; sin embargo, no se presupone, como es evidente, en la línea del pontificado y en las elecciones contingentes de cada pontífice, que puede ser y muchas veces es, legítimamente, diferente de la del predecesor. En los artículos sobre el caso del Cardenal Morone ⁽⁴⁹⁾ se puede comprender fácilmente, por ejemplo, cómo cambió la línea de Pablo IV bajo Pío IV (a menos que se piense que encarcelar al Card. Morone bajo sospecha de herejía o nombrarlo legado papal en el Concilio de Trento es lo mismo), para cambiar de nuevo con San Pío V (a menos que se piense que hacer absolver a Carnesecchi o condenarlo a la hoguera no hace ninguna diferencia): la fe y la moral no cambian, las elecciones contingentes sí. Los ejemplos podrían continuar sin fin: ¡no se puede decir que el Papa Formoso esté en línea con el sucesor que llegó a juzgar su cadáver! Tampoco le falta fe en el papado ni obediencia a quien sabe distinguir entre el Papa como tal (que es el Vicario de Cristo, quien ocupe la Sede) y el mismo Papa como hombre (que puede ser un santo o un pecador, hábil o mediocre, manso o colérico, simpatizante de Francia o España, a favor o en contra de los jesuitas, etc.). Señalarlo no es una falta de respeto, siempre que se evite el escándalo entre la gente sencilla o se falte el respeto a la autoridad que una persona ostenta (y aquí también cuenta la diferencia entre un juicio expresado en privado o una declaración pública, o entre el juicio de un contemporáneo y el del historiador). ¿Queremos dar una última prueba de ello? La encontramos precisamente en esos “moderados” tan elogiados por el P. Nitoglia por oponerse a los resentidos integristas: el Card. Gasparri (Secretario de Estado de Benedicto XV y Pío XI) y el director de *La Civiltà Cattolica*, el Padre jesuita Enrico

Rosa. Llamados a declarar durante el proceso de beatificación del Papa Pío X, ambos testificaron en contra... No, no sólo contra Mons. Benigni, sino precisamente contra Pío X: y el P. Nitoglia, al menos en lo que respecta a Gasparri, no lo ignora, aunque no saca las consecuencias (y para defender al cardenal de Ussita, debe, aunque implícita pero inevitablemente, criticar al Papa de Riese) ⁽⁵⁰⁾. ¿Distinguían ellos también entre “Sede” y “sedente”, o bien, simplemente tenían algo que objetar a la línea de un pontificado que no era del todo de su agrado?

TERCERA PARTE: EL GIRO DE BENEDICTO XV (1914-1922)

Escribe el P. Nitoglia: en el cónclave de 1914 que eligió a Della Chiesa, los historiadores vieron la oposición de dos bandos: “1º *el de los católicos ‘integristas’, que hubieran querido un Papa en plena continuidad teórica y práctica con el pontificado de Pío X, encabezado por los Cardenales Rafael Merry del Val, Gaetano De Lai y Tommaso Pio Boggiani* (sic: Boggiani no participó en el cónclave de 1914, ¡habiendo sido creado cardenal por Benedicto XV!); y 2º, *el de los católicos ‘moderados’, que habrían querido un pontificado sin las denuncias odiosas, excesivas y delatorias llevadas a cabo por algunos elementos del movimiento católico integrista, incluso contra aquellos que solo eran presuntos modernistas. Además, los llamados ‘moderados’ habrían querido, al mismo tiempo, la reafirmación de la doctrina católica, la condena –teórica y práctica, pero justa y no basada en sospechas– del modernismo y los modernistas reales, sin golpear a los ‘imaginarios’ y ‘reputados’ como tales. Este segundo campo fue dirigido por el Cardenal Pietro Gasparri, visto por los historiadores como el continuador del pontificado de León XIII y el precursor del de Pío XI y Pío XII*” (primera parte). (Si las palabras tienen sentido, todas las preferencias van al segundo campo).

“*En los últimos años del pontificado de Benedicto XV, las invectivas de Benigni contra el Papa y su séquito se amplificaron. [...] Benigni incluso se habría alegrado de que la precaria salud de Benedicto XV pudiera ser un buen augurio para un retorno a la línea integrista en un futuro próximo*” (N. VALBOUSQUET, *op. cit.*, pág. 454). Las polémicas contra Benedicto XV continuaron incluso después de su muerte (1922). “*Durante el cónclave de 1922, los integristas no vieron favorablemente la posición de fuerza de Gasparri, percibida en continuidad política directa con Benedicto XV, y esperaban la presión ejercida por los herederos del ala de Pío X (Billot, Merry del Val, De Lai, Boggiani)*” (segunda parte).

Hablando de Benedicto XV, Papa de 1914 a 1922, se puede (y se debe) distinguir entre Giacomo Della Chiesa, sacerdote, obispo, cardenal, secretario personal del Card. Rampolla, por un lado; y del otro, como Benedicto XV, Vicario de Cristo y Sucesor de Pedro. Benedicto XV, como Papa, no podía ser ni modernista ni liberal (al menos para nosotros; no así para aquellos que piensan que un Papa legítimo puede ser liberal, modernista y tal vez un “diablo”, como sucedería a partir de Pablo VI, especialmente con “Francisco”: es la opinión actual del P. Nitoglia y muchos otros). Giacomo Della Chiesa no gozaba de la asistencia divina prometida al Papa, pero tampoco para él se afirma que fuera modernista o liberal (a no ser, en cuanto a este último epíteto, eventualmente en un sentido amplio e impropio). Para el P. Nitoglia, al contrario, esto es de lo que los “integristas” de Benigni de ayer y de hoy lo acusaron falsamente: “*En resumen, el monseñor genovés aplicó a la diócesis de Bolonia (1908-1914), que vivió y sufrió fuertemente entonces la crisis modernista, los princi-*

pios de la reacción romana y piana (1904-1914), sin los excesos de Mons. Benigni. Así que no se puede hablar en absoluto de liberalismo o modernismo en Benedicto XV” (décimo episodio). Veamos cómo son las cosas, tanto para Mons. Della Chiesa, como para Benedicto XV.

El Obispo de Bolonia, Giacomo Della Chiesa, nació en Génova en el seno de una familia noble en 1854. Fundamental fue la influencia del arzobispo de Génova, Tommaso Reggio⁽⁵¹⁾, de tendencia católica liberal y admirador del Padre Semeria, y del cardenal arzobispo de Turín, pero genovés de nacimiento, Gaetano Alimonda, ambos muy próximos, al igual que el Card. Maffi, a la Casa de Saboya. Ordenado sacerdote en Roma en 1878 tras formarse en la Universidad Gregoriana (jesuitas), conoció en 1881 a Mariano Rampolla del Tindaro, de quien fue secretario personal durante la nunciatura de Rampolla en España. En 1887, Rampolla fue creado cardenal, y nombrado por León XIII su Secretario de Estado: la carrera de Della Chiesa siguió la de su mentor⁽⁵²⁾, ascendiendo por los escalones de la Secretaría de Estado, donde conoció y frecuentó a su futuro Secretario de Estado (Gasparri) y también a Mons. Benigni, con quien no tuvo inicialmente malas relaciones⁽⁵³⁾. Está establecido que bajo León XIII frecuentaba los círculos modernistas, es decir, que era íntimo de los que más tarde surgieron como tales. Yves Chiron, por ejemplo, menciona su amistad con el Padre Genocchi⁽⁵⁴⁾, de los Misioneros del Sagrado Corazón, y con el Padre Semeria, barnabita. Sustituto en la Secretaría de Estado, colaborador de Rampolla y Gasparri, Della Chiesa “*se relacionó con diferentes personalidades que conocían con precisión los desafíos de la crisis modernista, y que eran ellos mismos sospechosos de modernismo*”. Fue Della Chiesa, por ejemplo, quien disuadió a León XIII del envío de un breve de felicitación a Mons. Orazio Manzella, que había publicado un compendio de los escritos de su tío cardenal, haciéndole leer dos artículos críticos del P. Genocchi (pág. 68). Su amistad con el P. Genocchi le implicó también en la iniciativa de la *Pia Società di San Girolamo* para la difusión de la Sagrada Escritura (1902), de la que Della Chiesa fue presidente efectivo. La intención era buena, los protagonistas mucho menos: en las primeras publicaciones participaron Minocchi, Semeria, el Padre Giuseppe Clementi, amigo de Murri, Antonietta Giacomelli, feminista y pionera del movimiento litúrgico (págs. 88-90). Todas estas figuras formaban parte de círculos modernistas romanos, como el de Von Hügel, el de *L'Unione per il Bene* de Giacomelli, en Via Arenula, el de casa Molajoni y otros, que reunieron a Don Brizio Casciola (suspendido *a divinis* en 1914, reintegrado por Benedicto XV), Semeria, Faberi, Minocchi, Paul Sabatier, a quien Fogazzaro describió en su novela *Il Santo*⁽⁵⁵⁾. La intervención de Pío X en 1906 volvió a poner en línea a la Pía Sociedad, pero sus orígenes están ciertamente ligados al modernismo romano. El Padre Droulers, historiador de aquella *Action populaire* desaprobada bajo San Pío X, relata la simpatía de Della Chiesa por los “católicos sociales”: “*en materia*

Card. Giacomo Della Chiesa, Arzobispo de Bolonia



social, basta señalar que antes de ser arzobispo de Bolonia y cardenal, Mons. Della Chiesa fue, en Roma, amigo y a veces comensal de esos grandes partidarios de los católicos sociales que fueron los prelados J. Tiberghien, Pottier, Veanneufville, Glorieux, o el obispo ‘social’ de Bérgamo, Mons. Radini Tedeschi” (56). Bajo el pontificado de Pío X, Della Chiesa fue apartado de la Secretaría de Estado, convirtiéndose en obispo de Bolonia en diciembre de 1907, pero sin ser creado cardenal, al menos hasta el último consistorio celebrado por Pío X el 25 de mayo de 1914, precisamente cuando el Papa expresó con sentidas palabras su angustia por la amenaza que el modernismo nunca muerto suponía para la Iglesia, y la necesidad de la defensa de la integridad de la fe (cfr. POULAT, *Integrisme...*, págs. 456-458, sobre el discurso de imposición del birrete cardenalicio del 27 de mayo) (57). El P. Nitoglia niega que el retraso en este nombramiento cardenalicio se debiera al carácter “modernizante” del episcopado boloñés de Della Chiesa, y atribuye esta falsa información a los círculos de Mons. Benigni: “Además, es útil señalar que esta actitud del arzobispo de Bolonia no fue la causa del retraso en su nombramiento como cardenal (el 25 de mayo de 1914, es decir, dos meses antes de la muerte de San Pío X, el 20 de agosto de 1914). De hecho, Bolonia era tradicionalmente una sede cardenalicia, mientras que Mons. Della Chiesa permaneció allí unos siete años sin ser creado cardenal. Los círculos cercanos a Benigni quisieron ver en esto un castigo de Pío X contra Della Chiesa, quien también habría sido considerado por el Papa Sarto como un “modernizante”, pero entonces incluso Pío X habría sido connivente con el modernismo al haber consagrado obispo (1907) y creado cardenal (1914) a un modernista. En cambio, como explica Zambarbieri (ibid.), Pío X evitó durante mucho tiempo introducir nuevos cardenales en el Sacro Colegio (cfr. *Revue Moderniste Internationale*, París, 1911, pág. 46)” (cuarta parte). A decir verdad, esta opinión estaba muy extendida en círculos próximos al propio Della Chiesa, como atestigua Poulat: en la habitual lista comentada por Benigni sobre los miembros del cónclave, en agosto de 1913, en la que incluía a los probables cardenales que Pío X crearía en el próximo consistorio, Mons. Benigni acertó 10 de 14, pero excluyó a Della Chiesa: “Benigni debió tener una buena razón para estimar, en aquel momento, excluida la elevación a la púrpura de quien se decía que era ‘el hombre eliminado por Merry del Val’ (carta del Marqués Filippo Crispolti a su esposa, Roma, 3 de septiembre de 1914, en *Vita Sociale*, febrero de 1967, pág. 231)” (58). Se trata, pues, de un partidario del “Trust” (grupo) de Grosoli, enemigo acérrimo de los integristas como Filippo Crispolti, que atestigua como Della Chiesa fue excluido de la púrpura por el Card. Merry del Val. Su promoción fue una sorpresa, pero probablemente se produjo porque Pío X (al igual que sus predecesores y sucesores) debía tener en cuenta ciertas dinámicas internas tanto en los nombramientos cardenalicios como episcopales (estudios, carrera, apoyos, aptitudes, etc.) (59). Benigni previó un cónclave vacilante entre Rampolla y Maffi, con un compromiso sobre Ferrata al final; cuando Rampolla murió, su discípulo, Della Chiesa, fue elegido en competencia con Maffi. Y Della Chiesa, que se convirtió en Benedicto XV, tomó a Ferrata como Secretario de Estado. Benigni conocía bien el ambiente...

Entonces, ¿cómo fue el episcopado de Mons. Della Chiesa en relación con el tema que nos interesa? Básicamente, como el del Card. Ferrari en Milán o de Mons. Radini Tedeschi en Bérgamo; basta con cambiar el nombre del periódico al que apoyaban: *L’Unione* en Milán, *L’Eco* en Bérgamo, *L’Avvenire* en Bolonia. En cuanto a la hostilidad hacia la prensa “papal” o “integrista”, era la misma. El P. Nitoglia lo sabe bien, y lo dice, pero no se da cuenta de las consecuencias de lo que escribe:

“La verdadera diferencia no se encuentra entre Pío X y Benedicto XV, sino entre Benigni y Della Chiesa, y objetivamente no se puede culpar a Della Chiesa y dar razón a Benigni (aunque el programa doctrinal de Benigni sea interesante, mientras que su forma de actuar lo es mucho menos). De hecho, Zambarbieri cita una carta escrita por Mons. Della Chiesa

al Cardenal Gaetano De Lai (5 de diciembre de 1912), en la que afirmaba desaprobar ‘los métodos seguidos por las revistas *L’Unità Cattolica* y *La Riscossa*’. También expresaba su pesar ‘porque la Santa Sede sale perjudicada, ya que muchos dicen que la Santa Sede calla si *L’Unità* no habla. En cambio, yo quisiera que la Santa Sede fuera la primera en hablar’ (*Disquisición sobre la beatificación y canonización de Pío X*, Roma, 1959, págs. 127-128). Ahora bien, si se piensa en los modos de actuar, aunque estén animados por las mejores intenciones, de algunas revistas –que aún hoy se refieren al *Sodalitium Pianum* de Mons. Benigni– no se puede dejar de ver objetivamente en ellas un espíritu excesivo de crítica, que llega hasta la calumnia y también la condena, que no distingue la verdad de la falsedad y que aplasta todo lo que se desvía de la propia manera de ver las cosas, incluso en las cuestiones opinables” (Cuarta parte).

El P. Nitoglia hace tres afirmaciones y da una prueba de su dicho: “la verdadera diferencia no se encuentra entre Pío X y Benedicto XV”; en cambio, se encuentra “entre Benigni y Della Chiesa”, para concluir que “no se puede culpar a Della Chiesa y dar razón a Benigni”. ¿La prueba? La carta de Mons. Della Chiesa, entonces obispo de Bolonia, al Card. De Lai del 5 de diciembre de 1912. A todo esto, respondo:

- No hay diferencia real entre Pío X y Benedicto XV en ser el Vicario de Cristo y, por tanto, en su magisterio, lo concedo. En la línea seguida respecto a los modernizantes, por ejemplo, sobre el periodismo católico: lo niego (y será fácil demostrarlo).

- Hay diferencia entre Benigni y Della Chiesa: lo concedo. Pero como ni el uno ni el otro son infalibles (estamos hablando de Della Chiesa como un simple obispo), no se sigue necesariamente la tercera conclusión, a saber:

- No se puede culpar a Della Chiesa y dar razón a Benigni. Niego esta conclusión (como antes entre Radini Tedeschi y Mattiussi), precisamente sobre la base de la “prueba” adoptada por el P. Nitoglia, que ciertamente prueba, ¡pero exactamente lo contrario!

Mons. Della Chiesa, en efecto, en dicha carta se quejaba ante el Card. De Lai tanto del periódico “*L’Unità Cattolica*” como... de la Santa Sede, y por tanto de Pío X, ya que daban la impresión de seguir y confirmar las campañas periodísticas de *L’Unità Cattolica* (entonces dirigida por Don Cavallanti) y *La Riscossa* de los hermanos Scotton. Y lo hacía polemizando con la advertencia de Pío X contra la prensa “moderada”, entre la que era nombrada explícitamente el periódico que él protegía, *L’Avvenire d’Italia*. En resumen, el P. Nitoglia no podría haber elegido peor argumento para sustentar su tesis, ya que la carta de Della Chiesa a De Lai demuestra exactamente lo contrario. Cómo pudo el autor haber caído en tal error se comprende leyendo las palabras finales de su frase, que muestran cómo el objetivo no era tanto el antiguo *Sodalitium Pianum* sino más bien la revista del mismo nombre que se basa en él, y en la que él mismo escribió durante muchos años. Pero volvamos al tema y a Mons. Della Chiesa...

De la carta en cuestión habla también E. POULAT (*Intégrisme...*) en la pág. 433: “Los obispos y los mejores sacerdotes tienen una mala impresión cuando ven que las condenas de la Santa Sede vienen después de las críticas y censuras de ‘*L’Unità Cattolica*’, escribió el futuro Benedicto XV al Cardenal De Lai el 5 de diciembre de 1912, añadiendo que se debería crear para su director un puesto de ‘consultor general del Índice’ (*Disquisitio*, pág. 83)”, una declaración obviamente irónica. Y sin embargo, la armonía entre el periódico “integrista” y las medidas de la Santa Sede debería haber convencido al obispo de Bolonia de apoyar, y no de poner obstáculos, a dicho periódico. Y esto es tanto más cierto porque, como veremos hablando no de Mons. Della Chiesa sino de Benedicto XV, y como ya hemos explicado hablando de la diócesis de Bérgamo, en 1912 Pío X ya se había pronunciado claramente sobre los periódicos recomendados por la Santa Sede (aunque a veces se reprendiera a sus directores) y los no aprobados, como los del “Trust” del Conde Grosoli. Ahora, en-

tre estos periódicos que Pío X desaprobaba en los documentos oficiales de la Iglesia, estaba precisamente el periódico favorecido por el obispo de Bolonia, *L'Avvenire*, y entre los recomendados estaba el criticado por el obispo, *L'Unità Cattolica* (!). Antes de hablar de un episodio emblemático del choque entre Mons. Della Chiesa y los católicos integristas (en este caso, el entonces director de *L'Unità Cattolica*, Don Paolo de Töth) es muy útil hacer una breve historia del periódico boloñés, que todavía se publica hoy (y es tristemente conocido). El Conde Acquaderni, valiente pionero de la Acción Católica, y el Conde Grosoli –de quien hemos hablado– tuvieron la idea en 1894 de fundar un periódico católico en Bolonia (aunque ya existía uno, el de Venturoli). En 1896 el proyecto tuvo éxito, bajo el patrocinio del Card. Svampa, obispo de Bolonia, con Grosoli como presidente de la junta directiva, y Filippo Crispolti (ya mencionado) como primer director. En 1902 (y hasta 1915) fue dirigido por otro (60) judío converso, Cesare Algranati, conocido como Rocca d'Adria (1865-1925). *L'Avvenire* (nombre que recuerda, quizá casualmente, al periódico de Lamennais) se convirtió en *L'Avvenire d'Italia*, menos “clerical” y más “de penetración” o “de tendencia”, como los demás periódicos del “Trust” Grosoli, fundado en 1907. La simpatía de Grosoli y Rocca d'Adria por los demócratas cristianos de Don Murri –que será uno de los líderes de los modernistas– los llevó a acoger en la sede del periódico el acto fundacional del partido murriano, la Liga Democrática Nacional, en 1905. No es sorprendente, por lo tanto, que *L'Avvenire* de Rocca d'Adria y Grosoli se involucrara en feroces batallas periodísticas con la prensa integrista, como *L'Unità Cattolica*, *La Riscossa*, e incluso *L'Osservatore Romano*. Es en este contexto que se sitúa la “*disputa memorable*” (como la llama Vannoni) entre Don Paolo de Töth, amigo de Mons. Benigni y entonces director de *L'Unità*, y Mons. Della Chiesa, entonces obispo de Bolonia: la historia es narrada, a su manera, por Tagliaferri (págs. 126-130 y 343-344) y de manera opuesta por Vannoni ⁽⁶¹⁾: uno en contra, el otro favorable a de Töth. Intentaré resumir a los dos autores. La controversia estalló en febrero de 1907, cuando Don Cavallanti publicó un opúsculo sobre las infiltraciones modernistas en el seminario de Milán (*¿Milán centro de modernismo?*). El Card. Ferrari, herido, en lugar de vigilar en su casa, calificó esos ataques como “*un modernismo de nuevo cuño*” “*bajo la ropa del antimodernismo más ortodoxo*”, y *L'Avvenire* puso nombres y apellidos de estos antimodernistas-modernistas de nuevo cuño (modernistas en cuanto criticaban a los obispos): Padre Mattiussi, *Le Armonie della Fede* y *L'Unità Cattolica* (dirigidas por de Töth), etc. Fue entonces cuando de Töth trató de “*poner fin a la controversia*” (Tagliaferri) yendo a Bolonia para reunirse con el obispo, Mons. Della Chiesa. Alberto María Fortuna cuenta: “*Eran amigos de familia y se guardaban mucha familiaridad* ⁽⁶²⁾. *Una tarde de invierno* (para ser precisos, era finales de octubre, nota del autor) *pasando por Bolonia, entre un tren y otro pensó en ir a visitar al arzobispo, que lo recibió inmediatamente. Este protegía el periódico modernista 'L'Avvenire d'Italia' y, dado que de Töth era uno de los oponentes más feroces, comenzó una discusión que terminó en un altercado*” (VANNONI, pág. 462). Escribiendo a Cavallanti desde la estación el 31 de octubre de 1908 (la carta es publicada por TAGLIAFERRI en págs. 342-343), dice: “*¿Qué desilusión! Mons. Della Chiesa (...) no se opone a 'L'Avvenire d'Italia' sólo por una cuestión de política, sino que lo apoya a capa y espada en todos los sentidos. Empezó por desaprobarnos los métodos de 'L'Unità Cattolica', dijo que 'no hacemos más que daño'; que nuestras polémicas van contra la caridad; que debemos denunciar el error, pero no denunciar al periódico o al libro que lo contiene o a la persona que lo pronuncia; que 'L'Avvenire d'Italia' tiene razón al combatirnos, puesto que somos los primeros en atacarlo*”. Evidentemente, en este caso la caridad y el no atacar a las personas ya no contaban: “*(...) Negó a nuestra prensa, no a 'L'Avvenire d'Italia', todo derecho a denunciar públicamente los errores que pueda contener un libro o un periódico, porque según él nadie ha dado a la prensa el derecho o la misión de hacerlo, sino simple-*

mente de advertir a la autoridad. Le respondí que, puesto que la prensa se permite difundir errores, incumbía a la prensa católica combatirlos, pero no demostró estar persuadido de ello. (...) En resumen: tuve que defender nuestra posición allí donde esperaba encontrar ayuda, y no podrías creer cuánto sufrí. (...) Así que ya ves que sólo podemos esperar oposición de este lado. Mons. Della Chiesa nombró favorablemente a Maffi, y todo me hace sospechar que hay un entendimiento con Maffi; y tantas cosas entre bastidores duelen todavía más. ¡Y decir que trabajamos con el corazón en la mano! ¡Y que el Papa no hace más que alabarnos! ... ¡Que el Señor nos ayude!”. Fortuna cuenta que, disgustado, de Töth se equivocó de tren y se encontró en Verona, donde confesó que estaba dispuesto a dimitir de la dirección de *Le Armonie della Fede*, pero fue disuadido, luego fue a Milán antes de volver a Florencia, desde donde escribió a Mons. Della Chiesa enviando una copia al Papa. En Roma “se presentó ante Pío X y, como de costumbre, se arrodilló. El pontífice hizo como que no lo veía y lo retuvo así durante un cuarto de hora. Luego le hizo levantarse, diciendo: ‘Algunas cosas, **por muy ciertas que sean**, no deben escribirse’. Y mostrándole el cesto, añadió: ‘Ves, está lleno de cartas contra ti’” (VANNONI, pág. 462). La observación era paternal, muy distinta de aquella de Della Chiesa; en el proceso de canonización de Pío X, de Töth atestiguó: “cada vez que me acercaba a él, tenía la sensación de acercarme a un santo” (VANNONI, págs. 442-443). Por otra parte, Mons. Della Chiesa, como obispo de Bolonia, no necesitó cambiar la línea de su predecesor, el Card. Svampa. Baste mencionar, por ejemplo, la protección concedida a uno de los que Andreotti llamaba “los cuatro de Jesús” (Buonaiuti, Roncalli, Manaresi y Belvederi), a saber, Belvederi, sobrino del Card. Respighi, pariente de Andreotti y amigo de todos los modernistas (63).

El Papa Benedicto XV. Continuidad doctrinal, pero cambio práctico en la política de la Santa Sede hacia el modernismo

La tesis del P. Nitoglia es la de la continuidad sustancial entre el pontificado de Pío X y el de Benedicto XV no sólo en la doctrina (fe, moral, disciplina) sino también en la política y en las opciones contingentes, y esto contra las “acusaciones” de Mons. Benigni y de los “integristas”. Por el contrario, la opinión de todos (modernistas, antimodernistas, historiadores) coincide en afirmar lo contrario.

Entre mil ejemplos, cito lo que escribe Emile Poulat (historiador), que presenta al lector las opiniones, opuestas pero concordantes, de modernistas e integristas:

“*La era de las denuncias ha terminado*’, dice Benedicto XV al Cardenal Maffi el 5 de septiembre (carta de Filippo Crispolti a su esposa, del mismo día, *Vita sociale*, febrero de 1967, pág. 234)”; en la misma carta, Crispolti “no duda en hablar de la caída del régimen”: “la terrible secretaría privada está dispersa. Bressan y Pescini son odiados por todos y reciben una avalancha de insultos” (POULAT, pág. 461). “Ya vemos algunos buenos efectos de la sabiduría del nuevo Papa, aunque no quiere dar la impresión de ser iconoclasta respecto al pontificado anterior. Podemos respirar mejor: los intelectuales se dan cuenta de que su calidad como intelectual ya no será menospreciada. Mons. Duchesne ya no es, como antes, la bestia negra. Don Lanzoni, nuestro hagiógrafo de Faenza, fue nombrado prelado. Otras víctimas del fanatismo o de la locura (que descansan el Cardenal Vives y el Padre Pío da Langogne) han sido rehabilitadas o están a punto de serlo. Una de las primeras y más frecuentes palabras de Benedicto XV es a favor del respeto a los obispos y a su jurisdicción. La prensa ‘negra’, que lo oscurecía todo, ha caído profundamente, mientras que la moderada ha recuperado su antiguo lugar. Ya no hablamos de católicos integristas o papales, basta con ser católico. ¿Y cómo no ver las palabras caritativas que el Papa dirige constantemente a los ‘no católicos’?... (Padre Genocchi a Paul Sabatier, desde Roma, carta del 28

de diciembre de 1914). Rápidamente será esta primera impresión la que prevalecerá: ‘desde los primeros días de su reinado, Benedicto XVI dice al Card. Billot que no quería más, por toda su vida, escuchar hablar de integrismo’, escribía en enero de 1917 una ‘personalidad católica, probablemente Louis Canet, en una memoria anónima (...). Y, por tanto, se considerará completamente normal decir que había ‘prohibido incluso el nombre’ (Maurice Blondel...): así será, sin poder referirse, sin embargo, ni a su primera encíclica ni a otro texto conocido’. Después de recordar una anécdota (Benedicto XV supuestamente se negó a dejar que Mons. Benigni, protonotario apostólico, besara su anillo.), Poulat continúa: “Están mejor documentados y son más significativos actos olvidados o ignorados que quedan por enumerar: por ejemplo, el 3 de octubre de 1914, la carta del Cardenal Ferrata, Secretario de Estado, sometiendo a ‘La Riscossa’, de los hermanos Scotton de Vicenza, al control efectivo de la autoridad episcopal; el 8 de octubre, la carta de felicitación de Benedicto XV a la Sociedad de San Jerónimo para la difusión del Evangelio, que Pío X había dejado en suspenso por sospechar de modernismo; el 6 de noviembre, la carta del sucesor del Cardenal Ferrata, el Cardenal Gasparri, con la que se da una interpretación benigna de la advertencia pontificia que, el 2 de diciembre de 1912, había golpeado en Italia a la llamada prensa católica de penetración... Una descompresión abrupta era inevitable” (POULAT, *Intégrisme...*, págs. 601-602). A la lista podemos añadir, como cosa mucho más grave, la absolución de la suspensión *a divinis* impuesta el 12 de abril de 1916 por el Santo Oficio, tras un grotesco juramento antimodernista en la capilla privada del Card. Gasparri, de los cuatro cabezas modernistas Buonaiuti, Turchi, Vannutelli y Motzo Bachi, el 13 de julio siguiente (⁶⁴). La larga cita de Poulat nos presenta las voces unánimes de algunos modernistas o modernizantes de renombre: Filippo Crispolti (un exponente del “Trust”), el Padre Genocchi, Louis Canet, Maurice Blondel, y los hechos: el cambio de línea hacia la prensa de penetración y la integrista (una rehabilitada, la otra combatida), en el llamado “episcopalismo”, la rehabilitación de historiadores naturalistas, como Duchesne y Lanzoni (que en realidad habían perdido la fe). La lista de hechos iniciada por Poulat podría continuar indefinidamente. En cuanto a dos exponentes del modernismo social, condenados bajo Pío X: el Abbé Lemi-re, suspendido *a divinis* el 16 de enero de 1914 por sus ideas democráticas y su militancia parlamentaria incluso a favor de la separación entre Estado e Iglesia (leyes anticlericales de 1905), fue rehabilitado gracias a la intervención de Benedicto XV en 1916 (⁶⁵), mientras que Marc Sangnier, que había sido el fundador de *Le Sillon*, condenado en la Encíclica *Notre charge apostolique* de San Pío X, fue recibido por Benedicto XV en 1917 y en 1920 (⁶⁶). Otro ejemplo: los Hermananos de San Vicente de Paul, comprometidos en el apostolado entre la clase trabajadora. Entre ellos se oponían religiosos fieles al fundador (como el P. Meignan, del S.P.) y los conquistados por el modernismo social. Una investigación contra los innovadores, ordenada por Roma pero confiada al Card. Richard y por él a su coadjutor, Mons. Amette, obtuvo en 1907 el efecto contrario al esperado: el nombramiento como superior de un modernizante, el Padre Anizan. Una nueva investigación en 1913 fue confiada esta vez a un miembro de la dieta del S.P., el Padre Jules Saubat, que terminó en 1914 con la destitución del superior y el nombramiento, decidido por Roma, de un nuevo superior. Un tercio de los religiosos, dos tercios en Francia,

Maurice Blondel



pidieron la secularización y abandonaron la congregación. El Padre Anizan tuvo su “venganza” en 1918, cuando fue autorizado, con los antiguos religiosos rebeldes, a fundar una nueva congregación, los “Hijos de la Caridad” (67). El Padre Droulers añade otros testimonios: “*desde Roma el Padre Fine puede anunciar, discretamente: ‘El integrismo ha terminado... La influencia del Card. Billot me parece más que comprometida’. Y el Padre de Léobazel de Toulouse, triunfante: ‘¡excelentes noticias de Roma, el Barbierismo ha terminado!’* El 19 de diciembre de 1918, por consejo de Mons. Tiberghien, Benedicto XV ‘hizo un gesto muy significativo: una donación personal de 10.000 liras para la reconstrucción de la ‘Action Populaire’, cuya destrucción le había ‘afectado particularmente’, decía la carta adjunta del Cardenal Gasparri, Secretario de Estado. Esta recordaba: ‘la Santa Sede ha querido alabarle repetidamente por los esfuerzos realizados por la ‘Action Populaire’ para promover las ideas y las organizaciones sociales. Lo hizo con gran satisfacción, sabiendo cuán grande es vuestro celo y cuán profunda es vuestra dedicación a todas sus directivas sobre estas cuestiones tan importantes’... (...) ‘Fue un ‘enorme consuelo’ frente a las dudas de algunos en la Compañía, y fue, lo más posible, la ‘rehabilitación’ una vez deseada por el Padre Desbuquois, y el estímulo más solemne en el momento de partir” (68). Yves Chiron, citando a Bedeschi, añade una anécdota significativa, a pesar de su... insignificancia: en 1910, el Card. Merry del Val había excluido de la Guardia Noble Papal al Conde Salimei, yerno de Von Hügel y amigo del excomulgado Tyrrel, hasta el punto de asistir a su funeral; pues bien, Benedicto lo reinstaló inmediatamente en el cargo (págs. 289-290). Se puede comprender fácilmente, entonces, la impresión del Padre Saubat en una carta al Card. Sevin: bajo Benedicto XV es “*l’apothéose de tout ce qui fut condamné: la apoteosis de todo lo que había sido condenado*” (27 de marzo de 1915) (C. SORREL, *Le catholicisme français de la Séparation à Vatican II*).



Marc Sangnier, fundador de Le Sillon

Pequeña digresión: Benedicto XV y el tomismo

Antes de abordar nuestra cuestión durante el pontificado de Benedicto XV, eligiendo también aquí, como en el caso del pontificado pino, algunos casos emblemáticos, debo detenerme en una cuestión de detalle, de la cual me ocupo porque es utilizada por el P. Nitoglia para demostrar la continuidad absoluta entre Pío X y su sucesor. Continuidad absoluta en la doctrina, absolutamente sí. En la práctica, sin embargo, no, absolutamente no. Lo que se ha dicho hasta ahora en general se aplica también para el ejemplo dado por el P. Nitoglia, cuyas palabras cito:

“*Es inequívoco que la orientación teológica del Papa Della Chiesa era integralmente católica y eminentemente tomista (véase la aprobación del Comentario a las XXIV Tesis tomistas, en 1917, compuesto por Don Guido Mattiussi; la recomendación del tomismo y la*

*obligación de seguirlo en el CIC de 1917, can. 1366; la Encíclica 'Fausto appetente die', del 29 de junio de 1921, sobre el tomismo). En efecto, Benedicto XV 'volvió a proponer el tomismo como el mejor medio para refutar el modernismo, manteniendo en este punto la misma línea desarrollada por Pío X y que más tarde retomaría Pío XI' (G. VIAN, *Il modernismo durante il pontificato di Benedetto XV, tra riabilitazioni e condanne*, op. cit., pág. 465)" (tercera parte).*

Si hablamos de Benedicto XV como Pontífice (y los ejemplos citados se refieren todos a Benedicto XV en esta calidad) suscribo, palabra por palabra, cuanto ha dicho y escrito mi colega. Pero, en el contexto de su escrito, estas afirmaciones pretenden demostrar que nada cambió en la línea del pontificado y que, por tanto, los integristas criticaban muy equivocadamente (en privado, entiéndase bien) al nuevo Pontífice. Pero si pasamos de Benedicto XV Sumo Pontefice al hombre Giacomo Della Chiesa, podemos captar ciertos matices, de lo contrario un tomista convencido no trataría al Card. Lorenzelli de "tomista rabioso", como hizo Benedicto XV ⁽⁶⁹⁾. Otro ejemplo, mucho más importante, se refiere a las famosas XXIV tesis (compuestas por el P. Mattiussi S.J.) citadas por el P. Nitoglia (que ha recogido en un volumen propio un comentario sobre ellas). Después de la Encíclica *Æterni Patris*, con la que León XIII volvió a poner en honor a la escolástica, y en particular al tomismo, su honor, su sucesor San Pío X declaró en la Encíclica *Pascendi* que la metafísica tomista era el baluarte más fuerte contra los errores modernistas. Pero, ¿cuál era la auténtica doctrina de Santo Tomás que Pío X exigía que se siguiera en todas las escuelas eclesiásticas? No faltaban quienes se proclamaban seguidores del Aquinate mientras abandonaban puntos fundamentales, tanto en filosofía como, consecuentemente, en teología. Para aclarar cuál era la auténtica y genuina doctrina tomista que debía enseñarse en las escuelas católicas, la Sagrada Congregación de Estudios (bajo la firma del Card. Lorenzelli, el "tomista rabioso" antes mencionado) publicó un *motu proprio* con las XXIV tesis tomistas en filosofía, poco antes de la muerte del Santo Pontífice Pío X (el m.p. está fechado el 27 de julio, mientras que Pío X murió el 20 de agosto de 1914). Como recuerda el P. Nitoglia, el Código de derecho canónico, preparado bajo Pío X, pero promulgado por Benedicto XV, en el canon 1366, prescribía la doctrina de Santo Tomás en los seminarios y universidades católicas, y el 7 de marzo de 1916, la misma Congregación de Estudios aprobó las XXIV tesis como doctrina segura para seguir la escuela de Santo Tomás. Pero... hay un pero. Quienes consulten la última edición de Denzinger ⁽⁷⁰⁾, editada, como las anteriores, por los Padres jesuitas, advertirán en la introducción histórica, editada por los mismos, del documento de la Sagrada Congregación de Estudios sobre las XXIV tesis (27 de julio de 1914, DS 3601-3624), una interesante aclaración: "*Las escuelas filosóficas de tradición distinta (de la tomista, n.d.a.) sospechaban que, contra su convicción, se les imponía el neotomismo y se les quitaba la libertad de sostener otras concepciones. El 7 de marzo de 1916, ante las protestas, la Congregación de Estudios declaró: 'Todas esas 24 tesis filosóficas expresan la auténtica doctrina de Santo Tomás y se proponen como normas directivas seguras' (...). Por tanto, no son vinculantes de manera absoluta*", ¡comentan nuestros jesuitas! "*Para 'adherir a Santo Tomás' (adhærendum Sancto Thomæ) no es necesario aceptar su sistema doctrinal en su totalidad*". De este modo, los Reverendos Padres socavan las XXIV tesis, haciéndolas facultativas. Pero ¿en qué se basan? "*En la carta 'Quod de fovenda' de Benedicto XV, del 19 de marzo de 1917, al superior general de los jesuitas, el Padre Wladimir Ledochowski, se aclara cómo deben entenderse estas directrices*". Y aquí está la cita de la carta de Benedicto XV al General de la Compañía: "*Con no menor satisfacción hemos visto que has ponderado en su justa medida el valor de las razones con que de una y otra parte en la discusión se expone cómo hay que apoyarse en las doctrinas de Santo Tomás. De hecho, Nos estamos convencidos de que en este juicio habéis percibido con exactitud cuando has considerado*

que, adhieren suficientemente al doctor angélico quienes creen que la doctrina de Santo Tomás debe presentarse como normas directivas seguras en su conjunto, **sin que por ello se imponga el deber de aceptar todas sus tesis**. En vista de esta regla los estudiantes de la Compañía pueden con razón dejar de lado el temor de no seguir con la debida obediencia los mandatos de los Romanos Pontífices, cuya convicción constante ha sido que Santo Tomás debe ser considerado como guía y maestro en los estudios de teología y filosofía, sin que nadie pueda negar a los demás la disputa sobre aquellos temas sobre los cuales se puede y se suele disputar”. Como las XXIV tesis son todas tesis filosóficas contra la doctrina de Suárez, ahora la elección ya no es entre Santo Tomás y Suárez, sino entre Santo Tomás o Santo Tomás interpretado por Suárez. Sin embargo, hay un detalle: la carta de Benedicto XV no se encuentra en las *Acta Apostolicæ Sedis* (donde habría tenido fuerza de ley) sino, nos dice el *Denzinger*, en las “*Acta Romana Societatis Jesu*”, una compilación privada de la Compañía. La explicación de este detalle, y toda la historia entre bastidores, se puede encontrar en esos malvados integristas y veteranos del *Sodalitium* en la colección “*Vérités*” (nº 47, págs. 18-30, 1936: “*Les Jésuites contre Saint Thomas*”). San Pío X, recuerdan, había escrito que “los puntos capitales en la filosofía de Santo Tomás no deben estar en la categoría de aquellas opiniones sobre las que se puede disputar en un sentido u otro, sino como los fundamentos sobre los que se sustenta toda la ciencia de las cosas naturales y divinas”, para lo cual el propio Pontífice, en el motu proprio *Doctoris Angelici* (29 de junio de 1914), quería “que el clero secular y regular comprendiera claramente Nuestro pensamiento y Nuestra voluntad y los pusiera en práctica con prontitud y debida diligencia”. Cuáles eran estos puntos capitales, obligatorios entonces y no discutibles, lo aclaran las famosas XXIV tesis. Tras una “duda” planteada por sabemos quién, la Sagrada Congregación, bajo Benedicto XV, en 1916, responde que las tesis eran “normas seguras”, reiterando la doctrina, pero disminuyendo la obligatoriedad perentoria. Obligatoriedad que, por el contrario, será reiterada en el canon 1366§2 del Código de derecho canónico de 1917. Y así, al mismo tiempo, el General Ledochowski, que el 8 de diciembre de 1916 había publicado un opúsculo defendiendo su interpretación opinionista, intentaba obtener la aprobación del Papa. Mons. Benigni, siempre al tanto de lo que ocurría en el Vaticano, conocía de antemano los ataques anti-tomistas de la Compañía, como lo atestigua un documento del 6 de febrero de 1917, encontrado en su archivo: “los dirigentes de la Compañía intentan obtener del Papa en el actual centenario de la muerte de Suárez, un documento pontificio que diga cómo enseñando la doctrina de Suárez se enseña la de Santo Tomás” ⁽⁷¹⁾. De hecho, el General de los jesuitas obtuvo el 19 de marzo siguiente de Benedicto XV la mencionada carta que, de hecho, ¡eximía a los jesuitas de seguir dichos puntos capitales de la filosofía de Santo Tomás! Pero... el 24 de agosto de 1917, el Card. Billot, jesuita pero tomista, fue recibido en audiencia por el Papa. Según el relato de *Vérités* (que se supone procede directamente del propio cardenal), Billot señaló a Benedicto XV que su carta era exactamente lo contrario del canon 1366, que él mismo iba a promulgar. ¿Qué hacer? El cardenal sugirió entonces al Papa que no publicara la carta en las *Acta Apostolicæ Sedis*. “Es muy difícil”, respondió Benedicto, pero luego, ante la insistencia del cardenal, añadió: “Le prometo que esta carta no se incluirá en las Acta. Por favor, considere este favor como un regalo para su fiesta” (de San Luis IX). Y, efectivamente, la carta no se incluyó en las *Acta*. A la luz de lo dicho hasta ahora, es fácil comprender quién tenía razón, y quién era sincero, en la controversia sobre el tomismo entre *Fede e Ragione* y *La Civiltà Cattolica* (¡David y Goliat!) ⁽⁷²⁾. Y esto bastará sobre el tomismo de Benedicto XV y sus limitaciones (por no hablar del de la Compañía) ⁽⁷³⁾...

El “giro” de Benedicto XV: cuatro ejemplos

Para ilustrar al lector el “giro” que se produjo con el pontificado de Benedicto XV, no doctrinal sino práctico, me detendré, por razones de espacio, en estos episodios:

- la disolución del *Sodalitium Pianum*
- el caso del obispo de Arezzo, Mons. Volpi
- el caso del Partido Popular y la victoria del aconfesionalismo
- la inversión de rumbo de la prensa católica.

Bajo Benedicto XV: el *Sodalitium Pianum* desde la muerte de San Pío X (1914) hasta su disolución (1921)

El *Sodalitium Pianum* (Sodalicio o Liga de San Pío V), fundado y dirigido por Mons. Benigni, debía ser un organismo eclesiástico, según el modelo de los actuales Institutos seculares, dependiente de la Congregación Consistorial, dirigida entonces por el Card. De Lai. Repetidamente elogiado y aprobado por la citada Congregación y por el propio Papa San Pío X, sin embargo, nunca fue erigido canónicamente, como solicitó varias veces nuestro monseñor, por el obstáculo que hemos señalado al hablar del “episcopalismo”. Disuelto voluntariamente a la muerte de San Pío X (agosto de 1914) también a causa de la guerra, fue reconstituido a petición del Card. De Lai en agosto de 1915 ⁽⁷⁴⁾, con una modificación de los estatutos, aunque, por las razones antes mencionadas, bajo el pontificado de Benedicto XV su actividad no pudo llevarse a cabo como bajo Pío X. No obstante, el S.P. continuó su existencia durante todo el pontificado del Papa Della Chiesa, ya que cesó oficialmente sus actividades el 8 de diciembre de 1921 (el Papa genovés falleció el 22 de enero de 1922). El cese del Sodalicio fue obtenido por sus enemigos en tres etapas, que Emile Poulat relata detalladamente en *su Intégrisme et catholicisme intégral* (1969). Habiendo elaborado desde algún tiempo una cronología sintética de los hechos, me tomo la libertad de comunicarla al lector tal como la escribí, para concluir este capítulo con un breve comentario, remitiendo para más información al volumen de Poulat.

La disolución del *Sodalitium Pianum*: etapas y cronología

Antecedentes (1914)

El sacerdote belga Florent **Prims** (1882-1954), nombrado por el Card. Mercier secretario del P. Rutten O.P. (otro enemigo del S.P.), animador de los sindicatos cristianos, recibe confidencias del abogado Alfons Joncks, de Gand, miembro del S.P., e informa sobre el S.P. al sacerdote holandés Padre Hubertus **Höner** (1871-1920), camiliano, de Ruremonde, a quien en 1909 se le había prohibido imprimir el libro “*Theoremata moralia*”. Höner inicia una campaña de prensa contra el S.P. en el *Düsseldorfer Tageblatt*.

Agosto de 1914: estallido de la guerra, muerte de San Pío X, Bélgica está bajo administración militar alemana.

Octubre de 1914: memoria de Mons. Eudoxe Irénée **Mignot** (1842-1918), arzobispo de Albi, defensor y albacea del hereje Loisy, al nuevo cardenal Secretario de Estado Ferrata, contra Mons. Benigni, más tarde adaptado a su sucesor Gasparri. En el contexto del cambio de pontificado, los círculos modernistas piden entonces una intervención contra Mons. Benigni.

La conspiración. El allanamiento.

La incautación de documentos (1915)

12 de marzo de 1915: Heinz **Brauweiler** (1885), director del *Düsseldorfer Tageblatt* (1913-1925), escribe una carta al Barón Oskar **Van der Lancken-Wakenitz** (1867-1939), director político de la administración militar alemana en Bélgica. Tomando como pretexto un libro de católicos franceses (propaganda de guerra anti-alemana), carga falsamente la responsabilidad sobre el movimiento integrista A.I.R (Agenzia Internazionale Roma) y su cabeza, Mons. Benigni, acusado calumniosamente de estar vinculado a un agente ruso en Roma. Se ofrece, con el P. Höner, para un allanamiento en la casa del abogado de Gand relacionado con Benigni.

Abril de 1915: viaje de los dos a Bélgica desde Lancken, seguido de un informe de los mismos contra el S.P., acusado de actividad favorable a Francia, Serbia y Rusia, y contraria a los católicos alemanes acusados de ser modernistas y antipapistas, y todo esto con fines políticos.

18 de mayo de 1915: allanamiento de Joncks (sin que los dos sean reconocidos) y confiscación de documentos. ¡El “espía ruso” Sonthoff era en realidad el Padre redentorista Alphonse George, francés, miembro del S.P.! Tenga en cuenta que una acusación de espionaje en medio de la guerra conlleva el riesgo de ser fusilado.

19 de mayo: van de Lancken a Bruselas con documentos y piden llevarlos a Düsseldorf. Se requiere el permiso del embajador **Van Bergen**.

4 de junio: en Berlín, Van Bergen, que conoce y teme a Benigni, permite a Höner sacar provecho de los documentos incautados.

1916: Höner comunica los documentos al sacerdote Heinrich **Brauns** (1868-1939), alemán, del *Volksverein*, la Acción Católica Alemana. Todo estuvo en silencio durante la guerra, Höner murió en 1920.

La “Memoria anónima” y el papel de los jesuitas franceses (febrero-marzo de 1921)

11 de febrero de 1921: Fernand **Mourret** (1854-1938), historiador, Padre Sulpiciano, amigo del filósofo modernista Maurice **Blondel** que estaba al corriente de todo, acude al sacerdote **Geurts** (ver abajo) invitándolo a familiarizarse con los documentos del S.P. que Höner le había dejado.

Febrero-marzo de 1921: de vuelta en París, Mourret estudia los documentos, informa a Blondel y a su superior M. **Garriguet**. Este último lo pone en contacto con el P. Léonce de **Grandmaison** S.J., quien se lo comunica al P. **du Passage** S.J., director de *Études*, al P. **de la Brière** S.J., a Mons. **Roland-Gosselin**. Los jesuitas le dicen a Mourret que escriba la memoria anónima e intente un “*coup de main*” directamente en Roma. Otra vía jesuítica: habiendo informado a los PP. **Desbuquois** y **Danset**, este último va a Bélgica a ver al P. **d’Herbigny** S.J. (en su momento denunciado por el S.P.) ⁽⁷⁵⁾, que va a Holanda. Geurts entrega los documentos a la casa jesuita de Exaeten (Holanda) para que los reproduzcan los Padres Pierre **Dumont** y **Gadenne**, que hacen una copia para Mons. **Cerretti**. Se hicieron



El Papa Benedicto XV

tres más: una para Geurts, otra para la casa y otra para el P. Desbuquois, que probablemente la hizo consultar por los periodistas del *Mouvement*.

Marzo de 1921: Memoria anónima (de Mourret) denunciando al S.P. (versión revisada en 1922).

La denuncia en Roma y la disolución del S.P. (abril-diciembre de 1921)

Abril de 1921: “Memoria anónima” (de Mourret) enviada a los obispos, los superiores religiosos, la nunciatura, la Secretaría de Estado (Card. **Gasparri**). En particular al P. **Le-dochowski**, General de la Compañía, a través de los Padres de París. El superior general de los sulpicianos lleva otra copia a Roma. Copia a Blondel, al Card. **Frühwith**, a Mons. Cerretti (Secretario de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios).

Mourret obtiene también la supresión del semanario *L'actualité catholique* y el traslado al extranjero del asuncionista P. Salvien (próximo al S.P.; hablaremos de ello al tratar de las “asociaciones diocesanas”).

Septiembre de 1921: primera réplica de Mons. Benigni (*La paille et la poutre*) [La paja y la viga].

Segunda réplica de Mons. Benigni, con el texto de las aprobaciones de San Pío X y de las Congregaciones Romanas (*Encore une société secrète*) [Otra sociedad secreta].

Respuesta de Mourret a Benigni.

10 de noviembre de 1921: carta del Card. Donato Sbarretti (1856-1939), de la S.C. del Concilio, a Mons. Benigni.

16 de noviembre de 1921: respuesta de Mons. Benigni, seguida de carta personal al cardenal.

25 de noviembre de 1921: la Congregación del Concilio (carta del Card. Sbarretti) pide a Mons. Benigni, por voluntad de **Benedicto XV**, que disuelva el S.P., “en vista del cambio de las condiciones”...

1º de diciembre de 1921: carta de Mons. Benigni al Card. Sbarretti, y carta de éste a los sodalistas, anunciando la disolución del S.P. el 8 de diciembre.

7 de diciembre: carta de Mons. Gaetano **Cicognani** (1881-1921) (nunciatura de Bruselas) a Mons. Borgoncini-Duca (Asuntos eclesiológicos extraordinarios). Recibió la memoria del Card. **Mercier**. **Benedicto XV** lamenta que Pío X haya apoyado tal movimiento.

Así, el 8 de diciembre de 1921, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, concluyó el *Sodalitium Pianum* concebido por Mons. Benigni con el apoyo de los Cardenales Merry del Val, De Lai, Vives y Tutó y, sobre todo, de San Pío X. Interrumpo por un momento mi cronología para hacer algunas consideraciones:

La campaña contra el S.P. que condujo a su fin tuvo, pues, tres etapas. La primera se originó en Alemania, en el movimiento democristiano alemán de Munchen-Gladbach. En efecto, las últimas batallas de San Pío X y de Mons. Benigni giraron en torno a la cuestión de los sindicatos alemanes aconfesionales (cf. Encíclica *Singulari Quadam*, del 24 de septiembre de 1912) y, por tanto, del modernismo social, que tenía su centro... en el famoso *Zentrum* (*Zentrumspartei*: Partido del Centro Alemán; era el partido católico alemán que adoptaba una línea democristiana y aconfesional). Aprovechando la guerra, consiguieron hacerse con los documentos encriptados del S.P. La segunda etapa tuvo lugar en Francia, donde ya el obispo modernista de Albi (partidario del excomulgado Loisy) había denunciado a Mons. Benigni. Ahora la denuncia puede apoyarse en documentos comprometedores, que fueron a parar a manos de un sulpiciano amigo y colaborador del modernista Blondel, que se apoya en la red de jesuitas franceses contra la que ya había batallado Mons. Benigni. La revista *Études*, el Padre de Grandmaison, el espía Mons. d'Herbigny, que primero será el “paladín”

de Pío XI y luego caerá en total desgracia con él. La tercera etapa llega a Roma, a través del Card. Mercier (protector de los modernistas), el General de la Compañía, Mons. Cerretti. Oficialmente, es el Card. Sbarretti quien pide a Mons. Benigni la disolución del *Sodalitium* en nombre del Papa; en realidad, el Card. Gasparri se encarga de todo, como él mismo dirá.

El citado cardenal habría querido disolver el S.P. en virtud del canon 684 que prohíbe las sociedades secretas (carta del Card. Sbarretti del 10 de noviembre de 1921). Las respuestas de Mons. Benigni con los documentos de aprobación del S.P. por la Consistorial y el propio Pío X impidieron la maniobra, que habría sido una verdadera (e infamante) condena. Como recuerda repetidamente Poulat, el S.P. **no** era una sociedad secreta, pues el Papa y la Congregación Consistorial estaban al corriente de todo y lo aprobaban.

Los “integristas” en general y Mons. Benigni en particular son (eran) acusados de practicar el espionaje, la delación, denuncias más o menos calumniosas. La verdad es que fueron los enemigos del S.P. quienes practicaron estos métodos: los filo-modernistas alemanes calumniaron a los integristas, y no de forma inofensiva (si es que existe la calumnia inofensiva). Acusar de espionaje en tiempos de guerra para obtener un allanamiento pone en peligro la vida del calumniado y allanado. En un contexto menos peligroso, el golpe lo repitieron los jesuitas de *La Civiltà Cattolica*, acusando a Benigni ante las autoridades fascistas para obtener un allanamiento y la confiscación del depósito de libros (POULAT, *Catholicisme...*, pág. 460, nota 31). En cuanto a las denuncias más o menos anónimas, los filo-modernistas – como hemos visto – no tenían igual. Es penoso ver a los “tradicionalistas” caer en la trampa y repetir las acusaciones hipócritas de quienes reprochaban a los “integristas” hacer lo que ellos mismos hacían a lo grande.

La destitución de Mons. Volpi (1919): un clero inmoral y modernista aliado contra un santo obispo

Ya hemos hablado en *Sodalitium* (nº 35, oct.-nov. de 1993; nº 61, julio de 2007) del Siervo de Dios Mons. Giovanni Volpi (Lucca, 27 de enero de 1860 - Roma, 19 de junio de 1931), reseñando entre otras cosas la biografía que le dedicó el sacerdote de Arezzo Mons. Angelo Tafi. Maestro de vida espiritual, confesor de Gemma Galgani y Elena Guerra, considerado santo por León XIII quien lo elevó al episcopado, fue, con Mons. Alfonso Archi, uno de los obispos italianos más fieles y queridos de San Pío X, que lo quiso en la sede de San Donato en Arezzo. La muerte de Pío X y la guerra pusieron fin a aquellos años felices y fructíferos: le esperaba la cruz. Con la elección del genovés Benedicto XV los tiempos habían cambiado, y en 1915 el director del periódico católico integrista genovés, *La Liguria del Popolo*, Don Giovanni Boccoardo (1877-1956: murió en la Obra de Don Orión) tuvo que abandonar Génova. Mons. Volpi lo acogió en Arezzo, como director espiritual del seminario ⁽⁷⁶⁾. Pero el refugio no duró mucho, ya que el propio obispo ya no era el objetivo de los liberales y masones de la ciudad, sino de la propia Roma. Mons. Francesco Moretti (1854-1926), ex vicario general de Mons. Volpi y consagrado por él para ser obispo de Termini (1905), era, desde sus estudios en Roma, amigo íntimo del nuevo Papa. Permaneciendo en contacto con el clero de Arezzo, dio lugar a los resentimientos de los peores elementos de la diócesis contra el obispo, que buscaba corregir la inmoralidad en el clero. Así, en 1917 Benedicto XV ordenó al canónigo de Letrán Arcangelo Lolli una visita apostólica a la diócesis con el objetivo de hacer dimitir al obispo. Mons. Volpi abandonó la diócesis sólo después de recibir, el 1º de mayo de 1919, la orden formal de Benedicto XV de abandonar Arezzo, como lo hizo el 11 de junio. Retirado en Roma sin ningún cargo (excepto el de canónigo de Santa María la Mayor), se encontró rechazado por el Papa, que ni siquiera quiso recibirlo ni saber nada de él. Mons. Volpi aceptó todo con espíritu de fe y amor al Papa; uno



Mons. Giovanni Volpi

de sus sucesores abrió su proceso de beatificación encomendando la postulación a los Padres dominicos. Entre los 13 cargos contra Mons. Volpi, uno es todo un programa: “*lucha ciega contra el modernismo y el liberalismo*”. Una “falta” que le habría valido –bajo Pío X– un ascenso a puestos más prestigiosos, se convirtió en cambio en motivo (junto con su lucha contra la inmoralidad de sus acusadores) de su más profunda humillación. Desde el año 2000 sus restos descansan, como él lo había pedido, junto a Santa Gemma Galgani, en Lucca.

El nacimiento del Partido Popular (1919) y la victoria del aconfesionalismo

El 18 de enero de 1919, bajo el pontificado de Benedicto XV, se publica el “*Llamamiento a los libres y fuertes*”, el programa del nuevo Partido Popular Italiano, firmado por los miembros de la Comisión provisional del Partido: “*Abogado Giovanni Bertini - Abog. Giovanni Bertone - Stefano Cavazzoni - Contador Achille Grandi - Conde Giovanni Grosoli - Dr. Giovanni Longinotti - Abog. Prof. Angelo Mauri - Abog. Umberto Merlin - Abog. Giulio Rodinò - Conde Abog. Carlo Santucci - Prof. D. Luigi Sturzo, Secretario Político*”. Muchas de estas personas habían apoyado a Don Romolo Murri y su Democracia Cristiana, entre ellos el propio secretario político, Don Sturzo: si el nuevo partido tomó el nombre de Partido Popular, y no de Democracia Cristiana (como hizo en 1943, después del “paréntesis fascista”), esto se debió, como escribe *L’Enciclopedia Cattolica*, a la necesidad de “*no recordar un pasado que tuvo luces y sombras y que fue demasiado discutido*”. En 1919 ese pasado no podía ser reivindicado explícitamente, pero sí lo fue más tarde, una vez ganada la batalla: “*El 11 de marzo de 1996, en calle Montecatini 5 (en Roma) se colocó una placa con el siguiente epígrafe: ‘En los albores del siglo XX, en este edificio Romolo Murri desarrolló ideas e iniciativas para el despertar democrático católico entre los nuevos creyentes. Alcide De Gasperi⁽⁷⁾ y Luigi Sturzo quedaron inmediatamente fascinados y aquí fueron fraternalmente hospedados*”. Esta placa, encargada por Don Lorenzo Bedeschi, historiador del modernismo, y por la Universidad de Urbino, conmemora la jornada pasada en el Aventino, el 7 de septiembre de 1900, por Don Romolo Murri, Marc Sangnier (fundador de *Le Sillon*) y los futuros fundadores del Partido Popular (Don Sturzo, 1919) y de la Democracia Cristiana (De Gasperi, 1943). En el centenario del nacimiento del sacerdote de Las Marcas (1870, 1970-71), el Presidente de la República, Giovanni Gronchi, y el secretario de la Democracia Cristiana, Arnaldo Forlani, declararon públicamente la deuda de gratitud que Don Sturzo y toda la Democracia Cristiana tenía hacia Don Murri. Para aquellos que no recuerdan bien quién fue Don Murri, recordaré brevemente algunos momentos destacados de su trayectoria. Nacido en 1870, ordenado en 1893, siguió los cursos del filósofo marxista Labriola y en 1894 fue uno de los promotores de la FUCI (donde se hizo amigo de Don Sturzo: “*Fue Don Murri quien me empujó definitivamente hacia la democracia cristiana*”). Como se mencionó, en 1900, con Sangnier, Don Sturzo, De Gasperi y otros, inauguró la escuela demócrata cristiana. Jefe de la corriente de “jóvenes” en la *Opera dei Congressi*, fue mayoría en el Congreso de Bolonia de 1903, protegido por la benevolencia de Grosoli. Pero ya en 1902 había manifestado el sentido político (contrario a la Encíclica *Graves de communi*, de 1901, de León XIII) de ser democrático, con el artículo *Il*

crollo di Venezia [La caída de Venecia] (contra los “viejos” intransigentes a la Paganuzzi, arraigados principalmente en el Venecia) y en el discurso de San Marino sobre “libertad y cristianismo”, donde combinó su modernismo social (es decir, que aceptaba los beneficios de la Revolución) con el dogmático (alabando a Tyrrel y Loisy). Disuelta por San Pío X la *Opera dei Congressi* justamente para contrarrestar el avance del murrismo, el sacerdote de Las Marcas aboga en 1905 por una participación política y electoral de los católicos, con un partido aconfesional y autónomo de la jerarquía, fundando la “Liga Democrática Nacional” (de la cual formó parte el diputado Bertini, uno de los fundadores del P.P.I.), que Pío X condenó al año siguiente (*Pieni l’animo*, 1906). Así llegaron las censuras contra el sacerdote modernista: suspensión *a divinis* en 1907 y excomunión en 1909. En 1912, el infeliz sacerdote, que se había convertido en diputado, atenta el matrimonio con la hija del ex presidente de la cámara alta noruega. Se unió al Partido Radical (el más cercano a la masonería) y luego apoyó el fascismo, viendo en el Concordato la realización del sueño de Cavour; en 1943, un año antes de su muerte, fue absuelto de la excomunión. Tal es el infeliz y desafortunado padre de la Democracia Cristiana y del Partido Popular, que tanto daño han hecho a Italia y a la Iglesia. Pero, volviendo al tema de este ensayo o artículo: ¿cuál fue la actitud de las autoridades eclesiásticas respecto del nacimiento del Partido Popular entre finales de 1918 y principios de 1919? Se ha dicho: de “asentimiento tácito”. Los católicos integristas (Benigni, *Fede e Ragione*), herederos de la línea de San Pío X, condenaron inmediatamente al Partido Popular: su autonomía declarada, su aconfesionalidad (⁷⁸), su opción democrática en el sentido político, su programa que puede calificarse de “modernismo social” (condenado por Pío XI en su primera encíclica). El Cardenal arzobispo de Génova, Tommaso Pio Boggiani, publicó, como veremos, una carta pastoral contra el nuevo partido. ¿Y la Santa Sede? El Padre jesuita Sale cuenta las cosas, aunque a su manera. Cuando nació el partido (18 de enero de 1919) “vio la luz después de unos meses de gestación y, aparentemente, sin una intervención directa de la Santa Sede en el establecimiento del programa político y de acción del nuevo partido” (pág. 19). El nexo de unión con el Card. Gasparri era el Conde Carlo Santucci (véase la nota 103), un católico liberal, “amigo personal del Secretario de Estado”. “Según el testimonio de Don Sturzo, el Vaticano desde el principio no se opuso a su proyecto”, especialmente porque “sin la anulación del ‘Non expedit’, establecido en 1874 por la Sagrada Penitenciaría, era imposible para los católicos italianos acercarse a las urnas políticas incluso para votar por un partido de inspiración católica”; la mitigación del *non expedit* prevista por San Pío X con el pacto Gentiloni había sido rechazada por Don Murri, Don Sturzo y el propio Mons. Della Chiesa, precisamente porque preferían un partido de católicos (pág. 21). El Padre Sale comienza a hablar de la gestación del P.P.I. mencionando la conferencia “sobre los problemas de la posguerra” dictada por Don Sturzo ante el Card. Ferrari el 17 de noviembre de 1918, en Milán: el resultado de la guerra enterró toda alianza entre trono y altar, y la misma Cuestión Romana, y abrió el camino a un nuevo partido de católicos. El Card. Ferrari había aconsejado entonces a Don Sturzo que hablase con el Card. Gasparri, quien se tomó su tiempo para informar al Papa (págs. 22-23). Gasparri consultó al Conde Della Torre (enemigo de los integristas) y al Card. Lafontaine, ambos partidarios de abandonar la línea mantenida por Pío X (el pacto Gentiloni) y a favor de un no precisado “partido católico” democrático (págs. 25-27). Luego, vino la segunda audiencia con Don Sturzo, entonces alcalde de Caltagirone, poco antes de la Navidad de 1918. Gasparri aprobó incluso una posible alianza con los socialistas (pág. 29) y dejó a Don Sturzo la responsabilidad del intento; en sus memorias escribió: “el partido popular surgió por generación espontánea sin ninguna intervención de la Santa Sede, ni a favor ni en contra” (pág. 31). En 1928, fracasada la experiencia del P.P.I., Gasparri escribe a su amigo Santucci: “has dicho al pasar que el Partido Popular había sido formado por el Papa Benedicto y

por mí; esto no corresponde a la verdad”; pero lo que corresponde a la verdad es que ni siquiera se lo combatió, es más, ante la pregunta del Card. Lafontaine si los fieles podían adherir a él con certeza de conciencia y según la perspectiva de la Santa Sede, Gasparri respondió: “*es en la perspectiva de la Santa Sede que los católicos italianos adhieren a este partido*” (pág. 35, págs. 146-147). Benedicto XV encargó al Padre Rosa, de *La Civiltà Cattolica*, que escribiera una Nota sobre el P.P.I. en la que examinaba los defectos del programa del nuevo partido (págs. 38-39) que, sin embargo, como hemos visto, no sólo no fue condenado, sino que en la práctica fue alentado, a la espera de ulteriores desarrollos. Así fue como el P. Rosa, Mons. Olgiati y el P. Gemelli (Universidad Católica) favorecieron la creación de un “*ala derecha*” del P.P.I. que defendiera el carácter confesional del partido, de forma que atrajera al P.P.I. a todos aquellos católicos intransigentes (Paganuzzi, Sassoli de Bianchi, Medolago Albani y muchos otros) todavía fieles a los principios de la Iglesia, y a la Cuestión Romana ⁽⁷⁹⁾. Se recordaron los principios, pero concretamente se hacía aceptar el partido, al que un informe de la Secretaría de Estado, a pesar de una cantidad de condiciones, recomendaba la inscripción (págs. 65, 152-153) ⁽⁸⁰⁾, dejando a los obispos la decisión final para sus propias diócesis (págs. 66, 69, 147, 153), calificando la actitud de la Santa Sede al respecto de “*benévola reserva y expectación*” (texto completo del informe en págs. 148-153). La abrogación del *non expedit* por parte de la Sagrada Penitenciaría pocos días antes de las elecciones de noviembre de 1919, dio efectivamente al partido la luz verde definitiva (págs. 67-70).

Se comprende entonces el ruido que hizo la postura adoptada por el cardenal arzobispo de Génova, al condenar al Partido Popular. El arzobispo de Génova, nombrado por el genovés Benedicto XV el 30 de enero de 1919, el Card. Tommaso Pio Boggiani O.P. ⁽⁸¹⁾, publicó una famosa carta pastoral sobre “*La Acción Católica y el Partido Popular Italiano*” el 21 de julio de 1920, y luego desautorizó al periódico católico local, *Il Cittadino*, en noviembre siguiente ⁽⁸²⁾. Tras esta carta pastoral, el cardenal publicó varias notificaciones prohibiendo la colaboración del clero con los partidos políticos, incluido el Partido Popular ⁽⁸³⁾. Roma llamó al cardenal en julio de 1921, y el 1º de agosto él envió su séptima y última carta pastoral a sus diocesanos: “*Adiós a los genoveses*”. Como la carta sobre el Partido Popular ha sido reimpresa por nosotros, y esta última no se encuentra en ninguna parte, reproduciré una parte de ella, a la espera de poder publicarla completa. Recordando sus dos años de episcopado, renovaba sus disposiciones “*contra el grave peligro que las asociaciones aconfesionales representan para la vida cristiana*” (pág. 297). Luego añade: “*En la carta ‘Por el retorno de la sociedad a Dios’ (mayo de 1920), hemos mostrado cuál es el único camino seguro para operar y lograr verdaderamente este retorno de la sociedad a Dios. Esta carta, que es de la más grave y práctica importancia, no ha recibido la consideración que merecía, quizá porque en ella no se aceptan, o más bien se combaten, las teorías de los modernos apóstoles de la política, que querrían conducir a la Iglesia y a los fieles por nuevos caminos ideados por la sabiduría o, más bien, por la ignorancia y el orgullo humanos. Y porque habíamos visto que nuestra ciudad de Génova se había convertido en uno de los bastiones de uno de estos partidos políticos, que, aunque aconfesional, pretendía por todos los medios absorber y orientar a toda nuestra Acción Católica, e implicar al clero y al nombre católico en la política partidista, publicamos inmediatamente la otra carta: ‘La Acción Católica y el Partido Popular italiano’.* Esta carta, muy clara y de una lógica implacable, fue objeto de las más vivas polémicas, y demostró lo que vale la pasión de la política incluso entre los católicos y entre los mismos clérigos. La carta fue violentamente combatida; fue condenada por muchos sin haber sido leída; se obtuvo que nuestros principales periódicos católicos ni siquiera la anunciaran; los partidarios del Partido Popular, aquí y en el extranjero, concibieron contra Nosotros las más odiosas iras. Estábamos y estamos satisfe-

chos de haber cumplido, publican-
do esta carta, un gravísimo deber
de Nuestro ministerio episcopal, y
no nos conmovió la tempestad que
se levantó contra Nos a causa de
ella. Además, en medio de tal tor-
menta de desaprobación y condena,
tuvimos y tenemos el consuelo de
saber que la carta no fue ni es des-
aprobada ni condenada por Aquel
que es el único que tenía y tiene
derecho a hacerlo”. El cardenal
relata a continuación la hostilidad
que ya existía antes de su llegada a
la diócesis, las críticas del clero y
las de los laicos “aconfesionales”.



Don Sturzo junto con los fundadores del Partito Popolare

“Esta carta –añade– tocó demasiadas pasiones y demasiados intereses, y si en su momento dejó desconcertados a los afectados, no tardó en provocar la cólera más amarga y la guerra más encarnizada contra Nosotros. Han jurado vengarse y nunca perdonar”. El cardenal habla a continuación de la advertencia contra *Il Cittadino*. El periódico publicó entonces un telegrama de cortesía de la Secretaría de Estado que intenta en vano poner al Papa en contra del obispo. Las notificaciones al clero sobre el P.P.I. desataron a los “populares” a oponerse al cardenal en Génova y Roma, levantando al clero genovés y a la propia Acción Católica contra las disposiciones del arzobispo, escribiendo que el prelado sería destituido de todos modos. “De este modo, unidos todos los descontentos, comenzó y continuó contra Nosotros aquella guerra desleal y sorda que se fue extendiendo e intensificando cada vez más de un modo verdaderamente vergonzoso, y con tal arte como para inducir en muchos la persuasión de que las observaciones, quejas y acusaciones lanzadas contra Nos, habrían abierto una brecha, y que Nuestra situación, ante la Suprema Autoridad Romana, sería ya tambaleante e insostenible. Es increíble la malicia empleada en combatirnos. No se nos perdonó nada. (...) No hablaremos de las cartas anónimas enviadas a Roma contra Nos, ni de las numerosas dirigidas a Nos; éstas no fueron ni siquiera todas escritas por personas del pueblo. Sólo diremos que muchas de ellos eran tan insolentes y obscenas, que no creemos que los demonios del infierno pudieran escribir otras peores. Así pudimos y podemos apropiarnos de las palabras de san Pablo: ‘Hemos venido a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el desecho de todos’ (1 Cor. 4, 13)”. Al comprobar la imposibilidad de hacer el bien en la diócesis, impedido por los calumniadores, el cardenal decidió dimitir⁽⁸⁴⁾. Como veremos más adelante al hablar de *Fede e Ragione*, el asunto tuvo secuelas cuando se publicaron cartas privadas de Benedicto XV al Card. Boggiani (*La Tribuna*, 4 de febrero de 1922, cfr. SALE, págs. 170-171). La primera de ellas data del 22 de agosto de 1920, y dice entre otras cosas: “En las últimas semanas Su Eminencia ha aparecido en los periódicos. **Creo que ha hecho bien en poner las cosas en orden. La Pastoral de Su Eminencia es un documento que será citado si los del P.P. pretenden reclamar el título de partido católico**”. En el Congreso de las Juntas diocesanas en Roma, un representante del P.P.I. enfrentó a Benedicto XV contra el Card. Boggiani, por lo que los delegados genoveses, encabezados por el abogado Rocco Gambaro, abandonaron la sala en señal de protesta. El Papa genovés escribió entonces a Boggiani el 19 de junio de 1921, enviándole un anillo como señal de su benevolencia y nombrando a Gambaro commendatore. Finalmente, cuando en agosto del mismo año se dijo que el Card. Boggiani abandonó Génova por orden de Benedicto XV (en

castigo, por tanto), el Papa le escribió: “*Eminencia, recibo hoy –1º de agosto de 1921– su carta del 28 de julio. No hace falta decir que su decisión, aunque no inesperada, me entristeció, pero confirmo que los cardenales son sacerdotes de la Iglesia Romana y, por tanto, pueden elegir residir en Roma. Que el Señor nos bendiga a todos. Suo afmo. Benedictus PP. XV*”. El cardenal quería que las cartas fueran publicadas, pero sólo después de la muerte del Papa (22 de enero de 1922) y del cónclave que eligió a su sucesor (abierto el 2 de febrero), y así se hizo el 4 de febrero de 1922, como se ha dicho. La actitud de Benedicto XV hacia el Card. Boggiani confirma que el Papa no compartía el programa del Partido Popular, y felicitaba al cardenal por su oposición (a diferencia de Eminentes purpurados) ⁽⁸⁵⁾. Esto es desde el punto de vista doctrinal. En la práctica, sin embargo, siguiendo a su Secretario de Estado, lo dejó continuar con “*benévola expectativa*”, sin condena alguna, favoreciendo de hecho el ascenso del partido, que pronto colonizó también la Acción Católica, la cual, sin embargo, permanecía bajo el control directo de la jerarquía. Bajo Pio XI se sacrificó el P.P.I. a los acuerdos de Letrán, pero la Acción Católica no fue sacrificada, ni evidentemente se lo podía hacer sin renunciar a la libertad de la Iglesia: lamentablemente, como hemos dicho, la Acción Católica también estuvo desde entonces colonizada por los exponentes del P.P., más aún después de que el Partido fuera disuelto por el gobierno. De esas filas antifascistas nació en 1943 la Democracia Cristiana, que revivió, para peor, los logros del P.P. e hizo realidad los sueños de Don Murri. De esas filas también surgió el joven Giovanni Battista Montini, cuyo padre, Giorgio, amigo del Padre Semeria ⁽⁸⁶⁾, era diputado del P.P.I.; fue uno de los fundadores del Partido, Giovanni Maria Longinotti (1876-1944), de Brescia, quien abrió las puertas al joven Montini en el Vaticano, facilitando su acceso a la Academia de Nobles Eclesiásticos y la Secretaría de Estado, y luego a la carrera eclesiástica que siguió ⁽⁸⁷⁾. Al releer hoy la larga declaración del diputado Longinotti en el proceso de beatificación de Pío X, uno se queda impresionado por el odio y el desprecio del diputado *popular* contra el Santo Pontífice, tratado como un ignorante, contra los católicos intransigentes, atados al pasado temporalista, contra los antimodernistas, perseguidores de Grosoli y del “Trust”, y uno se da cuenta plenamente del ambiente en el que creció el joven Montini ⁽⁸⁸⁾.

Debemos concluir amargamente (*nefas est ab inimicis discere*) que Antonio Gramsci, el intelectual de referencia del comunismo italiano, fue más previsor que el Card. Gasparri, cuando, con respecto al naciente Partido Popular, escribió el 1º de noviembre de 1919, en *Ordine Nuovo*, estas palabras que más tarde se hicieron famosas: “*La constitución del Partido Popular tiene una gran importancia y un gran significado en la historia de la nación italiana. Con ella el proceso de renovación espiritual del pueblo italiano, que niega y supera el catolicismo, que escapa del dominio del mito religioso y crea una cultura y basa su acción histórica en motivos humanos, en fuerzas reales inmanentes y que operan en el seno mismo de la sociedad, adquiere una forma orgánica, se encarna ampliamente en las grandes masas. La constitución del Partido Popular es equivalente en importancia a la Reforma alemana, es la irresistible explosión inconciente de la Reforma italiana. (...) El Partido Popular representa una fase necesaria en el proceso de desarrollo del proletariado italiano hacia el comunismo. (...) El catolicismo democrático hace lo que el socialismo no pudo: amalgamar, ordenar, vivificar y se suicida. Habiendo asumido una forma, convirtiéndose en un poder real, estas multitudes católicas se fusionan con las masas socialistas concientes, convirtiéndose en su continuación normal. Lo que hubiera sido imposible para los individuos, se vuelve posible para las vastas formaciones. Habiéndose convertido en sociedad, habiendo tomado conciencia de su fuerza real, estos individuos comprenderán la superioridad del lema socialista: ‘la emancipación del proletariado será obra del proletariado mismo’, y querrán hacerlo ellos mismos, y llevarán a cabo sus propios esfuerzos y ya no querrán intermediarios, ya no querrán pastores por autoridad, sino que compren-*

derán que se mueven por impulso propio: se convertirán en hombres, en el sentido moderno de la palabra, hombres que sacan de su conciencia los principios de su acción, hombres que destruyen los ídolos, que decapitan a Dios. Por lo tanto, los socialistas no temen el avance impetuoso de los ‘populares’, el nuevo partido que opone sus seiscientos mil miembros a los sesenta mil miembros del partido socialista. Los ‘populares’ son para los socialistas lo que Kerensky es para Lenin; la XXV legislatura del parlamento italiano verá la derrota de las rápidas formaciones políticas basadas en la sed impulsiva de poder de los campesinos, como lo ve la Constitución de la República Democrática Rusa”. Gramsci fue un “profeta”, aunque sólo parcialmente. La Democracia Cristiana abrió las puertas primero al laicismo, luego al socialismo y finalmente al compromiso histórico con el comunismo, en una deriva “hacia la izquierda” que le es coesencial⁽⁸⁹⁾; creó un “católico adulto” que ya no necesitaba la guía de la jerarquía y la autoridad de la Iglesia (autonomía); abrió el camino para los herederos de la Reforma Protestante (aconfesionalismo). Lo que Gramsci no vio fue que el catolicismo democrático y la propia izquierda se convertirían, como se han convertido, en “un partido radical de masas” (destrucción de la familia, divorcio, aborto, uniones civiles, “derechos civiles”, etc.). Mons. Benigni era muy consciente del peligro, contra el que luchó toda su vida (él, que procedía de las filas de la auténtica “democracia cristiana” leonina), contra la “Internacional blanca” o, mejor dicho, la unión internacional de los modernistas sociales: en Italia, en Francia (contra los herederos de *Le Sillon*), en Alemania y en otros lugares. Por esta razón fue marginado a partir de los años 20: acusado de dividir el frente católico porque criticaba a los modernistas sociales (dando nombres y apellidos), que se consideraban “muy buenos y leales católicos”. Desgraciadamente, la historia y los acontecimientos le dieron la razón.

El giro de la prensa católica: prensa integrista y prensa de penetración

Ya hemos señalado la importancia de la prensa católica en la crisis modernista bajo San Pío X. Con la prensa católico-liberal convergiendo ahora en el vasto campo de la prensa laica, la prensa católica, unida en un principio en una posición intransigente, se había dividido gradualmente en una prensa “papal”, “clerical”, bajo Pío X “integrista”, y una prensa que el P. Nitoglia llamaría moderada, y que entonces se denominaba “de penetración” o “de tendencia”, unida en gran parte en un “Trust” controlado por Grosoli Pironi a través de la *Società Editrice Romana*. La división en la prensa católica correspondía a la división anterior en la *Opera dei Congressi*, cuando, recordemos, para combatir la infiltración murriana San Pío X disolvió en 1904 la Opera presidida por Grosoli, quien en 1907 fundó el “Trust” *Società Editrice Romana* apoyado por el Banco di Roma. La prensa “integrista” luchaba a “bandera desplegada”, según la feliz expresión del propio San Pío X, pero tenía pocos lectores y sólo católicos convencidos; la prensa de “penetración”, en cambio, pretendía asemejarse a la prensa laica para “penetrar” y difundirse en otros círculos. El antimodernismo inteligente y moderno de Mons. Benigni había encontrado una solución adecuada a este dilema: una prensa integralmente católica, pero poco difundida, y una prensa más difundida, pero siempre menos católica. La solución de Mons. Benigni consistía en esto: defensa de la prensa “integrista” y condena de la prensa del “trust”, por un lado; servicio de prensa eficaz (cfr. *La Corrispondenza Romana*, más tarde *La Corrispondance de Rome*) para expresar la posición de la Santa Sede (aunque ni oficial ni oficialmente oficiosa), a disposición de la prensa católica y laica de todo el mundo; y, por último, “inyecciones” de buena información católica en la prensa laica a través de los buenos servicios de periodistas amigos: la fórmula tuvo éxito, y es bien sabido, de hecho, que la causa modernista no fue muy bien vista por el mundo laico, ciertamente menos de lo esperado, tanto más cuanto que este mundo, casi to-

talmente ignorante de los asuntos religiosos, se complacía en recibir información por debajo de la mesa, o de manera “oficiosa”, de los círculos vaticanos ⁽⁹⁰⁾. San Pío X, que a través del Card. Merry del Val había apoyado esta iniciativa de Mons. Benigni, defendió entonces públicamente a la prensa verdaderamente integrista y, por el contrario, combatió la “de penetración” (advertencia del 2 de diciembre de 1912). El P. Nitoglia, que, como yo, se formó en los años 70 en la escuela contra-revolucionaria (aunque con todas sus limitaciones, de las que hemos escrito en *Sodalitium*, y antes del giro modernista de los 80) de *Alleanza Cattolica* y su revista *Cristianità*, debería conocer estas claras palabras de San Pío X, dirigidas al preboste de Casalpusterlengo el 20 de octubre de 1912:

*“En cuanto a los periódicos, si Usted predica contra los malos y difunde los buenos en la medida de sus posibilidades, **disuadiendo la asociación y la lectura de los llamados del trust**, cumple con su deber de buen párroco, y hace no sólo lo que quiere el Papa, sino lo que exige el sentido común católico. En efecto, ¿cómo aprobar ciertos periódicos que, con la etiqueta oculta de católicos, porque a veces informan sobre recepciones pontificias o notas vaticanas, no sólo no dicen nunca una palabra sobre la libertad y la independencia de la Iglesia, sino que fingen no estar al corriente de la guerra constante que se libra contra ella? Periódicos, que no sólo no combaten los errores que envuelven a la sociedad, sino que contribuyen a la confusión de ideas y máximas divergentes de la ortodoxia, que prodigan incienso a los ídolos del día, alaban libros, empresas y hombres nefastos para la religión? Compadezcámonos generosamente (si están en buena fe) de esos pobres ilusos, que creen impedir la lectura de periódicos malos, sustituyéndolos por esos llamados tolerantes de medias tintas y sin color, que, mientras no convierten a uno solo de nuestros adversarios (que por la sola apariencia de ser católicos los tienen en desprecio) hacen el mayor daño a los buenos que buscan la luz y encuentran tinieblas, necesitados de alimento tragan veneno, y en vez de la verdad y la fuerza para mantenerse firmes en la fe, encuentran los argumentos para volverse, en cosas de tanta importancia, despreocupados, apáticos e indiferentes. ¡Oh, cuánto daño hacen estos periódicos a la Iglesia y a las almas! ¡Y cuánta responsabilidad especialmente en el clero que los difunde, los alienta, los recomienda! La verdad no quiere florituras, **hay que desplegar nuestra bandera**: y sólo con lealtad y franqueza podremos hacer un poco de bien, combatidos por nuestros adversarios, sí, pero respetados por ellos, de tal modo que nos ganemos su admiración y poco a poco su retorno al bien. Estos son mis sentimientos, que Usted podrá, en la ocasión, dar a conocer a todos los que los necesiten, asegurándoles que el Papa piensa así, y que les imparte de corazón la bendición apostólica”* ⁽⁹¹⁾.

Las advertencias de Pío X a los obispos de Lombardía (1º de julio de 1911) y la carta que acabamos de mencionar del año siguiente no habían surtido, sin embargo, el efecto deseado. El Papa se dirigió entonces a los sacerdotes de la *Unione Apostolica*, el 18 de noviembre de 1912, quejándose de que muchos sacerdotes decían amar al Papa, pero luego no seguían sus directivas y deseos ⁽⁹²⁾. El discurso, lleno de trisiteza, fue seguido de una “Advertencia”, publicada en las A.A.S. el 2 de diciembre de 1912, cuyo texto transcribo:

“Para disipar el equívoco que ciertos periódicos están creando entre el clero y los fieles, se declara que la Santa Sede no reconoce conformes a las directivas pontificias y a las normas de la Carta de Su Santidad al episcopado lombardo, fechada el 1º de julio de 1911, a los siguientes periód-

Giovanni Grosoli Pironi, fundador del “Trust” de la prensa católica



dicos: L'Avvenire d'Italia, Il Momento, Il Corriere d'Italia, Il Corriere di Sicilia, L'Italia, y otros del mismo género, cualesquiera que sean las intenciones de algunas personas eminentes que los dirigen y ayudan".

Triunfó la prensa "integrísta", se lamentó la "moderada". No pocos prelados discreparon de la nota de Pío X, como el Card. Gasparri y Mons. Della Chiesa⁽⁹³⁾.

Pero los papeles se invirtieron cuando el Card. Gasparri se convirtió en Secretario de Estado de Benedicto XV. Vannoni escribe en *Cristianità* (nº 14, 1975): "*Gasparri estaba vinculado a los círculos del trust desde hacía mucho tiempo; cuando se enteró de su desautorización se entristeció mucho* (G. Spadolini, *Il Cardinal Gasparri e la question Romana*, Florencia, 1972, pág. 50), y

convertido en Secretario de Estado bajo Benedicto XV se apresuró a declarar oficialmente que la Advertencia de San Pío X no había tenido valor de prohibición".

No esperó un momento: el 6 de noviembre de 1914 (ni siquiera tres meses después de la muerte de Pío X) escribió al obispo de San Miniato, Carlo Falcini:

"He recibido la preciosa nota del 31 de octubre pasado, en la que el Su Excelencia Reverendísima explica que 'algunos de los mejores párrocos de esta diócesis, movidos por el deseo de detener y reducir la difusión de la mala prensa, quisieran promover ampliamente las suscripciones y la lectura de los periódicos de la 'Società Editrice Romana', y para su tranquilidad y sosiego preguntan si pueden hacerlo libremente y en conciencia, y si por tanto la conocida 'Advertencia' no había tenido sentido de prohibición. Después de haberlo referido debidamente al Santo Padre, cumplo el encargo pontificio de informarle que la citada 'Advertencia' no tenía carácter de prohibición" (94).

No es necesario que la fe demuestre continuidad entre la Advertencia de Pío X y la Nota del Card. Gasparri: una discontinuidad no implicaría a la fe; sin embargo, esta continuidad también puede defenderse ateniéndose estrictamente a las palabras de los dos documentos: la Advertencia, estrictamente hablando, no contenía una prohibición explícita y formal ni una inclusión en el *Índex*. Pero si, por el contrario, nos situamos en la perspectiva de la continuidad de la política contingente de los pontificados, la discontinuidad es evidente. San Pío X tenía la intención de promover la prensa abiertamente católica y oponerse a la del "Trust" grosoliano; la carta de la Secretaría de Estado tenía el propósito opuesto. Y de hecho así fue: la prensa "integrísta" fue lentamente no sólo abandonada, sino sofocada, mientras que la del "Trust" (y prensa similar) fue apoyada con todos los medios, morales (la carta de Gasparri evidentemente despertó el entusiasmo de los periódicos que anteriormente habían sido desautorizados, tanto más cuanto que la prensa laica, menos acostumbrada a las sutilezas clericales, escribía sin rodeos que la Advertencia había sido retirada) y también financieros. Esto lo atestigua el mismo Benedicto XV, decepcionado y dolorido por el desconsolador resultado de este apoyo a la *Società Editrice Romana*: "*La Santa Sede —escribió el Papa al obispo de Bolonia, el Card. Gusmini— está agotada e indignada; agotada, porque en 1916 ha dado tres millones para estos periódicos... me parece que no es poco. Indignada, porque en septiembre se me ha requerido un millón doscientas mil liras diciendo que*



Tapa del periódico integrísta "La Riscossa"

con esta suma el Banco di Roma haría una operación de salvataje... pero la operación no se llevó a cabo. Es lamentable el cese de los periódicos, aunque no se pueden exagerar los elogios por los supuestos servicios a la causa católica” (95).

Sin embargo, la desilusión con la prensa “de penetración” no impidió al Card. Gasparri trabajar intensamente para desacreditar (y si es posible cerrar) a la prensa integrista, como veremos en los casos de *La Riscossa* y *Fede e Ragione* en Italia, de *Actualité Catholique* en Francia.

Veamos pues, a modo de ejemplo:

- El caso de *La Riscossa*: *La Riscossa* sometida al obispo (3 de octubre de 1914)
- El caso de *Fede e Ragione*: los dolores de *Fede e Ragione* (1919-1929)
- El caso de *Actualité Catholique* (1921) (y de la R.I.S.S.).

La venganza de Mons. Rodolfi contra *La Riscossa* de los hermanos Scotton

Ya hemos visto –hablando del pontificado de San Pío X– como el obispo de Vicenza hizo la guerra a la prensa diocesana integrista (*La Riscossa*, *Il Berico*) y también a la no diocesana (*L’Unità Cattolica*). En septiembre de 1913 presentó una denuncia formal ante la Secretaría de Estado (Merry del Val) acusando a estos periódicos de injuria, calumnia, sacrilegio y escándalo para los fieles (PERIN, págs. 670-671). Pero “*el epílogo entre las dos cabezas del intransigentismo vicentino y Rodolfi se consumó a partir de agosto de 1914*”, es decir, a la muerte de San Pío X. “*El obispo obtuvo la aprobación de la Santa Sede al prohibir a Gottardo Scotton escribir en ‘La Riscossa’ poco después, a pesar de la apelación de Andrea Scotton a la Consistorial*” (De Lai ya no podía defenderlos), “*fue obligada primero a trasladar la sede administrativa y dirección a Turín y, el 8 de enero de 1916, a cesar definitivamente sus publicaciones*”. Terminaba así un periódico deseado por León XIII y apoyado por Pío X, amigo personal, como Don Bosco, de los tres hermanos monseñores. “*Il Berico también dejó de contar con el apoyo de Roma y suspendió sus publicaciones el 23 de mayo de 1915*”. “*Las medidas enérgicas impuestas por el nuevo Papa*” y “*la inversión de las relaciones de poder*” están bien expresadas en la famosa y tristísima carta del obispo Rodolfi a Mons. Andrea Scotton del 8 de diciembre de 1914. Recordemos que el escritor era amigo de Fogazzaro, y el destinatario de la carta era amigo de León XIII, Don Bosco y Pío X: “*Usted me pide que permita y tolere el trabajo de escritor y editor de ‘La Riscossa’.* Antes de responderle, creo que debo decir una palabra muy franca sobre su periódico. Sólo conozco ‘La Riscossa’ desde que estoy en Vicenza, es decir, desde 1911, y hablo sólo de estos años. No juzgo las intenciones, ni distingo las responsabilidades de los distintos redactores. Tomo ‘La Riscossa’ tal como está impresa, según los frutos aportados en mi diócesis por mi experiencia personal, y en las otras diócesis por el juicio de los respectivos obispos. Y declaro que ‘La Riscossa’ en estos años **fue funesta para la religión, nefasta para la causa de la Iglesia y deshonrosa para el Papado**, de cuyo nombre también abusó demasiado. ‘La Riscossa’ descuidó a menudo combatir a los enemigos de la Iglesia y los errores contra la fe, y volvió sus armas contra los soldados del ejército cristiano y contra sus propios jefes, los obispos. Tampoco dudó en atacar incluso a su propio Ordinario diocesano y en ridiculizar al dignísimo sacerdote que, bajo la autoridad episcopal, dirigía la Acción Católica en la diócesis. **Todas estas son acciones criminales.** Y yo añadiría, Monseñor, que he visto a ‘La Ricossa’ dilapidar el honor de personas venerables, envenenar el alma de prelados celosos y eminentes, he visto sembrar la semilla de la discordia en el clero e **insinuar la rebelión contra la autoridad legítima de la Iglesia.** Y también éstas son acciones inicuas. Las recuerdo aquí porque incluso ahora, a pesar de la encíclica tan clara y tan decisiva del Santo Padre Benedicto

XV, compruebo que 'La Ricossa' no pretende de ninguna manera abandonar el camino del pasado: y ya tuve que deplorar una vez algunos artículos en oposición a las órdenes del Santo Padre. Y tengo que deplorar haber visto, en estos mismos días, violada una de mis disposiciones y haber tenido que escribir cuatro veces para que se cumpliera otra. Además, Usted es párroco de una de las parroquias más importantes de la diócesis, está investido del beneficio y tiene gravísimas obligaciones de estricta justicia. Vea Usted, Monseñor, si puede descuidarlas para atender una publicación, **que tantos problemas ha sembrado y tanto daño ha hecho.** (...)" (PERIN,



Mons. Andrea Scotton

págs. 677-681; AZZOLIN, págs. 354-384, con el texto del recurso de Andrea Scotton a la Consistorial). Pío había muerto hacía menos de cuatro meses: juzgue el lector si esta carta del obispo amigo del modernista Fogazzaro es moderada, paternal y caritativa.

Los dolores de *Fede e Ragione*

"También la revista de Fiesole 'Fede e Ragione' es igualmente virulenta contra el legado de Benedicto XV. Fue constantemente llamada al orden por Gasparri, hasta su cese definitivo en diciembre de 1929. El 6 de marzo de 1922, el Card. Gasparri dirigió una carta circular a los obispos de Italia, advirtiéndoles contra las declaraciones irreverentes de 'Fede e Ragione' respecto a la memoria de Benedicto XV. Según Gasparri, los integristas distinguen el papado (institución venerable y permanente) del Papa (persona mortal y transitoria); un pretexto utilizado de hecho para criticar a Benedicto XV y a Pío XI, reivindicando al mismo tiempo una fiel obediencia a la causa de la Santa Sede" (N. VALBOUSQUET, *op. cit.*, pág. 458). Esta distinción entre 'Sede' y 'sedente', típicamente galicana y conciliarista, sorprende en boca de los católicos integristas y ultramontanos, que en teoría profesan la más absoluta devoción al Papado, pero en la práctica están alineados contra el Papa reinante. Este es uno de los puntos menos bellos o más contradictorios de la historia del S.P." (P. Nitoglia, conclusión de la segunda parte).

Pues bien, habría mucho que decir sobre los diez años (1919-1929) de una publicación excepcional como *Fede e Ragione*, en la que colaboró Don Paolo de Töth, Mons. Benigni, Filippo Sassoli de Bianchi, el Padre Mattiussi, el Padre Colletti y muchos otros (entre ellos, Tito Casini y Piero Bargellini). Pero me centraré en el único episodio citado por El P. Nitoglia (que también aquí ha olvidado la lectura de *Cristianità* n° 14, año 1975, y recuerda en cambio la lectura y versión más reciente del referente cultural de las instituciones judías, Nina Valbousquet). Estamos hablando de la carta del Secretario de Estado del Vaticano, el Card. Pietro Gasparri, "a los obispos de Italia" del 6 de marzo de 1922. Y aquí ya hay un error fáctico: la carta, como veremos, no fue enviada a los obispos de Italia, sino sólo a algunos de ellos. Comenzamos publicando íntegramente la carta circular de la Secretaría de Estado, enviada bajo el pontificado de Pío XI, pero que se refiere a una acusación sobre la memoria de Benedicto XV:

"La Santa Sede ha recibido quejas y denuncias de cardenales, obispos y otras personalidades contra el periódico 'Fede e Ragione' por publicaciones inadecuadas e irrespetuosas a la venerada memoria del Sumo Pontífice Benedicto XV. Asimismo, se ha



Don Paolo de Töth

observado que el periódico en cuestión difunde sin fundamento noticias alarmistas, inspiradas por motivos que no están en armonía con el programa que pretende seguir. Ya hacía algún tiempo que habían llegado a la Santa Sede informaciones serias sobre algunas personas empleadas en las oficinas del propio periódico, y se constató también que no cuenta con ninguna aprobación de la Autoridad Eclesiástica del lugar donde se imprime y donde se ubican las oficinas de Dirección y Administración. Entonces será conocida por Su Excelencia la campaña llevada a cabo por el periódico en cuestión contra la Universidad Católica de Milán. De todo lo cual consideramos útil informar a Su Excia. Revma.”.

Gianni Vannoni escribió en un comentario en *Cristianità*: “En 1924, el *Corriere Vicentino* publicó la carta de Gasparri, provocando la intervención de Mons. Fossà, quien respondió de esta manera: ‘Solía no entrar en discusiones periodísticas, pero por la defensa de la verdad, por el honor de mis sacerdotes, y también un poco por mi dignidad y autoridad, que, aunque sea indirectamente, llega a ser ofendida por el *Corriere Vicentino* en su polémica con ‘*Fede e Ragione*’, creo no sólo en mi derecho, sino también en mi deber de intervenir. Por tanto, el *Corriere Vicentino* debe saber que las acusaciones formuladas en una carta de la Secretaría de Estado, que hizo pública, aunque se trataba de un documento privado, y **que sólo conocía de segunda mano, al no tener conocimiento de ninguna manera por la Autoridad eclesiástica superior** de estas acusaciones, yo mismo presenté las debidas justificaciones a quien correspondía, y tengo buenas razones para creer que fueron satisfactorias. Para juzgar la verdad y la fiabilidad de ciertas acusaciones, formuladas por adversarios interesados en detrimento de ‘*Fede e Ragione*’, basta decir que, entre otras cosas, se le reprocha el ser publicada sin revisión eclesiástica, mientras que desde su principio yo mismo le asigné un censor particular. Y esto también debe reflejar el *Corriere Vicentino*, y es que si el obispo de Fiesole, que en amor, veneración, respeto y obediencia a la Autoridad Suprema de la Iglesia y a todos sus actos, espera no ser inferior a nadie, continuó y continúa sin embargo dando su apoyo a ‘*Fede e Ragione*’, periódico integralmente católico y que responde plenamente a las directivas pontificias, y que al obispo de Fiesole se unen otros obispos y cardenales, que alaban y aprueban los principios y la doctrina de aquel, todo esto tiene un significado que no debe escapar al *Corriere Vicentino* o al menos debe hacerlo más prudente y más cauteloso. Podría decir más, pero lo dicho me parece suficiente”. La carta de Mons. Fossà, obispo de Fiesole, al *Corriere Vicentino*, deja dos cosas claras: que la circular del Cardenal Secretario de Estado contra *Fede e Ragione* fue enviada a obispos no relacionados con la revista, pero no a él, que era el Ordinario donde residía la revista, y que debería haber tomado cualquier medida; en segundo lugar, que la declaración según la cual la revista de Fiesole no tenía la aprobación eclesiástica del lugar donde se imprimió y donde estaban las oficinas de dirección y administración: noticias (y acusaciones) falsas, al menos en lo que respecta a las oficinas de dirección y administración, que estaban ubicadas en Fiesole, como respondió el prelado de Fiesole, que no sólo aprobaba, sino que había delegado, como era su derecho, un censor eclesiástico (el canónigo Biagioli). El P. Nitoglia hubiera debido recordar todo esto relejendo a Vannoni, tanto en *Cristianità* (1975) como en el volumen editado por MARGIOTTA BROGLIO (1977, págs. 463-464), a quien sin embargo conoce y cita en otras ocasiones. Pero otros documentos sobre el asunto son citados por un autor que el P. Nitoglia conoce bien. Me refiero al Padre Giovanni Sale S.J., el historiador de *La Civiltà Cattolica*,

nada amable con Mons. Benigni. Publicó tres documentos al respecto, en su libro “*Popolari e destra cattolica al tempo di Benedetto XV*” [La derecha popular y católica en tiempos de Benedicto XV] ⁽⁹⁶⁾. Los tres se remontan a 1922, en el momento de la circular del Card. Gasparri que, recordemos, no había sido enviada ni a *Fede e Ragione* ni al obispo de Fiesole. El primer documento es una carta de la redacción de *Fede e Ragione* ⁽⁹⁷⁾ fechada el 20 de junio de 1922, probablemente enviada al obispo de Vicenza (el tristemente célebre Mons. Rodolfi, amigo de Fogazzaro y enemigo de los Scotton), quien a su vez la transmitió el 30 de agosto a la Secretaría de Estado (AA.EE.SS.); el segundo es un artículo de Paolo de Gislumberti, que Sale toma erróneamente por un pseudónimo de de Töth ⁽⁹⁸⁾, publicado en *La Tribuna* el 4 de febrero de 1922, relativo a la carta pastoral del Card. Boggiani contra el Partido Popular; el tercero es una carta de Filippo Sassoli de Bianchi, enviada desde Bolonia al Card. Gasparri el 29 de marzo de 1922. Me gustaría citar los tres documentos, pero me veo obligado a hacer un resumen de los mismos, respondiendo a los reproches del Card. Gasparri.

Y, en primer lugar, la acusación “de haber publicado escritos irreverentes a la memoria de Benedicto XV”. “No es verdad en absoluto –escriben los editores de *F.e.R.*– es, por el contrario, absolutamente falso que ‘*Fede e Ragione*’ haya hecho publicaciones irreverentes a la memoria de Benedicto XV. ‘*F.e.R.*’ se preocupó siempre de dar a conocer los documentos de ese Pontífice, y cada vez que tuvo ocasión de hablar de ellos, lo hizo con respeto y amor, como corresponde a los católicos hablar del Papa, e instando a todos a seguir sus normas y directivas. La colección de ‘*F.e.R.*’ está ahí para atestiguarlo”. No se sabe cómo se concilian estas palabras con las acusaciones recogidas por el P. Nitoglia de ser “virulenta” e “irreverente” con el legado y la memoria de Benedicto XV. Pero, ¿en qué se basaba entonces la acusación del Card. Gasparri? Aquí viene lo bueno. La culpa de *F.e.R.* fue la de haber publicado (**después** de *Il Secolo XIX* y de *La Liguria del Popolo*, de Génova, y después de *La Tribuna*, de Roma - se trata del artículo de P. de Gislumberti antes mencionado) cartas de Benedicto XV al Card. Boggiani, antiguo arzobispo de Génova, relativas a su carta pastoral contra el Partido Popular. Estas cartas felicitaban al cardenal, y la publicación póstuma (al comienzo de un nuevo pontificado) había sido recomendada por “*eminentísimas personalidades*” entre las que no es difícil imaginar al propio Card. Boggiani. Escribiendo al Card. Gasparri, Sassoli argumentaba: “*Lamentamos que esa publicación (como me escribe Vuestra Eminencia Reverendísima) haya sido ‘desaprobada por cardenales y obispos’, pero no es menos cierto que (...) otros cardenales y obispos se han alegrado mucho de que se conozcan documentos tan importantes, porque destruyen falsedades y malentendidos perjudiciales para la verdadera causa católica. Además, los que más han clamado contra tal publicación son aquellos que no han dudado en mezclar al difunto Pontífice en su baja y aún no cesada campaña de calumnias contra Su Eminencia el Card. Boggiani...*”. *F.e.R.* concluye: “*Esa publicación, lejos de ser ofensiva, es una defensa de la conducta de Benedicto XV frente al mismo partido. Todo el mundo conoce, en efecto, el esfuerzo realizado por la prensa liberal y masónica para hacer creer que el P.P.I. fue creado y querido por Benedicto XV y la idéntica afirmación, en este sentido, hecha recientemente, y precisamente durante una conmemoración del mismo Pontífice en Génova por el diputado popular Boggiano Pico, es decir, que el P.P.I. contó desde su creación con la aprobación explícita de la Santa Sede*”. Deducimos que para el Card. Gasparri atribuir a Benedicto XV la aprobación del P.P.I. de Don Sturzo no era una ofensa, mientras que demostrar que no era así, publicando cartas del Papa, ¡eso sí que era una ofensa a su memoria! Preguntemos pues al P. Nitoglia qué piensa de esto, y si es una ofensa decir que el Papa aprobó el Partido Popular, o decir que lo desaprobó.

La segunda acusación se refería a un artículo de *F.e.R.* sobre la inauguración de la Universidad Católica (de Milán, en *Fede e Ragione* n° 3, 15 de enero de 1922). El Card. Gasparri había escrito a Sassoli que “*el cardenal arzobispo de Milán*”, que se convirtió en Pío XI, “*estaba descontento con ese artículo*”. Sassoli respondió que toda *F.e.R.* lamentaba haber disgustado al obispo y ahora Pontífice, pero explicó que el artículo saludaba la fundación de la Universidad y elogiaba los discursos pronunciados en aquella ocasión por los Cardenales Ratti y Maffi. Las observaciones eran otras, recuerda la redacción: “*el carácter puramente político de la solemnidad*”, como deploraba el propio diputado Meda; la invitación a hablar en nombre del gobierno del diputado Anile (P.P.I.), “*un filósofo discípulo de B. Croce y hegeliano*” (y, como demuestra el artículo, colaborador de la Sociedad Teosófica) ⁽⁹⁹⁾ y no “*un representante de la ciencia católica*”. Finalmente, el artículo deploraba el hecho de que hubieran sido invitados a pronunciar una conferencia en la inauguración de la Universidad Católica (un acontecimiento de capital importancia para la Iglesia y para Italia), uno de los principales exponentes del modernismo, el Padre barnabita Giovanni Semeria ⁽¹⁰⁰⁾, y otro político del Partido Popular, el diputado Egilberto Martire ⁽¹⁰¹⁾, al punto que, escribió la revista integrista, parecía que se trataba de la inauguración “*de una Universidad del Partido Popular*” más que de una “*universidad católica*”. Además, el diputado Martire había tratado de... Goffredo Mameli, el mazziniano partidario de la República Romana, que murió (de un tiro fratricida) combatiendo contra el Papa. Su pretendida conversión hizo de Mameli, su himno, su figura política, con efecto retroactivo, “uno de los nuestros”, es decir, un verdadero católico; el insensato patriotismo del diputado Martire (que lo llevó a adherir al *Centro Nazionale*) le hizo incluso abrazar la memoria de Porta Pia y del 20 de septiembre. La reciente carta de Pío XI a la Universidad Católica mostraba, concluía *F.e.R.*, “*la correspondencia de nuestro pensamiento con el pensamiento pontificio*” ⁽¹⁰²⁾.

La tercera acusación es que la revista no contaba con aprobación eclesiástica. La revista se dirigía en la diócesis de Fiesole y se imprimía en la diócesis de Acquapendente. Era fácil demostrar que el obispo de Fiesole, ni siquiera consultado por Gasparri, había aprobado la revista y la había dotado de un censor eclesiástico, mientras que el obispo de Acquapendente no se había preocupado por ello, dejando la tarea al de Fiesole.

La cuarta acusación fue la de “haber difundido rumores alarmistas”. Pero el cardenal no especifica de qué se trata, por lo que la redacción se autoriza a no responder. En cambio, Sassoli de Bianchi respondió escribiendo al Card. Gasparri. Se trataba de un artículo sobre la crisis financiera del Banco di Roma, presidido por el senador Carlo Santucci (cercano al P.P.I. y al propio cardenal, que de hecho obtuvo luego el salvataje del gobierno fascista, con lo que sin embargo el Banco perdió su característica de Banco católico) ⁽¹⁰³⁾, que amenazaba con llevar a la ruina a muchos organismos eclesiásticos que dependían del Banco. La crisis, escribe Sassoli, era de dominio público y el artículo “*recogía realidades ya bien conocidas y sancionadas por la prensa*”. Los bancos “católicos” infiltrados por no católicos sufrirán posteriormente quiebras escandalosas (pensemos en el caso Giuffrè, el banquero de Dios, el caso Calvi y el Banco Ambrosiano, Sindona, Marcinkus...: ¿habría que guardar silencio también en estos casos?).

Como puede verse, las acusaciones de la Secretaría de Estado eran claramente infundadas, aunque el Card. Gasparri y el propio Pío XI tuvieron la oportunidad de abordar el tema después de las respuestas que hemos mencionado ⁽¹⁰⁴⁾, y la Secretaría de Estado, a través de Mons. Borgoncini Duca, secretario de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, pidió al Padre Rosa S.J., de *La Civiltà Cattolica*, en septiembre de 1922, un informe sobre la revista ⁽¹⁰⁵⁾. Se han hecho muchas conjeturas sobre el motivo del cierre, que se produjo a finales de 1929 ⁽¹⁰⁶⁾. La apertura del “Fondo Benigni” y de los archivos de aquel período,

dan ahora la respuesta documentada a la cuestión discutida hasta ahora. En 1924, los obispos de Vicenza, Rodolfi, y de Treviso, Longhin, se quejaron de la actividad de Don de Töth en el Véneto, y Mons. Longhin abre una investigación. En 1925, el Patriarca de Venecia, Lafontaine, tras finalizar la investigación, pidió al Card. Gasparri el cierre de la revista; este último presiona, en vano, a Mons. Fossà. En 1926, el nuevo director de una *Unità Cattolica* que ya no era intransigente, Ernesto Calligari (Mikròs), evidentemente apoyado por Gasparri, lanzó una feroz campaña periodística contra el antiguo director, de Töth. La polémica termina con una retractación pública de Calligari, pero por otro lado con la renuncia de de Töth a la dirección de *F.e.R.* sustituido por su amigo Sassoli, que debe actuar como pararrayos de la revista fiesolana ⁽¹⁰⁷⁾. En 1927-1928 estalla la polémica suscitada por el P. Rosa en *La Civiltà Cattolica* contra Mons. Benigni y el antiguo *Sodalitium Pianum*, en la que también estaban implicados de Töth y *Fede e Ragione* (mientras que en Francia, y de rebote en Roma, la cuestión de la *Action Française* estaba en su apogeo). El golpe de gracia llegó en 1929 por razones totalmente ajenas a la Conciliación. El golpe de gracia tuvo lugar en 1929 por razones completamente ajenas a la Conciliación. El *casus belli* son artículos de *F.e.R.* contra las actividades de Francisque Gay, antiguo colaborador de Marc Sangnier y militante demócrata cristiano, pero “meritorio” por su oposición a la *Action Française*. Uno de sus colaboradores en Roma, Mons. René Fontenelle, denuncia a *F.e.R.* al Card. Gasparri el 2 de diciembre, y este último, después de sólo dos días, amenaza al director Sassoli de Bianchi: “*Estoy autorizado a añadir que si, una vez más, su periódico se entrega a juicios tan superficiales como injustos sobre las cosas y las personas, se tomarán sin demora las medidas apropiadas contra el director y el propio periódico*”. “*La presión directa de Gasparri fue fundamental en el cierre de la revista integrista*”, comenta Nina Valbousquet ⁽¹⁰⁸⁾. Es triste constatar que *F.e.R.* fue cerrada bajo la presión de la Secretaría de Estado con la intención de defender a un veterano de *Le Sillon*, ese “*miserable afluente del gran movimiento de apostasía, organizado, en todos los países, para el establecimiento de una Iglesia universal*”, condenado por San Pío X (*Notre charge apostolique*, nº 40).

Don Paolo de Töth, habiendo cesado su actividad periodística, se retiró a la parroquia de San Martino en Maiano (400 almas), donde permaneció, como párroco, desde 1930 hasta su muerte en diciembre de 1965. También el Card. Gasparri fue despedido por Pío XI en 1930: las amargas palabras que dirigió al pontífice en esta ocasión (“*me echaron como a un perro*”) ⁽¹⁰⁹⁾ muestran cómo, moderados o no, es fácil para todos mandar y difícil obedecer. Murió en 1934, pocos meses después de Mons. Benigni.

La desaparición de la prensa integrista en Francia (bajo Benedicto XV y Pío XI)

La intervención de la Secretaría de Estado contra *Fede e Ragione* demuestra que la supresión de la prensa integrista no fue sólo un fenómeno local, debido a la mala voluntad de un obispo (como Mons. Rodolfi en Vicenza), sino la orientación de un pontificado. Lógicamente, por lo

Primera página de “Fede e Ragione” nº 1



tanto, el fenómeno debe encontrarse en todas las naciones. Ya hemos visto las dificultades encontradas por *La Vigie* bajo San Pío X, en 1912 y 1914, debido a la malevolencia del arzobispo de París (pero entonces Roma protegía a la prensa integrista); *La Vigie* (cuyo primer número data del 5 de diciembre de 1912 y que recibió la bendición apostólica de San Pío X el 26 de marzo de 1913) dejará de publicarse a causa de la guerra, el 6 de agosto de 1914. Pero cuando se intente reorganizar el grupo (Abbé Boulin, Henri Merlier, Jacques Rocafort) bajo el patrocinio de Mons. Lepercq, fundando *L'Actualité Catholique*, la iniciativa dura solo de febrero a junio de 1921. Esta vez el cierre no es solicitado por el Ordinario parisino (el Card. Dubois, sucesor del Card. Amette, es benevolente, a diferencia de su predecesor) sino por el “*deseo formal de la Santa Sede*”, o del Card. Gasparri a través del nuncio Bonaventura Cerretti ⁽¹¹⁰⁾: “*L'intégrisme est mort en Italie, on ne veut pas le voir renaître en France*” [El integrismo ha muerto en Italia, no queremos verlo renacer en Francia] ⁽¹¹¹⁾. Las partes se han invertido: si antes Roma protegía y París perseguía, ahora es Roma la que pide el cierre mientras París no tiene nada que decir. Aparte de la prensa local, y los boletines romanos de Mons. Benigni redactados también en francés, la prensa católica integrista en Francia debe refugiarse en la *Revue Internationale des Sociétés Secrètes (R.I.S.S.)*, de Mons. Ernest Jouin (1844-1932), párroco de Saint-Augustin en París ⁽¹¹²⁾. La revista, que todavía goza de una excelente reputación en algunos círculos tradicionalistas ⁽¹¹³⁾, nació el 1º de enero de 1912, su publicación fue suspendida durante la Primera Guerra Mundial, reanudada en 1920 ⁽¹¹⁴⁾ y cerrada definitivamente durante la Segunda Guerra Mundial. Elogiada y recomendada por el propio Card. Gasparri en nombre de Benedicto XV, nunca fue considerada una revista católica integrista, especialmente bajo el pontificado de San Pío X. Lo recuerda, con su proverbial precisión, Emile Poulat: “*Jouin, del que el Abbé Boulin fue colaborador de 1922 a 1929, dio muchas más garantías*” que las otras revistas antimasonicas, como las de Copin-Albancelli y Brenier, “*tanto por su posición de eclesiástico, su método de documentación (su biblioteca llegaría a poseer 30.000 volúmenes) y por su preocupación de dar a la lucha antimasonica un fundamento doctrinal religioso (...); pero nunca quiso calificarse como católico integrista: la expresión ‘franc-catholique’ (por oposición a ‘franc-maçon’) le parecía más correcta*”. “*No obstante, él se sorprenderá (R.I.S.S., 5 de febrero de 1914, pág. 205) al notar en Benigni una reserva hacia él que le parecía injustificada, pero de la cual R. Duguet (el Abbé Boulin, n.d.a.) dirá más tarde (Cahiers antijudéo-maçonniques, págs. 74-76) que era voluntaria: ‘Nunca pusimos a la R.I.S.S. en nuestra lista semanal de las publicaciones por lo menos amigas’, esto porque no teníamos el mismo juicio sobre el papel del satanismo en las logias, pero también, entre otras razones, porque ‘nuestros amigos reprochaban entonces a Mons. Jouin que recibía regularmente en su mesa con demasiada indulgencia a un grupo de modernistas notorios y militantes, entre los cuales estaban Mons. Lacroix, Houtin, Hébert...’*”. Lo que explica el hecho de que Mons. Jouin no fuera asociado a los “integristas” en el cambio de gobierno pontificio: Benedicto XV le nombró prelado doméstico, Pío XI, protonotario apostólico, el Card. Gasparri enviaba cartas de elogio a la revista. Hay que tener en cuenta estos precedentes para valorar correctamente las valiosas pero tendenciosas informaciones de Nina Valbousquet, que tiende a asimilar a Mons. Benigni y Mons. Jouin en la lucha “antisemita”. La investigadora francesa evoca las primeras relaciones entre Benigni y Jouin (epistolares: octubre de 1910, personales: marzo



El Abbé Paul Boulin



Mons. Ernest Jouin

de 1911) antes de la fundación de la *R.I.S.S.*, la intensificación de las relaciones en 1912 con la aparición de la revista (*Catholique...*, *op. cit.*, págs. 44-46), al tiempo que menciona algunas diferencias entre ambos (págs. 47-49 y 242): en la práctica, Jouin pide informaciones a Benigni, y Benigni hace las habituales “inyecciones” de buena doctrina en una revista que le es ajena. Suspendida en 1914 a causa de la guerra, la *R.I.S.S.* reanuda las publicaciones en 1920, y Mons. Benigni, que ya no cuenta con el apoyo de Pío X, se interesa más por la revista antisectaria, también a través de los antiguos S.P. franceses (Boulin, Saubat, Rocafort) (págs. 63-66), colaborando en las ediciones francesa (gracias a la *R.I.S.S.*) e italiana (gracias a *F.e.R.*) de los *Protocolos* (págs. 73-96) en 1920-1921, y en la organización en París de una conferencia internacional “antisemita” en 1924 (págs. 182 ss.). La influencia de los católicos integristas y de Mons. Benigni sobre la *R.I.S.S.* fue particularmente importante entre 1922 y 1929, cuando el Abbé Boulin era su colaborador y redactor

bajo el pseudónimo de Pierre Colmet. 1929 marcó el final de esta colaboración: en primer lugar, debido a la ruptura entre Mons. Benigni y el Abbé Boulin a propósito del Concordato entre Italia y la Santa Sede (volveremos sobre ello) y luego a causa de una censura del consejo de vigilancia del arzobispado de París, el 31 de mayo de 1929, contra la *R.I.S.S.*, tanto por el artículo sobre el Concordato, como sobre todo por la posición de la revista contra la J.O.C. (*Jeunesse ouvrière chrétienne* - Juventud obrera cristiana), movimiento aprobado por Roma para canalizar la *Acción Católica* tras la condena de la *Action Française*: una posición que “*va temerariamente contra las aprobaciones pontificias más oficiales y que atestigua un espíritu de denigración sistemática*”. “*La censura del consejo de vigilancia inquieta a Jouin, preocupado por mantener buenas relaciones con la jerarquía. Un desacuerdo con Boulin (en particular sobre cuestiones económicas) lleva a este último a abandonar París y retirarse a Moussey, en el Aube. En su carta de dimisión enviada a Jouin el 8 de enero de 1930, el abbé habla del riesgo de graves sanciones eclesiásticas que pesa sobre él tras el nombramiento de un nuevo arzobispo, Mons. Verdier, en noviembre de 1929. Boulin abandona definitivamente París el 14 de febrero de 1930, un año después de los Acuerdos de Letrán*”⁽¹¹⁵⁾. Una vez más, el consejo de vigilancia, instituido por San Pío X en la Encíclica Pascendi (nn. 73-74) para combatir eficazmente el modernismo, desempeñó una función muy distinta de la prevista en su institución. Con la separación de la *R.I.S.S.* (y de Mons. Benigni), la prensa integrista sobrevivió en el boletín *Vérités* y en los *Cahiers anti-judéo-maçonniques*, publicados “en la clandestinidad” los primeros, a título personal los segundos.

El Card. Pietro Gasparri, nexo de unión entre dos pontificados, visto por Ernesto Buonaiuti

Antes de abordar el pontificado de Pío XI, permítanme detenerme un momento en la figura del Card. Pietro Gasparri, verdadero nexo de unión entre los dos pontificados, el de Benedicto XV y el de Pío XI, como Secretario de Estado de ambos pontífices. Hemos hablado mucho de él hasta ahora, y hablaremos mucho más sobre aquel a quien Mons.

Benigni llamaba el “gas” asfixiante de la Iglesia. No trazaré aquí un retrato exhaustivo de él, en el cual podría incluso alabar su *“Tratado canónico sobre el matrimonio”* o su admirable Catecismo. Tampoco puedo ocuparme de toda su larga actividad cultural y diplomática (Buonaiuti, en sus memorias, menciona la política de Gasparri a favor de los Imperios centrales durante la Gran Guerra, págs. 182-183, y la posterior política filo-soviética del mismo cardenal en la inmediata posguerra, en la conferencia de Génova, cuando el cardenal en persona le explicó que la Iglesia era indiferente a todas las formas de gobierno, de economía y de vida social, incluida la soviética: pág. 184 de *Il pellegrino di Roma*). Me limitaré, pues, en este apéndice, a citar lo que el mismo jefe del modernismo italiano, Ernesto Buonaiuti, escribió sobre el cardenal abruzzés en las citadas memorias (*Il pellegrino di Roma*), ya que es el tema del modernismo el que nos interesa aquí. Los dos clérigos, Buonaiuti y Gasparri, se conocieron en 1916, cuando Buonaiuti, Turchi, Vannutelli y Motzo fueron suspendidos *a divinis* por no haber querido el *imprimátur* para su revista de ciencia de las religiones. El Santo Oficio (secretario: Merry del Val) aprovechó para exigirles el juramento antimodernista (págs. 169-170 y 174). El vicario Pompilj pasó el expediente a la Secretaría de Estado. *“El pontificado de Giacomo Della Chiesa –observó entonces Buonaiuti– había querido ser un retorno a las tradiciones de León XIII y una desautorización más o menos larvada del pontificado de Pío X. (...) Y también Gasparri representaba automáticamente la antítesis de la anterior Secretaría de Estado”*, es decir, de Merry del Val (pág. 172). Ya *“en mi opinión el pontificado de Benedicto XV se había inaugurado con un acto de longanimidad y tolerancia”* respecto a uno de sus libros sobre Irlanda (pág. 173). *“En la Secretaría de Estado uno de los primeros gestos sintomáticos del nuevo secretario Pietro Gasparri fue el de eliminar la ambigua figura de Mons. Umberto Benigni, que trató de rehacerse explicando la insidiosa habilidad de sus engaños en compromisos subterráneos y acuerdos clandestinos con la ‘Action Française’. No en vano Pietro Gasparri había vivido muchos años en París como profesor de derecho canónico en el Instituto Católico, y se había familiarizado con las orientaciones oficiales de la política republicana francesa ⁽¹¹⁶⁾. Era natural que la benevolencia que desde el primer momento me manifestó el Cardenal Gasparri fuera inmediatamente correspondida por mí con una devoción cordial y una adhesión franca y leal. Durante varios años tomé la agradable costumbre de hacer semanalmente varias visitas al eminente cardenal para entablar conversaciones en las que comentábamos los acontecimientos del día (...). El cardenal se mostraba cada vez más benévolo conmigo”*, ofreciéndole un empleo en una oficina de prensa de la Secretaría de Estado (pág. 174) (¡fue en estas circunstancias cuando Gasparri le confió sus inclinaciones primero germanófilas, luego filo-soviéticas!). Mientras tanto, resolvió la cuestión de la suspensión *a divinis* y del juramento de la forma que conocemos (la farsa sacrílega). Era una *“combinación”* en la que el jurista de los Abruzos era experto (pág. 175). Buonaiuti necesita cuatro páginas para intentar justificar su juramento (págs. 176-179) a partir de la interpretación dada por el *“benévolo”* Gasparri, retomando así sus *“deberes sacerdotales”*. Mientras tanto, la extraña amistad entre ambos continuaba: *“mis constantes contactos con el Cardenal Secretario de Estado Pietro Gasparri me dieron la oportunidad de seguir la política de posguerra de la Santa Sede en sus azarosas fases de desarrollo”* (pág. 192), incluso si Buonaiuti no aprueba el apoyo de Gasparri al nacimiento del Partido Popular (pág. 193)



Ernesto Buonaiuti,
modernista excomulgado

(¹¹⁷). El Santo Oficio, engañado en 1916, sin embargo, no dejó el caso y esta vez excomulgó a Buonaiuti el 12 de enero de 1921. Pero el “benévolo” Gasparri intervino de nuevo. Gravemente enfermo, tras una intervención quirúrgica recibió la visita de Gasparri “*ante el asombro de las monjas de la clínica*” Bastianelli; el cardenal ya le había escrito en febrero para animarle a reconciliarse con la Iglesia (págs. 218-219). Gasparri le hizo administrar la Sagrada Comunión, aunque Buonaiuti todavía estaba excomulgado (pág. 219), de hecho, “*habría querido en verdad proceder de manera aún más expeditiva y superar todos los obstáculos y allanar todas las dificultades que, en función de las condiciones propuestas y requeridas por la Congregación del Santo Oficio, obstaculizaban la anulación de la sentencia de excomunión*” (pág. 219). A pesar del rechazo de las condiciones impuestas por el Santo Oficio, que consideró un chantaje (pág. 220), la sentencia de excomunión fue anulada tras la intervención del Card. Gasparri, “*con quien, tras el feliz epílogo de las largas conversaciones y negociaciones, las relaciones se reanudaron más cordialmente que nunca. Mis visitas quincenales a él me permitieron así seguir de cerca las directivas de su sagaz política y conocer detalladamente, día tras día, los objetivos del despliegue de la política vaticana...*” (pág. 221). Observamos que el idilio tenía lugar el mismo año en que Gasparri hizo disolver el *Sodalitium Pianum*. Pero la vanidad traicionó a Buonaiuti. En un artículo en *Il Messaggero*, de Roma, y en *Il Secolo*, de Milán, del 29 de septiembre de 1921, publicó “*una entrevista diplomática en el Vaticano*” sobre el P.P.I. y el fascismo, de la cual se podía entender que la Eminencia entrevistada con tanta familiaridad era el mismo Gasparri, mostrando así las pruebas de una complicidad que debía permanecer oculta (texto completo del artículo en págs. 221-227). Así terminaron las reuniones quincenales (pág. 228). Nadie pudo salvarlo de la segunda excomunión en 1924 y de la excomunión mayor al año siguiente. A finales de 1925, la Encíclica *Quas Primas* sobre la Realeza de Cristo conmovió sorprendentemente a Buonaiuti (pág. 282), que escribió para Navidad a Pío XI. Se le envió al Padre Gemelli, que no tuvo la “*lealtad honesta y cristiana*”, el “*corazón benevolente y prudente*” del Card. Gasparri por Buonaiuti, y la ruptura se consumó definitivamente (pág. 285); hay dos personajes que Buonaiuti opone a Gasparri en términos de caridad hacia él: el P. Gemelli, justamente, y el P. Rosa, de *La Civiltà Cattolica*, “*gruñón y colérico*” (págs. 283-284). No condeno el deseo del viejo Card. Gasparri de salvar el alma de Buonaiuti, que conservaba algún sentimiento cristiano a pesar de la trágica pérdida de la fe; pero sus –por lo menos– imprudentes complicidades con el líder de los modernistas, especialmente si se comparan con la persecución despiadada a los católicos integristas, ciertamente no testimonian a favor de aquel que es presentado a los católicos tradicionales de hoy como un ejemplo de moderación, equilibrio, fidelidad a la Iglesia, ocultando o justificando incluso lo injustificable.

CUARTA PARTE: BAJO PÍO XI (1922-1939)

Sin insistir en la reputación de “liberal” o moderado que tenía Achille Ratti antes de su elección (¹¹⁸), apenas es necesario recordar la grandeza de Pío XI en cuanto Papa. Su Encíclica programática *Ubi Arcano* suscitó el entusiasmo de los “católicos integristas” (cfr. *Fede e Ragione*, nº 53, 31/12/1922) y sus más vivas esperanzas. El Papa Ratti había condenado, entre otras cosas, aquel “modernismo social” *a través del cual el modernismo en materia dogmática esperaba sobrevivir*. ¿Y cómo olvidar el vasto magisterio de este Papa, por ejemplo, contra el movimiento ecuménico (*Mortalium Animos*), la contracepción (*Casti Connubii*), el laicismo, a favor del Reinado Social de Cristo (*Quas Primas*), por citar sólo algunos? Me limitaré, pues, a examinar sólo algunos de los casos que pueden servir para

apoyar la tesis de que los “católicos integristas” se opusieron a Pío XI, o viceversa. Nos ocuparemos, por tanto, de la política francesa del Papa Ratti (las diocesanas y la *Action Française*), de la política italiana (el fascismo y el *Risorgimento*) y de la política dentro de la Iglesia (la Compañía de Jesús). Mucho más se podría decir, y se ha dicho, sobre la política de Gasparri con respecto a la Rusia soviética, México, España (en los tres casos: el comunismo), o con respecto al desarrollo discreto del movimiento ecuménico y litúrgico (Dom Beauduin, conversaciones de Malinas) o, por último, del ascenso y caída (bajo Pío XI) del intrigante Mons. d’Herbigny. En aras de la brevedad, remitimos al lector a la bibliografía sobre el tema (por ejemplo, a la biografía –laudatoria– de Yves Chiron sobre Pío XI).

La Santa Sede y la República Francesa: del no a las culturales (San Pío X) al sí a las diocesanas (Pío XI)

Cuando se habla del enfrentamiento entre Pío XI y los católicos “de derecha” en Francia, el pensamiento (tanto de los “tradicionalistas” como de los neomodernistas) corre inmediatamente hacia la llamada condena de la *Action Française*; es comprensible, dado que entre política y religión el interés de la gente (incluso de los católicos) parece ir más hacia la política que hacia la religión. Sin embargo, mucho más importante para nuestro tema es la cuestión de las asociaciones diocesanas. “¿De qué se trata?”, se preguntarán muchos lectores, confirmando lo que acabo de decir sobre la relación entre política y religión. Para comprenderlo, es necesario remontarse con la memoria a las famosas “leyes laicas” que diversos exponentes de la izquierda gubernamental (Ferry, Waldeck-Rousseau, Combes, Briand, etc.) deseaban vivamente en el apogeo de la Tercera República, “*la République du Grand-Orient*”, según la feliz expresión de Henri Coston. Tras la laicización de hospitales y cementerios (1881), la supresión de los capellanes castrenses (1883) y de las oraciones públicas, así como la introducción del divorcio (1884), la masonería en el gobierno lanzó su ataque contra la Iglesia con la ley de Asociaciones de 1901 (aún hoy denominada “asociaciones 1901”), que en 1902 se aplicó a los centros de enseñanza: en efecto, afectaba a las congregaciones religiosas masculinas y femeninas y a las escuelas confesionales, ya que llegaba a prohibir la enseñanza de los religiosos. Francia asistió así a un éxodo forzoso, a veces incluso *manu militari*, de religiosos que tuvieron que refugiarse en los países vecinos. La “Liberté” triunfó así sobre monjes, frailes y monjas, hasta que la “République” rompió relaciones diplomáticas con el Vaticano en julio de 1904. En ese momento ya no tenía sentido mantener en vigor el Concordato napoleónico de 1801, que, como todo concordato, no era ciertamente ideal, y en diciembre de 1905, con el gobierno de Briand (“bestia negra” de Mons. Benigni, y viceversa) se llegó a la denuncia unilateral del Concordato y a la proclamación de la separación entre la Iglesia y el Estado; y la Iglesia se convirtió en una asociación privada de ciudadanos a (mal)tratar en virtud de la proclamada laicidad del Estado. El artículo 4 de la ley de separación preveía una aplicación que concierne al tema que quiero tratar: si la Iglesia pretendía mantener sus bienes destinados al culto

El Cardenal Pietro Gasparri



(catedrales, iglesias, seminarios, obispados, casas parroquiales con todos sus bienes), debía colocarlos a la cabeza de las “asociaciones de culto” según el modelo de la ley de 1901 (que había servido efectivamente para eliminar las congregaciones religiosas), es decir, asociaciones puramente civiles y democráticas, que no tenían en cuenta la estructura jerárquica de la Iglesia. El episcopado francés, en general, pensó que sacaría lo mejor de una mala situación y sufriría un nuevo abuso para no perder todos sus bienes y todas las iglesias en Francia. Y este fue también el pensamiento de importantes purpurados, como el Card. Gasparri, quien, de hecho, testificando durante el proceso de beatificación de Pío X, opuso a esta beatificación “*la cuestión del Sodalitium Pianum y la prohibición de las asociaciones de culto en Francia*” (*Disquisitio*, pág. 6). Pero tanto el gobierno como el clero no habían tenido en cuenta al nuevo Papa, San Pío X, quien con armas espirituales anuló el terrible ataque “republicano” en una ocasión extraordinaria para la Iglesia. Además de condenar el falso principio de la separación del Estado de la Iglesia (que era aceptado también por los “católicos liberales”), Pío X rechazó el chantaje gubernamental y, con él, las asociaciones de culto, incluso a costa de perder todos los bienes de la Iglesia. El gobierno, que esperaba una nueva rendición ante el mal menor, se halló propietario de miles de iglesias (a menudo ocupadas *manu militari* durante “inventarios” que incluso causaron la muerte de algunos fieles que se oponían al sacrilegio: ¡hasta los sagrarios eran inventariados!), mientras que la Iglesia –privada de todo y perseguida– finalmente pudo elegir libremente a sus propios Pastores sin tener que pasar por la intervención de los distintos gobiernos (desde el de la monarquía al imperial, hasta el republicano) ⁽¹¹⁹⁾: ¡bajo Pío X asistimos a una verdadera renovación del episcopado francés! San Pío X condenó las “asociaciones de culto” con tres encíclicas solemnes: “*Vehementer Nos*” (11 de febrero de 1906), que condenaba la ley de 1905 y el principio separacionista; “*Gravissimo*” (10 de agosto de 1906), con la que se prohibieron las asociaciones de culto; “*Une fois encore*” (6 de enero de 1907), con la que se renovaron la condena y la prohibición. Frente a una Iglesia libre y pobre, el gobierno masónico se encontró así desarmado.

La muerte de San Pío X (1914), la Primera Guerra Mundial (1914-1918) con la “*Unión sagrada*” patriótica de todos los franceses (católicos y laicos, monárquicos y republicanos, de derecha y de izquierda), y la nueva política filo-francesa (después de haber sido filo-alemana: pero el gobierno Briand estaba a favor de la colaboración pacífica con la República alemana de Weimar) del Card. Gasparri, abrieron la puerta a nuevas tratativas entre el gobierno francés y la Santa Sede. La historia de estas tratativas, que desembocaron en el restablecimiento de las relaciones diplomáticas (mayo de 1921) y en el compromiso sobre las asociaciones de culto con la aprobación de las “asociaciones diocesanas” (Encíclica *Maximam Gravissimamque*, de Pío XI, del 18 de enero de 1924), es rastreada en un libro de Emile Poulat (que no podría ser más oficial, dados los prefacios del Primer Ministro francés y del entonces Secretario de Estado vaticano, de Villepin y Sodano), que publica también la documentación inédita sobre el tema, desde 1903 a 2003 ⁽¹²⁰⁾. Huelga decir que aceptamos plenamente la doctrina y las decisiones de la encíclica, que además no ocultan la delicadeza de la cuestión y muchos aspectos contingentes de la decisión (se declara que “*las asociaciones diocesanas pueden ser permitidas*” incluso si el Papa no ordenó formalmente que se constituyeran; que eran un mal menor justificado por el cambio de circunstancias, y que se aplicarían experimentalmente). Dicho esto, no hay duda de que la cuestión de “las diocesanas” marcó un punto de inflexión en las relaciones con Francia y un cambio con respecto a la política religiosa de San Pío X, como lo atestigua suficientemente el pensamiento de aquel que estuvo más cerca del Papa Sarto, es decir, su Secretario de Estado, Card. Merry del Val (el P. Nitoglia acusa a Benigni de extremismo, a diferencia de Merry del Val: veamos entonces qué pensaba el cardenal anglo-español).

Poulat publica íntegramente (en francés: págs. 246-256) el *votum* (opinión) del cardenal del 20 de julio de 1922, cuya conclusión es la siguiente: “*Respondo entonces a la pregunta: el presente proyecto de asociaciones diocesanas no puede, en ningún caso, ser aceptado por la Santa Sede*”. Al argumentar esta drástica conclusión, el cardenal escribe: “*cualquier esfuerzo por reflexionar sobre un estatuto para la Iglesia Católica en Francia, un estatuto que, por una parte, sea conforme a los principios de la teología y del derecho canónico, y al mismo tiempo, sea legal con respecto a la ley francesa, hoy es inútil*”. El intento es inútil, pero lo que está en juego es grave: “*se trata del derecho divino; todo el futuro de la Iglesia Católica en Francia está en juego y no debemos cerrar realmente los ojos y recurrir a expedientes e interpretaciones diplomáticas para ocultar la triste realidad de las cosas*”. Si en la época de San Pío X muchos obispos franceses estaban a favor de un acuerdo, “*no debe olvidarse que en ese momento al menos dos tercios del episcopado francés estaba compuesto por preladados nombrados bajo presión del gobierno, que no eran todos seguros en doctrina, ni libres de cualquier vínculo con la autoridad civil*”; algunos habían sido engañados “*por la actitud del nuncio apostólico*”. “*El gobierno espera someter a la Iglesia a su ley herética y cismática, tomar revancha por sus objetivos sectarios y anticlericales, manteniendo sus leyes laicas para asegurar la llamada ‘unión sagrada’ atea, en interés de una política mundial sin Dios*”. Por otra parte, el propio embajador francés Jonnart declaró que “*la reanudación de las relaciones diplomáticas no implica ningún cambio en la política interna de Francia, y que ni la ley de separación ni las leyes de laicidad se verían afectadas*”. “*El gobierno francés –continuó el cardenal– que no ha logrado vencer la resistencia de los obispos, del clero y de los católicos con la violencia, hoy trata de domesticarlos con cortesías y vanas promesas*”. Después de esta introducción general sobre las intenciones del gobierno masónico, el colaborador más cercano de San Pío X negaba la canonicidad (seis argumentos), la legalidad y la oportunidad de eventuales asociaciones diocesanas. Las asociaciones no pueden ser al mismo tiempo canónicas (para la Iglesia) y legales (para el Estado): si son verdaderamente canónicas no pueden ser legales, pero si son conformes a la ley de 1905 (y lo son) no pueden ser canónicas (es decir: conformes al derecho de la Iglesia). Finalmente, el proyecto no solo es inoportuno, sino también desafortunado y perjudicial. “*El proyecto es inoportuno y perjudicial porque, sin ninguna duda, se opone directamente al pensamiento y las disposiciones conocidas de S.S. Pío X. Estoy en condiciones de atestiguar, incluso bajo juramento, que Pío X no admitía que uno pudiera someterse a la ley de 1905 o servirse de ella, hasta que otra ley la modificara o sustituyera. A los que le pedían que estudiara cómo se podría utilizar esta ley, respondía: ‘Estudien entonces, pero hasta que no sea modificada o sustituida por otra, no cambiaré mis decisiones’. Decisiones que había tomado tras mucho estudio y oración. A este respecto, considero deplorable el memorándum del nuncio apostólico (Cerretti, n.d.r.), en el cual se permite minusvalorar las razones del Papa para condenar la ley, calificándolas de ‘exageraciones’, sin citar siquiera los documentos pontificios (...). Es una novedad que un nuncio apostólico contradiga una encíclica papal solemne y se convierta en defensor de una ley condenada por el Papa sobre la base de la teología y de los derechos sacrosantos de la Iglesia*”. El proyecto de acuerdo “*es inoportuno porque el proyecto de las llamadas asociaciones ‘canónico-legales’ fue rechazado en 1905, cuando había muchos bienes que salvar. Parece una verdadera aberración aceptarlo hoy, cuando la Iglesia de Francia ha sido despojada y sólo es posible salvar muy pocos bienes y recuperar muy pocas cosas*”. “*El proyecto actual es inoportuno y perjudicial porque, como dice el Card. Maurin: ‘Si el Estado insiste tanto para que la Iglesia acepte un proyecto de asociaciones diocesanas y obtener así indirectamente al menos la revocación de la ley de 1905, es para poder decir: ‘Esta ley no es contraria a la libertad y a la constitución de la Iglesia: la Iglesia lo*



Emile Poulat en 1987

reconoce hoy, por lo tanto se equivocó en 1906. No se puede acusar al Estado de haber despojado a la Iglesia, es la Iglesia la que, por culpa de un error propio, ha perdido todos sus bienes'. La aceptación de esas asociaciones diocesanas, sustancialmente idénticas a las asociaciones canónico-legales rechazadas por Pío X (Encíclica Gravissimo) podría sembrar la confusión en las filas de los mejores católicos franceses y en la mayoría del episcopado y del clero que ha luchado y sufrido noble y eficazmente durante dieciséis años, conquistando una libertad y un prestigio extraordinarios y reconstituyendo con admirable generosidad una buena parte del patrimonio eclesiástico. Les haría perder la confianza en la Santa Sede, al ver que lo

que antes se negaba ahora se acepta, pues la sutileza de las explicaciones que se intentarán dar nunca podrá convencerles...". "La febril insistencia del gobierno francés y el espejismo de sus promesas infundadas para obtener de la Santa Sede la aceptación de las asociaciones diocesanas, manteniendo la intangibilidad de la laicidad de leyes inicuas, recuerdan aquel episodio de la vida de Nuestro Señor, cuando Satanás dijo al Salvador: 'Hæc omnia tibi dabo si cadens adoraveris me'. Mientras que para nosotros debe bastar por el contrario el: 'Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus et hæc omnia adjicientur vobis'". "...todos los artículos eventuales de 'L'Osservatore Romano' y todas las explicaciones oficiosas no podrán nunca disipar la impresión desastrosa, con incalculable daño para el prestigio de la Iglesia". ¿Era Mons. Benigni el exagerado y rencoroso, o bien el entonces Secretario del Santo Oficio, Merry del Val? Una conmovedora carta del mismo cardenal al arzobispo de Lyon, el Card. Maurin, fechada el 8 de noviembre de 1922, revela los sentimientos del Card. Merry (y de su corresponsal): "...Se intenta inducir a Su Santidad a pasar por encima de todos y de todo. Se deja de lado la decisión casi unánime de los diecisiete cardenales de la congregación plenaria, de acuerdo con la opinión de la mayoría de los obispos, ya que es falso que la mayoría de los obispos estuviera a favor, y se intenta por todos los medios obtener del Santo Padre al menos un 'tolerari posse', lo que sería un verdadero desastre. (...) Volví del campo para encontrarme con un ambiente de desconfianza hacia mí, cuyo propósito es paralizar mi acción. He dicho todo lo que había que decir y creo haber hecho todo lo humanamente posible, pues creo que era para mí un grave deber de conciencia, del que tendré que dar cuenta ante Dios. Junto con muchos de mis colegas, estoy, en esta hora decisiva, afligido y profundamente entristecido. Espero que Su Eminencia escriba directamente al Santo Padre, como sabe hacerlo, incluso en esta hora undécima. No ceso de rezar al Sagrado Corazón de Jesús, a la Santísima Virgen y a los Santos de Francia para que nos libremos de un desastre tan grave como el que nos amenaza" (ibíd., pág. 258). Ya sabemos cómo acabó todo.

El archivero vaticano A. Diéguez, al tratar del modernismo y el antimodernismo en los escritos del Fondo Benigni, menciona los documentos relativos a las diocesanas presentes en este archivo, pero los considera ajenos a la cuestión modernista. Me parece un error de apreciación. Si echamos un vistazo a los protagonistas de esta diatriba, nos damos cuenta de que entre los protagonistas del acuerdo encontramos a personas vinculadas al modernismo, como Louis Canet y Mons. Chapot; por el contrario, entre los opositores destaca por su infortunio el Padre Salvien. Digamos algunas cosas sobre estos tres personajes. El dossier de Poulat sobre las asociaciones culturales diocesanas comienza justamente con un

documento del obispo de Niza, Mons. Henri Chapot (1845-1925), el cual, como último secretario de Mons. Dupanloup, fue un exponente del antiguo catolicismo liberal. Favorable al uso de las asociaciones de culto en 1905, elaboró en 1918 un proyecto de asociación de cultural según el modelo de la ley de 1901, poniendo en marcha toda la cuestión; bestia negra del bando contrario, según Poulat, defendió la aceptación de las asociaciones diocesanas (*ibíd.*, págs. 130, 132, 198). En el frente gubernamental, destaca el nombre del católico Louis Canet (1883-1858), del cual hemos mencionado el papel que desempeñó contra el *Sodalitium Pianum*. Alumno de Mons. Duchesne, editor de las obras inéditas del Padre Laberthonnière y ejecutor testamentario de Alfred Loisy: sólo estos tres datos muestran por sí mismos su implicación en el modernismo; consejero de Estado y consejero del Quai d'Orsay (Ministerio de Asuntos Exteriores) para asuntos religiosos de 1920 a 1946: estos cargos nos muestran el papel decisivo de este modernista al servicio de la "República del Gran Oriente". Si estos son dos de los vencedores, vemos a alguien que sin duda, humanamente, salió derrotado de esta batalla: **el Padre Salvien Miglietti**, asuncionista (1873-1924). Charles Miglietti, en religión Padre Salvien, fue una figura importante en la historia del catolicismo francés. De padre italiano y madre francesa (utilizaba su apellido, Ricard, como pseudónimo), trabajó en la "Bonne presse" de 1896 a 1923, ocupándose de numerosos periódicos y revistas católicas, fusionando los cuales funda en la inmediata posguerra la *Documentation catholique* (aún existente y muy conocida), de la que fue el primer redactor de 1919 a 1923. Los enemigos del *Sodalitium Pianum*, durante las fases de su disolución en 1921, intentaron implicar al P. Salvien acusándolo de haber formado parte de él, lo que fue negado por él mismo, por Benigni y por Boulin, pero nunca lograron convencer de eso al Card. Gasparri. El P. Mourret (denunciante del S.P.) intentó así que hacerlo alejar, cuando, precisamente en 1921, Francia y la Santa Sede restablecieron relaciones diplomáticas e iniciaron conversaciones sobre las "asociaciones diocesanas". *"El Padre Salvien era un hombre valioso por su competencia, discutido por su intransigencia: contaba con importantes apoyos en el episcopado, en particular los Cardenales Dubois (París) y sobre todo Maurin (Lyon). El nuncio recurría a sus servicios, el gobierno controlaba su correspondencia; la Santa Sede quería concluir el acuerdo: irritándose por su oposición, decidió enviarlo fuera de Europa. El Padre Salvien logró quedarse pero, finalmente, por orden del Papa, tuvo que dejar París el 28 de febrero de 1923 hacia San Remo (Italia), y poco después hacia Ticino, en Locarno (Suiza), donde pasó diez años. Enfermo de hemiplejía, fue trasladado de nuevo a Lorgues (Var), donde murió el 26 de octubre de 1934 y donde fue enterrado"* ⁽¹²¹⁾. El Papa en cuestión fue Pío XI, el inspirador de la desgracia del P. Salvien fue el Card. Gasparri. El cual, al declarar en el proceso de beatificación de Pío X, entre los argumentos en su contra, incluyó precisamente la actitud del Papa Sarto respecto de los asuntos de Francia y las asociaciones de culto.

La Santa Sede y la República Francesa: la condenación de la *Action Française* y el regreso de Marc Sangnier

"El 29 de diciembre de 1926, la 'Action Française' y algunas obras de Maurras fueron incluidas en el Índice. En el catolicismo francés se produciría un terremoto considerable y una prolongada controversia. En enero de 1928, 'L'Année politique française et étrangère', que dirigía Bernard Lavergne, profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de París, entró en el debate con un largo estudio, muy personal y muy informado, de un desconocido, Nicolas Fontaine: 'Saint-Siège, Action Française et Catholiques intégraux', un estudio reanudado el mismo año en un libro al que se añadieron documentos que duplicaron su volumen, en particular una Memoria anónima y la de Mons. Mignot" ⁽¹²²⁾. El

desconocido, Nicolas Fontaine (nombre de un escritor jansenista del siglo XVII), era el bien conocido Louis Canet, hombre de gobierno y al mismo tiempo, como ya hemos dicho, seguidor del modernista Tyrrel y amigo de los modernistas Loisy y Laberthonnière; Mons. Mignot era otro amigo de Loisy (además de arzobispo de Albi) y la Memoria anónima había sido escrita por el sulpiciano Mourret bajo el dictado de los jesuitas franceses. ¿La tesis del libro? “*Maurasianismo e integrismo están, desde el pontificado de Pío X, estrechamente asociados. Lucharon el uno por el otro y triunfaron el uno por el otro*” (123). Asimilar la *Action Française* y el *Sodalitium Pianum*, Maurras y Benigni, significaba involucrar al catolicismo integrista, ya afectado por la denuncia de 1921, en la condenación de Maurras (124). Lo que, a su vez, servía para rehabilitar a Marc Sangnier, que justamente en Pío X, en los católicos integristas y en Charles Maurras había tenido sus propios enemigos: entre Maurras, no creyente, pero defensor del orden católico tradicional, y Sangnier, creyente y favorable a los principios de la Revolución Francesa, ¿no debería quizás preferirse al creyente Sangnier? Los intentos en esta dirección comenzaron ya bajo el pontificado de Pío X.



Tapa de la revista “Le Sillon” de Marc Sangnier

a) “*Damnabilis, non damnandus*”: la primera condenación de Charles Maurras bajo Pío X (1914)

Para toda la compleja y delicada cuestión de la condenación de la *Action Française* me referiré a la exhaustiva (y nada maurasiana: es el libro de referencia de N. Valbousquet sobre este tema) de Jacques Prévotat (125).

El 29 de enero de 1914, último año del pontificado de San Pío X, la Sagrada Congregación del Índice (de los libros prohibidos) decidió condenar cinco obras de Charles Maurras, así como la revista bimestral *L’Action Française* (no el periódico): el Papa aprobó la condena pero se reservó su eventual publicación; en cuyo caso la sentencia habría sido fechada el 29 de enero de 1914. Pio XI, con motivo de la condenación de 1926, hizo pública la de 1914, afirmando que había llevado a término lo que su predecesor había iniciado. Nos preguntamos: ¿cómo se llegó a esta decisión? ¿Cuál fue la actitud de San Pío X? ¿y cuál fue la de los “católicos integristas” o la de los eclesiásticos más cercanos a la A.F.? (no es lo mismo). De ello trata la segunda parte del libro de Prévotat (págs. 109-162), que intento resumir.

Mientras San Pío X luchaba contra el modernismo (Encíclica *Pascendi*, 1907) y el modernismo “social” (condenación de *Le Sillon*, Encíclica *Notre charge apostolique*, 1910), sus oponentes dentro de la Iglesia intentaban organizarse y parar los golpes. Políticamente, Pío X había encontrado apoyo en el movimiento monárquico de la *Action Française* de Charles Maurras, que había apoyado a la Iglesia contra la política del gobierno del Gran Oriente (por ejemplo, durante la promulgación de las leyes laicistas, la abrogación del Concordato, la separación de la Iglesia y el Estado, los “inventarios”) y contra los “católicos democráticos” de *Le Sillon*. Pero la *Action Française* tenía un punto débil, un verdadero talón de Aquiles: muchos de sus dirigentes, y en primer lugar el propio Charles Maurras, no

eran creyentes; Maurras, sobre todo en sus escritos de juventud, ensalzaba el mundo clásico de la antigua Grecia y veía en el cristianismo la ruina democrática de aquel mundo pagano, mientras que valoraba el catolicismo y la Iglesia como favorables al orden y al bien de la nación. En cierto modo, Maurras compartía con sus oponentes democráticos católicos la idea del cristianismo como fenómeno revolucionario, mientras que el catolicismo se alejaría de eso; sólo que para Maurras este alejamiento es visto como un factor positivo, pero negativo para los modernistas. La incredulidad de Maurras, su filosofía positivista tomada de Auguste Comte, su idea del cristianismo influenciada por Renán, le expusieron por tanto a los ataques de sus enemigos en la Iglesia. Los enemigos católicos de Maurras y de Pío X encontraron entonces un medio tan sencillo como seguro para descalificarlo entre los católicos, y descalificar a través de él a los católicos antimodernistas y al propio Sumo Pontífice: denunciar las obras de Maurras ante la Congregación del Índice, encargada de censurar los libros dignos de condenación. Prévotat relata los tres intentos repetidos en este sentido que condujeron a la condenación de 1914. La primera denuncia –en febrero de 1909– vino de Mons. Charles Mourey (1831-1915), discípulo de Lacordaire y de los católicos liberales (pág. 170), del círculo de Mons. Mignot: la solicitud se basaba en un libro del ex-jesuita Alphonse Lugan (1869-1931), a quien ya hemos visto actuar contra el *Sodalitium Pianum*. La segunda denuncia –puesto que la primera no prosperó– data de la primavera de 1912 y procede de dos “sacerdotes demócratas”: Jules Pierre (1857-1937), amigo del Abbé Lemire (suspendido *a divinis* en 1914 e indultado por Benedicto XV en 1916, defendió la ley sobre la separación de la Iglesia y el Estado), enemigo tanto de Maurras (¹²⁶) como del católico integrista Emmanuel Barbier, y del más famoso Léon Dehon; para apoyar la denuncia, el Abbé Jules Pierre adjunta un libro antimaurrasiano del modernista Lucien Laberthonnière (1860-1932), ¡amigo de Blondel y Sangnier! El tercer intento, en la primavera de 1913, fue obra del ya conocido Alphonse Lugan, apoyado por el obispo sillonista de Niza, Mons. Chapon. Lugan presentó a la Congregación del Índice algunos libros contra Maurras del Abbé J. Pierre, del propio Lugan y de un sillonista, el Abbé Hoog. El ambiente es el de los discípulos del filósofo Bergson (pág. 177), y de los críticos de Pío X (Prévotat cita las críticas de Mons. Chapon y Mons. Tiberghien contra el Papa, pág. 180). Inesperadamente, se pone de su lado el ex jesuita Bernard Gaudeau, que había sido profesor en el Instituto de la *Action Française* y era estimado por el Card. Merry del Val (pág. 181), contra quien (¡Gaudeau!) advierte Mons. Benigni (pág. 571). Poulat, citando íntegramente este documento de Mons. Benigni, nos permite comprender la posición de los integristas frente a la A.F.: “(Gaudeau) *atacó a los integristas y a la ‘Action Française’*: **¡dos cosas muy diferentes!** (...) *Se sabe que está en marcha una conjura para hacer condenar algunas obras de Maurras por el Índice y hacer que el Papa acepte el hecho consumado, lo que fue mantenido inicialmente en el mayor secreto... sobre todo respecto del Papa. (...) Somos los primeros en reconocer el verdadero fundamento de todo lo que hay de puramente objetivo en el ataque de M. Gaudeau contra las obras y la influencia de Maurras entre los católicos. Somos los primeros en querer desligar la responsabilidad de los católicos integristas de la acción doctrinal y práctica de Maurras y de la ‘Action Française’.* Pero no podemos dejar de despreciar a un hombre que ataca a Maurras en vísperas de una trampa tendida por los demo-liberales y algunos de sus cómplices, cuyo temor oportunista les hace capaces de cualquier cosa; un hombre, decíamos, como Gaudeau, que ocupaba una cátedra en el Instituto de la ‘Action Française’ cuando Maurras ya había publicado ‘*Chemins du Paradis*’ y la deplorable ‘*Anthinéa*’, pero que aún no había llegado a tener esas manifestaciones de admiración y respeto por el papado y la Iglesia que tan bien conocemos” (POULAT, *Intégrisme...*, pág. 399). Aparte de Gaudeau, todos los hombres próximos a San Pío X vieron en esta denuncia una maniobra de los filo-



Charles Maurras

modernistas, y en la eventual condena una catástrofe: Prévotat cita las opiniones de prelados próximos al *Sodalitium Pianum*, como Mons. Sabadel (Pie de Langogne), o próximos a la A.F. como el Card. Billot, de obispos como el Card. Sevin (Lyon), Mons. Gilbert (Mans), Mons. Chollet (Verdún, luego Cambrai), Mons. Humbrecht (Poitiers), el Card. de Cabrières (Montpellier), Mons. Penon (Moulins), Mons. Marty (Montauban), etc., del Padre Lemius, redactor material de la *Pascendi*... Para Mons. Benigni, como hemos visto, la denuncia al *Índex* era “una trampa tendida por los demo-liberales y algunos de sus cómplices, cuyo temor oportunista les hace capaces de cualquier cosa” (pág. 571, nota 159). El propio Pío X se dio perfecta cuenta de ello y trató de evitar dicha trampa (*ibíd.*, págs. 172, 180, 193). El Papa estaba en contra de una condenación, pero para evitarla tendría que llevar el asunto él mismo, apartándolo de la Congregación: después de haberse inclinado por esta solución decidió

descartarla. Incluso los prelados más cercanos a Maurras, de hecho, como el Card. Billot, se daban cuenta de que ciertos escritos del autor provenzal eran inaceptables, aunque los hubiera corregido parcialmente en ediciones posteriores: “*Los libros de Maurras (...) contienen horribles blasfemias, blasfemias que rayan en la herejía, y van aún más lejos, hasta el punto de que serían más de competencia del Santo Oficio que del Índex. No cabe duda*” (*ibíd.*, pág. 176). Escribiendo en privado a Maurras, el cardenal es aún más severo (*ibíd.*, pág. 208). Pero, por otra parte, “*no es una preocupación por la ortodoxia lo que les impulsa a pedir que la puesta en el Índex de los libros de Maurras, es el deseo de obtener, por este medio, la desautorización de la escuela antiliberal y la intención de concluir que el Papa, con esta condena, enmienda la de Le Sillon y manifiesta, de la única manera que le es posible, implícita e indirectamente, su arrepentimiento por haber golpeado a la escuela democrática sillonista*” (Mons. Chollet, en PRÉVOTAT, *op. cit.*, pág. 177 y pág. 570, nota 118). En medio de dos fuegos (las horribles blasfemias de Maurras y la intención igualmente horrible de sus enemigos de condenar, a través de Maurras, por amalgama, a toda la escuela integrista y antimodernista), San Pío X se comportó como el santo que era en realidad. Ratificar la condena de algunas obras de Maurras, como dignas de condena; sin embargo, evitar publicar y divulgar la condenación, posponiéndolo a un momento más oportuno, evitando así la trampa tendida por los amigos de Marc Sangnier. *Damnabilis, non damnandus* [condenable, pero no debe ser condenado]: Maurras era digno de condena, pero su condenación, favoreciendo a los enemigos de la Iglesia, no era oportuna.

b) Con Benedicto XV, todo el clima cambia (*ibíd.*, pág. 194), y el Papa prevé hacerse cargo del expediente y publicar el texto de la condenación en abril de 1915. Dos hechos, sin embargo, se lo impidieron: durante la guerra era imprudente tomar una decisión de indudables consecuencias políticas (sobre todo porque la A.F. apoyó al gobierno en el esfuerzo bélico, aceptando la *Union Sacrée* entre todas las fuerzas políticas). Además, la negativa de Benedicto XV, en el mismo momento (1915) a publicar la condena del Santo Oficio del modernista barnabita Padre Semeria (amigo, entre entre otros, de los Montini, así como del gobierno y del ejército italianos) le convenció de tener la misma consideración respecto de Maurras (*ibíd.*, págs. 194 ss.).



El Padre Gustave Desbuquois S.J., fundador de la "Action Populaire"

No parece que al inicio de su pontificado Pío XI pretendiera reabrir la cuestión A.F., (*ibíd.*, págs. 213-214), que por otra parte no conocía directamente, al no haber participado en los acontecimientos de 1914. Después de 1914, y con el cambio de pontificado, el obispo sillonista de Niza, Chapot, y el amigo de Benedicto XV a quien consagró el 8 de diciembre de 1921, Tiberghien, mantuvieron vivos los ataques a la A.F. (*ibíd.*, pag. 210). Abordar el tema A.F., sin embargo, tal vez se había vuelto inevitable después de la cuestión de las asociaciones “culturales” o “diocesanas” (iniciada justamente por Mons. Chapot, recordemos, en 1918) que ya había conducido al exilio forzoso del Padre Salvien en 1923 (ver arriba). Ese mismo año, la revista de Lugan reanudó sus ataques contra los integristas de Mourret y Mignot (*ibíd.*, pág.

215), y el nuncio Cerretti apoyó a los “sacerdotes demócratas” Trochu y, en Roma, Vanneville (*ibíd.*, págs. 216 ss.). También en 1923, las conferencias impartidas en el Seminario Francés dirigido por el Padre Le Floch despertaron la oposición política de los laicos (Herriot, en 1925), apoyados por los católicos democráticos anti-tomistas, seguidores de la filosofía de Blondel (*ibíd.*, págs. 219 ss.). Es todo un ambiente que combina la hostilidad hacia los integristas con la hostilidad hacia los maurrasianos: allí encontramos a los sulpicianos (golpeados por la inclusión en el *Índex* de un manual bíblico de uno de ellos, el P. Brassac, tras la intervención del P. Maignen y del P. Le Floch) con el P. Mourret (el que liquidó el S.P.), los dos Blondel (el filósofo de “*L’Action*”, Maurice, y su hijo Charles), dos destacados exponentes de la A.C.J.F. (¹²⁷), Bazire y Flory, que son cuñados de C. Blondel y del editor, antiguo compañero de Marc Sangnier en la aventura de *Le Sillon*, Francisque Gay con las revistas *La Vie Catholique* (1924) y *Les Cahiers de la Nouvelle Journée* (1914, 1924). El grupo de veteranos del modernismo (los famosos “moderados”) ganó la lucha cuando en 1922 Mourret y Blondel fueron recibidos por el nuncio Cerretti, quien les habló mal de Benigni y Salvien (1922) (*ibíd.*, pág. 223; con ellos rompió puertas abiertas: págs. 233-234): ¡para el nuncio, Blondel es mucho mejor y detrás de él encontramos a Laberthonnière (*ibíd.*, pág. 226)! El terreno quedaba despejado y preparado para el giro de Pío XI que Prévotat sitúa en 1924-1925, gracias a dos audiencias reveladoras: una al Padre Corbillé y al presidente Charles Flory (el pariente de Blondel) en nombre de la A.C.J.F., a través de Mourret y del propio Blondel (*ibíd.*, págs. 234-235, mayo de 1924; Charles Blondel en ese año estaba entre los dirigentes de la A.C.J.F. y el político democristiano Georges Bidault, vicepresidente, reclamaba un partido aconfesional como en Italia el P.P.I. (*ibíd.*, págs. 243-244). La otra audiencia decisiva tuvo lugar en junio de 1925, gracias al entonces muy poderoso jesuita, Mons. d’Herbigny (también implicado en la disolución del S.P.), audiencia concedida al Padre Gustave Desbuquois S.J., de la *Action Populaire* (*ibíd.*, págs. 235-236), sospechado bajo Pío X de modernismo social (¹²⁸) en la última batalla del Papa Sarto: la de los sindicatos confesionales (Enc. *Singulari Quadam*, del 24 de septiembre de 1914), y también implicado en el complot de la denuncia del S.P. El Padre Joseph Lemius, principal redactor de la Encíclica *Pascendi*, en un informe que le pidió en 1913 el Card. Merry del Val, escribió: “*La idea socialista se encuentra en el fondo de la ‘Action Populaire’, no dudo en decirlo, por mucho que pueda ser revisada y catolicizada... Es necesario deplorar el hecho de que, a pesar de tener la plena luz del magisterio pontificio, un tal espíritu haya podido ser implantado en una institución*

religiosa. (...) *Es toda una nueva sociología, que va en contra de la tradicional, a la cual califica de liberal, que está conquistando las mentes... El peligro es grande*" (129). ¡Doce años después, el peligro solo podía ser aún mayor! Pero los tiempos habían cambiado... y la Compañía gozaba de gran estima por parte del Papa (ver lo que diremos sobre la cuestión, cuando tratemos de la opinión de San Pío X).

c) La condenación de la *Action Française*. Los principales documentos eclesiásticos relativos a la condenación de la *Action Française* bajo Pío XI fueron publicados por Prévotat en anexo (*ibíd.*, págs. 673-713): van desde la intervención “preparatoria” del Card. Andrieu (25 de agosto de 1926; en esta procedió como en los días del *Ralliement* con el “brindis” del Card. Lavigerie) al retiro del periódico de la *Action Française* del Índice de libros prohibidos por el Santo Oficio (bajo Pío XII) el 10 de julio de 1939. No se trató de una excomunión, como muchos piensan, sino de la inclusión en el *Index* (29 de diciembre de 1926) de algunas obras de Maurras, de la Revista pero también del periódico de la A.F.: así se publicó el decreto del *Index* de 1914, que San Pío X (y Benedicto XV en 1915) no habían publicado, por diversas razones, agravándolo, sin embargo, en particular con la colocación en el *Index* del periódico. Contrariamente a la condenación de *Le Sillon* bajo Pío X, no hubo ninguna encíclica o texto doctrinal de condena de la A.F. (“sólo” cartas, alocuciones y discursos consistoriales de Pío XI), pero, dado el rechazo de sumisión del periódico (a diferencia de *Le Sillon*) con el famoso “*Non possumus*” del 24 de diciembre, hubo medidas disciplinarias de la Sagrada Penitenciaría que aplicaban el derecho vigente no sólo a los lectores de las obras puestas en el *Index*, sino también a los confesores que los absolvieran sin pedir reparación o corrección al penitente; estas medidas disciplinarias implicaban considerar a los rebeldes como pecadores públicos, con todas las consecuencias del caso, incluido el rechazo de los sacramentos y de la sepultura eclesiástica. La dramática situación para muchas almas llevó también a un renacimiento de los sentimientos galicanos nunca totalmente dormidos en los que perseveraron en la A.F. (130), y en pasajes sensacionales al catolicismo democrático en quienes la abandonaron (el caso más famoso y denso de consecuencias fue el del neotomista –pero discípulo de Léon Bloy– Jacques Maritain, que pasó del nacionalismo integrista al humanismo integral y preparó el Vaticano II).

d) Católicos integristas y la A.F. antes y después de la condenación. Los modernistas y los sillonistas siempre han tratado de amalgamar a los católicos integristas (o antiliberales, antimodernistas, etc.) con la A.F.: estando condenada una, también estarían condenados los otros: así fue en los años veinte, y el Padre Congar y similares repitieron el juego hacia los tradicionalistas y Mons. Lefebvre en los años 70. Ya antes de la condenación (1926) vimos al sacerdote anti-maurrasiano Alphonse **Lugan** (1869-1931), ex jesuita incardinado en Albi por el obispo modernista Mignot, publicar, en marzo de 1923, en *Le Mouvement des faits et des idées* la memoria de Mourret, los artículos del *De Tijd* (131), la memoria de Mons. Mignot al Card. Ferrata, algunos documentos del Fondo Höner sobre el S.P. Después de la condenación de la A.F., en enero de 1928, se publicó en *L'année politique française et étrangère*, y luego en un volumen (*Saint-Siège, 'Action Française' et 'Catholiques intégraux'*), un escrito de Nicolas **Fontaine** (pseudónimo, nombre de un jansenista) alias Louis **Canet** (1883-1958), alto funcionario del gobierno, amigo de Loisy (de cuyo testamento fue albacea) y de Laberthonnière. Confunde la causa de la A.F. con la del S.P. y se convierte en una referencia constante para quien se ocupe de la cuestión del S.P.

Pero, ¿hay algún fundamento real en esta amalgama? Ciertamente, A.F. y S.P. tenían enemigos comunes que combatir e intereses comunes que defender, se enfrentaron juntos al

gobierno por las leyes laicistas, o a los católicos democráticos de *Le Sillon*; ambos añoraban el pontificado de San Pío X, ambos sufrieron en los años veinte. Pero las diferencias entre nacionalistas integristas (A.F.) y católicos integristas (S.P. por ejemplo) son notorias, tanto antes como después de la condenación, como vimos en la amplia y clara cita de Mons. Benigni presentada anteriormente. **“Ni un solo miembro de la A.F., aunque sea católico, ha sido nunca miembro’ del S.P. o de la I.R.D.S., precisa el Abbé Boulin”** (132). Emile Poulat, resumiendo la cuestión, escribe: *“Estaba la amenaza de una tercera ruptura –con la ‘Action Française’– que no se produjo. Benigni le reprochaba querer unir el catolicismo integrista a su vagón. El desacuerdo se concretó en 1912: Boulin, y luego Merlier, fueron despedidos de los periódicos de los que eran responsables, por administradores que eran de la A.F., para luego ser ‘espiados’ en ‘La Vigie’. La disputa sin duda habría ido más lejos, de no haber sido por el rechazo a parecer asociar al S.P. con la campaña que pretendía obtener de la Santa Sede –y casi lo consiguió en 1914– la condena pública de la ‘Action française’. El proceso de amalgama (entre integristas y A.F., n.d.a.) abierto por el ‘Mouvement’ y defendido por Nicolas Fontaine ha ignorado estos aspectos”* (133). La propia N. Valbousquet –cuya tesis va en el sentido de la amalgama entre los integristas y la “derecha” antisemita– debe reconocer a regañadientes y minimizando lo más posible las profundas diferencias entre Mons. Benigni y sus amigos y la A.F. (págs. 39-40), y debe recordar las reservas de Benigni sobre las obras de Maurras, el famoso incidente de 1912, con la secesión de los integristas de *L’Univers* (Boulin y Rocafort) en desacuerdo con la línea de los maurrasianos, incluidos sacerdotes como Dom Besse y el canónigo Lecigne. Sobre este episodio significativo, sin embargo, Poulat se extiende (134) citando, entre otras cosas, los recuerdos del Abbé Boulin, y la carta (en clave) de Mons. Benigni sobre este episodio, que Poulat resume así: **“En Francia, ‘La Vigie’ (periódico integrista, n.d.a.) se encontró inmediatamente con la violenta oposición de un doble frente, el de los cristianos democráticos y el Cardenal Amette, arzobispo de París, y el de la ‘Action Française’, que quiere apoderarse del integrismo en beneficio propio y algunos de cuyos elementos sólo ven en las doctrinas romanas un medio de encontrar adeptos”**. Boulin escribió al final de sus días: *“A pesar de una simpatía personal duradera por Maurras que, gracias a Dios, nunca he tenido la cobardía de ocultar o negar, he dado, (escribiendo) en ‘L’Univers’, ‘La Vigie’, ‘La critique du libéralisme’, y también en la ‘Revue internationale des sociétés secrètes’, suficientes testimonios públicos de independencia espiritual frente a los despropósitos religiosos de la bella obra política... Creo haber dicho, cuando tantos ilustres perros mudos callaban, todo lo que exigía la conciencia católica”*. Un año más tarde, la tensión entre integristas y simpatizantes de la A.F. aumentaba (*L’Univers* había anunciado un libro de Gisler que minimizaba el modernismo: la fiebre –comenta Benigni– ¡está ahí aunque no llegue a los 40°!), hasta el punto de que Mons. Benigni tuvo que advertir sobre los intentos de conciliar los dos campos realizados por el Card. Billot y los círculos del Padre Chiaudano S.J., y el Abbé Boulin pedirá y obtendrá una investigación sobre *L’Univers* en 1914. Valbousquet recuerda el intento de Luis Canet y del P. Rosa S.J. de mezclar integristas y maurrasianos, pero también debe recordar las respuestas contrarias de Mons. Benigni, el bajo perfil mantenido por los integristas durante la condenación de la A.F., el alistamiento partidista de los católicos de la A.F. entre los integristas por parte de Canet, las diferencias entre integristas y maurrasianos sobre el “antisemitismo” (sólo para decir que Benigni era más antisemita que Maurras) (págs. 249, 244-257). Prévotat recuerda que el P. Maignen y el P. Saubat (antiguos pilares del S.P. y siempre amigos de Benigni) ya no pusieron a disposición de los estudiantes el periódico incluido en el *Index* (*ibíd.*, págs. 331-332); incluso el P. Le Floch (que no era integrista, pero sí cercano a la A.F.) y el Card. Billot obedecen (*ibíd.*, págs. 332 y 360) (135): eso no los salvará de la “purga”. El P.

Maignen también se opone a aquellos teólogos que llaman a la resistencia (*ibíd.*, pág. 363): tras una cita extensa, Prévotat comenta: “*conclusión significativa, por enésima vez, de la brecha que persiste entre el integrismo y la ‘Action Française’*”. Valbousquet, para acusar a los integristas de connivencia con la A.F. (¡e incluso de tendencia cismática, lo que ciertamente preocupa mucho a una escritora subvencionada por asociaciones judías, que por tanto anhela la unidad de la Iglesia!) no recurre a textos de Mons. Benigni, sino a los autores del *Bloc catholique* (Lacointa, André Le Sage, conocido como de la *Franquerie*) que no son integristas, sino sólo simpatizantes, y al folleto de *La Vérité* (Boulin, Merlier, Rocafort) que, con un estilo similar al que luego será el de *Si sí, no no* con Don Putti, tienen en común con la A.F. sólo los enemigos, no la doctrina.



El Padre Maignen

Esto es lo que recuerda claramente *Vérités* (X, 1928, *Quelques mots à l’Action Française*): la A.F. misma, hablando de Luc-Verus y de *Vérités*, escribe: “*la personalidad de este ‘Luc-Verus’ es bien conocida por nuestros adversarios: saben que es tan enemigo de Maurras, de Daudet y de la ‘Action Française’, cuanto lo es de los jesuitas y del Cardenal Gasparri*” (18 de diciembre de 1927). Por su parte, “Luc-Verus” escribía: “*No tenemos ningún lazo con la A.F.*”, “*Muchas cosas nos separan de la A.F., y diremos, como el almirante Schwerer, que defenderse es asunto suyo*”. “*Hemos sido adversarios de la A.F. hasta su condenación, aunque siempre hemos reconocido la sinceridad de su patriotismo, la eficacia de sus esfuerzos inteligentes y valientes en la lucha contra el liberalismo y la democracia*”. Es por estas últimas razones que sus enemigos –como hemos visto– conspiraron para su condenación, tanto bajo Pío X como bajo Pío XI, de lo que concluye: “*cuando se pronunció esta inicua condena, tomamos la resolución de silenciar nuestros reproches contra la A.F. hasta el día de su victoria contra nuestros enemigos comunes*”. Si se puede considerar temerario el hecho de definir como inicua una condena en sí misma doctrinalmente justa, es sin embargo difícil condenar el deseo de victoria contra los enemigos comunes, enemigos no sólo de la A.F. sino también y ante todo de la Iglesia: veamos mejor por qué.

e) La resurrección de Marc Sangnier y del “sillonismo”. La condenación de siete libros de Maurras, del periódico y la revista de la A.F., es doctrinalmente impecable. El peligro denunciado (la influencia de un positivista agnóstico sobre la juventud católica) era real (¹³⁶). Sin embargo, las consecuencias de la condenación de la A.F., especialmente en sus consecuencias prácticas, de 1926 a 1939, fueron catastróficas. La culpa, por supuesto, también recae en el “*non possumus*” de los dirigentes de la A.F. (fácilmente predecible para los agnósticos que añoraban a Felipe el Hermoso y a Luis XIV más que a San Luis IX); sin embargo, la culpa no puede dejar de atribuirse, en primer lugar, a quienes quisieron la condenación de manera tan inoportuna, y en connivencia –como hemos visto– con todos los simpatizantes del modernismo social sillonista y del ambiente filosófico antitomista de Blondel: el Secretario de Estado Gasparri y el nuncio Cerretti. La defensa de la Acción Católica, el apostolado de los laicos bajo la guía de la jerarquía, que tenía en vista Pío XI tanto en Francia como en Italia (Enc. *Non abbiamo bisogno*), era sacrosanto: eran los modernistas como Don Murri los que querían independizar la Acción Católica de la jerarquía. Pero, ¿cómo no deplorar el hecho de que la Acción Católica haya sido infiltrada,

tanto en Italia como en Francia, por los peores elementos de la democracia cristiana, discípulos de Don Murri y de Marc Sangnier, ambos condenados bajo San Pío X? Ya hemos visto el papel desempeñado por los amigos del filósofo de *L'Action*, **Maurice Blondel**, tanto en la disolución del S.P. (1921), como en la condenación de la A.F. (1926). Blondel era un modernista de la peor especie, como ya hemos demostrado en *Sodalitium* ⁽¹³⁷⁾. Tomemos ahora por ejemplo a uno de los principales partidarios de la condenación, el editor **Francisque Gay** (1885-1963), y su revista *La vie catholique*. Antiguo seminarista, Gay conoció a Sangnier en Lyon y se unió a él en París en 1903: abrió una sección de *Le Sillon* en Roanne y colaboró en su periódico, *La Démocratie*. En 1909 entra en la librería Bloud, que más tarde se convirtió en la editorial Bloud & Gay. En 1911 se casó con Blanche Fromillon, hija de un comunero y una judía alemana. Después de la condenación de *Le Sillon* (1910) no abandonó sus ideas, para defenderlas, fundó en 1924 *La Vie catholique*, y en 1932 *L'Aube*. *La Vie catholique* toma el mismo nombre que un periódico democristiano del Abbé Dabry, condenado por el Santo Oficio el 13 de febrero de 1908. *La Vie Catholique*, *L'Aube* y F. Gay están en primera fila apoyando a Pío XI en el enfrentamiento con la A.F. (en 1927 escribe y publica dos libros sobre la cuestión), lo que le valió al periódico una carta de aprobación del Card. Gasparri (31 de diciembre de 1927 y 23 de septiembre de 1934). Sin embargo, *La Vie Catholique* de F. Gay había elogiado a Bergson y Blondel (1933), la metafísica de Kant y Lamennais, los “nobles pensamientos” de Laberthonnière, a los sacerdotes democráticos Naudet, Garnier y Lemire, al propio Marc Sangnier... (*Les Vérités*, 20 de diciembre de 1934). Figura destacada de la Resistencia, Gay militaré en el M.R.P. (¡que considera demasiado conservador!) y será varias veces ministro con De Gaulle. La lucha abierta contra cualquier persona sospechosa de simpatizar con la A.F. (aunque obediera a los decretos) también llevó a la purga de figuras importantes (Billot forzado a renunciar al colegio cardenalicio, Le Floch obligado a abandonar el Seminario Francés, el Padre Pègues alejado del escolasticado dominico del que era rector; los integristas estaban fuera de juego desde hacía ya mucho tiempo), llevó a una renovación en el episcopado (los obispos nombrados por San Pío X, generalmente contrarios a la oportunidad de la condena, fueron reemplazados gradualmente por obispos de otra línea, entre los cuales, Mons. Liénart) y a una victoria de los teólogos progresistas que prepararon la *nouvelle théologie* (Chenu y Congar entre los dominicos, de Lubac, discípulo de Valensin, entre los jesuitas, etc.), contra la que Pío XII tuvo que intervenir (Enc. *Humani Generis*). Juan XXIII, como sabemos, invirtió la situación, al nombrar a estos teólogos “peritos” en el Concilio Vaticano II; sabemos cómo resultó.

El triunfo de Marc Sangnier

El 25 de agosto de 1910, el Papa Pío X, con la Encíclica *Notre charge apostolique*, condenó el movimiento fundado por Marc Sangnier (1873-1950), *Le Sillon* (El Surco) con estas palabras:

“El sillonista, como tal, no trabaja para un grupo, y ‘la Iglesia, dice, no podrá ser por título alguno beneficiaria de las simpatías que su acción podrá suscitar’. (...) ‘Le Sillon’ se ha hecho compañero de viaje del socialismo, puesta la mirada sobre una quimera. Nos tememos algo todavía peor. El resultado de esta promiscuidad en el trabajo, el beneficiario de esta acción social cosmopolita no puede ser otro que una democracia que no será ni católica, ni protestante, ni judía... una religión (porque el sillonismo, sus jefes lo han dicho... es una religión) más universal que la Iglesia Católica, reuniendo a todos los hombres, convertidos, finalmente, en hermanos y camaradas en ‘el reino de Dios’. ‘No se trabaja para la Iglesia, se trabaja para la humanidad’. (...) (Le Sillon) ha sido captado en su marcha por

los enemigos modernos de la Iglesia y no forma ya en adelante más que un miserable afluyente del gran movimiento de apostasía, organizado en todos los países, para el establecimiento de una Iglesia universal que no tendrá ni dogmas, ni jerarquía, ni regla para el espíritu ni freno para las pasiones y que, so pretexto de libertad y de dignidad humana consagrará en el mundo, si pudiera triunfar, el reino legal de la astucia y de la fuerza y la opresión de los débiles, de los que sufren y trabajan”. Decididamente, Pio X no era un “moderado”. Lo era en cambio el nuncio en Francia, Angelo Giuseppe Roncalli, futuro Juan XXIII; el 6 de junio de 1950 escribía de Marc Sangnier: “*el poder fascinante de su palabra, de su alma, me había cautivado, y conservo de su persona y de su actividad política y social el recuerdo más vivo de toda mi juventud sacerdotal*” (138), una juventud que data precisamente del pontificado de San Pío X. Pero, ¿cómo es posible que un nuncio de Pío XII, sólo cuarenta años después de la condenación de *Le Sillon* de Marc Sangnier como una secta que conduce a la apostasía, tenga el valor, o más bien la temeridad, de elogiar a la secta y a su fundador en estos términos? El nuncio lo explica en la misma carta: “*su noble y gran humildad al aceptar más tarde, en 1910, la amonestación, por otra parte, muy afectuosa y benévola (¡sic!) del Santo Papa Pío X, da a mis ojos la medida de su verdadera grandeza. Las almas capaces de permanecer tan fieles y respetuosas como la suya al Evangelio y a la Santa Iglesia, están hechas para las más elevadas abnegaciones que aseguran aquí abajo la gloria entre los contemporáneos y la posteridad, ante la cual, el ejemplo de Marc Sangnier permanecerá como una enseñanza y un estímulo*”. La “sumisión” de Marc Sangnier lavó inmediatamente todas sus faltas y le hizo de repente más blanco que la nieve. Pero, ¿se sometió realmente, o sólo de palabra? El Cardenal arzobispo de Lyon, Mons. Maurin (que claramente no era un “moderado”) respondió en su carta pastoral de 1928: “*¿Han renunciado interiormente a los errores condenados quienes los profesaban? De hecho, ¿han dejado de defenderlos y apoyarlos? Desearíamos poder responder afirmativamente y creer sinceramente en su buena fe; pero, sin duda bajo el dominio de la ilusión, parecen haber mantenido y no cesar de profesar los mismos errores*”. Marc Sangnier, en efecto, no se había retirado al silencio tras la condenación de 1910, sino que continuó publicando el periódico *La Démocratie*, para fundar dos años más tarde (1912) un partido político democrático, aconfesional, no dependiente de la jerarquía (como lo sería en 1919 en Italia el P.P.I.): *La Jeune République*. Sangnier defendió en el parlamento el siguiente principio: “*Por eso todos podemos estar de acuerdo en este punto: el Estado es laico; por tanto, no es librepensador ni creyente, es laico*” (25 de octubre de 1921). El canónigo Gaudeau, que no era un integrista, comentó: “*Es una profesión pública de herejía y de impiedad. Es la antítesis cínica de la doctrina de la Fe. Marc Sangnier no es católico*” (*La Foi catholique*, 31 de diciembre de 1921) (139). Sobre la cuestión social, Sangnier retomaba los errores de *Le Sillon* al pretender destruir la monarquía también en el mundo del trabajo, con la nacionalización de las grandes industrias, el sistema cooperativo para las demás, dejando sobrevivir sólo la pequeña propiedad. En 1936, el Partido se unió al *Front Populaire* con los socialcomunistas de Léon Blum. En la cuestión nacional, su partido defendía el pacifismo más absoluto, la *Sociedad de las Naciones*, la hostilidad a las fronteras (*Congrès démocratiques internationaux pour la Paix* de Bierville). A los congresos pacifistas asistían Ferdinand Buisson, masón presidente de la *Ligue des Droits de l’Homme*, y el joven político judío Pierre Mendès-France. Los contactos con la masonería llegaron a tal punto que el “católico” Marc Sangnier, en 1930, ¡pronuncia un discurso en una logia parisina! (140). Muy activo en la Resistencia, después de la última guerra se convirtió en presidente honorario del M.R.P. (*Mouvement Républicain Populaire*) de Maurice Schumann y Francisque Gay, que llegó al poder como la Democracia Cristiana en Italia, justo después del papel que tuvo en la Resistencia.



El Cardenal Boggiani

El pasado modernista de Sangnier parecía muerto con Pío X, hasta el punto de que Benedicto XV le recibió el 29 de enero de 1922, alabando, según el relato de Sangnier (pero no podemos creerlo), “*su exactitud teológica*”. También en enero de 1922, el nuncio en París había visitado y bendecido los locales de la *Jeune République*, *La Maison de la Démocratie*, y en agosto de 1926 hubo incluso una bendición de Pío XI a través del Cardenal Secretario de Estado Gasparri, para el VI congreso internacional por la paz en Bierville; se unieron a él Mons. Julien, obispo de Arras y Mons. Gibier, obispo de Versailles. Pero fue el arzobispo de París, el Cardenal Verdier en persona, quien elogió a *Le Sillon* de Marc Sangnier, “*animando*”, en una audiencia celebrada el 14 de marzo de 1931, a los herederos de “*Le Sillon*

catholique”, dándoles al antiguo *Le Sillon* como modelo: “*‘Le Sillon’ –dijo el cardenal– está en el origen del gran movimiento social contemporáneo. Fue el primer movimiento de ese espíritu democrático y cristiano que se extiende por todas partes en nuestros días. Es bueno que ustedes, ‘sillonistas católicos’, conserven su fuente. Los felicito por permanecer fieles a la Iglesia y a vuestro espíritu. He apreciado mucho, en el naciente ‘Le Sillon’, su fervoroso apostolado católico y social entre la masa descristianizada del pueblo. De hecho, fue ‘Le Sillon’ el que puso en marcha todas las iniciativas juveniles que vinieron después. En muchas obras juveniles de hoy, encuentro a ‘sillonistas’ entre los fundadores, los animadores, los militantes. (...) Vuestro Arzobispo, que ha admirado el fervor de vuestros inicios, vuestro ideal, la generosidad y el ímpetu de vuestra obediencia, los anima y bendice. Los llama, junto con todos los grupos juveniles católicos, al apostolado social y cristiano, tantas veces recomendado por nuestro gran Papa Pío XI*”⁽¹⁴¹⁾. Si el entusiasmo “democrático y cristiano” de un Card. Verdier parece sincero, en Roma el apoyo a los herederos del sillonismo parece más bien fruto de los tiempos. El clima que lo explica todo es el de la condenación de la *Action Française*, por lo que se busca el apoyo del viejo enemigo de Maurras, Marc Sangnier. Sin embargo, la triste constatación de Luc-Verus es que “*los hombres condenados bajo Pío X son alentados y bendecidos bajo Pío XI, sin haber dejado de profesar y propagar abiertamente sus errores*”, aunque condenados por Pío XI en sus Encíclicas *Ubi Arcano* y *Quas Primas* (Vérités, X, 1928, pág. 7). Sabía algo de esto el Abbé Boulín, hasta 1929 mano derecha de Mons. Benigni en Francia, que dejó la *R.I.S.S.* y París por carta del 8 de enero de 1930, precisamente luego del nombramiento, en noviembre anterior, de Verdier para la cátedra parisina⁽¹⁴²⁾.

QUINTA PARTE:

Mons. Benigni, el *Risorgimento*, el Fascismo (¿y el antisemitismo?)

La acusación del P. Nitoglia

Según nuestro colega, Mons. Benigni “*comienza a colaborar también con activistas políticos no católicos, por ejemplo, los nacionalistas alemanes e ingleses, los rusos blancos emigrantes. El cambio de estrategia de Benigni en el periodo post-S.P. explica también su convergencia, a partir de 1923, con el régimen de Mussolini, del que será*

informador hasta su muerte (1934), convirtiéndose en representante del fascismo clerical defensor de la romanidad' (N. VALBOUSQUET, op. cit. [Trasformaciones..., n.d.r.], pág. 460, cfr. G. VANNONI, Integralismo cattolico e fascismo, en F. MARGIOTTA BROGLIO –editado por– La Chiesa del Concordato, Bologna, 1977). Ahora bien, no me parece que se pueda ver en el fascismo un movimiento íntegramente católico. Por lo tanto, durante el pontificado de Pío XI, se podrían lanzar contra Benigni las mismas acusaciones de ‘colaboracionismo’ con los ‘moderados’ o los ‘no integristas’ que él había lanzado, durante los pontificados de Pío X y Benedicto XV, contra los católicos ‘conciliacionistas’. Como veremos a continuación, las simpatías de Benigni, durante la época fascista, por el Risorgimento italiano, y su aversión a la Compañía de Jesús desde su fundación, han sido bien demostradas por Poulat. Lo que no está en plena sintonía con el integrismo católico. Como vemos, ‘sólo una es la Inmaculada Concepción’, Mons. Benigni también tuvo sus sombras ‘no íntegramente católicas’, pero se puede tener piedad de un espíritu exacerbado y ulcerado que, impulsado por los fracasos, se inclinó un poco demasiado hacia el Risorgimento, el fascismo y el anti-jesuitismo, sin que esto signifique condenar en bloque toda su militancia y su lucha doctrinal”.

Intentemos poner orden en este último último acto de acusación del P. Nitoglia (evitando una fácil respuesta *ad hominem* que surge espontáneamente en quien conoce al autor de la objeción) ⁽¹⁴³⁾. No es fácil, pues los temas se entrecruzan y son difíciles de separar. Dejando para una sexta parte las relaciones entre Mons. Benigni y la Compañía de Jesús, en esta quinta parte intentaremos abordar:

- La cuestión del *Risorgimento*: ¿existen rastros o pruebas de una “simpatía” de Mons. Benigni por el *Risorgimento* italiano, que puedan distinguirse al menos de alguna manera de la cuestión fascista? Tales simpatías estarían además “bien demostradas por Poulat”, pero desgraciadamente no hay rastro, ni en Poulat ni en ninguna otra parte, de esta “demostración”. La temática Benigni-*Risorgimento* puede articularse en dos cuestiones: la posición de Mons. Benigni durante la Gran Guerra, por una parte, y el Concordato entre la Santa Sede e Italia, por otra.

- La cuestión del fascismo. ¿Adhirió especulativamente al fascismo? ¿Adhirió al Régimen en la práctica? ¿Qué decir de su colaboración como “informador” del Régimen?

- La cuestión de la colaboración “con activistas políticos no católicos” (que tuvo lugar, como veremos, en el ámbito de la I.R.D.S.: *Intesa Romana di Difesa Sociale*, Asociación Romana de Defensa Social). Esto plantea una cuestión que no debe subestimarse: ¿acaso no se puede acusar a Mons. Benigni precisamente de ese aconfesionalismo o interconfesionalismo que él reprochaba a los católicos “moderados”?

Primera parte: Mons. Benigni y el *Risorgimento* italiano. Gran Guerra y Concordato

La escuela católico-integrista, como es bien sabido, es estrictamente antiliberal y contrarrevolucionaria: el *Risorgimento* italiano es por tanto visto negativamente y Mons. Benigni no es una excepción, dada su larga militancia entre los católicos intransigentes. El *Risorgimento* debe juzgarse negativamente, no tanto por la cuestión de si Italia debe estar unida, ser federal o estar dividida (como lo estaba bajo los estados pre-unitarios), sino de si Italia debe ser íntegramente católica o no ⁽¹⁴⁴⁾. ¿Se puede suponer un cambio de postura en Mons. Benigni? La cuestión del “*Risorgimento*” en Mons. Benigni y en los católicos integristas podría plantearse desde dos puntos de vista: la actitud mantenida durante la Gran Guerra (neutralismo, intervencionismo) y la actitud ante la solución de la Cuestión Romana con los Pactos de Letrán de 1929.

Mons. Benigni y el *Sodalitium Pianum* durante la Gran Guerra

En la quinta parte de sus 15 artículos, el P. Nitoglia hace explícita su acusación: Mons. Benigni se pasó al *Risorgimento*, poniéndose del lado de Italia contra Austria durante la Primera Guerra Mundial (la devoción del P. Nitoglia por los Habsburgo es una primicia). Examinemos el asunto más de cerca.

Dicha primera cuestión (Mons. Benigni y sus colaboradores) se refiere todavía al *Sodalitium Pianum*, el cual, disuelto en 1914 tras la muerte de San Pío X, fue reconstituido en 1915, para durar hasta 1921. Como Mons. Benigni recuerda al Card. Sbarretti, la vida del S.P. desde 1915 a 1921 se vio obstaculizada y reducida a muy poco, tanto por la guerra, que impedía las comunicaciones entre los miembros, como por el cambio de la situación interna de la Iglesia tras la muerte de San Pío X y la elección de Benedicto XV. Habiendo trabajado en un puesto importante en la Secretaría de Estado hasta 1911, Mons. Benigni había adquirido una mentalidad y una personalidad de hombre de Estado, y así era considerado por los gobiernos extranjeros. Incluso antes de la beligerancia y mucho más después, Mons. Benigni fue considerado favorable a uno u otro de los bandos en conflicto y, por tanto, acusado de ser peligroso para una u otra de las naciones europeas; para la Entente, estaba a favor de los Imperios Centrales, para los Imperios Centrales se puso del lado de Francia o de Rusia; recordamos que el abogado Joncks, miembro del S.P. en Bélgica, fue acusado de espionaje y buscado por las autoridades de ocupación alemanas en Bélgica, a pesar de estar a favor de la causa flamenca y, por tanto, alemana. Ésta era, *mutatis mutandis*, la carga que a menudo tenían que llevar los católicos, ya que la Santa Sede, bajo Pío X y Benedicto XV, estaba en contra de la guerra. Benedicto XV fue acusado por muchos católicos franceses, incluso dentro del clero, de ser el “Papa boche” [expresión francesa despectiva referida a los alemanes, n.d.t.], mientras que para los alemanes era todo lo contrario⁽¹⁴⁵⁾. El programa del *Sodalitium Pianum* (nº 11), en tiempos no sospechosos (1913), era claro:

“Estamos totalmente: (...) contra el nacionalismo pagano, que coincide con el sindicalismo areligioso (uno considerando a las naciones, así como el otro a las clases, cuales colectividades de las cuales cada una puede y debe perseguir amoralmente sus propios intereses fuera y contra los de los demás, según la ley brutal de la que hemos hablado); y al mismo tiempo contra el antimilitarismo y el pacifismo utópico, explotados por la Secta con el objetivo de debilitar y adormecer a la sociedad bajo el monstruo judeomasónico; por el patriotismo sano y moral, el patriotismo cristiano del que la historia de la Iglesia Católica nos ha dado siempre ejemplos espléndidos” (POULAT, pág. 121; *Disquisitio*, pág. 265).

Mons. Benigni fue fiel a este programa incluso durante y después de la Gran Guerra, como veremos luego comentando una importante serie de artículos sobre el nacionalismo y el internacionalismo, publicados en 1927 en *Fede e Ragione*. En un artículo sobre el impacto que tuvo la primera guerra mundial en la red católica integrista de Mons. Benigni⁽¹⁴⁶⁾, Nina Valbousquet comienza su estudio con una larga cita de nuestro prelado, que data de 1923, que resume todo el tema: *“La paz esperada por una humanidad agobiada por tantas desgracias está todavía ausente; los odios y las luchas entre los pueblos, y dentro de los mismos pueblos, desgarrados por partidos, mantienen un estado de guerra, explícito o implícito, que lleva al mundo al desastre. Necesitamos la paz, esa paz verdadera, sincera, honesta, de naciones y de clases. Imposible obtenerla sin el espíritu cristiano, (...) es absolutamente necesario reconducir a la sociedad y a los individuos a Dios y a nuestro Redentor. De ahí el gran deber práctico para los buenos católicos de enarbolar la Cruz ante el mundo descristianizado, masonizado y judaizado, (de) predicar en voz alta la salvación del mundo con la afirmación integral de la verdad y la moral católicas”* (147). No

hay indicios de exaltación nacionalista (sin embargo, estamos en el mismo año en que comienza la colaboración de Mons. Benigni con el gobierno fascista).

Durante la Gran Guerra las relaciones entre los miembros del S.P. se volvieron difíciles: el discípulo y mano derecha de Mons. Benigni en Roma, Gottfried Brunner (1875-1962) tuvo que regresar a Alemania, la correspondencia con los asociados alemanes o residentes en Alemania, como Henri Fournelle (1869-1923) y Dietrich Von Nagel (1880-1955) se hizo más difícil, pero las cartas (págs. 237-238) que cita Nina Valbousquet muestran su patriotismo, al menos el de Von Nagel, quien fue capellán militar durante la guerra. Por el contrario, los miembros franceses (que parecen mantener una correspondencia más importante con nuestro prelado) hacen concesiones al espíritu de la época, mostrando su hostilidad hacia los “*boches*” (los alemanes): ¡no es de extrañar conociendo a los franceses! (VALBOUSQUET, págs. 231-234); exigen y así obtienen la expulsión de Joncks ⁽¹⁴⁸⁾. A los integristas franceses, sin embargo, Mons. Benigni recomienda una línea “*apolítica*” (pág. 226) y ellos mismos evitan caer en el “*misticismo patriótico*” de quienes desean la imagen del Sagrado Corazón en la bandera nacional francesa ⁽¹⁴⁹⁾ y condenan (por ejemplo, Rocafort, ex miembro del S.P. y siempre cercano a Benigni) las invectivas contra el Vaticano y el Papa que provienen de círculos “*moderados*” (léase: los filo-modernistas del pasado), como el Card. Amette y el Padre Sertillanges, que elogia desde el púlpito el rechazo de Clémenceau a las propuestas de paz presentadas por Benedicto XV (pág. 225).

Mons. Benigni, por lo tanto, defiende públicamente la política de la Santa Sede y de Benedicto XV (págs. 226-229), por ejemplo con un artículo en *La Nuova Antologia* del 1º de marzo de 1916 (*El Papa y el Congreso*), condenando la exclusión del Vaticano de la Conferencia de Paz; en este contexto lamenta que todas las religiones tengan el apoyo de algún gobierno, excepto la religión católica, y que la exclusión de la Santa Sede demuestra la absoluta necesidad de que el Papa sea reconocido como soberano temporal, para garantizar los intereses de la Iglesia y garantizar que el papado no sea excluido “*de la vida política y social de la humanidad*” ⁽¹⁵⁰⁾. Al igual que Benedicto XV, Mons. Benigni fue entonces atacado por los bandos enfrentados en el conflicto, como él mismo señaló en una carta al Card. De Lai del 2 de enero de 1917: “*¡Así que en Alemania estaba vendido a Rusia, en Francia estaba vendido a Alemania!*” ⁽¹⁵¹⁾. Los modernistas o modernizantes franceses, creídos por Mons. Baudrillart, difundieron entonces el falso rumor de un Benigni opuesto a Francia y favorable a los Imperios Centrales (pág. 229) ⁽¹⁵²⁾.

Falso rumor, ya que, como hemos visto, el *Sodalitium*, que consideraba a la guerra querida por la secta masónica ⁽¹⁵³⁾, no tomó partido entre los contendientes, sino que defendió la política de la Santa Sede. Pero también falso rumor, si tenemos en cuenta los sentimientos personales de Mons. Benigni (no estamos hablando aquí de los otros católicos integristas, cada uno legítimamente ligado a su propia patria, siguiendo ese sano patriotismo, defendido en el programa del S.P., muy distinto del nacionalismo pagano). El testimonio del amigo periodista de Benigni, Guido Aureli, debe tomarse *cum grano salis* [“con un grano de sal”: con cierto sano escepticismo hasta que no sea debidamente contrastado, n.d.t.], dada la persona a la que va dirigido (el diputado Bottai) y el momento histórico en que se produjo (1923, es decir, en el advenimiento del fascismo), pero sin duda expresa algo cierto: “*Sus líderes más destacados, como el Cardenal Merry del Val y Monseñor Benigni, estuvieron con la Entente desde la primera hora de la guerra, concientes como estaban de las muchas traiciones con que la Alemania Central y la Austria de los cristianos sociales, con la intriga política de explotación modernista, habían envenenado la vida del papa sincero y bueno, Pío Décimo*” ⁽¹⁵⁴⁾. De los sentimientos proitalianos de Mons. Benigni también tenemos indicios en una nota de la Oficina Central de Investigaciones (del Estado italiano) del 2 de junio de 1917, que escribe sobre él: “*Se indica que es sinceramente*

aficionado a Italia y desde el comienzo de nuestra guerra deploró la ceguera de todos aquellos círculos eclesiásticos que no previeron o no desearon la victoria de la Entente. Había conocido la política alemana en el campo religioso-político antes de que muchos hubiesen desconfiado de ella en el campo político internacional, y por eso la prensa del Centro alemán, la del famoso diputado Erzberger, le hizo una guerra a muerte con una campaña de calumnias, que en 1914 llevó al Cardenal Merry del Val a publicar un desmentido formal en 'L'Osservatore Romano', obligando al periódico centrista de Augsburgo (Baviera) a insertarlo. Hoy Mons. Benigni está en plena desgracia en el Vaticano por haber permanecido fiel a Pío X y no aprobar la política más o menos germanófila de ciertos círculos eclesiásticos" (155). Los dos documentos citados coinciden, pues, en señalar los sentimientos proitalianos de Benigni durante la guerra y, por el contrario, su hostilidad hacia Alemania dictada principalmente por una motivación religiosa: la Alemania católica es el centro vital del modernismo social (precisamente con el gran partido democrático católico, el Centro, y la llamada escuela de Colonia, de Bachem). ¿Debemos ver en estos sentimientos proitalianos de Mons. Benigni una conversión hacia el *Risorgimento* y un abandono del catolicismo intransigente? En absoluto. Él no tenía nada que ver con esos católicos liberales modernistas o modernizantes (como Bonomelli, Maffi, tío y sobrino de Fogazzaro, Grosoli y el Centro Nacional, etc.) a los que siempre había combatido. Pero, por otra parte, la propia Austria ya no era ciertamente la garante del equilibrio de la Restauración (que tenía sus grandes limitaciones) combatida por el *Risorgimento*. La cuestión fue recordada con ocasión de la muerte del viejo emperador, Francisco José, ocurrida durante la primera guerra mundial, el 21 de noviembre de 1916, tras unos 68 años de reinado. En plena guerra, un artículo de portada de *L'Osservatore Romano* del 23 de noviembre conmemoraba al difunto emperador con "una conmovedora y elogiosa necrológica de su director Giuseppe Angelini". El periódico vaticano recordaba "los ataques del judaísmo masónico" contra Francisco José con ocasión del congreso eucarístico de Viena en 1912, "el amor de verdadera veneración" por parte de las diferentes nacionalidades del Imperio, "la firmeza de su fe y la vivacidad de sus sentimientos religiosos", por lo que se veía en él a "un hijo devoto y afectuoso de la Santa Sede y del Romano Pontífice, que no perdía ocasión de manifestar su inalterable adhesión a la augusta persona del Vicario de Cristo" (156). Un autor anónimo, que resultó ser Guido Aureli, replicó en *La Tribuna*, de Roma, al día siguiente, con un artículo titulado "Cordoglio vaticano. Memento" [Condolencias vaticanas. Recuerdo]. El autor, sobrino del Card. Galimberti, que fue nuncio en Viena, recordaba todas las afrentas infligidas por el difunto emperador a la Iglesia, en la persona de los papas León XIII, Pío X y Benedicto XV, haciendo alusión a hechos de la diplomacia vaticana que se creían revelados por Mons. Benigni, a quien se atribuía falsamente el artículo: "¡Por todos los cielos! –recuerda Aureli– Furia en la Secretaría de Estado y encargo de una investigación al Conde Santucci para saber si el artículo, no siendo obra mía, al menos, como se aseguraba, me había sido dictado por Mons. Benigni" (157). Santucci se dirigió a un periodista de *La Tribuna*, de Gislumberti, y éste a Aureli, que le confirmó que era el único autor del artículo; lo demostró el propio Mons. Benigni en su carta al Card. De Lai del 2 de enero de 1917,

El Cardenal Pietro Maffi



y lo confirmó el juicio de la *Disquisitio* del Padre Antonelli (pág. 276). Muchos de los argumentos de Aureli contra Francisco José están, sin embargo, lejos de ser infundados ⁽¹⁵⁸⁾. Y a ellos podrían añadirse muchos otros. Los tradicionalistas católicos, habiendo superado con razón el liberalismo de la derecha del *Risorgimento*, han visto por reacción a Austria y a Francisco José como el bastión del catolicismo. Es un caso comprensible, pero afectado de provincianismo: es decir, ver las cosas desde el limitado punto de vista del (en este caso reaccionario) italiano. Se olvida que el Imperio austríaco era heredero de una legislación ilustrada anticlesiástica que tomó su nombre (“josefismo”) del predecesor de Francisco José, el emperador José II (1741-1790), hijo del primer soberano del continente que recibió de Inglaterra la “verdadera luz” masónica: Francisco I de Lorena (1708-1765). Antes de la Revolución Francesa, que le llevó a la muerte, el Papa Pío VI tuvo que padecer precisamente de Viena (adonde fue en vano) y de Florencia (donde el Gran Duque patrocinó el sínodo de Pistoia). Esta legislación anticatólica permaneció igualmente vigente bajo Francisco José hasta el 18 de agosto de 1851, cuando el emperador tuvo el gran mérito de estipular un Concordato con Pío IX que puso fin a la asfixiante legislación anticlesiástica josefinista. Pero el giro católico fue efímero: tras la derrota contra los prusianos en 1866, el partido liberal comenzó a dominar en Austria y en Hungría, con primeros ministros protestantes y nuevas leyes contrarias al Concordato, hasta que –por odio a la definición dogmática de la infalibilidad pontificia durante el Concilio Vaticano I– Francisco José no sólo no intervino para apoyar al Papa Pío IX y evitar la ocupación sacrílega de Roma, sino que decidió denunciar unilateralmente el Concordato de 1851 y apoyar a la secta de los “católicos viejos”. En la misma época, y hasta aproximadamente 1885, el canciller protestante alemán Von Bismarck lanzó una auténtica batalla cultural y jurídica contra la Iglesia que pasó a la historia con el nombre de *Kulturkampf*. Austria-Hungría se alió militarmente con la Alemania anticatólica desde 1873, y luego formó la Triple Alianza con la Italia masónica del *Risorgimento*, que duró de 1882 a 1914. El antijudaísmo de la Austria de los Habsburgo en su decadencia es algo ridículo: el Imperio fue, al contrario, un paraíso para los israelitas, favorecidos y respetados en el marco de un Estado multirreligioso, hasta el punto de que Francisco José se negó cuatro veces a confirmar la elección del cristiano social (y “antisemita”) Karl Lueger como alcalde de Viena. Tampoco se presentaba mejor la

El emperador Francisco José



familia imperial, con su esposa, Isabel de Baviera, y su hijo suicida Rodolfo. Las esperanzas de los católicos, especialmente de los católicos integristas, se basaban más bien en el heredero al trono (tras la muerte de Rodolfo), el archiduque Francisco Fernando ⁽¹⁵⁹⁾, el cual, sin embargo, estaba en muy malas relaciones con su tío emperador; como todos saben, su asesinato, junto con el de su esposa morganática [de rango social desigual, n.d.t.], en Sarajevo, inició la guerra mundial condenada por San Pío X, quien sin embargo no fue escuchado. El propio San Pío X abrogó solemnemente el pseudo derecho de veto que Francisco José, por razones políticas, había hecho ejercer al Cardenal polaco Puzyna contra el Cardenal Rampolla ⁽¹⁶⁰⁾. Los herederos de la política del Card. Rampolla (como Pietro Gasparri y Giacomo Della Chiesa), antes Secretario de Estado de León XIII, habían abandonado sin embargo el apoyo a Francia, típico del prelado siciliano y, a diferencia de Mons. Benigni, no excluían



Mons. Von Gerlach
junto a Benedicto XV

la posibilidad de realizar el proyecto político rampoliano mediante una victoria de Austria y Alemania en la Gran Guerra, proporcionando una salida al mar para el Estado de la Iglesia ⁽¹⁶¹⁾. En resumen, si las potencias de la Entente (la Inglaterra protestante, la Rusia cismática, la Francia laica y masónica) no daban garantías a la Iglesia, tampoco las de los Imperios Centrales (con su aliado turco, culpable del exterminio de los armenios) podrían ser confiables: *non est qui faciat bonum, non est usque ad unum*. Para concluir la cuestión del comportamiento de Mons. Benigni durante la guerra, no se puede dejar de mencionar el delicado y embarazoso asunto de Mons. Gerlach, sobre el que Mons. Benigni tuvo la oportunidad de volver a tratar en la posguerra (*“Les découvertes du jésuite Rosa, sucesor de Von Gerlach”*, París, 1928). En octubre de 1917, un boletín de Mons. Benigni estigmatizó al príncipe Bernhard Von Bülow, ex embajador alemán en Roma (y yerno de Minghetti) como *“un bárbaro prusiano”*,

“uno de los ejemplos más auténticos de esa raza maldita de los viejos caballeros teutónicos”; sin importar lo que se piense sobre estos pintorescos juicios, Mons. Benigni tenía razón al añadir que *“desde que dejó Italia, el príncipe Von Bülow ha estado dirigiendo en Suiza un verdadero ministerio secreto prusiano. Su ejército de espías está por toda Italia”* ⁽¹⁶²⁾. En toda Italia, y especialmente en el Vaticano, al pie del trono de Benedicto XV. El espionaje alemán, de hecho, no puede ignorar el peso de los católicos en el destino de la guerra, ni la presencia del Vaticano en territorio italiano: Annibale Paloscia alude a dos intentos, en 1915, que involucraron al Vaticano y, en un caso, al mismo hermano del Papa ⁽¹⁶³⁾. Pero, sobre todo, los alemanes pueden contar con dos amigos personales muy queridos de Benedicto XV, su ayuda de cámara secreto participante, con acceso a las apartamentos pontificios, Mons. Rudolph Von Gerlach, y su secretario particular y tesorero (a quien Benedicto llamaba *“querido Peppino”*, pág. 91), Giuseppe Ambrogetti. Von Gerlach había sido alumno de Mons. Della Chiesa en la Academia de nobles eclesiásticos antes de 1908, y desde entonces trabó amistad con el futuro Papa. El noble monseñor organizó en Roma una red de espionaje de primer nivel, en colaboración con el consejero de la embajada alemana, Franz Von Stockhammern, y con el líder del Partido Demócrata Cristiano alemán (el Centro), Matthias Erzberger ⁽¹⁶⁴⁾. Al mismo tiempo, también creó una red homosexual que le permitió contar con la ayuda de importantes prelados como el colombiano Mons. Ricardo Sanz de Samper y Campuzano y el obispo suizo Roberto Peri Morosini, cuñado del anterior (ambos tuvieron que dimitir tras escándalos morales).

La actividad de espionaje de Mons. Gerlach no fue inofensiva: “gracias” a él fueron hundidos dos buques de guerra, el acorazado insignia Benedetto Brin (456 muertos) y el acorazado Leonardo Da Vinci (249 muertos). El 21 de diciembre de 1916, el *“querido Peppino”* fue arrestado por espionaje; el Card. Merry del Val sugiere al afligido Papa confiar al *Sodalitium* una investigación confidencial también sobre Gerlach, obviamente en vano (PALOSCIA, págs. 120-121), sobre todo porque el Papa corre con los gastos de la defensa de Ambrogetti, considerándolo inocente ⁽¹⁶⁵⁾. En lugar de eso, Ambrogetti confiesa e involucra a Gerlach. Cuando el juez dicta la orden de detención contra Gerlach, el 12 de enero de 1917, el monseñor alemán ya está expatriado en Suiza, tras un acuerdo entre el

Estado italiano (representado por el amigo del Papa, Carlo Monti) y el propio Papa, todavía convencido de la inocencia de su ayuda de cámara. Sin embargo, Gerlach es recibido y condecorado por los emperadores Guillermo II y Carlos I por sus servicios, tras lo cual regresó a la vida secular. En el juicio, Ambrogetti fue condenado a tres años, Von Gerlach a cadena perpetua (en ausencia); Benedicto XV manifestó entonces al gobierno italiano, a través de Monti, todo su pesar por la “injusta” condena (págs. 154 y 158), llegando incluso a escribir a Gerlach una carta de solidaridad (pág. 165) y nombrándole de nuevo prelado doméstico en 1919, a pesar de las advertencias del Card. De Lai (pág. 166). En 1928, Gerlach ya había abandonado el sacerdocio y se había “casado”. Parece haber muerto en 1945, en Inglaterra. No es una historia edificante, es verdad. Pero ciertamente ayuda a comprender muchas cosas, y también las razones de Mons. Benigni en esas circunstancias. Un libro de Alberindo Grimani, dedicado a una investigación de Emanuele Brunatto (cercano al Padre Pío), nos muestra que lamentablemente Mons. Gerlach hizo escuela y dejó muchos discípulos tras él ⁽¹⁶⁶⁾. Después de la guerra, Mons. Benigni colaboró con los legitimistas austríacos y húngaros en el marco de una “defensa social” común: las reservas hacia Francisco José que hemos mencionado no conciernen entonces en lo más mínimo –al menos en el caso de Mons. Benigni– al *Risorgimento* italiano. La política del Secretario de Estado Gasparri se volvió en cambio filo-francesa (hablamos de ello en relación con las asociaciones diocesanas), favoreciendo sin embargo el acuerdo entre Francia y la República de Weimar, en el marco de un pacifismo defendido, en Francia, por Briand y Marc Sangnier y, en Alemania, por los demócratas cristianos alemanes.

Mons. Benigni y el Concordato italiano (1929)

La actitud de Mons. Benigni durante la Gran Guerra no implica, pues, una rehabilitación del *Risorgimento*. ¿Puede encontrarse esta rehabilitación en su aceptación, es más, en su aprobación del Concordato entre el Estado y la Iglesia de 1929, que cerraba la Cuestión Romana? Esto es lo que, en cierto modo, pensaba el Abbé Paul Boulin, que hasta entonces había seguido fielmente a Mons. Benigni, primero en el *Sodalitium Pianum* y luego en la *Intesa Romana di Difesa Sociale*. Él, escribe Poulat, “había reaccionado negativamente a los Acuerdos de Letrán y toda amistad entre ellos se rompió definitivamente. Boulin lo lamenta y lo atribuye a la ‘fibra italiana’ de Benigni que habría hablado, en esta ocasión, ‘con una voz mucho más fuerte que el recuerdo de veinte años de lucha en común por la trascendencia de la fe católica’ (*Cahiers anti-judéomaçonniques*, 1933, n° 5, pág. 76). A pesar de su simpatía francesa por el Régimen, esta exaltación de Roma le era ajena y le parecía una mezcla extraña. ‘Lejos de poner fin a la obra más asesina de la Revolución, el fascismo realiza plenamente su programa... Mussolini no es más que un lugarteniente tardío de Garibaldi ⁽¹⁶⁷⁾, que realiza el sueño de un Estado moderno sobre las ruinas de la Roma papal y del orden católico’, había escrito en la ‘*Revue Internationale des Sociétés secrètes*’ (28 de abril de 1929, págs. 409-431). El arzobispo de París reprochó a la Santa Sede esta crítica, y Benigni defendió a la Italia atacada ‘con furia, e incluso con delirium tremens’ (*Romana*, mayo-julio de 1929)” ⁽¹⁶⁸⁾. Como desarrollo en una nota, comentando un discurso de Mussolini, el Abbé Boulin, si no tenía razón, no estaba del todo equivocado, y algunos cardenales pensaban como él en el Sacro Colegio ⁽¹⁶⁹⁾; otros lamentaban que Pío XI y Gasparri hubieran excluido totalmente a los cardenales de las tratativas ⁽¹⁷⁰⁾, y en particular algunos, entre los cuales el propio Merry del Val, habían hecho saber a Arnaldo Mussolini que no les conformaba la forma de conducir las negociaciones por parte de Gasparri ⁽¹⁷¹⁾; el propio Mons. Benigni desaprobó inicialmente las conversaciones, que acercaron a Mussolini a Gasparri y Tacchi Venturi ⁽¹⁷²⁾; por último, hay que decir que

históricamente los franceses, incluidos los gobiernos no católicos, siempre habían tendido a mantener una Roma bajo el Papa (y a evitar una Roma italiana) ⁽¹⁷³⁾, no siempre por motivos religiosos, sino a menudo por intereses nacionales. La ruptura de 1929 fue sin duda el acontecimiento más doloroso y significativo de la historia del catolicismo integrista tras la muerte de San Pío X (1914) y la disolución del *Sodalitium Pianum* (1921), de la que el catolicismo integrista nunca se recuperó. Mons. Benigni perdió a su principal colaborador, sus relaciones también se enfriaron con el Padre Maignen, las publicaciones francesas llegaron a su fin, en particular la colección “Recalde” (de la que hablaremos al abordar la cuestión jesuita), la ayuda financiera del benefactor Simon también llegó a su fin (a la muerte de Benigni, B. D’Ambrosio señalaría en vano a Mussolini las deudas de la *Difesa Sociale*, tras la crisis económica de 1929 y la ruptura con los franceses). Pero, sobre todo, es lamentable y entristecedora la denuncia de Boulin hecha por el propio Benigni en algunos de sus informes al Ministerio del Interior ⁽¹⁷⁴⁾. Para Nina Valbousquet, el violento enfrentamiento entre Benigni y Boulin (sobre todo Benigni contra Boulin) sería la prueba de un abandono inconciente por parte de Mons. Benigni de las viejas posiciones católico-integristas, para adoptar posiciones clerico-fascistas (como los viejos enemigos del *Centro Nacional*). “*Lejos de haber cambiado —escribe Valbousquet— Boulin permanece anclado a las viejas posiciones integristas, mientras que, por el contrario, Benigni se orienta hacia una configuración político-religiosa clerico-fascista*”. Esta es, en cierto modo, también la tesis (y la acusación) del P. Nitoglia (quien, sin embargo, no muestra ninguna simpatía por Boulin). Pero, ¿es realmente así? Aparte de la cuestión del fascismo, a la que volveremos, ¿puede decirse que Mons. Benigni abandonó los principios del catolicismo integral para volverse un clerico-fascista? *Materialiter*, podría parecerlo (Boulin permanece “intransigente”, Benigni acepta el Concordato, señalando entre otras cosas maliciosamente que “*hoy el Vaticano está a la cabeza, ¿cómo decirlo? de la transigencia*”) ⁽¹⁷⁵⁾. Sin embargo, aparte del lado humano, la posición de Mons. Benigni frente al Abbé Boulin y el Concordato era irreprochable, tanto respecto al programa del *Sodalitium Pianum* sobre la Cuestión Romana, como respecto al programa de la I.R.D.S. (*Difesa Sociale*), al que Boulin adhería, en lo que tiene que ver con las relaciones con el fascismo: conforme al viejo programa integrista del S.P., ya que la defensa de la Cuestión Romana y de los derechos de la Iglesia debía ejercerse “*según las directivas de la Santa Sede*” ⁽¹⁷⁶⁾; conforme al programa de la *Difesa Sociale* ⁽¹⁷⁷⁾, al menos en la versión para los italianos, en los puntos 4, 5 y 6. Boulin atribuyó la posición de Mons. Benigni en el Concordato a su “*fibra italiana*”; Mons. Benigni atribuyó la posición opuesta de Boulin y de la R.I.S.S. (“*excelente periódico en la lucha contra la Secta*”) al hecho de ser “*francés y patriota, celoso del ‘Risorgimento’ italiano, y absolutamente desleal a los intereses italianos en Francia*”. El P. Nitoglia conoce bien el “chauvinismo” también de los tradicionalistas franceses, y por lo tanto puede entender lo que Benigni quiere decir con celos hacia el *Risorgimento* italiano, que no es el de Cavour, Garibaldi y Mazzini, sino el de Mussolini... Aparte de la polémica entre los integristas, y volviendo a la actual con el P. Nitoglia: ¿cómo podría éste acusar a Mons. Benigni de oponerse a Pío XI y al Card. Gasparri, y luego criticarlo por la aprobación del Concordato entre el Estado y la Iglesia, querido y firmado precisamente por Pío XI y Gasparri? Por una vez que el nuestro siguió las directivas, ¿deberíamos acusarlo de favorecer al fascismo o al *Risorgimento*? Si este fuera el caso, la acusación tendría que dirigirse al Papa y a su Secretario de Estado, faltando no solo al respeto, sino también a la verdad. *Fede e Ragione* también escribió que el Concordato fue el acontecimiento que “*hace del fascismo y de Mussolini una epopeya de gloria para Italia*”, y lo escribió siendo conciente de que “*se podrá hablar de Estado concordatario, porque un Estado concordatario puede ser también un Estado acatólico, como lo es Checoslovaquia, pero de*

Estado católico, en el sentido propio del término, no. Que es lo que francamente nos duele. El miedo a Dios, que en la práctica conduce al miedo a la Iglesia, no trae bendiciones”, como escribió Sassoli (que sin embargo terminó por adherir al Régimen) en F.e.R. “Gracias a Dios, ya no se habla de los ‘principios inmortales’ en Italia; pero el movimiento más o menos secreto y conducido por la masonería, que sin embargo vive y trabaja entre nosotros, contra la aplicación leal y plena del Concordato firmado por el Estado



La firma del Pacto de Letrán entre Mussolini y el Card. Gasparri

italiano el 11 de febrero en Letrán y ratificado el 7 de junio, es un hecho”, escribió Fede e Ragione en su último número (F.e.R., 31 de diciembre de 1929) cuando en teoría la masonería ya no existía legalmente en Italia (pero había masones, ¡incluso dentro del fascismo!) (178). Sí, porque el fascismo había proscrito las sociedades secretas (y por lo tanto, a la masonería), pero, como recuerda Mons. Benigni en F.e.R. comentando la declaración de incompatibilidad entre la pertenencia fascista y la afiliación masónica: “hay ‘amigos de la orden’, ‘conservadores’, que hacen, sin saberlo, el trabajo de los sectarios... Y otro equívoco y error relativamente común es confundir la secta con la Francmasonería (judeo-masonería), que es, en realidad, sólo su parte más externa, más trivial. La Francmasonería, reorganizada en su forma moderna por la Gran Logia de Inglaterra en 1717, ha evolucionado hasta el punto de convertirse en la ‘platea’ de la Secta. Tanto es así que incluso en el personal de la alta secta, ella cuenta con oponentes apenas disimulados y amigos ciertamente no demasiado entusiastas. En efecto, a estos les parece que ella se ha vuelto demasiado numerosa, demasiado concurrida, demasiado voluminosa, y desearían una depuración... Hoy un antimason no es por eso un antisectario, ni un contrarrevolucionario” (179). De la misma manera, sobre la relación entre fascismo y judaísmo, los católicos integristas, incluido Mons. Benigni, no estaban ciegos, y lamentaban la influencia sobre el Duce de numerosos judíos (Sarfatti, Finzi, Jung) (180). En resumen, Mons. Benigni y sus amigos de Fede e Ragione aplaudían las decisiones del Régimen a favor de la religión y en contra de la masonería, que desde 1923 habían invertido la política anticristiana de los sucesivos gobiernos desde 1860 hasta entonces, pero no se hacían ilusiones: Italia aún no era un Estado católico, y la secta aún no había muerto, ni siquiera en Italia.

Segunda parte: Mons. Benigni y el fascismo

Inevitablemente, hablando del Concordato italiano de 1929, llegamos a hablar del fascismo. De la relación entre fascismo y catolicismo (integrista) he hablado varias veces, y remito al lector a lo que he escrito (181). ¿Se convirtieron los católicos integristas en clerico-fascistas, abandonando su posición integralmente católica? Esta es la paradójica acusación del P. Nitoglia (paradójica sabiendo quién la hace). La cuestión –ahora en gran parte sólo histórica– puede plantearse desde un punto de vista especulativo, o desde un punto de vista práctico: ¿adherir a la doctrina fascista? ¿O apoyar al régimen fascista? No es lo mismo.

Mons. Benigni (y los integristas italianos) y el fascismo: la cuestión especulativa

La acción de Mons. Benigni y del *Sodalitium Pianum* bajo el pontificado de San Pío X (1903-1914) no podía en modo alguno referirse al fascismo, que nació en 1919 en Milán, en Piazza Sansepulcro, con el masón e israelita Cesare Goldman como “dueño de casa”. Ya hemos citado largamente la posición del *Sodalitium Pianum* (de 1913) sobre la cuestión del nacionalismo: se declaraba: “*contra el nacionalismo pagano (...) por el patriotismo sano y moral, el patriotismo cristiano...*” (POULAT, pág. 121; *Disquisitio*, págs. 261-262).

Podemos decir que la actitud de Mons. Benigni después de la guerra se mantuvo sustancialmente fiel a este punto de su programa. Sólo que acentuó la defensa del patriotismo cristiano y de un nacionalismo equilibrado, frente al internacionalismo y al pacifismo, manteniendo una condena inequívoca del nacionalismo pagano. A este respecto, son de gran actualidad tres artículos titulados “*Nacionalismo e internacionalismo*”, publicados en *Fede e Ragione* en 1927 (en plena disputa sobre la *Action Française*)⁽¹⁸²⁾. Los católicos democráticos y pacifistas como Marc Sangnier, “*esos pequeños cristianos que en Bierville daban la mano amiga a judíos y masones*”, condenaban el nacionalismo, resumido en las fórmulas: la Patria o la nación “*por encima de todo*” o “*antes que todo*”⁽¹⁸³⁾. Ahora bien, “*quien al ‘por encima de todo’ y al ‘antes que todo’ atribuya un sentido amoral, diciendo que la Patria es fuente autónoma de la moralidad de los ciudadanos (haciendo un ‘Dios-Estado’, como se dice), ese tal sería un ateo o agnóstico, si se quiere, que negando o ignorando a Dios, hace del hecho nacional la fuente suprema de la ley moral. Pero en este caso se trata de un ateísmo o agnosticismo, ¿no de nacionalismo!*”: ésta es la condenación del nacionalismo pagano expresada en el programa del *Sodalitium*. Si, por el contrario, por nacionalismo se entiende “*una tendencia, un movimiento, donde un partido, para el cual la nación, es decir, la Patria, debe ser la primera aspiración en el terreno competente, es decir, político, por encima tanto de los partidos políticos del país como de las visiones internacionalistas*”, por lo que “*determinar ulteriormente esta primacía del interés nacional, depende, en todo caso, (del) juicio moral de la conciencia cristiana*”, entonces “*es honesto, es cristiano poner a la Patria antes y por encima de todo, en aquello que existe y se mueve en el plano político competente; que respeta plenamente la ley divina, la Iglesia, etc., todas cosas de un plano superior, intangible*”, como cuando un padre cristiano afirma que “*la finalidad de su vida es, ante todo, dar un futuro a sus hijos*”, sin que por ello se entienda “*por encima del Credo, del Decálogo, de los preceptos de la Iglesia, etc., etc.*”. Y éste es el patriotismo cristiano del que hablaba el antiguo programa. Los enemigos del verdadero patriotismo son en consecuencia: el espíritu de partido por un lado, el internacionalismo por otro. Y el internacionalismo encontró aliados entonces: la Internacional Roja del Kahal bolchevique, el Superestado judío-masónico-bancario de Ginebra (la Sociedad de Naciones, hoy ONU), los movimientos paneuropeos (hoy Comunidad Europea) y la Internacional Blanca “*democrristiana*” (Marc Sangnier y *Action Populaire* en Francia, *Partido Popular* en Italia, etc.) pacifista y antinacional (los modernistas de hoy). Por lo tanto, “*dueño de casa en mi casa, luego ciudadano de mi ciudad, italiano en Italia...*” sin perjudicar por ello los tratados entre Estados, la paz entre ellos, la fraternidad humana, la Iglesia universal (no internacional), el ideal mismo de la “*res publica christiana*” medieval o Cristiandad, que están en un plano superior. “*El democratismo*” –concluye Benigni– “*o más bien, la Internacional Blanca, está totalmente de acuerdo con la Roja y la Verde (la masonería, n.d.a.) en querer que la Ginebra de hoy sea ‘la etapa inicial’ que conduzca al superestado compresor, por no decir absorbedor, de las soberanías nacionales*”. Un Benigni “*soberanista*” ante litteram concluye citando (en francés) de nuevo a Sangnier: “*...la juventud pacifista debe saber que la organización de*

Ginebra no es más que un esbozo del régimen de paz definitivo. Este régimen sólo se alcanzará mediante una limitación más acentuada, en el terreno de sus relaciones exteriores, de las soberanías nacionales y el establecimiento de una federación democrática de pueblos, política, económica e intelectual” (184). Benigni comentaba: “¿está claro? Moscú, el Kahal, la Alta Logia tienen exactamente el mismo objetivo ‘ginebrino’: la federación de repúblicas democráticas que comprenda a los Estados del mundo entero”, mediante una transición de las etapas moderadas a las consecuencias extremas de la “Revolución integral del Anticristo”. “Y es por esta razón que miramos a Ginebra como la fórmula del más terrible peligro que se cierne sobre la tradición cristiana y patriótica. ¿Entendido?”. Una clara disidencia, la de Mons. Benigni, incluso en este punto, del programa del Partido Popular de 1919, que daba su pleno apoyo a la Sociedad de las Naciones, con sede en Ginebra, y a los Catorce puntos del presidente estadounidense Wilson. Estas palabras proféticas, de gran actualidad, disipan los sofismas del pacifismo modernista, explican tanto la diferencia doctrinal entre el pensamiento católico integrista y los nacionalismos no católicos, como el papel de freno que estos últimos, en la práctica, pueden tener contra el peligro internacionalista. Explican, por tanto, las diferentes opciones doctrinales y pragmáticas de Benigni frente al fascismo en Italia, y frente a otros movimientos nacionalistas en el extranjero.



Don Romolo Murri

En 1919 nacieron no sólo los “*Fasci di combattimento*”, sino también el Partido Popular de Don Sturzo; el mismo año, en Florencia, Don Paolo de Töth, ayudado por Mons. Benigni, fundó la revista católica integrista *Fede e Ragione*, que siguió publicándose, desde Fiesole, hasta 1929. Desde las páginas de *Fede e Ragione* podemos seguir paso a paso la actitud de los dos principales exponentes italianos del catolicismo integrista y de la línea del pontificado de San Pío X, de Töth y Benigni, precisamente, tanto respecto al Partido Popular como respecto al fascismo y a la política de Benito Mussolini.

En cuanto al Partido Popular, *Fede e Ragione* veía en el partido demócrata cristiano de Don Sturzo y en su aconfesionalismo programático, el renacimiento de aquel “*modernismo social*” que San Pío X había condenado en las personas de Don Romolo Murri y Marc Sangnier; un “*modernismo social*” más peligroso que el del campo dogmático, en la medida en que sus errores y peligrosidad eran menos evidentes. Hemos visto cómo, tras un primer intento de cambiar la orientación del Partido con la fundación de su “ala derecha” dirigida por el Conde Sassoli de Bianchi, Don de Töth y Mons. Benigni convencieron al Conde Sassoli de la imposibilidad de este intento y, contra los planes de otros partidarios del “ala derecha”, como el jesuita P. Rosa de *La Civiltà Cattolica* y los milaneses seguidores del Padre Gemelli y del Padre Olgiati, de renunciar definitiva e irrevocablemente al Partido Popular (185). Los “populares” se habían convertido de hecho en el partido de los católicos sin ser, sin embargo, un partido católico.

La oposición al P.P. colocaba así a los católicos integristas (y también a otros católicos) como aliados objetivos del movimiento fascista, ¡al menos en la oposición al P.P.! Pero esto no impidió que Don de Töth y Mons. Benigni denunciaran en el naciente movimiento mussoliniano a un enemigo contra el que prevenir a los católicos, incluso un movimiento masónico. Es suficiente, para darse cuenta de ello, con leer los números de *Fede e Ragione*, o al menos releer lo que en su época escribió al respecto G. VANNONI en *Chiesa, Fascismo*

e Massoneria ⁽¹⁸⁶⁾ o E. POULAT en *Catholicisme...* (págs. 449 ss.). “La hostilidad de ‘Fede e Ragione’ hacia fascismo naciente es entera, inmediata y categórica. De Töth y/o Benigni pasan al ataque en sus artículos de portada firmados por ‘Spectator’ ⁽¹⁸⁷⁾. ‘Los pueblos no tienen hoy más que un sólo medio de salvación: volver a Cristo’, escribe el 16 de enero de 1921, clasificando a Mussolini entre ‘los materialistas de la historia’. El 17 de abril, la portada no le basta: ‘FASCISMO. Aviso a los católicos italianos: ¿Qué es el fascismo? El sentimiento patriótico más el antisocialismo, como piensan no sólo ‘los grandes propietarios y la burguesía’, sino también los católicos y los sacerdotes que por ello creían poder adherir a él impunemente. Pero, bajo el antisocialismo, no ven los cuernos del diablo, y así es como ‘los hijos degenerados de esta juventud católica que debía y debe ser la vanguardia del ejército de Cristo y de la Iglesia, necesitan integrar el sublime programa que han heredado con los humos del nacionalismo fascista!!!’. Una larga vuelta sobre el tema, bajo el mismo título, el 1º de mayo: el fascismo ha retomado el programa anticlerical de la masonería; los intransigentes tienen toda la razón para dar la voz de alarma: ‘¡No! ¡No! Los católicos no deben albergar ninguna confianza en el fascismo, suponiendo que amen de verdad a la Iglesia, que deseen y quieran sinceramente la libertad de su fe y de su conciencia.

El ‘fascismo’, en pleno acuerdo con la secta masónica e incluso bajo su directa dependencia, no quiere ni busca otra cosa que la opresión, más aún, la persecución de la Iglesia en Italia, hasta completar la obra de descristianización, lamentablemente ya tan avanzada, de nuestro desdichado país.

El fascismo es pagano, como pagana es la masonería, y tiende a la reconstrucción de una Italia en la que el único concepto dominante sea el exaltado por el paganismo: el Capitolio y el circo.

Para el fascismo, todo es pagano en la historia de Italia, y el cristianismo ni siquiera puede existir allí. (...)

No lo negamos: no todos los fascistas tienen la mentalidad de Mussolini y D’Annunzio, pero eso no cambia un ápice el programa fascista ni el fin al que la secta quiere conducirlo. Y este fin, repitémoslo, es la destrucción de la Religión y de la Iglesia para el triunfo del ideal masónico, del ideal pagano. (...)

Hoy, el medio más adecuado, en el pensamiento de la secta enemiga de Dios, para llegar en la hora presente a la realización de sus fines, es la deificación, la divinización del ideal patriótico.

¡La patria! He aquí la divinidad, la única divinidad ante la que todo espíritu y toda conciencia deben inclinarse; he aquí el último Moloch ante el que todos deben ir a sacrificar... y he aquí el fascismo, es decir, la nueva arma de lucha que la secta ha lanzado para sus fines infernales y con la que pretende no sólo recuperar el terreno perdido, sino, como soberana despótica, imponerse nuevamente a los pueblos. (...)

En resumen, el fascismo es el nombre de una nueva fase de una antigua lucha que dura desde hace siglos y que se encamina hacia su episodio final. (...)

El 8 de mayo de 1921 (...) de Töth y Benigni (Spectator) recuerdan que ‘la judeo-masonería cuenta a todos los jefes fascistas entre sus altos grados, y que todos los fascistas deben pertenecer a ella’” (POULAT, págs. 449-450).

Después de la marcha sobre Roma y la llegada al poder de Mussolini, “el el seno del P.P.I. pronto surgiría (desde 1922), especialmente en el grupo parlamentario, una corriente ‘clerico-fascista’, en la cual revive el ‘clerico-moderatismo’ de antes de la guerra, favorable a una colaboración con el régimen que reanude el acuerdo con los liberales. Sus manifestaciones sucesivas y diversas [en nota: Unión constitucional de Cornaggia (‘Fede e Ragione’, 3 de septiembre de 1922), ‘católicos nacionales’ (junio de 1923), Centro derecha



Conde Filippo Sassoli de Bianchi

de Mattei Gentili, Unión nacional de Cornaggia (mayo de 1923), Centro nacional de Mattei Gentili, Grosoli y Cavazzoni (agosto de 1924)], conducirán, en agosto de 1924, a la agrupación de un 'Centro nacional', al cual el ala derecha, a través de 'Fede e Ragione', se declara ajena y hostil (17 de agosto), y sobre el cual lanza un juicio implacable: 'Menos y peor que Mussolini' (24 de agosto), 'un programa de trasfondo liberal y base aconfesional' (26 de octubre), olvidando, como 'F.e.R.' lo había explicado dos años antes, al hablar del primero de estos intentos, que 'el liberalismo, ya sea político, social o religioso, es siempre un pecado' (3 de septiembre de 1922)" (POULAT, *ibíd.*, pág. 453). Grosoli y Cavazzoni estuvieron entre los fundadores del P.P.I., y antes Grosoli, Mattei Gentili, etc., estaban entre los principales de aquellos modernizantes detestados por los integristas. "La diferente evaluación de la importancia y los términos de la cuestión romana constituyó quizás el punto de fricción más importante entre integristas y 'clerico-fascistas',

pero no fue el único. El juicio y la actitud hacia el Régimen y el partido fascista también eran diferentes. 'Fede e Ragione' no escatimó sarcasmos hacia los miembros del 'Centro Nacional', dispuestos 'a arrojarse a los pies del Duce incluso cuando los obligara a jurar que la tierra está inmóvil y que el sol gira'. 'Nosotros', afirmaban los integristas, 'nunca diremos a los católicos como los partidarios rastreros del centro nacional: aplaudan hasta los estornudos del Duce: ¡no! ¡no!'. En julio de 1926, a petición de un lector, 'Fede e Ragione' explicaba que un católico no debía afiliarse ni al Partido Popular, porque el principio aconfesional 'constituye un peligro para la Fe, que podría llevar a los católicos a prescindir de ella en la vida pública, social, política', ni al Partido Fascista, 'porque tampoco éste se ajusta a la integridad de la doctrina católica'" (188).

Ni adhesión al movimiento fascista, por tanto, para Benigni y de Töth, ni colaboración clerico-fascista, esencialmente liberal-*risorgimentale* y modernista, con el régimen fascista, ni diplomacia (como hará el Card. Gasparri) con el gobierno de Mussolini; pero, como católicos íntegristas, recordando los principios, de Töth y Benigni no ocultan su satisfacción por la evolución del fascismo a partir de los años 1923-1924: declaración de incompatibilidad entre la adhesión al Partido y a la masonería ("¡Ya era hora!", comenta el periódico) (13 de febrero de 1923), ley sobre las asociaciones con la consiguiente disolución de dos obediencias masónicas (19 de mayo de 1925), retorno del crucifijo (abril de 1923) y de la enseñanza religiosa en las escuelas (1923), etc. (POULAT, *ibíd.*, pág. 455, VALBOUSQUET, *Catholique et antisémite*, págs. 162-164), Concordato con la Iglesia Católica en 1929 y reconocimiento del matrimonio religioso por parte del Estado. La Italia fascista se había convertido en un Estado concordatario: ¿se convertiría también en un Estado católico?

Mons. Benigni y el fascismo. Después del giro de 1923, ¿qué hacer?

La revista *Fede e Ragione*, en una carta abierta a Mussolini, recordaba, en 1928, su adhesión al "gobierno nacional" en julio de 1923: "Nosotros, católicos independientes de todo tipo de partido, siempre hemos estado, conforme a los dictados de la política católica, contra todas las formas de aquel variopinto bolchevismo blanco, rojo y verde que, surgido

de los escombros de la guerra y nutrido por los ideologismos del judaísmo revolucionario, amenazó con llevar a Italia a la ruina; cuando aún no se había producido ninguna escisión que destruyera el equipo Popular (en alusión al Centro Nacional), nosotros, considerando aquel carácter providencial que saludábamos en el movimiento fascista, adherimos, en julio de 1923, al Gobierno Nacional” (*En el umbral del año VII. Carta abierta al Honorable Mussolini, F.e.R.*, 11 de noviembre de 1928). Don Paolo de Töth nunca se definió como “fascista”, e incluso después de la adhesión al “gobierno nacional” no dejó de criticar las decisiones criticables del fascismo o de los fascistas a nivel local o nacional (¹⁸⁹). Tras la caída del fascismo y de Mussolini, recordando a su amigo Sassoli de Bianchi en 1958, Don de Töth escribió: “Ningún hombre de gobierno había hablado de la Iglesia con el respeto de Mussolini; nadie hasta entonces había buscado el fin del conflicto entre la Iglesia y el Estado en Italia, además de tantas buenas leyes y de la Carta del Trabajo, todo ella inspirada en los principios de la sociología católica (...). Es cierto que el orgullo nubló el juicio de Mussolini hasta el punto de empujarlo contra la Iglesia; sin embargo, sería falta de justicia negar el bien que ha realizado, que le procuró la confianza y el aplauso de altísimas figuras de la Iglesia, a las que nadie se atrevería a acusar de fascismo. Así como es cierto que nadie tuvo el valor del Marqués Sassoli de reprochar a Mussolini la gravísima insensatez de los discursos antihistóricos que pronunció en la Cámara a raíz de los Pactos de Letrán sobre el origen del cristianismo y de la Iglesia” (¹⁹⁰). Mons. Benigni tampoco se definió nunca como fascista, sino al contrario, ¡y justamente escribiendo al Duce! (¹⁹¹). Historiador de la Iglesia, es posible que Benigni haya visto en Mussolini, en la cumbre de su éxito, una imitación de Constantino (¹⁹²). Del emperador que cristianizó el Imperio Romano, Mons. Benigni tenía una visión completamente desapasionada, bien lejos de la canonización que le reservó la Iglesia separada de Oriente. El cual fue el iniciador de ese cesaropapismo que siempre ha asolado, precisamente, a la Iglesia oriental, y que tantos imitadores ha encontrado en Occidente. Tras los gloriosos fastos del Concilio de Nicea, Constantino se había dejado corromper por los halagos de los obispos de la Corte y había favorecido a la facción arriana, preparando el camino para las futuras persecuciones de su sucesor Constancio (317-361). El propio Edicto de Milán no convirtió a Roma en un Estado católico (esto sólo ocurriría con Teodosio), sino que sólo otorgó a los cristianos la plena libertad religiosa y la simpatía del Estado. Su vida privada fue a menudo cruel, como la de tantos de sus predecesores, y su bautismo, arriano, no llegó sino al final de su vida. Sin embargo, contra todo modernismo enemigo de la “iglesia constantiniana”, es innegable que la política constantiniana a favor del cristianismo (cualesquiera que hayan sido las razones) fue, a pesar de las sombras que hemos mencionado, mucho más brillante por las luces y los beneficios que aportó a la fe y a la salvación de las almas. ¿Acaso a Mussolini, en manera más modesta, no se le pedía algo parecido, comenzando por acabar con las vejaciones que la masonería (y la judeo-masonería) y la democracia liberal venían infligiendo a la Iglesia desde hacía casi un siglo en Italia? Pío XI y el Card. Gasparri no pensaban diversamente en 1929. Hombre de acción, Mons. Benigni no podía permanecer neutral, en la práctica, ante el nuevo gobierno nacional (por un lado) y sus adversarios (por otro), que eran también, desde siempre, sus adversarios: 1923 se convertiría por tanto en el año crucial durante el cual, después de que Mussolini se deshiciera (al menos en parte) de la hipoteca masónica, Mons. Benigni, por su parte, hizo su elección con respecto al Régimen fascista; en 1923 funda la I.R.D.S, *Intesa Romana di Difesa Sociale*, inicia su colaboración con el Ministerio de Asuntos Exteriores, que más tarde se convirtió en colaboración con el Ministerio del Interior, policía política, y en este marco cierra la oficina romana de *Fede e Ragione* mientras continuaba su colaboración con el semanario. Para responder a las objeciones, veremos separadamente las dos actividades (I.R.D.S. y colaboración con la Pol.Pol.)

distintas pero estrechamente relacionadas. Sobre este momento crucial, POULAT escribe: “*De Töth y Benigni retoman cada uno su autonomía tras cuatro años de estrecha colaboración. El primero conserva la dirección del periódico en Florencia; el segundo abre en Roma, con la ayuda de su sobrino Pietro Mataloni, una oficina de informaciones, la Agencia ‘Urbs’.* No se trata de una ruptura: siempre seguirán siendo buenos amigos y Benigni continuará escribiendo en el órgano florentino que no dejará de apoyarle frente a adversarios que no hacen distinción entre ellos. Se trata más bien de una especialización ante el crecimiento del tema: a uno la teología, al otro el periodismo (...). Pero quizás también, en vísperas de elecciones decisivas, una diferencia de evolución que se aclara sin comprometer el acuerdo de fondo. Siempre se refieren al catolicismo integrista, pero entre ellos se hace perceptible un tono



Mons. Umberto Benigni

diferente sobre cómo actualizarlo bajo el régimen fascista, una reserva que para uno es esencial, mientras que para el otro está ya fuera de lugar. Como hombre de doctrina, de Töth pone en primer plano sus exigencias, su función crítica –oportune, importune– y ello tanto más en relación con el nuevo régimen al que presta su apoyo: ‘Primero la Iglesia, y después la patria; primero Dios y la Religión, y después el Estado’, si uno quiere poder llamarse católico (23 de diciembre de 1923). Como hombre de acción, Benigni considera sus posibilidades, irrisorias ante la gigantesca lucha que se ha iniciado entre el fascismo y el desorden. Todo lo empujaba a avanzar por ese camino: cantor del Régimen, se convirtió también en uno de los informadores de la secretaría particular del Duce y de la OVRA, la policía política del Régimen (...)” (POULAT, *Catholicisme...*, págs. 458-459). Me parece que Poulat ha dado en el clavo; Mons. Benigni no adhiere a la doctrina del fascismo sino que, como “hombre de acción” (y volveré sobre el tipo de “acción” que tuvo Mons. Benigni desde 1909) eligió –justo entre finales de 1923 y principios de 1924, como veremos– servirse del fascismo, que se había convertido en el gobierno de la nación, para continuar, en la medida de lo posible y *mutatis mutandis*, su actividad iniciada bajo San Pío X, que era, recordémoslo, una actividad periodística (Mons. Benigni fue el fundador, en cierto sentido, de la sala de prensa vaticana) y de información confidencial (otros dirán “de espionaje”, ya veremos en qué sentido), pero también, gracias a su experiencia en la Secretaría de Estado, una actividad de hombre de Estado, conocedor del funcionamiento de los gobiernos (eclesiásticos y civiles) y de los aparatos estatales, con una visión no sólo nacional sino también internacional de la política y de los intereses de la Iglesia y de la sociedad cristiana: Mons. Benigni no era, por capacidades y vocación, un hombre cuyo horizonte pudiera ser, aunque bello y santificador, el de una parroquia, ni tampoco un hombre para retirarse a la vida privada.

Mons. Benigni y el fascismo. El “fiduciario nº 42”

[El *fiduciario* –informante– se reportaba con la Policía Política (Pol.Pol.) dependiente del Ministerio del Interior. A cada *fiduciario* se le asignaba un número].

El *Sodalitium Pianum* fue disuelto por Mons. Benigni, de acuerdo con la petición de la Sagrada Congregación del 25 de noviembre de 1921, “*en las cambiantes circunstancias actuales*”, el 8 de diciembre de 1921. La colaboración de Mons. Benigni con el gobierno

italiano de la época implicó tanto al Ministerio de Asuntos Exteriores, a partir de 1923, como al Ministerio del Interior y la Policía Política, a partir de 1927: sólo después de la disolución del S.P., por tanto, y ante la imposibilidad de continuar su actividad al servicio de la Santa Sede ⁽¹⁹³⁾, Mons. Benigni decidió continuar su actividad sirviéndose del Gobierno italiano, aunque, en rigor, nunca lo hizo directamente, sino a través de su sobrino Pietro Mataloni ⁽¹⁹⁴⁾, y de la secretaria de ambos, Bianca D'Ambrosio ⁽¹⁹⁵⁾.

Veamos con más detalle las circunstancias de esta colaboración, gracias a las aportaciones de MAURO CANALI, CARLO M. FIORENTINO y MARGHERITA BETTINI PROSPERI ⁽¹⁹⁶⁾.

Inicialmente, a Mons. Benigni se le confió en 1923 la creación de un servicio político por cuenta del Ministerio de Asuntos Exteriores, servicio que funcionó, bajo la responsabilidad de Mataloni, de 1924 a 1928, cuando el ministro Dino Grandi suprimió el servicio y despidió a Mataloni ⁽¹⁹⁷⁾; tal como esperaba y temía Dino Grandi, Mons. Benigni prosiguió entonces sus actividades dirigiéndose hacia el Ministerio del Interior y, en particular, hacia la Policía Política dirigida por Arturo Bocchini (y no hacia la Ovra) ⁽¹⁹⁸⁾, al parecer desde el 14 de julio de 1927 hasta el 27 de abril de 1931 ⁽¹⁹⁹⁾, fecha en la que tomó el relevo Bianca D'Ambrosio, que prosiguió su actividad como *fiduciaria* 42 de la Pol. Pol. hasta el 23 de agosto de 1943 (es decir, hasta la caída del régimen provocada precisamente por Dino Grandi en la famosa reunión del Gran Consejo del 25 de julio de 1943). No faltan, pues, los informes que Mons. Benigni, o su *fiduciario*, enviaron directamente a la secretaría particular del Duce “desde octubre de 1925 hasta julio de 1928” ⁽²⁰⁰⁾.

Mons. Benigni no fue ciertamente el único sacerdote que colaboró con la Policía Política, sin embargo, su caso es absolutamente único y, para comprenderlo plenamente, es necesario remontarse a los inicios de este tipo de actividad que –como todo el mundo sabe– Mons. Benigni llevó a cabo al servicio directo del Papa San Pío X, con el *Sodalitium Pianum* ⁽²⁰¹⁾.

Entre los libros citados, encontramos el de CANALI, “*Le spie del Regime*”, o el de FIORENTINO, que trata del “*espionaje fascista en el Vaticano*”. Se engañaría, sin embargo, aquel que imaginara a Mons. Benigni en la piel de un agente secreto, obligado a utilizar la mentira, la traición e incluso el asesinato, como vemos hacer a los espías en las novelas policiales. Tampoco podemos imaginarlo forzando la caja fuerte de la embajada austriaca, como hicieron los agentes del contraespionaje italiano para encontrar las pruebas contra Von Gerlach. El rol de Mons. Benigni, como *fiduciario* 42 de la Policía Política, era ni más ni menos que un servicio de información, una actividad de *lobby*, si se quiere, en favor del catolicismo integrista y en contra de sus enemigos doctrinales, una “inyección” de noticias e ideas como hacía al servicio de Merry del Val y de Pío X respecto de la prensa nacional e internacional. Para este servicio, se sirvió de las informaciones que recogía, entre otras cosas, con la actividad internacional de la *Intesa Romana per la Difesa Sociale* (Asociación Romana de Defensa Social), sea con informaciones recogidas por otros, sea con su propia experiencia personal (como el informe sobre la situación política y la derecha inglesa con motivo de su viaje a ese país, publicado por Forno, de la Universidad de Turín). Los pasajes de los informes publicados en las obras citadas, y en otras, están ahí para atestiguarlo.

Ciertamente las informaciones de Mons. Benigni no eran triviales: Mons. Pagano escribe, por ejemplo (con referencia al período bajo Pío X, pero válido también para el período posterior): “A juzgar por las referencias del Fondo Benigni (...) se puede estar seguro de un número bastante grande de informadores del Vaticano (no solamente eclesiásticos, sino también laicos, a veces empleados en los servicios más humildes), de otros que trabajaban en el Vicariato, de adherentes reclutados en las diferentes órdenes religiosas, de párrocos dispuestos a colaborar, de jóvenes seminaristas imbuidos tanto de integrismo

como de arribismo (sic), de celosos seguidores infiltrados en las fuerzas del orden e incluso en la masonería (tales y tantas son las informaciones en posesión de Benigni sobre la masonería romana... particularmente algunos informes detallados sobre las reuniones secretas, que hay que pensar en infiltrados, cuyos nombres, sin embargo, no he podido encontrar), de complacientes diplomáticos o empleados de embajadas, por no hablar de varios monseñores (algunos de los cuales eran antiguos colegas de Benigni) que prestaban servicio en las Congregaciones Romanas” (op. cit., págs. 245-246). Entre los enemigos vigilados, prosigue Pagano, “estaban los grupos masónicos de la capital, los poderosos trusts periodísticos antipapales, los influyentes bancos e instituciones de crédito (en los que Benigni también había infiltrado a sus informantes), las secretarías de los partidos políticos italianos. (...) La masonería, bestia negra del movimiento de Benigni, era constantemente vigilada y, en la medida de lo posible, combatida con contrainformaciones o revelaciones de programas, nombres de adeptos, maquinaciones secretas y acuerdos secretos de que lograba apoderarse. Huelga decir que masonería romana significaba a menudo política local o italiana, pues eran múltiples los vínculos que unían a las logias masónicas con los centros del poder político e incluso eclesiástico (...). Y evidentemente entre las filas de los enemigos acérrimos del catolicismo integrista, Benigni contaba también a las asociaciones culturales romanas de trasfondo anticlerical, como la asociación ‘Giordano Bruno’ o la ‘G. Tavani Arquati’, cuyos miembros, mediante el espionaje habitual, enumera detalladamente (hasta 140 nombres) nuestro monseñor, en un interesante documento”; Pagano termina su discurso señalando un registro preciso de periodistas (págs. 251-252). Como informante de la Pol.Pol., Mons. Benigni se benefició de la colaboración de su sobrino Mataloni (periodista), de la secretaria D’Ambrosio (también ella *fiduciaria* 42), del fraile franciscano Vincenzo Riccio, que informaba desde Alejandría en Egipto y podía controlar el correo que pasaba por allí, “a través de un empleado de la oficina de correos de Alejandría”, “una actividad que... era estratégica para controlar la correspondencia de los exiliados”: inicialmente *fiduciario* auxiliar de Benigni, luego se convirtió en *fiduciario* directo con el nº 212: “él pasaba las informaciones sobre la masonería y otros movimientos subversivos presentes en Egipto al mariscal en jefe de los ‘Carabinieri Reali’ [gendarmes, n.d.r.], Antonio Sechi, destinado en el consulado de Alejandría en Egipto, quien las transmitía a los servicios de informaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores, y a la Pol.Pol, a la cual llegaban los informes de Riccio también a través de Benigni” (CANALI, págs. 258-259). Otro colaborador de Mons. Benigni como *fiduciario* 42 fue el periodista y poeta Francesco Zanetti (1870-1938), redactor jefe de *L’Osservatore Romano*, protegido por el Card. Merry del Val, y más tarde por el Card. Canali, pero destituido por el Conde Della Torre (FIORENTINO, págs. 23-26, 170, 245); es significativa su denuncia de Montini como “enemigo que debe ser vigilado” (pág. 37). Aunque no fuera habitual para un sacerdote, la actividad de colaboración con el gobierno italiano desarrollada por Mons. Benigni fue moralmente intachable: como ciudadano, estaba al servicio de su Patria; como clérigo, estaba al servicio de los intereses de la Iglesia: como militante contrarrevolucionario, luchó eficazmente contra la Revolución con los medios que tenía a su disposición. Su actividad se limitó a adaptar su trabajo anterior en el *Sodalitium Pianum*, directamente al servicio de la Santa Sede, a las “cambiantes condiciones de los tiempos”. Las informaciones hacia el gobierno nacional continuaron la misma batalla por medios diferentes. Lo que Mons. Benigni hacía discretamente ante el gobierno italiano, lo hacía también más abiertamente con otras organizaciones, incluso extranjeras, que compartían una “*defensa social*” contra enemigos comunes.

Tercera parte: la I.R.D.S. y la colaboración social con los no católicos: ¿una violación de la confesionalidad católica integral?

“En cualquier caso, tras el final de la primera guerra mundial, Benigni se dio cuenta de que la ‘nueva orientación práctica y política’ (no la ‘nueva teología’) de la Santa Sede había hecho prácticamente imposible la continuación de la actividad del S.P. tal y como se había llevado a cabo bajo Pío X. Así que ya no buscó el apoyo oficial de la Santa Sede, sino que trató de mantener sus actividades cada vez más lejos del control de los obispos y de la Curia Romana, que ahora le era ajena, si no hostil. (...) Benigni ‘comienza a colaborar también con activistas políticos no católicos, por ejemplo, los nacionalistas alemanes e ingleses, los rusos blancos emigrantes. El cambio de estrategia de Benigni en el periodo post-S.P. explica también su convergencia, a partir de 1923, con el régimen de Mussolini, del que será informador hasta su muerte (1934), convirtiéndose en representante del fascismo clerical defensor de la romanidad’ (N. VALBOUSQUET, op. cit., pág. 460, cfr. G. VANNONI, Integralismo cattolico e fascismo, en F. MARGIOTTA BROGLIO –editado por– La Chiesa del Concordato, Bologna, 1977). Ahora bien, no me parece que se pueda ver en el fascismo un movimiento íntegramente católico. Por lo tanto, durante el pontificado de Pío XI, se podrían lanzar contra Benigni las mismas acusaciones de ‘colaboracionismo’ con los ‘moderados’ o los ‘no integristas’ que él había lanzado, durante los pontificados de Pío X y Benedicto XV, contra los católicos ‘conciliacionistas’. Como veremos a continuación, las simpatías de Benigni, durante la época fascista, por el Risorgimento italiano, y su aversión a la Compañía de Jesús desde su fundación, han sido bien demostradas por Poulat. Lo que no está en plena sintonía con el integrista católico. Como vemos, ‘sólo una es la Inmaculada Concepción’, Mons. Benigni también tuvo sus sombras ‘no íntegramente católicas’, pero se puede tener piedad de un espíritu exacerbado y ulcerado que, impulsado por los fracasos, se inclinó un poco demasiado hacia el Risorgimento, el fascismo y el anti-jesuitismo, sin que esto signifique condenar en bloque toda su militancia y su lucha doctrinal” (P. Curzio Nitoglia, segunda parte: Las vicisitudes del catolicismo integrista bajo Benedicto XV y Pío XI).

He reproducido esta larga cita del P. Nitoglia para presentar al lector la nueva acusación contra Mons. Benigni que exige una defensa adecuada: sería fácil responder también aquí *ad hominem*, ya que las objeciones formuladas contra Mons. Benigni son como la paja evangélica comparadas con la viga en el ojo de los tradicionalistas actuales, sin excepción, pero el problema no deja de ser pertinente y conviene abordarlo a fondo. La frase que he citado mezcla argumentos a los que he respondido o responderé por separado (fascismo, *Risorgimento*, colaboración con la policía política, antijesuitismo, etc.) y ahora me limitaré a tratar de la actividad de la I.R.D.S. (*Intesa Romana di Difesa Sociale*), que Mons. Benigni fundó en 1923 (año aciago, como hemos visto, en la vida de nuestro prelado) para sustituir al *Sodalitium Pianum*, disuelto en diciembre de 1921. La actividad de la I.R.D.S., paralela a la colaboración con el Ministerio de Asuntos Exteriores y luego con el Ministerio del Interior, que hemos mencionado, plantea dos problemas doctrinales particulares, podríamos decir, que el P. Nitoglia plantea, aunque de forma un tanto confusa. El primero es el de la colaboración –en el marco de la Defensa Social– con los no católicos; el segundo es, por el contrario, el de la independencia de la jerarquía. Y ésta es la gran diferencia (aunque no la



El poeta Francesco Zanetti

única) entre la I.R.D.S. y el S.P., que en cambio se había constituido como *Pia unio* o Instituto católico secular bajo la dependencia de la jerarquía. Evidentemente, el cambio se debió a la evolución de las circunstancias, y el P. Nitoglia lo recuerda con razón: “*tras el final de la primera guerra mundial, Benigni se dio cuenta de que la ‘nueva orientación práctica y política’ (no la ‘nueva teología’) de la Santa Sede había hecho prácticamente imposible la continuación de la actividad del S.P. tal y como se había llevado a cabo bajo Pío X*”; la única alternativa era la inacción y el retiro a la vida privada. Pero el problema subsiste y el P. Nitoglia lo recuerda. Uno de los puntos fundamentales de crítica de los integristas contra los modernizantes y los “populares” era precisamente el del aconfesionalismo y de la independencia de la jerarquía, ¿y ahora Mons. Benigni creaba una asociación “católica integrista” independiente de la jerarquía y “aconfesional”? ¿No era esto una contradicción en los términos? ¿No era permitirse lo que se reprochaba a los demás? La respuesta a la duda se encuentra en los escritos mismos de Mons. Benigni, y por tanto, como él dice, en la naturaleza misma de la I.R.D.S.; era, además, una idea antigua. Incluso antes de la fundación del *Sodalitium Pianum*, en 1909, Mons. Benigni, apenas ingresó a la Secretaría de Estado (1906), redactó con el acuerdo del Card. Merry del Val el programa en diez puntos de los *Amici dell’Ordine Integral*, que Mons. Pagano ha descubierto en el Fondo Benigni y publicado en *Documenti sul Modernismo Romano* (págs. 233-234). El programa merecería ser reproducido íntegramente, pero me limitaré a los puntos que aquí nos interesan. En el punto 1: “*reconocemos la necesidad urgente de un entendimiento estable y activo de los elementos dispersos por el mundo leales a la causa del Orden Integral, por lo tanto –de hecho– al Catolicismo Romano y a la Contrarrevolución integral*”. En el punto 5: “*La lucha por el Orden Integral y el entendimiento de los elementos que a él son leales no constituyen ni un ‘partido’ ni una ‘obra’ en el sentido corriente de estas palabras. Se trata sólo de una buena Amistad conducente a una correspondencia y a un contacto estable y orgánico para asegurar el oportuno intercambio de informaciones, advertencias, proposiciones y eventualmente ayuda mutua, sin compromisos previos, pudiendo cada uno elegir, en cada caso, su camino*”. Los puntos 6, 7, 8 recuerdan cómo este “*entendimiento libre y fraterno de los Amigos del Orden Integral*” es flexible e informal, en el cual se permanece el tiempo que se quiera, destinado a desarrollar un “servicio de informaciones”. Y en el último punto, “*como todo lo anterior demuestra que el mencionado Entendimiento no es otra cosa que una simple y buena Amistad, es evidente que no necesita ni publicidad ni autorización, mientras cada miembro del Entendimiento cumpla con sus deberes de católico y de ciudadano*”. “*La Corrispondenza Romana*”, nacida al año siguiente, se convirtió en el órgano de información del *Entendimiento*, el cual, sin embargo, para obtener la aprobación pontificia necesitaba, escribe Pagano, “*vestirse de ropas más religiosas y hacer aparecer, al menos externamente, algún propósito eclesial*”. Fue así como nació el *Sodalitium* en 1909, pero así también pudo ser disuelto en 1921 por la Congregación del Concilio. Sin embargo, durante su existencia, el *Sodalitium* realizó una labor en su campo propio, el de la información, un trabajo iba más allá del círculo de sus miembros: de esto hemos hablamos al referirnos a la prensa católica. La prensa católica integrista o papal, con la “bandera desplegada”, era doctrinalmente perfecta, pero de corta difusión. El remedio encontrado por los modernizantes del “Trust” fue la “prensa de penetración”, que sin embargo ya no era verdaderamente católica. Mons. Benigni, en cambio, apoyó a la prensa integrista o papal con su “servicio de información” que penetraba en la prensa laica, recurriendo a periodistas amigos (que no formaban parte del *Sodalitium*) o incluso simplemente en busca de noticias: son las famosos “inyecciones” de las que Benigni hablaba a Merry del Val. De este modo, la prensa laica, y por tanto no católica, tuvo a menudo, de forma inesperada, una actitud desfavorable hacia el modernismo. En la

carta de disolución del *Sodalitium Pianum* en cumplimiento de la petición de la Congregación del Concilio (en realidad de la Secretaría de Estado) Mons. Benigni escribió: “*La fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María será el último día del Sodalitium Pianum, después del cual no existirá entre nosotros ningún otro vínculo que nuestro amor común por la Iglesia y nuestra amistad privada*”; y termina con estas palabras: “*para la Dieta del Sodalitium Pianum, vuestro colega hasta hoy, vuestro amigo para siempre, Umberto Benigni*” (202). Al no existir ya como organismo eclesiástico, la amistad entre los miembros se mantuvo sin embargo viva también a través de un servicio interno de informaciones que Mons. Benigni reactivó inmediatamente, como demuestran las cartas circulares conservadas en el archivo Giantulli (hoy en Verrua Savoia) y comentadas por G. Vannoni en 1981 (203). La primera carta, la única publicada, y escrita en francés, está fechada el 5 de enero de 1922, sólo un mes después de la disolución del S.P. Tras el duro golpe, se trata de “*ramasser nos os*” [recoger nuestros huesos, n.d.t.]. Pero, ¿cómo? “*En cuanto a las organizaciones (...) todos los Amigos a los que he interrogado están en contra: ya que en el clima actual no podrían vivir en la tierra, y no queremos cosas subterráneas. La buena amistad que une personalmente a nuestros Amigos les parece suficiente para el entendimiento necesario para trabajar en favor de la buena causa, cada uno libremente a su manera, pero poniéndose de acuerdo con los demás para la reciprocidad de las informaciones, de la documentación, de los avisos, consejos, etc. Desean que se active la correspondencia privada y libre de los Amigos para que esta reciprocidad no sea una palabra vana*” (pág. 733). El entendimiento amistoso debía situarse en el plano de la “*defensa social*”. “*El bolchevismo, la calamidad más terrible que ha caído sobre la humanidad*” (Benigni) era obra del judaísmo. Por primera vez, el ateísmo se convirtió en “religión” del Estado. El enemigo común de antes de la guerra (judaísmo, masonería, liberalismo, modernismo) disponía ahora de un brazo armado capaz de destruir los fundamentos naturales de la sociedad. Ya en diciembre de 1920, Benigni organizó *estudios de defensa social* (Valbousquet), y publicó una columna en la revista *Fede e Ragione* “*por la defensa social*”. El nacimiento de la “*Intesa per la Difesa Sociale*” en 1923 no es más que un desarrollo natural de estas iniciativas. La naturaleza informal de la *Intesa* no hace necesario el control de la jerarquía eclesiástica: en una carta del 29 de octubre de 1923 al párroco de Basilea Robert Mäder, Mons. Benigni presentaba su nueva “*Intesa Romana per la Difesa Sociale*” (I.R.D.S.) y el *Comitato Veritas* [Comité Veritas]: no eran una organización, “*tanto que no hay ni superiores ni inferiores: es un grupo como cualquier otro. Pero es una correspondencia amistosa muy útil para la lucha **contra el enemigo común**. Por eso –por un lado– no es necesario un permiso jerárquico y –por otro– puede existir una tal correspondencia con grupos no católicos, sin que por ello se caiga en el interconfesionalismo, contra el que yo y mis amigos luchamos incansablemente*” (204). Una carta similar fue enviada el 23 de noviembre de 1923 a Domingo García Pujol († 1972, a los 91 años), del *Diario de Barcelona*, con quien Benigni colaboraba, invitándole a unirse a la *Intesa Sociale*: “*Algunos excelentes católicos contra-revolucionarios en Roma han constituido después de algunos años un grupo amigable, el Comité Veritas, que no es una asociación u organización propiamente dicha, sino un simple ‘entente’, una ‘amitié’ en el sentido especial de esas palabras ya aceptado por todos. Igualmente, este grupo está unido con otros de deferentes países, ya sean de verdaderas asociaciones, redacciones de periódicos etc., o ya sean ellos únicamente simples grupos de amigos. Esa tal unión no es una organización, sino que es y se llama la ‘Entente de Defensa Social’. En cuanto al C. Veritas, en Roma, al cual sus fuerzas limitadísimas no permiten tener oficina propia, se ha encargado de su servicio un bureau puramente técnico (pero en mano de buenos amigos), el ISES (de ‘informaciones científicas y sociales’; aquí viene anexo su programa para información de Ud.), que envía y recibe la co-*

rrespondencia del C. Veritas. Yo que recibo esas comunicaciones, he pensado que acaso algunas de ellas podrían servir a Ud., bien para publicar partes oportunas de ellas, o bien cuanto menos para información personal de esta Redacción” (DIÉGUEZ, *Fondi dell’Archivio...*, pág. 30, cfr. VALBOUSQUET, *Catholique...*, pág. 147).

Un boletín del “Comité Veritas de Documentation sociale”, del 8 de agosto de 1923 (reproducido, desgraciadamente sólo parcialmente, por Valbousquet en pág. 130), presentando la “Entente de Défense Sociale”, recuerda que los grupos y revistas adherentes o simpatizantes conservan su autonomía y no obligan a los demás Amigos. “Queda pues muy claro que nuestra Intesa no pretende favorecer y ni siquiera aceptar ese interconfesionalismo, esa ‘christliche Basis’ etc., inventada o al menos explotada por la Internacional Blanca”. Este concepto fue reiterado en una carta de Benigni del 4 de marzo de 1922: “Por encima de estos grupos y de sus ligas sólo debe haber un libre entendimiento entre ellos, de manera que no haya un bloque de organizaciones sino de acción simultánea. No queremos Internacionales más o menos cristianas, más o menos ‘blancas’” (ibíd., pág. 128). Por su parte, el Abbé Boulin, desde la R.I.S.S., a su vez explicaba: “Un honesto acuerdo de grupos que difieren en nacionalidad, confesión religiosa y tendencia política es legítimo sobre el terreno común de los principios más elementales de la defensa social. Pío X habría abogado por tal entendimiento, frente a tantos internacionalismos pseudocristianos y monstruosos consorcios de intereses y partidos, en los que las convicciones se sacrifican vergonzosamente a los apetitos” (R.I.S.S., 17 de junio de 1923, VALBOUSQUET, pág. 129). Tal vez al invocar a Pío X, aunque no fuera italiano, Boulin pensaba en el “Pacto Gentiloni” tan odiado por los “populares”, pero puesto en práctica por Pío X, que ya lo había experimentado en Venecia como Patriarca: a falta de algo mejor, una alianza sobre algunos puntos precisos y contra un enemigo común, manteniendo cada uno su propia identidad e independencia, mientras que los “populares” elegían el modelo del partido de católicos pero no católico (aconfesionalismo).

Por otra parte, NICOLA CANALI (*Le spie del regime*, il Mulino, pág. 258) y NINA VALBOUSQUET (*Catholique et antisémite*, CNRS éditions) nos ofrecen un vasto panorama de las relaciones de Mons. Benigni en el marco de la *Intesa per la Difesa Sociale*: pues bien, nos damos cuenta fácilmente de que los colaboradores de la Defensa Social eran católicos si no sacerdotes, como lo eran la mayoría de aquellos con los que Mons. Benigni estaba en contacto. En Italia, estaba la revista *Fede e Ragione*, una serie de periodistas amigos (Guido Aureli, Carlo Felice Battaglia, Domenico Ventriglia, Riccardo Adorno, Riccardo Olivi, Aristide Raimondi, etc.) y los colaboradores más cercanos en Roma (D’Ambrosio, Mataloni, el infiel Bordi) y Florencia (el abogado Giani). En Francia, estrechamente vinculados a monseñor, estaban los viejos amigos del *Sodalitium Pianum*, los periodistas Merlier (1869-1952) y Rocafort (1860-1939), y el Abbé Boulin (1875-1933), que escribía en la R.I.S.S. y contaba con el apoyo de Mons. Jouin, directamente implicado en la iniciativa. También existía una rama alemana de la *Difesa Sociale*, que contaba con el apoyo de los antiguos miembros del *Sodalitium*: los sacerdotes Fournelle (1869-1923), Von Nagel (1880-1955) y, sobre todo, Gottfried Brunner (1875-1962), “los últimos supervivientes del Sitz Berlin que permanecieron fieles a Pío X y buenos amigos míos”, como escribió Benigni a Jouin. En cuanto a Suiza, también aquí encontramos viejos camaradas de lucha de la época de San Pío X: el ya mencionado párroco Robert Mäder (1875-1945), fundador en 1912 del periódico *Schildwache* (*La Sentinella*, como su homólogo francés: *La Vigie*, El Vigía), que igualmente colaboró con *Fede e Ragione*, y Ferdinand Rüegg (1884-1970), antiguo editor bajo Pío X del semanario integrista *Petrus Blätter* de Tréveris, que cerró en 1917, tras lo cual fundó la agencia de prensa KIPA (*Katolische Internationale Presse-Agentur*), que sobrevivió hasta 2015 cambiando de orientación. En España, es católico el *Diario de Barcelona*, ya mencio-

nado, del Marqués de Casa Brusi y su director Domingo García Pujol. Lo mismo en Canadá, donde se mantienen relaciones con el párroco de Saint-Epiphane (Vifer), y director de *L'Action Sociale*, el Abbé J.A. D'Amours, y con el director de la *Semaine Religieuse du Québec*, el Abbé Jean-Antoine Huot (1877-1929), experto en masonería y judaísmo. Lo mismo en Rumanía: allí mantiene correspondencia con el P. Raphael Haag (1895-1978), ordenado en Roma en 1919, párroco católico de Turnu Severin, que más tarde se hizo jesuita (¿qué habría dicho nuestro monseñor al respecto?!), fue denunciado a la *Securitate*, traicionado por su superior, obispo en funciones de Bucarest, Francisc Augustin, y condenado a 18 años de cárcel por el régimen comunista. Se declaraba “discípulo” y “alumno devoto” de Benigni, “antisemita en el sentido cristiano” (VALBOUSQUET, pág. 148, que no hace la menor alusión a su heroica confesión de fe en las cárceles comunistas).

También católicos, aunque más o menos cercanos a la *Action Française*, son el canónigo, arcipreste de la catedral de Perpignan, Mons. Ferdinand Izart (1865-1945) ⁽²⁰⁵⁾ y los periodistas de la revista de Toulouse, el *Bloc Catholique*. Cercana a la *Action Française*, pero mucho más férrea en la lucha contra el judaísmo, es la *Nouvelle Revue Romande* (1922-1945) de Jules Ernest Gross, “de origen calvinista pero muy dispuesto a abrazar el catolicismo integrista”, como escribió Boulin a Benigni (pág.146). Su posición sobre el cristianismo, el antijudaísmo y el pangermanismo, es clara: “*Le pangermanisme devient par antisémitisme forcené, un antichristianisme absolu. Pour ne vouloir plus du concurrent juif, on voudra la destruction de tout ce qui le rappelle, on dira d'un même cri: mort au juif, mort aux prêtres! [...] Telle risque d'être, malheureusement, l'histoire prochaine de l'hitlérisme. L'antijudaïsme chrétien est une tradition, une nécessité, une mesure de salut. L'antisémitisme pangermanique est un danger parce qu'en détruisant l'universalité chrétienne par haine du concurrent et dévastateur juif, il commet l'erreur d'attaquer l'adaptation et la compréhension romaine et européenne du Christianisme. Anéantir une habitude de foi devenue une fonction essentielle de l'humanité civilisée, sa source principale de vie et de salut, serait pure folie. Aveuglément le pangermanisme fait en sorte d'assurer au judaïsme une victoire qu'il prétendrait empêcher et qui serait vraiment la fin d'un monde*” [El pangermanismo se convirtió, a causa de un furioso antisemitismo, en un anticristianismo absoluto. Para deshacerse del competidor judío, querrán la destrucción de todo lo que les recuerde a él, dirán con un solo grito: ¡muerte al judío, muerte a los curas! [...] Desgraciadamente, es probable que esta sea la historia futura del hitlerismo. El antijudaísmo cristiano es una tradición, una necesidad, una medida de salvación. El antisemitismo pangermánico es un peligro porque, al destruir la universalidad cristiana por odio al judío rival y devastador, comete el error de atacar la adaptación y comprensión romana y europea del cristianismo. Aniquilar un hábito de fe que se ha convertido en una función esencial de la humanidad civilizada, su principal fuente de vida y salvación, sería una auténtica locura. Ciegamente, el pangermanismo está asegurando al judaísmo la obtención de una victoria que pretende impedir, y que sería realmente el fin de un mundo] (JULES-ERNEST GROSS, *Suite pour Hitler II*, en *Nouvelle Revue Romande* n° 68, 1932). Si las palabras en favor del cristianismo vinculado a la civilización europea recuerdan a Maurras, el final de la cita fue lamentablemente profético. La conclusión a la que llega N. Valbousquet: la de una politización y secularización del programa de Mons. Benigni, salvo los cambios debidos a las circunstancias, me parece, por tanto, exagerada; por el contrario, como demuestra Poulat, el corazón de su acción católica fue, desde la época de León XIII, la lucha contra la Revolución, y desde entonces (como muchos otros de su tiempo: recordemos cómo Ratzinger suspendió la ya anunciada canonización del Padre Dehon, un democristiano, por presunto “antisemitismo”) él identificó al judaísmo como el principal motor de la propia Revolución: si acaso, además de los tiempos, son otros los que han

cambiado, no él. Por lo tanto, los contactos con los acatólicos (con los cuales se comparte la lucha por la civilización cristiana y la oposición a enemigos comunes: judaísmo, masonería, bolchevismo) se producen sobre todo en países no católicos, como Inglaterra (en particular con *The Britons*), donde Mons. Benigni fue en 1926, a Estados Unidos, adonde viajó en 1927, y con los círculos legitimistas de Austria-Hungría (George de Pottere) y, en el campo de la “ortodoxia” cismática, con los rusos “blancos” y los rumanos cercanos a la Guardia de Hierro de Codreanu (²⁰⁶); con todos ellos formó relaciones más o menos amistosas que nunca quisieron materializarse en la pertenencia a una asociación común, ni en una acción común en el campo religioso. La acción común más concreta con estos grupos y otros similares fue la organización de diversos encuentros internacionales (París, 1924, organizado por la *R.I.S.S.*, Salzburgo y Budapest en 1925) denominados “*Conferencias internacionales sobre la lucha contra la judeo-masonería*”.

“La Internacional antisemita” y la *Defensa Social*

El P. Nitoglia no parece reprocharle a Mons. Benigni el papel desempeñado por el prelado antimodernista en la lucha contra el judaísmo: para quienes conocen el pensamiento y las acciones de nuestro colega, ¡sería el colmo! Sin embargo, todo el libro de Nina Valbousquet se refiere a esta cuestión, la del “antisemitismo” de Mons. Benigni, especialmente a partir de la inmediata posguerra y más allá (1918-1934). El punto delicado consiste en esto: la historiadora francesa subvencionada por asociaciones judías reprocha a Mons. Benigni y los integristas (incluidos los que no lo eran en sentido estricto, como Mons. Jouin) una politización cada vez más marcada de su actividad “antisemita”, insistiendo en particular en los intentos realizados por la *Defensa Social* de Mons. Benigni de crear una “*Internacional antisemita*” que incluyera a los no católicos (“ortodoxos” o protestantes), siempre que estuvieran a favor de la defensa social de la civilización cristiana contra el judaísmo (²⁰⁷).

Nina Valbousquet insiste en referirse a estas iniciativas como una “*Internacional antisemita*”, pero ella misma debe admitir que los promotores se negaron a crear una Internacional, aunque fuera puramente antijudía, en oposición a las Internacionales revolucionarias (pág. 185), y ella misma se ve obligada a admitir “los límites” de lo que persiste en llamar una “*galaxia antisemita*” (págs. 191-195). Por otra parte, tiene que admitir cómo la labor de los católicos integristas impidió – mientras subsistió – que el antijudaísmo desembocara en un antisemitismo pangermanista y anticristiano (págs. 199-243), aunque sigue manteniendo la tesis según la cual “*la identificación en torno a un antijudaísmo cristiano y la condena del nazismo anticristiano no impiden en absoluto que los católicos del grupo profesen una hostilidad secularizada y racial hacia los judíos*” (pág. 199). Valbousquet cree encontrar pruebas de ese racismo secularizado en la desconfianza de los católicos integristas hacia los judíos, incluso convertidos y bautizados. Este argumento también es utilizado por la propaganda judía anticristiana en relación con las leyes de “*limpieza de sangre*” en la España de los siglos XV-XVI (cfr. *Sodalitium*, nros. 70-71: DON RICOSSA, *Gesuiti e statuti di ‘purezza di sangue’*; n° 39, DON NITOGLIA, *Il problema dei marrani*). Mientras que la Iglesia siempre ha favorecido las conversiones, y

Corneliu Zelea Codreanu



proclamado con San Pablo que en Cristo no hay diferencia entre judío y griego, por otro lado, de nuevo con San Pablo, no ha ignorado los peligros derivados de neófitos mal convertidos (por ejemplo, I Tim. 3, 6; Tito 1, 10-16; en general, todas las persecuciones sufridas por San Pablo por parte de los “falsos hermanos” judaizantes, cfr. II Cor. 11, 26). Así eran los judaizantes en tiempos del Apóstol. Así eran los marranos en la península ibérica y, con distintas modalidades, los *Alumbrados*. Así también eran los discípulos de Sabbatai Zevi y, más tarde, de Jacob Frank (*Sodalitium* n° 49, Karol, Adam, Jakob), y se podría seguir y seguir: hay conversiones aparentes, hay conversiones a medias, hay conversiones sinceras seguidas de una vuelta a los orígenes... son muchas las razones por las que un converso (de la herejía, del mahometismo, del judaísmo, del liberalismo o del socialismo, del esoterismo...) puede causar (voluntaria o involuntariamente) graves daños a la Iglesia. Por eso, desde finales del siglo XV hasta el final de la última guerra mundial, muchas órdenes religiosas exigían a los postulantes dicha “pureza de sangre”, y aún hoy el derecho canónico declara que los hijos de acatólicos están impedidos de recibir las órdenes sagradas si sus padres perseveran en el error, y los propios neófitos hasta que estén suficientemente probados (canon 987, nros. 1 y 6). Una aplicación más estricta de estas prescripciones habría evitado la nefasta acción de ciertos personajes relevantes durante el Concilio Vaticano II ⁽²⁰⁸⁾. La condenación de los “*Amigos de Israel*”, por otra parte, confirma lo acertado de la actitud de Mons. Benigni: la fundadora de la asociación, doblemente “convertida” (del judaísmo y del bolchevismo), con el pretexto de convertir a los judíos trabajó en cambio para demoler la doctrina y la práctica de la Iglesia sobre el judaísmo, anticipándose a la declaración conciliar *Nostra Aetate*. Esta prudencia no tiene nada que ver con el racismo, y numerosos testimonios lo demuestran. En efecto, la *Intesa di Difesa Sociale* y los católicos integristas siempre fueron hostiles al pangermanismo y al hitlerismo. En la columna “*Azione di Difesa Sociale*” de *Fede e Ragione* (n° 50, 11 de diciembre de 1921), Mons. Benigni escribió: “*El primer peligro del que debemos protegernos es el de los explotadores del antisemitismo. (...) Son los políticos quienes, invadidos por un nacionalismo pagano, hacen del antisemitismo una odiosa y absurda cuestión de raza. Tales son esos locos o bribones pangermanistas del ‘Semi Gotha’, anuario antisemita de Munich, los cuales, iluminados por el nietzscheismo étnico de la super raza germánica, arremeten contra el cristianismo porque es... oriental. Hace algunos años tuvieron el atrevimiento de imprimir este epifonema en su almanaque: cuando el alemán reza está de pie y alza las manos al cielo; arrodillarse, pedir gracia, etc., es oriental... Estas personas deben pertenecer a ese grupúsculo que se proponía restaurar en Alemania el culto a Wotan, la ‘furia de Odín’, el único culto digno de la gran raza. Si sólo se tratara de un acceso de locura, se podría entregar el asunto a la pericia médica. Pero detrás de estos energúmenos están los granujas que los empujan cada vez más a tales excesos para desacreditar el antisemitismo serio y honesto. Por lo cual, lo primero debe ser denunciar implacablemente esas locuras como otros engaños del enemigo. (...) Por lo tanto, es obrar como judíos, y de los peores, es adoptar las páginas más inhumanas de los Protocolos, tergiversar el antisemitismo como una cuestión de raza, imitando el pansionismo más criminal, que se basa precisamente en el principio de la super raza del Pueblo Elegido*”. Valbousquet reproduce numerosas declaraciones de este género, debidas a Mons. Benigni y a sus amigos (págs. 199 y ss.), incluida la estadounidense Leslie Fry ⁽²⁰⁹⁾, y recuerda su lucha contra el “símbolo ocultista” de la esvástica (no se les pasó por alto que era el símbolo de la *Sociedad Teosófica*). Lo mismo se aplica a cualquier pensador o grupo vinculado a la masonería o al esoterismo, incluso en los círculos fascistas. Los actuales huérfanos del “*imperialismo pagano*” de Julius Evola y del “hermano” Arturo Reghini deploran la “*nefasta obra realizada por el prelado en detrimento de las asociaciones*

esotéricas y masónicas”, en particular su intento de “obstaculizar el proyecto ‘pagano’ de Reghini y sus compañeros” “con las armas de la delación”. El autor, Fabrizio Giorgio, alude al intento de Reghini, Evola y el grupo de Ur de reconstituir la masonería, demolida por el fascismo, creando una nueva obediencia de tendencias “paganas”, gibelinas, fascistas y anticristianas. El intento, que fracasó con el Concordato y con la ruptura entre Evola y Reghini, debía llevarse a cabo gracias a prácticas mágicas y “cadenas psíquicas” y, más prosaicamente, contaba o esperaba contar con el interés de varios jerarcas iniciados en la masonería (Giacinto Celano Puoti, tío de Farinacci, Giuseppe Bottai y Leandro Arpinati, que publicaron los artículos anticristianos de Evola, Edmondo Rossoni, Italo Balbo, Michele Bianchi, etc.) para llegar a Mussolini. Benigni mantuvo informada de ello a la policía política (el



Arturo Reghini

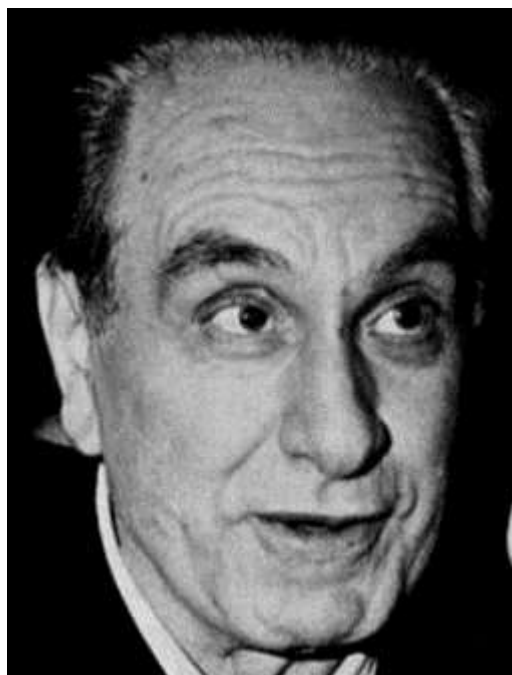
autor cita dos notas informativas del 8 de abril y del 19 de julio de 1928), para advertir contra la maniobra masónica. En la última nota, por ejemplo, escribe: “pero vayamos a los restauradores (de la masonería) de hoy. Uno de los líderes (...) es Arturo Reghini, profesor de matemáticas en Roma. Pues bien, nuestros informantes en Florencia declaran que es el miembro más apasionado e influyente del grupo esotérico del que el exponente... escandaloso es el tristemente célebre J. Evola, el predicador de un fascismo anticristiano y pagano, como líder del ocultismo satanista. Mientras el loco criminal de Evola difunde semejantes barbaridades y trata de inyectarlas en el mundo fascista, el hábil Reghini, más concreto, propone la restauración masónica (...). Se nos dice que la camarilla trabaja tenazmente, con la esperanza de encontrar algún adepto de alto rango que persuada al Duce” (210). En el lado opuesto a Giorgio, leemos en la insospechable Valbousquet (insospechable, también ella, de simpatía por Mons. Benigni): “Los papeles de Benigni demuestran su interés en la formación de una prensa antisemita italiana, con la presencia de numerosos recortes de periódicos antisemitas del fascismo: ‘La Vita italiana’, ‘Il Tevere’ y la revista ‘Antieuropa’ de Asvero Gravelli. Atento a la evolución de las corrientes fascistas antijudías, el prelado utilizó el canal de sus actividades de informante como una especie de lobby en favor de un antisemitismo latino y católico dentro del régimen. Las tendencias neopaganas y anticatólicas del antisemitismo fascista son así sistemáticamente acusadas en sus informes policiales, por ejemplo los escritos de Julius Evola, colaborador de Preziosi en ‘La Vita italiana’, ya criticados en 1928 por la R.I.S.S. y por Piero Bargellini en *Fede e Ragione* (Minimus, *Risposta a Satana, Fede e Ragione*, 22 de abril de 1928; A. Tarannes, *Un sataniste italien, J. Evola, R.I.S.S., abril de 1928*, págs. 124-129). En 1933, Benigni denuncia al ‘oscuro Evola’ que, si a veces refuta ciertas teorías del racismo nazi, siempre acaba proclamando que ‘la verdadera romanidad es pagana’: ‘el sectario quiso lanzar una indirecta hacia el cristianismo (...). Es triste ver que Preziosi permite colaborar a un sectario tan siniestro, y que él solo, o casi, se ocupa de defender a Roma’ (211). En el mismo informe, el prelado integrista acusa a los racistas italianos de estar influidos por el antisemitismo pangermanista, el cual no es más que el ‘verdadero hermano siamés de Israel, declarando que la raza germánica es la única destinada a civilizar y someter al mundo’. (...) Los numerosos informes que Benigni transmitió en 1932-1933, titulados ‘El antirromanismo de Hitler’ (18 de mayo de 1933), ‘Anti-Roma germánica’ (15 de julio de 1933), o también ‘Meningitis antilatina’, tenían por objeto alertar a Mussolini de los peligros del racismo nazi como ideología fundamentalmente antirromana y anticatólica. Un

informe de junio de 1933 subraya los riesgos de una alianza con Alemania y la 'Anti-Roma nazi', contra la cual sería necesario, por el contrario, reforzar la 'defensa y la propaganda de la Roma inmortal'. Si el prelado denuncia a Rosenberg, a Thedor Fritsch y a los creadores de un 'Jesús ario', recomienda en cambio el antisemitismo del Weltdienst y del 'excelente amigo alemán George de Pottere, siempre preocupado por defender a la Iglesia Católica' (pág. 276). Si el Weltdienst quedó bajo el control de Rosenberg en 1938, fue precisamente porque, como señala Valbousquet, se produjo un cambio “entre los primeros intentos de internacional antisemita cristiana de los años veinte a la dominación del antisemitismo de tipo nazi en la segunda mitad de los años treinta. Esto se debe a que, entretanto, la muerte de Benigni y Jouin, así como las rivalidades franco-italianas, desmantelaron la Intesa Romana” (pág.198). Así, cuando la secretaria de Mons. Benigni, Bianca D’Ambrosio, expuso (en vano) a Mussolini las dificultades financieras de la *Defensa Social* tras la muerte de Mons. Benigni, señaló, entre otras cosas, la imposibilidad de recibir ayuda de la sección alemana de la *Defensa Social*: “la abajo firmante –escribía en un memorándum a Mussolini del 19 de septiembre de 1935– se ha dirigido a los amigos de la *Defensa Social* en Alemania, filofascistas, antihitlerianos, para pedir ayuda, pero las conocidas disposiciones vigentes en el Reich han impedido cualquier ayuda” (212). Los límites que los católicos integristas agrupados en torno a Mons. Benigni se habían fijado respecto a la colaboración con elementos que compartían determinados valores sociales, son bien claros: masones, sectarios, no cristianos, neopaganos, quedaban excluidos de cualquier colaboración, incluso limitada y episódica. No todos los “tradicionalistas” actuales pueden decir lo mismo.

Apéndice: El Padre Rosa S.J., *La Civiltà Cattolica* y el antisemitismo

En la continuación de este trabajo, me extenderé sobre la acusación hecha a Mons. Benigni de ser enemigo de la Compañía de Jesús, y en particular de no ser un modelo de antimodernismo como el Padre Enrico Rosa, director de *La Civiltà Cattolica*. Pero anticipo aquí lo que el propio Padre Rosa y la revista de los jesuitas italianos reprochaban a Mons. Benigni a propósito del antisemitismo. La ocasión me viene de un artículo publicado en esta revista el **19 de mayo de 1928** (vol. II, cuaderno 1870) titulado: *Il pericolo giudaico e gli “Amici d’Israele”* [El peligro judaico y los Amigos de Israel] (págs. 335-344). El artículo se refiere a la condena de una asociación, los “Amigos de Israel” precisamente, que se había fundado con el noble objetivo de rezar por la conversión de los judíos, y que por ello había recabado muchos apoyos entre los fieles y el clero, incluso entre miembros de la jerarquía. ¿Por qué el Santo Oficio (del que el Papa era entonces prefecto, y el Card. Merry del Val su secretario) condenó esa asociación el 25 de marzo de 1928? Si se lee el artículo de *La Civiltà Cattolica*, es imposible saberlo. Para saber lo que pensaba la asociación condenada, se puede leer a N. Valbousquet (“promovía un cambio en la liturgia católica, en particular la fórmula perfidis judeis en la liturgia del Viernes Santo”) que cita a *Fede e Ragione*: “Según las explicaciones oficiales del opúsculo ‘Pax super

Julius Evola



Israel' (...) tendríamos que considerar al pueblo judío como el pueblo elegido todavía hoy; no hablar más de deicidio; de conversión de Israel, sino solamente de retorno, para no ofender la susceptibilidad de Judá, que reclama los privilegios de los que gozaba antaño, pero que ha perdido irrevocablemente" (213): en resumen, el programa de los "Amigos de Israel" fue llevado a cabo en su totalidad por el Vaticano II y Karol Wojtyła (¡un verdadero Amigo de Israel!). El Padre Rosa, por su parte, comentando el documento condenatorio del Santo Oficio escribe que "el documento no necesita realmente comentario". Sólo dice una cosa: el texto del Santo Oficio condenaría no tanto a los *Amigos de Israel*, sino a "los extremos opuestos del antisemitismo y del semitismo" (pág. 335). La asociación fundada por la "conversa" Francisca Van Leer (que más tarde volvió al marxismo del que procedía) y el Padre Anton Van Asseldonk, "iniciada bajo excelentes auspicios y sinceras intenciones de apostolado" (en 1926), había caído en algunas "exageraciones": pero ¿cuáles? El Padre jesuita no menciona ni una sola. En una nota alude a "frases inexactas o proposiciones erróneas" (pág. 336), pero incluso allí, de esos errores o "inexactitudes", ni rastro. Ni rastro porque el buen Padre admite no haber visto ninguna antes de la condenación, ya que se jacta, hablando del opúsculo *Pax super Israel*, del hecho de que "no nos pareció oportuno escribir en particular, ni para alabarlo ni para hacer una recomendación especial, ni para pronunciar una condenación o reprobación explícita" (pág. 336). ¿No había sido la asociación "aprobada por no pocos obispos y cardenales, entre los más eminentes y venerables?" (214); ¿no era esto "suficiente para disipar todos los temores?", "para persuadirnos enteramente de la eficacia práctica y de la sabia oportunidad, en nuestros tiempos, del intento ideal de esta nueva y singular institución"? (ibíd.). Tanto más cuando una "revista ascética" muy recomendable, *Regnabit*, parecía estar en la misma longitud de onda (págs. 337-338): lástima que fuera precisamente esta revista la que, en aquellos años, abriera sus páginas a un verdadero infiltrado, masón, gnóstico y apóstata: René Guénon, y a su discípulo "católico" Charbonneau-Lassay (215). El lector dirá: ¡con estas palabras, el Padre Rosa preparaba sus excusas por no haber visto o denunciado el peligro! Todo lo contrario. Sus ataques, su condena, van dirigidos a aquellos que denunciaron el peligro incluso antes de la condenación del Santo Oficio, y luego comentaron con satisfacción la condenación de la Iglesia. "Los Amigos de Israel" suscitaron, en efecto, antes de la condenación, "escándalo" y "fuertes polémicas", "ni totalmente desapasionadas ni en absoluto desinteresadas, especialmente en algunos menos sinceros cuanto más ruidosos antisemitas" (pág. 335). Así pues, ante el peligro, *La Civiltà Cattolica* guardó silencio, otros hablaron y denunciaron, pero son estos últimos los que deben ser condenados, y no los "perros mudos" de la *via di Ripetta* (sede de *La Civiltà Cattolica* en Roma, de 1877 a 1952). Pero, ¿quiénes eran esos "ruidosos antisemitas"? ¡Son los que fueron condenados por el decreto del Santo Oficio! Sí, querido lector, no me he equivocado al escribir: esto es lo que se desprende del artículo del "antimodernista" Padre Rosa. Para él, el decreto de condenación de una asociación filo-judía, que tenía como objetivo la judaización de la Iglesia (así se expresó el Card. Merry del Val con el Papa para exponerle la necesidad de la condenación) (216), tiene en realidad "bien establecidos dos puntos que son capitales en la materia": la oración por los judíos y la "condenación particular del odio contra este pueblo" designado por el término "antisemitismo" (pág. 338). En efecto, el decreto, a petición explícita de Pío XI, precisaba: "la Sede Apostólica protegió al pueblo judío contra la opresión injusta, y así como reprueba todo odio y animosidad entre los pueblos, condena en particular el odio contra un pueblo antaño elegido por Dios, ese odio que hoy se conoce vulgarmente con el nombre de antisemitismo" (pág. 338; y ésta es la única frase del decreto que el Padre Rosa considera oportuno citar). El Abbé Boulin, mano derecha de Benigni, comentaba a propósito del término (*antisemitismo*) y de la sustancia (*el odio a un pueblo*):

“el término antisemitismo es un término desafortunado, no sólo en lo que se refiere a la falsedad de su significado etimológico, sino también en lo que se refiere a los equívocos que suscita su significado habitual. (...) Existe, en efecto, a través del mundo, un antisemitismo inaceptable: en particular, el de los racistas alemanes, que siempre hemos combatido con tanta firmeza”; por lo cual él prefería utilizar el término acuñado por Mons. Jouin: anti-judeo-masonería⁽²¹⁷⁾. Pero el Abbé Boulin era el odiado “Recalde” del odiado Benigni. Y así el antisemitismo justamente condenado *en passant, obiter dictum* [dicho de paso, n.d.t.] por el decreto ya no es el de Hitler, sino el de Benigni, de Boulin, de De Töth, en resumen, de los católicos integristas que habían denunciado a los “Amigos de Israel”: el artículo de *La Cività* va contra ellos, “ruidosos antisemitas”. Y al designar a los antisemitas condenados no menciona nombres, de hecho en la nota a pie de página sólo menciona a tres: la *Revue Internationale des Sociétés Secrètes*, con el columnista que escribe “bajo el pseudónimo de Pierre Colmet” (el Abbé Boulin), “el panegirista italiano de la revista francesa” (Benigni) y “el crítico de *Fede e Ragione*” (pág. 339, nota 1), y finalmente quien publicó los “*Documenti della conquista ebraica del mondo*” [Documentos de la conquista judía del mundo] en 1921 (es decir, nuevamente *Fede e Ragione*, Benigni y de Töth), que “se alimentan de leyendas” y entre las cuales “no faltan los *Leo Taxil*” (provocadores y falsos conversos a la fe católica) (pág. 341 y nota 1), entre cuyas leyendas se cita “la prontitud demasiado fácil de algunos que quieren culpar a los judíos de todo tipo de los peores acontecimientos que afectan a la sociedad moderna, como se ve por ejemplo en la cuestión del bolchevismo” (pág. 342: así escribe el P. Rosa contradiciéndose inmediatamente después). Y si el judaísmo constituye un peligro (pág. 343), “lejos de aplaudir tal estado de cosas, los fundadores o promotores, así como los buenos miembros de la asociación ‘Los Amigos de Israel’, se propusieron ciertamente oponerse a él; y oponerse, en particular, mediante la unión de oraciones a Dios e intentos de pacificación y acercamiento entre hombres de cualquier linaje o nacionalidad, incluidos los judíos” (pág. 344). ¿Por qué entonces el Santo Oficio no concedió a los “buenos miembros” una medalla en lugar de una condena? Sobre todo porque si se equivocaron, “fue un error involuntario, creemos, y, en cualquier caso, ahora reparado saludablemente por su pronta y unánime sumisión al decreto del Santo Oficio” que les dio una nueva virginidad, y la posibilidad de reanudar su trabajo sin ser molestados, a diferencia de “algunos de sus críticos conocidos nuestros, partidarios de la condenada *Action Française* y de otros nacionalismos anticristianos” (pág. 344). Y así termina el artículo del Padre Rosa, que transforma la condenación de los *Amigos de Israel* en la condenación de los “Enemigos de Israel”, es decir, de Mons. Benigni (el pseudo defensor anónimo de la A.F. y de los nacionalismos anticristianos, léase fascismo y similares). Estimado Padre Nitoglia, Usted escribió una vez contra la Asociación “*Los Amigos de Israel*” y denunció en el Sr. y la Sra. Fumet, a sus inspiradores (contra quienes luchaba el Abbé Boulin en la *R.I.S.S.*, con escándalo de Nina Valbousquet)⁽²¹⁸⁾: ¿cómo puede proponernos hoy al Padre Enrico Rosa como modelo?

Más sobre el Padre Rosa y el antisemitismo. Un interesante ensayo de Paolo Pieraccini está disponible en Internet: *El Patriarcado latino de Jerusalén, la Santa Sede y el sionismo ante la primera traducción al árabe de los Protocolos de los Sabios de Sión (1925-1926)*⁽²¹⁹⁾. El 15 de enero de 1926, la revista del Patriarcado latino de Jerusalén, *Raqib Sion*, publicó una versión árabe de los *Protocolos* (recordemos que Mons. Benigni publicó la versión italiana en *Fede e Ragione* en 1921, aunque advirtiendo que habían sido infelizmente manipulados por manos eslavas). Naturalmente, el mundo sionista tomó medidas para obtener una desautorización del Vaticano (pág. 69 y sig.). “*El propio secretario político de la Organización Sionista Mundial, Leonard Stein (1920-1929),*

probablemente alertado por los directivos locales, había pedido inmediatamente al rabino, periodista y profesor de hebreo, Dante Lattes, que protestara ante la Santa Sede (...)” (pág. 71). Lattes fue “secretario de la Federación Sionista Italiana” desde 1918, y “director del semanario *Israel*, fundado junto con Alfonso Pacifici en Florencia, en 1916, para difundir la cultura judía y ganar simpatías por el sionismo. Desde las columnas de *Israel*, respondió metódicamente a la prensa (católica y no católica) que publicaba artículos con tonos antijudíos o contrarios al movimiento fundado por Herzl”, polemizando a menudo también con *L’Osservatore Romano*. Mons. Benigni, naturalmente, no se dejó engañar por Lattes, escribiendo que sus intervenciones eran “una maniobra verdaderamente conforme (...) con las instrucciones de los Protocolos sobre el control judío de la prensa” (pág. 72). No así nuestro P. Rosa, quien, en cambio, fue confundido por el rabino (pág. 75). En este contexto, sólo señalo la intervención del rabino Dante Lattes con el director de *La Civiltà Cattolica*, el ahora conocido P. Rosa, el 5 de junio de 1926. En la conversación con el rabino sionista, el P. Rosa fue explícito sobre la no autenticidad de los *Protocolos*, sobre la condena del antisemitismo, sobre el papel del pueblo judío; excusó al Patriarca y se comprometió a escribirle para pedirle que desautorizara la publicación (que de hecho cerrará sus puertas); finalmente explicó a su interlocutor que él mismo tenía la intención de escribir un artículo sobre el tema, pero que se había visto impedido de hacerlo por temor a los ataques que recibiría de la agencia de prensa de Mons. Benigni. El artículo nos narra la satisfacción del rabino tras aquel encuentro: no tenemos motivos para dudarle.

Para concluir: Mons. Benigni, el fascismo y el *Risorgimento*

Pues bien, en 1923 Mons. Benigni funda la I.R.D.S. (*Intesa Romana di Difesa Sociale*, con conexiones en Francia y Alemania), y la Agencia, luego a partir de 1928, las ediciones URBS; órganos de la *Intesa* y de la Agencia, el boletín *Veritas* y la revista mensual *Romana* (1924-1933), ambos bilingües (italiano y francés). En el programa del I.R.D.S la relación con el fascismo se sitúa en el plano de la acción: los miembros del I.R.D.S son “profascistas”, “según el espíritu de la Defensa social integrista, y por tanto antimodernistas, enemigos tanto del demoliberalismo religioso como del demoliberalismo político y social”. En el punto 4 leemos: “En cuanto a la Patria que, según la conciencia cristiana y la moral natural, queremos grande y fuerte, adherimos al programa y al esfuerzo del Duce del fascismo que quiere hacer de ella, espiritual y materialmente, una fuerte y gran nación con un pueblo católico y patriótico disciplinado y eficiente. Cualquier consorcio político, incluso disfrazado con otros adjetivos, que quiera derrocar al régimen actual, lo consideramos pernicioso para la Patria y entonces también perjudicial para la Religión”.

El punto 5 no oculta los defectos del fascismo y la intención de corregirlo: “Para este objetivo, todo error o falta auténtica (lejos de nosotros todas las inmundas campañas denigratorias y derrotistas) que se encuentre en las obras del Régimen, debe ser, a nuestros ojos, motivo no de desprecio y destrucción, sino de un esfuerzo honesto y valiente de purificación y fortalecimiento. Este es uno de los puntos firmes de nuestro pensamiento y de nuestra actividad”.

Los enemigos son siempre los mismos, como leemos en el punto 10: “Tales son para nosotros principalmente: (a) el Kahal, o judaísmo talmúdico organizado y armado para la conquista del mundo; y sus cómplices filojudíos, el llamado frente cristiano de Israel; (b) la masonería, incluyendo todas las sectas similares o de nombre masónico; (c) el esoterismo teosófico, espiritualista, ‘idealista’, ‘espiritista’, etc.; d) la Internacional Roja, cualquiera que sea su número ordinal, y todas las instituciones demagógicas; (e) la Internacional

Blanca, democristiana, cómplice de las otras sectas que profanan a Cristo; así como quienes la apoyan y quienes la usan, sean quienes sean. Contra todas las sectas, cuyo conjunto, 'la Secta', hace la fuerza del Anticristo, ayudada por la complicidad de otros, la Defensa Social pretende conducir toda la lucha que permite la justicia y la caridad cristianas en tiempos de guerra" (texto francés en POULAT, *Catholicisme...*, págs. 528-530). Comparando el programa del *Sodalitium Pianum* con el de la *Intesa*, se notan inmediatamente los cambios (que no son mejoras), pero también lo que permanece sustancialmente inalterado. Las circunstancias habían cambiado, tanto en la Iglesia (ya no está San Pío X) como en el Estado (ya no hay Estado liberal-democrático dirigido por la masonería). Mons. Benigni, realista y hombre de acción, se adaptó. Pero los enemigos a combatir son los mismos, la sociedad católica a restaurar es la misma. La Italia que Mons. Benigni quiere grande obviamente no es la del *Risorgimento*, la de Cavour, Mazzini o Garibaldi; es una Italia católica, antidemocrática, antiliberal, antisectaria. El equívoco del fascismo permanece: pero en la segunda mitad de la década de 1920 y principios de la de 1930 era lícito esperar y trabajar para que el "gobierno nacional", colocado a la cabeza de un Estado concordatario, se convirtiera también plenamente en un Estado católico. Muchos miembros de la jerarquía católica y laicos (incluidos los antiguos *populares* del *Centro Nazionale*) apoyaron el fascismo sin que se les hiciera el menor reproche, mientras que en lo que respecta al Estado católico, nadie tenía las mismas ideas claras como los católicos integristas, cuya batalla, de 1923 a 1934, fue esencialmente la misma que se libró de 1909 a 1914, bajo Pío X. Cualquier otra conclusión sería injusta, ingrata y alejada de la realidad, ya que no tendría en cuenta las circunstancias históricas de aquellos tiempos.

SEXTA PARTE: Mons. Benigni y la Compañía de Jesús (la "campana rusa" de Mons. Benigni, POULAT, *Intégrisme...*, pág. 336)

La última acusación lanzada contra Mons. Benigni es la de haber desvalorizado la Compañía de Jesús como tal, acusación paradójica por parte del P. Nitoglia, al menos para quien conoce su juicio extremadamente severo sobre el teólogo "oficial" de la Compañía, Francisco Suárez ⁽²²⁰⁾. En cuanto a Mons. Benigni, la dificultad no puede referirse a su actividad y a su pensamiento hasta alrededor de 1913 (cfr. POULAT, *Intégrisme...*, págs. 77, 332-337), ya que antes no manifestaba un particular juicio crítico hacia la Compañía o los jesuitas, por los que tenía palabras de estima ⁽²²¹⁾, y esto a pesar de que ya en 1904 *La Civiltà Cattolica* manifestó su abierta hostilidad hacia la prensa católica integrista que Pío X apoyaba y financiaba, llegando al punto, en 1908, de prohibir a los Padres jesuitas colaborar en dicha revista ⁽²²²⁾. Sin embargo, los enfrentamientos entre integristas y *La Civiltà Cattolica* en 1904 y 1908 fueron sobre todo enfrentamientos dentro de la Compañía, entre religiosos eminentes como Mattiussi y Chiaudano (que había roto relaciones

El Padre Chiaudano S.J.



con *La Civiltà* en 1908, *Intégrisme...*, pág. 337) por un lado, y el colegio de *La Civiltà Cattolica* por otro (²²³). Las dificultades, por tanto, entre Mons. Benigni y los jesuitas fueron creciendo poco a poco en el contexto de la lucha antimodernista emprendida por San Pío X y su fiel colaborador. Y ello no sólo y no tanto porque algunos modernistas importantes fueran jesuitas (como Tyrrel o Brémond), sino porque la Compañía en general, sus revistas (*La Civiltà Cattolica* en Italia, *Études* en Francia, *Stimmen aus Maria-Laach* en Alemania, etc.) disgustaban al Papa Sarto, hasta el punto de que es ampliamente sabido que el Santo Pontífice había tomado la gravísima decisión de destituir al General de la Compañía, el Padre Wernz, y sustituirlo por el Padre Mattiussi; sólo la muerte del Papa (y del propio Wernz) preservó a la Compañía de la intervención papal (⁴⁸). No fue preservada *La Civiltà Cattolica*, que siempre se había opuesto (sobre todo en 1904 y 1908) a la admisión del Padre Mattiussi en el colegio de redactores, donde se ostentaba el Padre Giorgio Bartoli, que más tarde apostató (²²⁴); allí San Pío impuso como director, en 1913, al Padre Chiaudano (²²⁵), un jesuita que, como el Padre Mattiussi, apoyaba la lucha antimodernista del Pontífice, y que había roto relaciones con la revista en 1908. Es comprensible que el colegio de redactores de la revista (del que Rosa era vicedirector) no acogiera de buen grado el nombramiento del Padre Chiaudano (²²⁶), tanto más cuanto que, según Mons. Pagano (²²⁷), el nombramiento de Chiaudano se impuso también para evitar que el vicedirector, el P. Rosa, se convirtiera en director de la revista (como sucedería tras la muerte de Chiaudano en 1915) (²²⁸). Si, por tanto, por desvalorización de la Compañía de Jesús como tal se entiende un juicio negativo sobre la Compañía en su conjunto en aquel período (y no sobre algunos de sus miembros, como el Padre Mattiussi), la acusación contra Mons. Benigni golpea también a San Pío X por el hecho mismo.

En el clima de esta “lucha a cuchillo” entre católicos integristas y jesuitas, que atrajo la atención del mismo Gramsci desde la cárcel (²²⁹), Mons. Benigni replicó golpe tras golpe a los ataques que le dirigieron las autoridades de la Compañía, en Alemania, Italia y Roma, y que llevaron, sobre todo en los últimos años del pontificado de Pío X (1913-1914), a una campaña de prensa contra los católicos integristas por parte de los jesuitas (²³⁰), quienes finalmente –en la persona del Padre Léonce de Grandmaison, director de la revista *Études*– a la muerte de San Pío X manifestaron su juicio poco elogioso sobre el pontífice que acababa de fallecer (²³¹). “(Pío X) todavía vivía –escribe Poulat– y no faltaban signos de reticencia en la Compañía respecto a la orientación del pontificado: a medida que pasan los años, cada vez más jesuitas estiman necesaria una evolución a la que el próximo Papa, sea quien sea, no podrá oponerse. **No se preparan para un giro, son ellos quienes lo preparan**” (*Intégrisme...*, pág. 77). La opinión de San Pío X respecto de la Compañía no era mejor: “El 10 de mayo de 1914 –escribe Poulat– con ocasión del centenario del restablecimiento de la Compañía (el Padre Wernz, general de los jesuitas), había recibido un breve de Pío X en el cual los elogios bastante generales iban acompañados de una exhortación a evitar el contagio del mundo, la indulgencia por sus errores y el gusto por las novedades temerarias. La revista *Études* ignoró totalmente el documento”. Poulat cita también el artículo del jesuita Padre Celestino Testore en *L’Enciclopedia Cattolica*, dedicado a dicho Padre Wernz: “Las angustias y las tribulaciones no le faltaban al verse a sí mismo y a sus hermanos señalados como adversarios y falsos hermanos, reticentes y poco dóciles a la autoridad de la Iglesia en la cuestión del modernismo”. Pero entre los “falsos hermanos” se podría situar también a Pío X, según el testimonio del Card. Gasparri, el 28 de marzo de 1928, en el proceso de beatificación del Papa: “Pío X no estaba del todo seguro de su ortodoxia; los consideraba, a unos más, a otros menos, un poco manchados de modernismo, y así lo decía en privado; pero más tarde sus palabras, como era natural, les fueron referidas. El actual preposición general me decía que esta falta de confianza afligía

profundamente al Padre Wernz y quizás había acelerado su muerte. Que esta actitud del Papa fuera la consecuencia de informaciones falsas que le llegaban del S.P., los jesuitas lo tienen por cierto, y con razón”. ¡Esto es lo que pensaba del Papa Pío X el Secretario de Estado de Benedicto XV y Pío XI! Poulat comenta: El Card. Gasparri invertía la explicación: si Mons. Benigni desconfiaba de los jesuitas, era porque el propio Pío X no estaba convencido de su ortodoxia (232).

El Padre Enrico Rosa: ¿oráculo vaticano o “lunático criminal”?

En su serie de artículos sobre Mons. Benigni, el P. Nitoglia, sobre todo en su tercera parte, propone como figura emblemática de un antimodernismo equilibrado, “moderado” y fiel a la Iglesia, al jesuita Padre Enrico Rosa, director durante muchos años de *La Civiltà Cattolica*: “El caso de Enrico Rosa (1870-1938) es emblemático. Era considerado universalmente como ‘un ejemplo de guía segura en el campo filosófico y teológico, de fiel intérprete y defensor de las directivas de la Santa Sede’. Los católicos le interrogaban habitualmente sobre lo que debían pensar y hacer en determinadas circunstancias (233). En los primeros treinta años del siglo XX fue un verdadero líder en el campo religioso y doctrinal. A partir de 1905, escribió numerosos artículos en *La Civiltà Cattolica*, de la que fue director de 1915 a 1931, contra el liberalismo y el modernismo. Famoso es su libro ‘*L’enciclica Pascendi ed il modernismo*’ (1918) (*Enciclopedia Cattolica*, Ciudad del Vaticano, 1953, vol. X, col. 1338, bajo la dirección de C. Testore, entrada ‘*Rosa Enrico*’)” (Recordamos de paso que C. Testore era jesuita y escribía para *La Civiltà Cattolica* como el Padre Rosa, n.d.a.). “Sin embargo, Mons. Benigni –prosigue el P. Nitoglia– lo consideraba un modernista, pero si se leen sus artículos de crítica al liberalismo y al modernismo –así como su libro de 1918, que es un clásico de la literatura antimodernista– uno queda fascinado por su claridad, profundidad y pureza de doctrina totalmente católica y antimodernista. ¿Cómo pudo decirse que fuera un modernista? Sólo una pasión desregulada, que se impone a la razón y a la recta voluntad, puede explicar semejante juicio que no tiene ningún fundamento en la realidad. Además, considérese el hecho de que el Padre Rosa escribió para ‘*La Civiltà Cattolica*’ a partir de 1905, es decir, bajo el recién iniciado pontificado de San Pío X, que utilizó el órgano de los Padres jesuitas, en estrecha colaboración con la Secretaría de Estado, para explicar y refutar el error modernista. ¿Es posible que San Pío X confiara la lucha contra el modernismo a un modernista, trabajando bajo la supervisión directa de su Secretario de Estado, el integrista Cardenal Merry del Val, y bajo la mirada del mismo Pontífice, sin haber entendido nada? ¿No es este juicio una crítica implícita al mismo Pío X? Si se tiene en cuenta que, a partir de 1911, como hemos visto en artículos anteriores, Monseñor Benigni rompió con su antiguo protector, el Cardenal Merry del Val, que entonces también fue criticado por Benigni y considerado excesivamente moderado y ‘temeroso’, no debería sorprendernos tanto un tal juicio. Comprobamos pues la exageración objetiva de Benigni al criticar duramente a cualquiera que no pensara exactamente como él”. Basándose en esto, el P. Nitoglia concluye: “por tanto, la reacción de Benedicto XV contra Benigni y el S.P. no fue injusta, desproporcionada o un efecto desagradable de su presunto ‘liberalismo’ o ‘modernismo’, sino que se debió a la forma de actuar de Benigni, de criticar y condenar excesivamente todo y a todos, lo que perjudicó su obra de catolicismo integral, sustancialmente buena en sí misma, pero accidentalmente empañada por un cierto *modus agendi* excesivamente crítico, casi calumnioso”. ¡Al contrario: no sólo, según el P. Nitoglia, la reacción de Benedicto XV contra el *Sodaditium* y los católicos integristas habría sido justa y proporcionada, sino que incluso el cambio práctico en la actitud de la Santa Sede hacia los

modernistas (que fue entonces: ¡“*menos vigilante y represiva, más inclinada a vigilar que a condenar*”!) fue, también esto, ¡culpa de Mons. Benigni! Léase para creer: “*lo que realmente desconcierta no es el modo de actuar de Benedicto XV o de San Pío X, sino sobre todo el de Monseñor Benigni, que empujó a la Santa Sede luego a ser menos impetuosa en la condena de los modernistas*” (así termina la tercera parte).

El P. Nitoglia elige, pues, precisamente como modelo al P. Enrico Rosa, que fue el enemigo más cruel de Mons. Benigni (ya lo veremos), y que testificó, como el Card. Gasparri, contra la santidad de Pío X durante el proceso de canonización (234). Él es libre de hacerlo: cada cual elige a sus héroes. Desgraciadamente, dada la estima en que se tiene al autor en el “mundo tradicionalista”, su juicio (a favor del P. Rosa, en contra de Mons. Benigni, presentado como un calumniador) podría influir irremediabilmente en los jóvenes lectores, sobre todo en los jóvenes seminaristas y sacerdotes “tradicionales”,



Imagen para la elección de San Pío X

esperanza de la Iglesia de mañana: esto es lo que quisiera evitar. El P. Rosa es presentado como el más fiel intérprete de San Pío X, Mons. Benigni como un crítico, aunque implícito, del mismo San Pío X (porque criticaba al P. Rosa y a los jesuitas de *La Civiltà Cattolica*). Leamos entonces un testimonio nada sospechoso, el del Card. Gasparri, pronunciado el 28 de marzo de 1928 (en plena crisis de la *Action Française*) en el proceso de beatificación de Pío X (deposición que el P. Nitoglia conoce, pues la cita en el primero de sus artículos sobre el tema). “*Tome, por ejemplo, los jesuitas. El Santo Padre Pío X –asegura el Card. Gasparri– no estaba del todo seguro de su ortodoxia; los consideraba, a unos más, a otros menos, un poco manchados de modernismo, y así lo decía en privado; pero más tarde sus palabras, como era natural, les fueron referidas. El actual prepósito general (W. Ledochowski, n.d.a.) me decía que esta falta de confianza afligía profundamente al Padre Wernz (entonces General, n.d.a.) y quizás había acelerado su muerte*”. El historiador Roberto De Mattei (conocido por su estima hacia la Compañía) no puede, pues, ser acusado de parcialidad cuando expone el mismo concepto expuesto por el Card. Gasparri, que no es sino una evidencia histórica: “*Pío X no ocultaba su desconfianza hacia la nueva línea de la Compañía de Jesús. El Padre Franz-Xaver Wernz (1842-1914), prepósito general de la Compañía, gravemente enfermo, escribió el 31 de julio de 1914 una larga carta en la que protestaba su fidelidad y la de la Orden y pedía directivas al Papa. El Papa Sarto no respondió y en una conversación confidencial con el nuevo ‘asistente de Italia’, expresó su preocupación por la línea de las revistas ‘Études’ y ‘Stimmen aus Maria Laach’ y por la persona del Padre Wlodzimierz Ledochowski (1866-1942), ‘asistente’ del Padre Wernz y desde el 11 de febrero de 1915 su sucesor como General de la Orden*” (235).

Así pues, el P. Nitoglia acusa a Mons. Benigni de dudar de la ortodoxia de los jesuitas, y en esto de ir contra Pío X, y Gasparri atribuye este pensamiento precisamente a Pío X, hasta el punto de que habría hecho morir de pena al Padre General. Claro que Gasparri atribuye a Benigni la influencia sobre Pío X: “*Que esta actitud del Santo Padre fuera la consecuencia de informaciones falsas que le llegaban del Sodalitium Pianum, los Padres de la Compañía*

lo tienen por cierto, y con razón: se podría interrogar al actual Padre General, el P. Rosa...” (*Disquisitio*, págs. 10-11). Así, para el P. Rosa, el héroe del P. Nitoglia y de los “moderados”, Benigni era un calumniador, y Pío X un hombre crédulo que bebía las mentiras de Benigni. Un bello retrato de Pío X, el del antimodernista Padre Rosa... Pero el P. Rosa, argumenta el P. Nitoglia, escribía en *La Civiltà Cattolica* desde 1905, por tanto bajo Pío X, y *La Civiltà Cattolica* refleja, como todo el mundo sabe, el pensamiento de la Secretaría de Estado, y por tanto en ese momento de Merry del Val, y por tanto del mismo Papa (Pío X): P. Rosa = C.C. = Merry = Pío X. Pero, ¿es realmente así? ¿Preguntémosle a Pío X qué piensa! Me refiero al mencionado episodio de 1908 (enfrentamiento entre *La Civiltà* y la prensa integrista): he aquí lo que el Santo Papa escribió al Padre Ruggero Freddi, primer asistente del General de la Compañía (18 de septiembre de 1908, TAGLIAFERRI, págs. 338-339): la entrevista del Padre Pavissich, de la *La Civiltà Cattolica*, produjo “un verdadero escándalo por las ofensas lanzadas en esa publicación (autorizada por Pavissich) contra tantos miembros meritorios de la causa católica, por el desprecio con que se les trata, y por la petulancia de que lo que escribe *La Civiltà Cattolica* deba ser considerado como un oráculo. Inmediatamente envié una carta al Cittadino di Mantova [Ciudadano de Mantua] para que se retractara, pero respondieron que lo que se había impreso era apenas la mitad de lo que se había dicho. Mientras tanto, recibo constantemente cartas e informes en los que se repite que algunos Padres de *La Civiltà* están propagando que el Padre General y el Papa condenan las críticas que se hicieron, tanto que a los Padres de la Compañía se les prohibió escribir en *L’Unità Cattolica* y en *Le Armonie della Fede*, y de entrar de cualquier otro modo en contradicción con *La Civiltà*, y que, en una palabra, el Papa piensa como ellos, pero hay personas en el Vaticano que se le oponen. Esto entonces es tan grande que no puedo dejarlo pasar”. Y sobre el director de la revista del P. Rosa, Pío X escribe: “Ahora le creo impotente para imponerse a algunos que han tomado el control, que después de haber provocado invocan la caridad fraterna, el respeto debido a un colegio de sabios, la autoridad del Papa (estas son sus cartas), y tienen la pretensión no sólo de permanecer intangibles, sino de ser alabados. Su Reverendísima Paternidad me hará un distinguido favor si habla sobre el tema con el Reverendo Padre General, porque creo que ahora es necesaria alguna medida para poner fin a estas luchas y evitar una división demasiado acentuada en la Compañía”. Después de este texto, ¿qué queda del argumento “P. Rosa = *La Civiltà Cattolica* = Pío X”? Sólo una “petulancia” que era “tan grande” que Pío X no podía pasarla por alto (otro caso en el que *La C.C.*, y el P. Rosa, en 1913, se jactaron erróneamente de la aprobación del Papa, es relatado por Pagano, pág. 267) ⁽²³⁶⁾. La proverbial obediencia al Papa de los jesuitas... les hizo seguir su camino, esperando la muerte del Papa. La “necrológica” de San Pío escrita en *Études* por el Padre Léonce de Grandmaison (a quien en Ecône y Albano Laziale un profesor nos presentó como el verdadero intérprete “moderado” de San Pío X en oposición a los integristas de celo amargo) ciertamente no despertó pesar por el difunto, como hemos visto (cfr. nota 231).

¿“Exagerado” Mons. Benigni? ¡Mira quién habla!

El P. Nitoglia acusa a Benigni de ser “exagerado”, “casi calumnioso”, mientras que el Padre Rosa era “moderado”. Pronto veremos los métodos “moderados” del P. Rosa y sus compañeros; por el momento nos limitaremos a los escritos del mismo contra Mons. Benigni. ¿Moderado? ¿Suave? ¿Caritativo? Permítanme una breve antología (no exhaustiva). “*Enemigos de la Iglesia*”, “*calumniadores*”, “*camarilla pequeña pero venenosa*”, “*bajo apariencia hipócrita de celosos de la integridad de la fe y de la moral, de la caridad sobre todo, de la que los autores hacen estragos*”, “*bajo la piel de corderos*

esconden la rabia de los lobos”, “obra difamatoria (que) con el pretexto de luchar contra el modernismo, dirigida por una especie de sodalicio o asociación secreta, que habría sido fundada por un antiguo maestro de modernistas”, “actos reprensibles”, “obra insensata de interesados pseudónimos que más favorecía en la práctica a la propagación del modernismo”, “lleno de hiel”, “las más vergonzosas mentiras y contradicciones”, “el rencor que le obsesiona”, “tanta amargura de hiel y tantas bajas calumnias, sazonadas de piedad”, “el espíritu endurecido del desertor”, “infeliz instrumento de semejante propaganda”, “mysterium iniquitatis”, “vil campaña”, “espíritu malicioso, calumniador, simulando ser defensor de la más perfecta ortodoxia”, “hipocresía”, “manía de calumniar a las víctimas de su pasión”, “virulentos y sobornados”, “despreciable”, “máscara de hipocresía. Con la cual se cubrían entonces los traidores de la Iglesia, incluso en el clero, que fueron cómplices de las sectas y de las cortes en lo que Pío VI llamaba con razón *mysterium iniquitatis*; y el autor que las imita forma parte de ellas...”, “esto huele a mala fe más que a crasa ignorancia”, “disparates que huelen a blasfemia”, “mente sabiendo que miente”, “insolencias y calumnias del libelista”, “desciende a las más abyectas calumnias personales”, “muestra claramente el estilo del más elegante calumniador francés (Pascal)”, “el calumniador que se revuelca como el espíritu inmundo en el fango”, “antimodernista de pacotilla”, “no puede escapar al cargo de ignorancia o de mala fe, o de ambas”, “ceguera apasionada” que “le lleva incluso a escarbar en el fango de las calumnias más infames”, “expresión de sentimientos innobles, de métodos y a veces de lenguaje grosero de los anticlericales más abyectos”, “nos recuerda el caso semejante de algunos antimodernistas de hoy, que en verdad favorecen el error y apoyan a los errantes, imitando sus métodos, desacreditando la causa que fingían defender y finalmente calumniando incluso a sus sinceros y desinteresados defensores”, “una tal exorbitante fantasía calumniosa parece imposible en quien se hace pasar por una delicada conciencia, exigente con la moral y la ortodoxia contra el modernismo, el oportunismo, el regalismo, el liberalismo, por él reprochado a los jesuitas, pero que sutilmente favorece al servicio de los sorbonistas y de los capitalistas franceses”, “ignorancia”, “la campaña abyecta podrá divertir de manera despreciable a los espíritus vulgares que se deleitan en la murmuración...”. ¡Basta ya!



El Padre Pietro Tacchi Venturi S.J.,
cercano a Mussolini y Montessori

“despreciable”, “máscara de hipocresía. Con la cual se cubrían entonces los traidores de la Iglesia, incluso en el clero, que fueron cómplices de las sectas y de las cortes en lo que Pío VI llamaba con razón *mysterium iniquitatis*; y el autor que las imita forma parte de ellas...”, “esto huele a mala fe más que a crasa ignorancia”, “disparates que huelen a blasfemia”, “mente sabiendo que miente”, “insolencias y calumnias del libelista”, “desciende a las más abyectas calumnias personales”, “muestra claramente el estilo del más elegante calumniador francés (Pascal)”, “el calumniador que se revuelca como el espíritu inmundo en el fango”, “antimodernista de pacotilla”, “no puede escapar al cargo de ignorancia o de mala fe, o de ambas”, “ceguera apasionada” que “le lleva incluso a escarbar en el fango de las calumnias más infames”, “expresión de sentimientos innobles, de métodos y a veces de lenguaje grosero de los anticlericales más abyectos”, “nos recuerda el caso semejante de algunos antimodernistas de hoy, que en verdad favorecen el error y apoyan a los errantes, imitando sus métodos, desacreditando la causa que fingían defender y finalmente calumniando incluso a sus sinceros y desinteresados defensores”, “una tal exorbitante fantasía calumniosa parece imposible en quien se hace pasar por una delicada conciencia, exigente con la moral y la ortodoxia contra el modernismo, el oportunismo, el regalismo, el liberalismo, por él reprochado a los jesuitas, pero que sutilmente favorece al servicio de los sorbonistas y de los capitalistas franceses”, “ignorancia”, “la campaña abyecta podrá divertir de manera despreciable a los espíritus vulgares que se deleitan en la murmuración...”. ¡Basta ya! Tengo cerca de mí numerosos números de *La Civiltà Cattolica* con la prosa moderada y caritativa del P. Rosa, pero ¿para qué? Hasta ahora sólo he citado un artículo de 11 páginas (237): si les quitamos los insultos, ¿cuántas quedan? Por una vez se aplica el dicho *ex uno disce omnes*, así que ahorraré al lector los otros numerosos artículos que no hacen sino agravar la situación, ya que, como veremos, el P. Rosa señalará claramente a Benigni por su nombre.

Los métodos “algo exagerados”. De acuerdo. Pero, ¿de quién?

De las palabras a los hechos. En realidad, los métodos “*algo exagerados*” atribuidos a Mons. Benigni, eran, al contrario, propios de sus enemigos, basta pensar en las circunstancias que llevaron a la disolución del *Sodalitium Pianum*, circunstancias de las que ya he tenido ocasión de hablar: ¡acusar calumniosamente a alguien, ante la autoridad de

ocupación alemana, y en plena guerra mundial, de espionaje a favor de la Entente, no es ciertamente el máximo de la moderación y de la caridad fraterna! Pero los métodos sin escrúpulos de los “moderados” no se limitaron a ese caso. ¿Hablamos **del allanamiento** que el antifascista P. Rosa obtuvo (gracias al Padre Tacchi Venturi) del gobierno fascista en la casa de Mons. Benigni? De lo cual habla, por ejemplo, EMILE POULAT (*Catholicisme...*, págs. 26 y 460): “*Benigni Umberto, (...) antecedentes penales vírgenes; se menciona sólo un allanamiento policial a su domicilio, ordenado bajo el régimen fascista, a petición de un poderoso jesuita enemigo suyo, y quedó en nada, sin resultado*” (pág. 26). En nada, sin resultado por parte de la policía, sí, pero no por parte de los jesuitas de *La Civiltà Cattolica*, que impulsaron el allanamiento: “*según el Padre Rosa, la jefatura de policía sospechaba de una propaganda ‘bolchevique o similar’, y sólo encontró material antijesuita (La Civiltà Cattolica, 3 de diciembre de 1927, pág. 399). ‘Pura invención’ y ‘calumnia’ de un ‘lunático criminal’, responderá Benigni: ‘Hemos estado y estamos siempre en regla’ (Romana, abril de 1928). En una carta al Cardenal Gasparri, del 3 de mayo de 1928, denunciaba a Rosa como ‘el feliz inventor de un allanamiento a mi domicilio con el que ha inundado el Vaticano’. El Padre Rosa, en cualquier caso, sabía antes del ‘allanamiento’, gracias a una carta del casero de Benigni que le informó de sus actividades (16 de julio de 1926), de los descubrimientos que él atribuye a la policía*” (pág. 460, nota 31).

Cartas anónimas, etc. (“Benigni es una de esas personas sobre las cuales cualquiera se cree autorizado a decir cualquier cosa”, POULAT, *Catholicisme...*, pág. 42)

La carta mecanografiada anónima, o más bien con un pseudónimo (firmada Rossi, por el casero Domenico Bordi) (pág. 448), se encuentra todavía en los archivos de *La Civiltà Cattolica*, Fondo Rosa, de donde la ha tomado para su publicación el Padre jesuita Sale⁽²³⁸⁾ (todavía recuerdo que al leerla vaciló por primera vez en el P. Nitoglia, que ya frecuentaba a los jesuitas de *La C.C.*, la estima por Benigni). Ya hemos hablado de este triste asunto en una nota anterior (nota 195). Aunque la carta enviada al P. Rosa no tenía fecha, para Poulat se puede remontar al 16 de julio de 1926. Es necesario ante todo situar la misiva en su contexto. Ya hemos visto cómo *La Civiltà Cattolica* y la misma Compañía (es decir, el General) fueron hostiles a los católicos integristas y a la línea de San Pío X desde 1904-1908. En 1913 se abre el conflicto declarado con Mons. Benigni sobre la línea del pontificado en general, y sobre la cuestión de los organizaciones sindicales en particular: la última gran batalla librada en vano por San Pío X y los integristas, en particular contra el aconfesionalismo y el izquierdismo en Francia y Alemania⁽²³⁹⁾. A la muerte de San Pío, la Compañía, que había preparado el giro, lo realiza, con un suspiro de alivio por el fin de las “delaciones” contra figuras eminentes (ellos lucharon sólo contra los modernistas dogmatizantes, ya identificados y condenados como tales, mientras no querían que se dijera nada sobre los modernistas sociales y prácticos, y sus cómplices más o menos benévolos, considerando la cuestión del modernismo cerrada con *Pascendi* en 1907). Mons. Benigni quedó aislado y, como hemos visto, los círculos democristianos alemanes se hicieron con los documentos del *Sodalitium* conservados en Gand (1915). Una vez terminada la guerra, los jesuitas franceses gestionaron estos documentos, y con ellos el ataque a gran escala a Roma, con la disolución del *Sodalitium* (diciembre de 1921). Mientras tanto, en 1920 y hasta 1929, el Abbé Paul Boulin (bajo el pseudónimo de I. de Recalde, un compañero de San Ignacio), no sin la colaboración de Benigni para la investigación de archivos, había comenzado a publicar estudios históricos sobre la Compañía de Jesús, lo que suscitó la reacción inmediata de los Padres (ya hemos visto algunos ejemplos y volveremos sobre ellos). Finalmente, los acontecimientos de Francia (las negociaciones sobre las asociaciones



El Padre Saubat

diocesanas primero, en 1921, la condenación de la *Action Française* luego, en 1926), que prepararon el terreno para la asimilación en la misma condena de los integristas y de los maurrassianos, inventada por el modernista Louis Canet, miembro del gobierno. Sin recordar este contexto, no se puede comprender el alcance de la delación (¡esta sí!) de Domenico Bordi contra su empleador. La carta (¿acordada?) explica el “motivo” (o un motivo, como veremos) del gesto: “*ferviente admirador de la benemérita Orden, siento el deber de denunciar la campaña denigratoria que Mons. Benigni lleva a cabo intensamente contra la Compañía de Jesús desde hace varios años, y hoy más que*

nunca: una campaña verdaderamente repugnante que necesita ser detenida enérgicamente”. El objeto de la denuncia: por una parte, la publicación de opúsculos antijesuitas (menciona detalladamente ocho de ellos: son los libros de la colección Recalde), dando las direcciones de donde se encontraba el material (¡50 quintales de libros!) en caso de allanamiento; por otra parte, las acusaciones contra su sobrino Pietro Mataloni y su secretaria Bianca D’Ambrosi (*sic*, por D’Ambrosio), “*dos verdaderos bandidos de una cruzada indigna*”. D’Ambrosio, mientras vivía en su propia casa, era supuestamente la “*amante*” y “*concubina*” del prelado. El financiador de los libros antijesuitas sería entonces “*el banquero Simón*” (240), pero Benigni, su sobrino y su amante, se repartirían en realidad el dinero. Sigamos, pues, las dos pistas, la de la (in)moralidad y la de los opúsculos antijesuitas; luego veremos otras: los enriquecimientos ilícitos, la complicidad con Buonaiuti (¡!), la traición a la Santa Sede y demás. Sobre la “relación” con D’Ambrosio, ya hemos hablado en una nota (195). En 1926 la mujer, que había sido presentada a Benigni por su confesor, tenía 39 años (¡en aquella época!), y el prelado, ya gravemente enfermo, 64. Ya hemos visto el peso (nulo) que E. Poulat dio a la acusación, que iba dirigida a muchas otras figuras eclesíásticas famosas de la época (241), y el peso (nulo) que le dio la vigilante policía fascista, que definió a D’Ambrosio como de “*buenas costumbres*”, sobre todo porque su correspondencia –y por tanto, la del prelado– estaba, como se ha dicho, controlada por la misma policía: un informe sobre la “relación” habría sido útil a la jefatura de policía, si el asunto hubiera tenido realmente lugar. Incluso un autor completamente hostil a Mons. Benigni, Paul Droulers, escribió al respecto: “*une dénonciation de son ancien valet de chambre est de nulle valeur* - una denuncia de su antiguo ayuda de cámara no tiene ningún valor” (242). Sin embargo, Bordi denunció a Benigni no sólo ante el P. Rosa, sino también ante su amigo y colaborador el Padre Saubat (antiguo miembro de la Dieta del *Sodalitium*). El mismo Padre Saubat habló de ello en el proceso de beatificación de Pío X, este es su testimonio: “*Gritaban de todas partes contra Benigni; lo acusaban de heterodoxo, de mala moral, de connivencia con la masonería. Todo es falso. Sus ideas en materia de fe eran básicamente rectas. Su moralidad era incuestionable. Durante años y años le seguí a todas partes y me acerqué a él a todas horas, incluso en ciertos momentos en los que le acompañaba un camarero, en el que él confiaba mucho y yo muy poco, y que, por tanto, me veía con desconfianza; sin embargo, nunca pude descubrir el más mínimo indicio de algo más que una moral impecable*”. El propio Saubat adjuntó a su testimonio oral una nota escrita: “*Le atacaron en su vida privada. Antes de ayudarle, consulté al Padre Pío de Langogne (Mons. Sabadel), que me dijo: ‘es un buen sacerdote’*”.

Tras hablar de su fe y de su práctica religiosa y sacramental, añadió: “*Nunca he encontrado el menor indicio de que se haya comportado mal. Esto es en respuesta a quien, en un momento dado, hizo mecanografiar una carta en varios ejemplares para decir, sin prueba alguna, que se comportaba mal. A este respecto, debo declarar tan solemnemente*

como por fe, que nunca advertí que hubiera nada reprobable en su conducta moral. Añadiré que a raíz de algunas denuncias que me hicieron a mí y a otros por su casero Domenico Bordi, en quien Benigni confiaba, pero no yo, me puse en guardia. Pero a pesar de ello, no noté absolutamente nada en ningún momento” (243). ¿Queremos otro testimonio? Tenemos el del periodista Guido Aureli, a quien la *Disquisitio*, a diferencia del P. Nitoglia (¡toda la quinta parte de sus 15 artículos es un continuo ultraje a su persona!) tiene en gran estima (244): “*Mentiras sobre mentiras golpearon (en vida, sin embargo, todas destruidas en cuanto él tuvo conocimiento de ellas) a Mons. Benigni, incluso después de su muerte. Falsedades sobre su inmoralidad con las mujeres*”. Tras hablar de algunas colaboradoras de la *Storia Sociale*,



Emanuel Brunatto

Aureli aborda nuestro caso: “*La traición de un casero, Bordi, al que ya no podía mantener pródigamente, una traición pagada, fue causa de terrible pena para el pobre monseñor y se torna en infamia perpetua de quienes lo utilizaron. Bordi, que murió en una clínica de Roma, adonde fue llevado por un ataque de apendicitis, en su lecho de muerte llamó urgentemente a Monseñor Benigni, a quien llorando pidió perdón, confesando su crimen y el mandante, un nombre que Mons. Benigni no reveló, pero que todo el mundo adivinó (se pueden tener todos los detalles que se necesiten sobre el asunto, yo mismo puedo obtenerlos)*” (245), y nosotros también adivinamos fácilmente. Adivinamos fácilmente al mandante, pero al lector quizás le cueste creer que no se trate de un enemigo de la Iglesia o de un modernista (lo que es peor; y los modernistas no dejaron de lanzar acusaciones similares y al mismo tiempo inverosímiles) (246), sino de un religioso estimado, un oráculo vaticano. Entonces quizás sea útil otra fuente, y otra calumnia proveniente del mismo personaje. Esta vez la acusación, sin reparar en contradicciones, se refiere al pecado contra natura. Una acusación que sin embargo permaneció oculta, aún más que la anterior, precisamente porque carecía de pruebas y confirmaciones. Menciono con repugnancia este oscuro asunto, que se refiere a un tipo de hecho que ha cobrado triste actualidad en nuestros días. Está relacionado con el anterior, es decir, con la denuncia de Domenico Bordi contra Mons. Benigni, hecha al P. Rosa, recordemos, en julio de 1926. Fue sólo entonces (247) cuando el Padre Rosa desencadenó una polémica continua y personal contra Mons. Benigni desde las influyentes páginas de *La Civiltà Cattolica*, y precisamente con un artículo, de septiembre de 1926, con el inequívoco título: *Últimos episodios del modernismo. Benigni, maestro de Buonaiuti* (248); ¡recordemos que fue precisamente en 1926 cuando Buonaiuti fue declarado excomulgado *vitandus*! [excomulgado a quien se debe evitar, n.d.t.] (249).

El P. Nitoglia acusa a Benigni de afirmar –una acusación descabellada– que el P. Rosa era un modernista... En realidad, fue el P. Rosa quien afirmó, y escribió públicamente, que Mons. Benigni era más que un modernista, era maestro de modernistas: ¡pero no, sus acusaciones no eran exageradas! (y se las podía permitir porque tenía, como as en la manga, la carta de denuncia de Bordi y los resultados del allanamiento policial que probaban los vínculos entre Benigni y los opúsculos Recalde). La triste historia que concluye la de la denuncia de Domenico Bordi, se basa enteramente en los archivos de Emanuele Brunatto, hombre de negocios, sobrino del Padre Chiaudano S.J., convertido por el Padre Pío de Pietrelcina de una vida desordenada, que, con el apoyo de algunos amigos, entre ellos el alcalde de San Giovanni Rotondo, Francesco Morcaldi, trabajó con todos los medios (más o

menos ortodoxos) para hacer levantar las medidas disciplinarias tomadas por el Santo Oficio contra el venerado fraile capuchino. Hay tres escritos a los que hacer referencia: el libro (escrito por el propio Brunatto pero publicado bajo el pseudónimo de JOHN WILLOUGHBY) “*Gli anticristi nella Chiesa di Cristo*” [Los anticristos en la Iglesia de Cristo], Aldana, París, 1933; el de GIUSEPPE PAGNOSSIN, “*El calvario del Padre Pío*”, vol. I, editado por el autor, 1978, y el inédito de ALBERINDO GRIMANI, “*Por el Duce o por el Papa (Los anticristos de Brunatto)*”, Roma, 2015. Nuestra historia comienza con dos documentos reproducidos por Pagnossin en la pág. 457. El primero es del siguiente tenor: “*Secretaría de Estado. Vaticano, 15 de diciembre de 1927. El abajo firmante, Cardenal Secretario de Estado, con la aprobación especial del Santo Padre, encarga a Mons. Felice Bevilacqua realizar una investigación sobre un eclesiástico cuyos datos personales serán revelados oralmente, autorizándolo a interrogar a aquellas personas que considere útiles para los fines de la investigación y a someterlas al juramento de veritate dicenda et de secreto servando; y le dota a tal efecto de todas las facultades necesarias y oportunas, ordenando a cualquiera, incluso a los constituidos en dignidad o en todo caso exentos, a prestarse a cuanto él les solicite. Pietro Cardenal Gasparri*”. El segundo, en cambio, dice: “*Vicariato de Roma - Oficina II. Roma, 19 de diciembre de 1927. Dado que el abajo firmante debe, por mandato de la Autoridad Superior, investigar canónicamente la conducta de un eclesiástico, encargo por la presente al Señor Emanuele Brunatto la realización de algunas investigaciones al respecto. Mons. Felice Bevilacqua*”. Ya conocemos al Card. Gasparri. Mons. Felice Bevilacqua (1876-1936) era entonces responsable de la disciplina del clero en el Vicariato de Roma y poco antes, en la primavera de 1927, había sido nombrado visitador apostólico para investigar a los acusadores del Padre Pío en el clero de San Giovanni Rotondo, clero sostenido por el propio obispo de Manfredonia, Mons. Gagliardi. Con motivo de esta visita apostólica, Mons. Bevilacqua contó con la colaboración de un laico, Emanuele Brunatto (1892-1965), devoto del Padre Pío, que ya había denunciado, con el alcalde Morcaldi, la inmoralidad del clero en cuestión. Por lo tanto, Mons. Bevilacqua y Brunatto se conocían bien y habían colaborado recientemente, en particular en cuestiones relativas a la inmoralidad de algunos sacerdotes. Pero ¿quién era el sacerdote anónimo que ambos debían investigar canónicamente? En teoría se trataba de Mons. Ricardo Sanz de Samper y Campuzano, que ya mencioné, Mayordomo de Su Santidad y Prefecto del Palacio Apostólico de 1921 a 1926, cuando fue suspendido (pero aún no privado de sus funciones) por rumores sobre su inmoralidad ⁽²⁵⁰⁾. Pero en realidad el objetivo era otro, como reveló el P. Enrico Rosa al recibir a Brunatto (a quien ya conocía por el asunto del P. Pío) los días 13 y 14 de diciembre de 1927: se trataba de Mons. Umberto Benigni. La investigación de los dos “inquisidores”, Bevilacqua y Brunatto, avanzó por caminos paralelos, tanto sobre Samper como sobre Benigni (y algunos de sus amigos sacerdotes: Francesco Lucidi y Giuseppe Crosatti). Los dos, sin embargo, llegaron a conclusiones diferentes, si no opuestas. Mons. de Samper no tenía escapatoria: era fácil comprobar su vida escandalosa, que ya había comprometido su ascenso a cargos superiores en 1926 (la púrpura cardenalicia se daba por sentada). De hecho, en octubre de 1928 fue destituido definitivamente, con su dimisión forzada, de su cargo de Mayordomo de Su Santidad, pasando a ser “Mayordomo Emérito” para el Anuario Pontificio. Mons. Bevilacqua, por tanto, se dedicó exclusivamente a Mons. Benigni, yendo a Turín para recoger el “testimonio” contra él del Padre (o terciario) dominico Lorenzo Regattieri ⁽²⁵¹⁾, que muchos años antes había sido dirigido por el propio San Pío X a Mons. Benigni para denunciar la situación en la Universidad de Friburgo ⁽²⁵²⁾. Bevilacqua escribió triunfalmente desde Padua a Mons. Carlo Perosi ⁽²⁵³⁾ el 19 de febrero de 1928, pensando que podría inculpar a Mons. Benigni: “*espero haber encontrado el camino a recorrer, siempre in genere morum*” [in genere morum: en el tema de las

costumbres, de la moral, n.d.t.] (fotografía de la carta en PAGNOSSIN, vol. I, pág. 157, y en ALBERINDO GRIMANI, pág. 70), esta vez contra natura, previendo que Benigni “naufragaría” de este modo. No creo entonces que sea casualidad que una nota ministerial del 25 de marzo de 1928 ordenara poner bajo control la correspondencia de las hermanas Maria y Bianca D’Ambrosio, en la dirección de las cuales Mons. Benigni recibía las comunicaciones postales, control que duró hasta el 29 de abril de 1931 (cuando cesó por intervención del jefe de la policía política, Arturo Bocchini) ⁽²⁵⁴⁾, a pesar de que ellas mismas y Benigni colaboraban con la policía política: tal control, y a partir de esa fecha, ¿no puede dejar de recordar el allanamiento policial al domicilio de nuestro monseñor en 1927, obtenido por el jesuita P. Rosa a través del jesuita Tacchi Venturi! Pero a pesar del control policial durante unos buenos cuatro años, y de las esperanzas de Mons. Bevilacqua, las acusaciones terminaron en una pompa de jabón: no hay rastro de un proceso canónico, ni de ninguna prueba o consecuencia contra Mons. Benigni. Brunatto también había llegado a esta conclusión (la mía, no la de Bevilacqua), tras haber localizado a Bianca D’Ambrosio (acusada, recordemos, por el casero Bordi) a través de un viejo amigo: el editor de la *Libreria del Littorio*, Giorgio Berlutti, que había publicado para Brunatto, en 1926, que escribía bajo el pseudónimo de Giuseppe De Rossi, un libro en defensa del Padre Pío que fue inmediatamente puesto en el *Índex* por falta de *imprimátur*, pero que desencadenó la visita apostólica de Bevilacqua a San Giovanni Rotondo. D’Ambrosio había trabajado para Berlutti antes de pasar al servicio de Mons. Benigni, y Berlutti la recomendaba en todos los aspectos. Así fue como Brunatto, convencido de la inocencia de Mons. Benigni ⁽²⁵⁵⁾, acabó colaborando con D’Ambrosio y el sobrino de Mons. Benigni, Mataloni, en la investigación paralela que le había encargado en febrero de 1928, el Card. Merry del Val, en detrimento de Mons. Camillo Caccia Dominioni (1877-1946), Maestro de Cámara de Su Santidad (el cargo inmediatamente inferior al de de Samper) y amigo íntimo de Pío XI (así como de Samper llevaba en su escudo las armas de Benedicto XV, Caccia Dominioni combinaba su escudo familiar con el de Pío XI). En el caso de Caccia Dominioni, las pruebas de sus “*prácticas homosexuales*” eran precisas y circunstanciales, e incluso conocidas por la policía ⁽²⁵⁶⁾. Caccia Dominioni estaba destinado a la púrpura cardenalicia (la obtuvo de hecho, pero sólo en 1935). Para silenciar el escándalo intervino.... sí, el propio P. Rosa, tan celoso contra Mons. Benigni, pidiendo a BRUNATTO que cerrara los ojos (cfr. *Gli anticristi nella Chiesa di Cristo*, págs. 68-70), e incluso, si hemos de creer al mismo Brunatto, llegando a encargar una eventual tentativa de homicidio para recuperar un documento comprometedor para el Maestro de Cámara (cfr. *Gli anticristi nella Chiesa di Cristo*, págs. 70-75); el P. Rosa habría sido el mandante de la tentativa (pág. 73): “*este tipo de acción no era nueva para el Padre Enrico Rosa, que conoció alguna otra que salió bien, de lo que el lector encontrará documentación detallada en el volumen siguiente*” (pág. 72). Cómo podía un religioso, devoto además, calumniar o incluso planear un eventual homicidio, habría que preguntárselo a los antiguos laxistas ⁽²⁵⁷⁾. Pero la cosa es tan grande que nos preguntamos: ¿es Brunatto plenamente digno de credibilidad? Ciertamente tenía testigos, pero mi respuesta es: solo Dios lo sabe. Mons. Benigni, el mismo año de la publicación de este libro, fue bastante severo con respecto a él ⁽²⁵⁸⁾, y en esto tenía razón, ya que Brunatto es poco fiable sobre Mons. Benigni (págs. 64-67), no dando ninguna prueba de lo que era afirmado por sus enemigos, sobre todo porque colaboró en 1928 con D’Ambrosio y Mataloni, cosa que no habría hecho si su juicio sin pruebas sobre Mons. Benigni hubiera sido correcto. Distinto es el discurso sobre otras personalidades, sobre las que no falta documentación. Cierro esta triste página que de buena gana habría omitido, y que en todo caso la prensa “tradicionalista” ya había tratado, sustancialmente, desde hace varios años ⁽²⁵⁹⁾. La he tratado a mi vez, aunque siempre he evitado hablar de asuntos contingentes y privados,

limitándome a cuestiones doctrinales. Si en este capítulo he roto la regla, por así decirlo, es para mostrar cómo los métodos excesivos que se atribuyen a Mons. Benigni hay que atribuirlos, en cambio, a esos “moderados” que se proponen como ejemplo, como el P. Enrico Rosa.

Mons. Benigni, ¿modernista y maestro de Buonaiuti? El equívoco del P. Rosa (y de otros)

Ya hemos visto cómo ya en 1922 el P. Rosa llamaba a Mons. Benigni “*antiguo maestro de modernistas*”: no mencionaba su nombre, pero la alusión era transparente. Cuando más tarde Buonaiuti fue excomulgado *vitandus* (la más alta pena eclesiástica) y el casero de Mons. Benigni le dio pruebas de que su prelado tenía guardados los libros sobre los jesuitas de la colección Recalde, el Padre Rosa volvió al ataque. El artículo que ya he citado (*Últimos episodios del modernismo*, vol. III, cuaderno 1829) del **4 de septiembre de 1926** iba en apariencia contra Buonaiuti y sus discípulos (Ambrogio Donini, Alberto Pincherle), utilizando incluso un estilo que, aunque dirigido contra un hereje, no puede dejar de desagradar, como cuando escribe que incluso sus amigos reconocen en él “*un caso de esa histeria muy frecuente en las personas o en los temperamentos femeninos de nuestro tiempo*” (pág. 426). Pero... *in cauda venenum*. En la pág. 430 escribe que desde hacía veinte años Buonaiuti ya no era cristiano, “*como cuando todavía era solo seminarista (en realidad ya era sacerdote y profesor de seminario, n.d.a.) comenzó, en 1904, a traducir y publicar en la Miscellanea de Umberto Benigni las doctrinas más que heréticas de Auguste Sabatier, primer teórico del modernismo (Les religions d’autorité et les religions de l’esprit), sin citar la fuente*”. Unas páginas más adelante, el ataque a Benigni por los opúsculos de Recalde: “*Pero aún hay otros que manipulan en aras del error, y alguno incluso con aire de combatirlo, ya sea trabajando para sembrar la división y la desconfianza entre los católicos sinceros, el descrédito sobre personajes eminentes y la autoridad misma del Pontífice, la difamación sobre Órdenes religiosas enteras*” (es decir, la suya) (pág. 437). ¿Y de quién se trata? “*Es decir que existe un modernismo práctico, lleno de maquinaciones privadas y públicas*”, he aquí la denuncia de Bordi, “*que se quiere disimular con un antimodernismo doctrinal tanto más sospechoso cuanto menos acreditado está por la gravedad de la vida, de los estudios y de los escritos*”. Y he aquí el nombre, en tono alusivo: “*de lo que podría dar amplias informaciones aquel antiguo director de Miscellanea que fue maestro de Buonaiuti y luego editor de sus primeras vulgarizaciones del modernismo de Sabatier, como hemos dicho más arriba*” (pág. 438). Terminando con la amenaza de nuevas revelaciones, “*esta gente retomarás su actividad clandestina después de las vacaciones, apoyada por cierto rico Simón, por los pseudo ‘simoníacos’ pagados por él, de Roma y de la capital francesa. Entonces desvelaremos también (amenaza y chantaje, dictados por el temor, n.d.a.) por necesidad, muchos tristes episodios de este verdadero modernismo que hasta ahora hemos ocultado por elevadas razones fáciles de comprender para nuestros lectores. Y ellos echarán también, creemos, nueva luz sobre el hecho, aparentemente inexplicable, de la continua tolerancia y propaganda del modernismo, y de la audacia que mostraban los verdaderos modernistas, incluso bajo el pontificado de Pío X. El caso –al que aludimos aquí con discreción– es mucho más grave*” que el de las negligencias de los censores eclesiásticos que dieron las autorizaciones a Buonaiuti. Pero las amenazas de Rosa, nacidas de la cólera por los opúsculos de Recalde y facilitadas por la denuncia de Bordi, no detuvieron las publicaciones de quien, evidentemente, no era susceptible de ceder a un chantaje, como él creía o esperaba. El **16 de julio de 1927**, reseñando un libro de Buonaiuti, recordaba su colaboración “*más breve y astuta con la Miscellanea de Umberto Benigni*”

(²⁶⁰): la piedra estaba de nuevo lanzada. El P. Rosa fue siempre la bestia negra de Buonaiuti, y en general de los modernistas ya descubiertos y excomulgados, mientras que era todo dulzura e indulgencia con los menos visibles (²⁶¹). En efecto, después de defender al Padre Semeria, “calumniado” por *Fede e Ragione*, e insultar como de costumbre a “*la banda Recalde*” en el número del **20 de agosto de 1927** (²⁶²), el siguiente **3 de diciembre de 1927**, el Padre Rosa renovó sus ataques respondiendo a un artículo publicado por *Vita Italiana* de Giovanni Preziosi, del 15 de marzo-14 de abril de 1927: *La otra “Internacional”: ¿cuál es la actitud de los jesuitas ante la Italia fascista?* El artículo, aunque anónimo, era de Mons. Benigni, y Preziosi (“*ya sacerdote*”, como recordaba el P. Rosa) lo había publicado censurado y modificado (Benigni lo publicaría íntegro con el título: *I gesuiti e l’Italia fascista. Otro “golpe” de la Internacional jesuita contra el Fascismo*, en diciembre de 1927). Para Mons. Benigni, la Compañía, en Italia y en el extranjero, hacia oposición al Régimen; esto era algo evidente para todos, que el Padre Rosa trataba de ocultar pero que se pondría de manifiesto en 1943; pero ya en agosto de 1929, el Padre Rosa tendría que sufrir un breve exilio en España por estos motivos (²⁶³). El P. Rosa fingió que se trataba de una calumnia de “*benignos cómplices romanos*” (pág. 389), de “*ese viejo periodista, ya demócrata y partidario de Murri, maestro del modernista Buonaiuti, luego amigo y compañero de los más clamorosos, si no más sinceros antimodernistas*” (pág. 390), con sotana de bordes morados, de “*modales torpes y exagerados*” (pág. 400), escrita al estilo de las agencias clandestinas *Urbs, Veritas, Romana* (pág. 390), calumniador “*contra el Vaticano, los Cardenales, el propio Eminentísimo Secretario de Estado (...) incluso el Santo Padre, y primero contra la venerada memoria de Benedicto XV monstruosamente difamado en un pequeño periódico literario mundano, La Ronda (febrero de 1922)*” (²⁶⁴), *que entre los nombres de sus autores contaba también el de Umberto Benigni*” (pág. 399). El P. Rosa presume de su bondad al no nombrarlo (!), pero en una nota (pág. 399) le recuerda “*que hace varios años (en realidad el año anterior, n.d.a.), el casero de un conocido personaje aseguró que él mismo había enviado varios miles*” (de “panfletos” antijesuitas), por lo que la policía tuvo dudas y, temiendo la propaganda bolchevique, llevó a cabo el famoso allanamiento. El P. Rosa sabe muy bien que miente, pero la nota es una clara y reiterada amenaza de publicar “*otras pruebas y otros documentos para aclarar la fe y la moral de nuestros denunciantes ‘integristas’ pero no íntegros*” (pág. 400). De las maniobras para mancillar su moralidad, hemos hablado; de aquellas para mancillar su fe estamos hablando, y aquí después de Buonaiuti asoma también el fantasma de Murri. Y así llegamos a 1928. El **7 de abril de 1928**, *La Civiltà Cattolica* publicó un nuevo artículo titulado “*Las nuevas difamaciones de una agencia clandestina*” (²⁶⁵), que sería la Agencia *Urbs* “*de los Benigni-Mataloni-Recalde*”, como escribió el P. Rosa. Con ello continúa la polémica sobre nacionalismo-internacionalismo (²⁶⁶), sin mención del “modernismo” de Benigni, pero se da un paso adelante: se indica explícitamente su nombre y el de sus amigos. El artículo anuncia nuevas revelaciones sobre los “*oscuros asuntos*” del enemigo, y así el **5 de mayo de 1928** el P. Rosa retoma, esta vez en profundidad, la vieja tesis de un Benigni modernista, en un artículo que se anuncia contra Buonaiuti y en cambio es contra Benigni. “*En el caso presente, pues, que ha durado veinte años (ergo: 1908), el paliativo de esta lucha solapada logró ser aún más llamativo e hipócrita, mientras que nuestros difamadores y de toda la Compañía de Jesús se presentaban como ‘integristas’, casi los intachables de la Iglesia, mientras que, en verdad, eran no menos peligrosos como cooperadores que los modernistas declarados. Y Benigni se destacó, como fundador y director de una revista bimestral – Miscellanea di storia e cultura ecclesiastica – permitiendo, si no alentando, en Roma la difusión de las teorías modernistas que Ernesto Buonaiuti, entonces seminarista y su antiguo alumno, publicaba en la misma revista, traduciendo literalmente a Augusto*

Sabatier, el célebre protestante y primer teórico del modernismo. Es cierto que luego, por razones muy diferentes, se produjo una ruptura entre el maestro y el alumno; más exactamente, al cambiar el viento con el pontificado de Pío X y la condenación del modernismo, Umberto Benigni se mostró tanto más implacable en la forma, cuanto menos podía ser un oponente eficaz en el fondo. Esto le fue reprochado, como recordamos, desde aquellos tiempos por los jóvenes laicos de la revista milanesa Il Rinnovamento. Los cuales ciertamente eran más francos y sinceros que los clérigos, sus inspiradores y maestros; luego se redujeron fácilmente, después de haber dejado esos ardores juveniles, a pensamientos y sentimientos mucho más serios y ortodoxos, mientras que los amigos y partidarios de Buonaiuti, aunque por caminos opuestos, se precipitaron cada vez más” (págs. 235-236) ⁽²⁶⁷⁾. Y así, para el P. Rosa, Pío X utilizó a un maestro de los modernistas y colaboró con él, mientras que los verdaderos modernistas del *Rinnovamento* (Aiace Antonio Alfieri, Alessandro Casati, Stefano Jacini y Tommaso Gallarati Scotti, a quienes Achille Ratti conocía bien, apoyados por Fogazzaro, el mismo Buonaiuti y por los Padres Gazzola y Semeria), eran “*buenos muchachos*” y Maurice Blondel (el verdadero maestro de Buonaiuti) ⁽²⁶⁸⁾, lo hemos visto, “*un buen católico*”: ¡el mundo al revés! El propósito del nuevo artículo era demostrar “*cuán idéntico es el espíritu de su discípulo Ernesto Buonaiuti con el de su antiguo maestro*” o con el “*falso antimodernismo de Umberto Benigni y los falsos integristas dependientes de él*” (pág. 238). El artículo termina con una diatriba final contra “*esa forma extraña y nada franca de antimodernismo, que, dirigida o inspirada a escondidas por el viejo maestro de Buonaiuti, favoreció en tantas maneras al verdadero modernismo*” (pág. 245): lea y relea esas páginas, pero no hay ninguna prueba de la afirmación repetida, de modo que Benigni y Buonaiuti tenían en común (¡además de la inicial del apellido!) sólo el hecho de que no estimaban a los jesuitas (¡lo que podría decirse de tantos Papas, santos y teólogos católicos, sin que se pueda decir de ellos que son modernistas o jansenistas o luteranos). Buonaiuti y Benigni respondieron indignados al P. Rosa: ni uno había sido nunca discípulo, ni el otro maestro. El P. Rosa contestó a ambos el **21 de julio de 1928** ⁽²⁶⁹⁾. Con poca imaginación, el director de *La Civiltà Cattolica* repite que Benigni es el “*viejo maestro*” de Buonaiuti (pág. 158), y él es el “*alumno*” (pág. 161), volviendo a dar como única prueba el artículo del joven Buonaiuti (era en 1904) en la *Miscelánea* de Benigni, donde el primero habría citado, sin nombrarlo, al protestante Auguste Sabatier (págs. 161-162). El P. Rosa se había dado cuenta de esto en 1910 ⁽²⁷⁰⁾, pero entonces, señala Poulat, el P. Rosa escribía que “*la Miscelánea tenía una orientación notoriamente católica, con un director informado y seguro*”: pero el P. Rosa escribía esas palabras bajo Pío X con Benigni en la Secretaría de Estado, mientras que en 1928 podía fácilmente “*matar a un muerto*” como era Benigni bajo Pío XI.

A las declaraciones del P. Rosa, Buonaiuti respondió que su relación con Mons. Benigni no era la de un maestro y un alumno, sino la de una víctima (él) y un verdugo (Benigni). Y citó el famoso episodio, que tuvo lugar en 1909, del cual hablan en detalle Mons. Pagano, Don Lorenzo Bedeschi, Emile Poulat y Giovanni Sale ⁽²⁷¹⁾. Buonaiuti escribió una carta a su amigo modernista Antonino De Stefano, que entonces vivía en Ginebra, sobre su colaboración con la *Revue Moderniste internationale*. Pocas semanas después fue llamado por el asesor del Santo Oficio, el Padre dominico Pasqualigo, quien le leyó “*palabra por palabra*” la carta que había escrito a su amigo, y que revelaba incontrovertiblemente el modernismo de Buonaiuti, hasta entonces todavía oculto. La carta había sido copiada por Don Perciballi, por orden de Mons. Benigni, que conocía bien tanto a De Stefano como a Buonaiuti (habían sido sus alumnos en el Seminario Romano). Pagano escribe: “*Entre los ‘méritos’ de los que la nueva asociación puede jactarse a los ojos de Pío X en el mismo año de su fundación, está ciertamente el de la denuncia y el espionaje contra Antonino De*

Stefano en Ginebra a través de Don Pietro Perciballi, un sacerdote arrivista amigo de Benigni; este último fue quizás el inspirador de la maniobra y el intermediario para hacer llegar el dossier De Stefano a manos del Papa”, o mejor dicho sin “quizás”, ya que Bedeschi consultó el dossier del Santo Oficio enviado por Benigni a Aureli, y “una copia de esos documentos, perfectamente conforme, se encuentra en el Fondo Benigni” (pág. 235). En la operación, por tanto, no sólo estaban implicados Perciballi y Benigni, sino también Merry del Val, al corriente del *Sodalitium*, el Card. De Lai que siguió todo el asunto, el Santo Oficio y ante todo el mismo San Pío X, que pagó los gastos y dio instrucciones a Benigni para que investigara y al Santo Oficio para que procediera. Ahora bien, ¿cómo juzga el P. Rosa en *La Civiltà Cattolica* esta acción de Mons. Benigni (que desenmascaró al jefe de los modernistas italianos) e implícitamente del mismo San Pío X? En el citado artículo de *La Civiltà Cattolica*, el P. Rosa juzgaba todo como un “*hecho censurable*” (pág. 163), y escribe: “*ignorábamos por completo este oscuro asunto y cuando nos enteramos, años más tarde, por un viejo amigo de Buonaiuti y de sus cómplices modernistas de Ginebra, lo desaprobamos*”. Según él, no había “*necesidad de recurrir al robo ilícito de cartas. Bastantes otros métodos hemos utilizado*”, se jacta el jesuita, que esas “*operaciones policiales o peor, inmorales*” (pág. 164). El P. Rosa se atreve a acusar a Mons. Benigni de complicidad con Buonaiuti y luego, junto con San Pío X, de haber utilizado métodos inmorales contra el mismo Buonaiuti, e hipócritamente se gloria de no haber empleado ciertos métodos, ¿él, que se sirvió de los frutos del allanamiento alemán en Joncks, que hizo allanar la casa de Mons. Benigni, hizo verosíblemente interceptar su correspondencia por la policía, hizo espiar su moralidad, y encubrió la inmoralidad del Maestro de Cámara de Pío XI, llegando quizás a planear un crimen, si era necesario, con este propósito? La acusación no sólo se publicó en la revista de *Via della Ripetta*, sino que también se reprodujo en cartas privadas (y ciertamente en conversaciones) del director de *La Civiltà*. El Padre Sale S.J., tan comprensivo con Buonaiuti como drástico contra Benigni (272), cita a este respecto documentos inéditos del P. Rosa en los que repite las acusaciones habituales: “*Es cierto desde hace varios años –escribe a un monseñor– que primero favoreció el modernismo, como se ve también en su miscelánea eclesiástica, donde el mismo Buonaiuti empezó a escribir en 1904. Luego lo combatió, pero no siempre de forma loable e incluso recurriendo a medios desleales. Finalmente, se hizo pasar por un campeón del llamado integrismo, para quien todos los que no pensaban como él eran modernistas...*” Y concluye: “*es extraño que no se hayan tomado todavía medidas, que en todo caso podrían haberse tomado desde la época de Pío X*” (otra crítica implícita al Santo Papa) (273). Siguiendo los pasos de Mons. Benigni, que había ido a España, el P. Rosa escribió el **28 de julio de 1928** al director de la revista integrista (en el sentido carlista) española *El Siglo futuro*, que el partido de Benigni “*podría llamarse ‘modernista de nuevo cuño’*” (274). Para completar el examen de los artículos de *La Civiltà Cattolica* contra Mons. Benigni en los años 1926-1928, he aquí el artículo *L’equilibrio della verità fra gli estremi dell’errore* [El equilibrio de la verdad entre los extremos del error], del **3 de noviembre de 1928**. El P. Rosa se inspira en el escrito “*Saint-Siège, Action Française et Catholiques intégraux*”, difundido bajo el pseudónimo de Nicolas Fontaine (ya lo hemos mencionado). Dice que Fontaine es un liberal (mientras que era Louis Canet, católico modernista y amigo de los amigos del P. Rosa), pero que aprueba el escrito por estar en contra de los “*católicos integristas*”. Contra ellos, y en primer lugar Benigni y Boulin, *La Civiltà Cattolica* renueva la acusación de “*falso antimodernismo*”, de “*hacer el juego a los errantes modernistas, imitando su espíritu*” (pág. 199), “*confundiendo la causa de los ilusos no malintencionados*” (léase: los modernistas que más o menos escaparon a la excomunión) “*con la de los errantes obstinados*” (pág. 199), renovando la acusación a Benigni de haber “*favorecido en su enseñanza y en su periódico Miscellanea di*

storia ecclesiastica” el modernismo, de haberlo combatido luego con un celo sospechoso, “con métodos ciertamente no rectos y loables, según la opinión común, utilizados por él y aconsejados en la lucha, como los de su famosa *Corrispondenza*” (financiada por San Pío X), por lo que el director de *La Civiltà* se jacta de “no haber aprobado nunca tales métodos” (¿incluso cuando el Papa los aprobaba?) y de no haber nunca “tomado parte”, “y esto por razones de conciencia, de dignidad, de honor” (al contrario de Pío X), haciéndoselo “notar a quien correspondía” (que no le escuchó). Aquel que pretendía ser “más papista que el Papa” ahora, escribe Rosa, asimilando más o menos integristas y maurrasianos, como hacía Louis Canet, “abiertamente lo combate” (pág. 200), de modo que “hubo y hay en efecto una propaganda práctica de verdadero y propio modernismo, con todo su espíritu de insubordinación contra la autoridad eclesiástica, incluso la suprema” (pág. 201), pero sobre todo contra los jesuitas. Según el título, el P. Rosa denuncia los extremismos opuestos entre “nacionalismo e internacionalismo, entre semitismo y antisemitismo, entre democratismo y conservadurismo, entre liberalismo y absolutismo”, “entre los errores del viejo ‘sillonismo’, como se dice, y los no menos graves de la *Action Française*” (pág. 195) y, en el campo religioso, entre modernistas e integristas. Ahora bien, es cierto que la verdad se ubica entre los errores por exceso y por defecto (el P. Cantoni, el P. Bonnetterre y el P. Nitoglia eran aficionados a recordar esta verdad, al igual que el P. Rosa), pero el principio debe utilizarse de manera prudente, pues de lo contrario se puede jugar, como en los años 70, diciendo que la verdad es el Concilio entre los extremismos opuestos de Mons. Lefebvre y Dom Franzoni, o la Democracia Cristiana entre los extremismos del fascismo y el comunismo (cuando luego los “centristas” detestaban sólo uno de los extremos: Lefebvre, o el “fascismo”, al igual que el P. Rosa combatía a la *Action Française* y aún más a los integristas, ciertamente no a los sillonistas cuyas intenciones excusaba y alababa la sumisión a la Santa Sede: pág. 196). El artículo, como de costumbre, terminaba con las habituales alusiones a nuevas e inconfesables revelaciones “sobre muchas cosas que podríamos añadir”.

Pidiendo disculpas por las repeticiones (no son mías, sino del P. Rosa), es hora de preguntarse: ¿hay algo de cierto en las acusaciones lanzadas contra Mons. Benigni de haber sido maestro de modernistas y cómplice de Buonaiuti y Murri? Sin duda, Buonaiuti, De Stefano, Mario Rossi y otros, asistieron a las clases de Historia Eclesiástica de Mons. Benigni; también asistió Angelo Giuseppe Roncalli, cuyo *Giornale dell’anima* comienza con una cita de su profesor. Pero esto vale para casi todo el clero romano de aquellos años (Benigni enseñó en Roma de 1901 a 1923), como Canestri y Dante. Examinemos entonces los testimonios de los modernistas. Escuchemos a su conciudadano y compañero de seminario, Mons. Fracassini (1862-1950), en una carta al modernista perusino Don Piastrelli (1883-1975) ⁽²⁷⁵⁾: “Puedo decir que sus ideas nunca fueron las nuestras: su sociología era muy edulcorada y ortodoxa. Su imperialismo eclesiástico era ya entonces su ideal” (PAGANO, *op. cit.*, pág. 227). Buonaiuti, en 1907, escribió nuevamente a Piastrelli: “Pero de un hombre de esta clase, cínico y astuto, nosotros, pobres caballeros del ideal, ¡tenemos mucho que temer! ¡Debe ser demolido por el bien de la causa!” (ibídem). El epíteto “cínico y astuto” hacía referencia al célebre episodio narrado por Buonaiuti también en su autobiografía, narrado naturalmente desde su punto de vista: “...Le explicaba a veces mi ferviente entusiasmo por un sacerdocio que

Mons. Angelo Roncalli, después Juan XXIII





Don Romolo Murri

apuntara activamente a la elevación de los espíritus en una era que prometía estar dramáticamente llena de novedades y de metamorfosis. En cada una de mis confidencias más abiertas y cálidas, me miraba con ojos escépticos e irónicos, casi como si mis confesiones cándidas y confiadas fueran la expresión de una imaginación sobreexcitada y de una ilusión infantil. Él, Mons. Benigni, sólo veía a la Iglesia como una disciplina militar y una uniformidad burocrática. Para él la causa del cristianismo sólo podía ser la causa de la Iglesia y la causa de la Iglesia era la causa de un organismo ahora definitivamente esquematizado y rígido, del que no se podía esperar más que una interpretación jurídica y exterior de cánones y formularios. Había un pesimismo muy negro en la concepción eclesiástica de este prelado (...). ¿Se podía quizás esperar alguna cosa buena del progreso de la sociedad humana y de la evolución de los espíritus? Lo

recuerdo como si fuese ahora. Un día que después de la lección acompañé a Benigni a su casa, como me había acostumbrado a hacer, y siguiendo el ejemplo del tema que acababa de tratar desde la cátedra (...) me había tomado la libertad de observar cómo (...) frente a un mundo que, en la difusión de los principios democráticos, estaba a punto de abrir una nueva y luminosa época en la historia de la civilización mediterránea, Benigni, mirándome a la cara con sus pupilas tan negras, en un acto de desdén sarcástico por mis vuelos de esperanza y optimismo, pronuncia con su leve tartamudeo este terrible aforismo: 'Mi buen amigo, ¿realmente cree que los hombres son capaces de alguna cosa buena en el mundo? La historia es una continua y desesperada arcada, y para esta humanidad todo lo que se necesita es la Inquisición'. Me quedé atónito". Y Buonaiuti comenta: "este juicio sombrío y macabro de mi profesor eclesiástico debería haberme impedido seguir adelante en el camino que conducía a la ordenación sacerdotal..." (276) (¿si así hubiera sido!). El episodio es fijado por Buonaiuti al comienzo de la carrera de Benigni como docente, se puede fechar por tanto entre 1901 y 1903 (cuando Buonaiuti fue ordenado, en diciembre): ¿es acaso este el retrato de un modernista, como afirmaba el P. Rosa?

El P. Rosa escribe que Benigni de joven fue compañero de ruta de Don Romolo Murri, quien más tarde sería excomulgado como modernista; todavía en 1904 fue cómplice de los modernistas, publicando a Buonaiuti. Pero Sergio Pagano publica una carta de Don Murri a Don Benigni, entonces en *La Voce della la Verità*, de diciembre de 1901: "*no he aceptado, me he burlado de su programa de unión*". "*Luego Usted recuerda su aceptación de la democracia cristiana. Pero ya hemos dicho muchas veces en nuestros periódicos que no podemos tener en cuenta esta democracia, ya que después Usted lucha contra 'los jóvenes de la democracia cristiana' (¿recuerda de quién son estas palabras?) y toda la orientación, la obra de la democracia cristiana*" (*Documentos sobre el modernismo romano*, págs. 293-295). ¡No parecían estar de acuerdo! Murri reprocha a Benigni que ya no sea el que era en 1895, cuando firmó el programa social democristiano del congreso de Turín; un discípulo de Murri, Francesco Invrea, hace lo mismo: "*cuando escuché por primera vez que los ataques contra la Cultura Social (de Murri) y su director contenidos en La Voce della Verità partían de Usted, literalmente caí de las nubes. ¿Cómo es posible que Usted, uno de los primeros y más valientes pioneros de la democracia cristiana italiana, promotor de un programa muy audaz en un momento en que los cristianos sociales de Italia se contaban con los dedos de*

las manos (...) pueda haberse convertido en un adversario de las jóvenes y valientes filas de la democracia cristiana italiana?” (7 de diciembre de 1901). Como recuerda Pagano, el 18 de enero de 1901, León XIII había publicado la Encíclica *Graves de communi* sobre la democracia cristiana, y Benigni se había puesto del lado del Papa, Murri en su contra. Y de nuevo, como recuerda Pagano, POULAT examinó toda la cuestión (*Catholicisme...*, págs. 255-333): la segunda generación de intransigentes, la marcada por León XIII, se dividió entre “aquellos para quienes León XIII, como Santo Tomás, era un faro y no una limitación; y aquellos para quienes alejarse de su luz significaba avanzar hacia las tinieblas” (pág. 255): Murri estaba entre los primeros, Benigni entre los segundos. “Se tropieza con un problema más real, el verdadero problema, cuando uno lee que Benigni, ‘una vez extremadamente social bajo León XIII, había cambiado demasiado sus baterías con la llegada de Pío X’ (P. Droulers). De hecho, el problema se complica: si Benigni cambió, desde un punto de vista social, lo hizo mientras León XIII aún vivía, puesto que atacó a Murri ya en 1901; pero si cambió ya bajo León XIII, ¿en qué, y por qué cambió? ¿Quizás por oportunismo, y para adaptarse, a falta de cambio de pontificado, a los cambios del pontífice reinante? Pero entonces, ¿es el propio León XIII quien habría cambiado? ¿Y si se hubiera negado a cambiar, si hubieran sido Murri y los murristas los que hubieran sufrido una evolución, y el Papa se hubiera limitado a oponerse a esta evolución en la que veía una desviación?”. El P. Rosa acusa a Benigni: bajo León XIII estaba con Murri, con Pío X, por oportunismo, se puso en contra; la verdad, recuerda Poulat, es lo contrario: con León XIII se puso en contra de Murri, cuando estaba claro que el joven democristiano se alejaba de la buena doctrina. Benigni era un intransigente de la segunda generación, como Medolago Albani (1852-1921) (que de hecho estaría con él apoyando a Pío X) y la II sección de la *Opera dei Congressi*, la económico-social, la única que Pío X no disolvería (pág. 279).

¿Don Benigni modernista en 1904? Entonces, ¿cómo se explica la polémica con el Padre Semeria y el Padre Minocchi, también en *La Voce della Verità* del 15, 16 y 17 de agosto de 1903, que habían ido a visitar a Tolstoi? Mons. Pagano sacó una carta de Semeria a Benigni del Fondo Benigni para explicarse, y la respuesta punzante de Benigni “modernista” (para el P. Rosa): “todo el espíritu de sus escritos concuerda en este signo típico de su escuela y de sus amigos: exaltar a los acatólicos y denigrar a los católicos intransigentes; y esto no con calumnias y falsedades, ¡maldición! Sino con un sistema muy hábil: exponer el lado fuerte de los acatólicos sobre todo, y el lado débil de los nuestros. (...) La escuela de la que Murri es el tortuoso maestro, Minocchi el imprudente y Usted el hábil. Y bien, he aquí mi sincera y desapasionada profesión de fe, tal como la repetiría en mi lecho de muerte. Considero que la escuela de los tres maestros y sus discípulos es deletérea. Es la Revolución con su condena sistémica de la tradición, con su manía de modernizarlo todo y de golpe, con sus impaciencias. Es deletérea especialmente entre la juventud eclesiástica, y lo puedo decir yo mismo que tengo continuas relaciones intelectuales con ella: hay demasiados jóvenes que hacen alarde de un desprecio indecible por nuestras ‘antigüedades’, por el frágil y viejo bagaje del catolicismo latino ‘desde la escolástica hasta la jerarquía’, y se hacen fuertes con el nombre de los tres maestros”. Para el P. Rosa en ese momento escribía un modernista: ¿pero era un modernista? La continuación de la carta explica el equívoco: “Yo, que quisiera ver sin trabas la sana y verdadera reforma católica, de la que tenemos gran necesidad, lamento que las destemplanzas (y cosas peores) de los modernistas perjudiquen la evolución de dicha reforma, mucho más que las de los pocos viejos refractarios y retrógrados (...). Por eso lucho contra dicho modernismo (nota: León XIII sólo lleva muerto un mes, n.d.a.), que no confundo con la modernidad: y los odios y guerras que me he atraído (se me quiere hacer pasar por antidemocrático, cuando he sido el primero en

*Italia en difundir la democracia cristiana, y por retrógrado, cuando he sido el primero en Italia en introducir a Taine en la propedéutica de la historia eclesiástica), los soporito, sabiendo que los he atraído por haber cumplido con lo que considero una estricta obligación de conciencia. (...) ...cuando llega la declaración de guerra –tal es el artículo de Minocchi– disparo, y naturalmente trato de no desperdiciar los cartuchos’. Y el 5 de septiembre escribía de nuevo: “Minocchi ya ha tomado una posición determinada: permanece entre nosotros para dispararnos mejor: esto debió haberlo dicho claramente a Tolstoi cuando le habló de la ‘inutilidad’ de la apostasía. Ah, cuando tenemos sobre nosotros los puñales de tantos conspiradores masones, judíos, anticatólicos y anticristianos de todo tipo, vemos al reverendo colaborador de Il Giornale d’Italia (Minocchi) silbarnos de manera transparente el De profundis (...) ¡eh, Padre Semeria, los artículos y columnas de La Voce son madrigales comparados con lo que se necesitaría!” (PAGANO, págs. 296-300). En estas líneas se halla todo lo que hay que decir. Sergio Pagano (por una vez) describe bien la personalidad de Benigni cuando escribe: “Formado en la más pura tradición leonina (de León XIII, que en el seminario de Perugia dejó un fructífero legado de estudios, sobre todo históricos), Benigni advirtió precisamente por esa innata y asidua familiaridad histórica suya, la urgencia de abordar las cuestiones más difíciles del momento que –según una evaluación personal a la que nunca quiso renunciar– amenazaban a la Iglesia Católica incluso más que las antiguas herejías...” (op. cit., pág. 225). La carta a Semeria expresa perfectamente este doble aspecto presente en Benigni: ser moderno y, al mismo tiempo, estar contra el modernismo (nuestro Instituto se esfuerza por seguir sus huellas: cfr. *Sodalitium* n° 64, *Apuntes para el estudio de la Sagrada Escritura y, en general, de otras ciencias eclesiásticas*). POULAT dedica dos capítulos enteros de su *Catholicisme...* a la cuestión: el capítulo VII (*L’histoire sainte sans auréole*, págs. 199-254), donde examina los números de la *Miscellanea* que tanto escandalizaron al P. Rosa, y el capítulo VIII (*La démocratie chrétienne en crise*, págs. 255-333). En ambos campos (los estudios eclesiásticos y la cuestión social) siguió con entusiasmo las directivas de León XIII: modernización y seriedad de los estudios, empeño social del clero para extender los beneficios del cristianismo a la sociedad (cap. IX: *Royaume de Dieu et Empire de l’Eglise*). En ambos casos estaba a la “izquierda” en el campo intransigente, antiliberal y contrarrevolucionario. Pero siempre permaneció en este campo, incluso cuando los demás (Buonaiuti en los estudios, Murri en política) traicionaron y abandonaron su puesto. En su cierre (1907), la *Miscellanea* recuerda cuál había sido su programa: “unir la fe verdadera y la ciencia verdadera, la ortodoxia sincera sin implicaciones ni atenuaciones, que no admite el acriticismo ni el hipercriticismo, y la crítica seria y honesta” (V, 78). “En resumen – comenta POULAT– una posición intermedia (llamada de izquierda), entre una derecha conservadora y una ‘extrema izquierda’ modernista” (*Catholicisme...*, pág. 220). Pero entonces, ¿qué separará a Mons. Benigni de autores como Lagrange, Duchesne, Batiffol, Delehaye, Funk, etc., cuyas obras serán incluidas en el *Index* (es el caso de Duchesne) o prohibidas en los seminarios italianos (como Duchesne, cfr. la circular del Card. De Lai, 1° de septiembre de 1911, o Delehaye, Funk, Lagrange, cfr. la carta del Card. De Lai, 17 de octubre 1913)? Ciertamente, la mentalidad, el espíritu que los anima y la reacción ante el peligro modernista: mientras Benigni se convierte en el partidario más intransigente de la política antimodernista de Pío X, los autores citados, principalmente Duchesne, están furiosos contra Pío X y el antimodernismo (cfr. POULAT, *Intégrisme...*, pág. 602). El P. Rosa no comprende y pasa tranquilamente del conservadurismo estrecho de miras que ve modernismo en la *Miscellanea*, al filo-modernismo social que permitirá que el modernismo sobreviva y renazca más virulento que nunca. ¿Y el famoso artículo de Buonaiuti de 1904? POULAT examina el caso en detalle en las páginas 211-212 de *Catholicisme...* (nota 20), a la*

luz de lo dicho hasta ahora. No hay nada erróneo en las líneas de Buonaiuti sobre la tradición (en general) tal como se encuentran en la *Miscellanea* (y no, al año siguiente, en los *Studi religiosi* de Minocchi), no hay nada erróneo, y el propio Buonaiuti estaba “*insatisfecho con la enseñanza que recibió en el seminario, de Benigni como de los demás, ni tampoco se reconocía en los autores ‘heterodoxos’: Harnack, Sabatier, Loisy*”. Rosa hizo “*una amalgama tardía*” en 1928 entre Benigni y Buonaiuti, lo que no hizo en 1910 (como vimos). Y Benigni, desde 1903, “*ya era el perseguidor de Loisy, en un movimiento cultural compuesto donde veía mezclados el trigo y la cizaña*”.

Algunos rasgos de la personalidad de Mons. Benigni, entre las acusaciones de los enemigos, como el P. Rosa, y la realidad

Mons. Benigni: ¿Un escéptico oportunista? ¿Un hombre de negocios hambriento de dinero y honores? ¿O un fiel colaborador de León XIII y San Pío X? Intentemos comprender un poco.

¿Benigni escéptico, incluso ateo? Cínico, escéptico, frío, con un pesimismo negro... Así describe Buonaiuti a su antiguo maestro (en el sentido de profesor), como si, como él, hubiera perdido la fe pero, a diferencia de él, se hubiera puesto del lado de la institución eclesiástica, un poco como el gran inquisidor de Dostoyevski. Poulat se hace la pregunta y se da (y nos da) la respuesta: “*Benigni es tan ‘religioso’ como sus nuevos adversarios y sus antiguos amigos; si lo es diversamente de ellos, es otra cuestión decidir si su forma de serlo es mejor que la de ellos. No hay nada más gratuito y erróneo que ver en él a un ‘ateo’, cuando él es, si podemos forjar este término, un ‘anantropo’ (nota: misántropo y asocial estarían fuera de lugar en este caso). No puede no creer en Dios, pero no puede, o ya no puede, creer en el hombre*”. En una nota, el historiador francés escribe entre otras cosas: “*Benigni depende en este revelador caso de una dificultad, heredada de las controversias molinistas sobre la gracia y la libertad, de pensar teológicamente al hombre moderno ante Dios y de superar su profunda incompatibilidad*”. Y, de nuevo en la misma nota, pone como ejemplo de mentalidad opuesta a la suya, una frase célebre y desconcertante, con la que Pablo VI clausuró el Vaticano II: “*también nosotros, nosotros más que nadie, tenemos el culto del hombre*” (277). La mentalidad de Mons. Benigni no podría estar más alejada de la de Mons. Montini.

¿Rico o pobre? Concluimos el retrato de la personalidad de Mons. Benigni (como se dijo desde el principio, los artículos de Valbousquet y luego los del P. Nitoglia insisten mucho –negativamente– en su personalidad) con unas palabras sobre el apego de nuestro prelado a las riquezas y a los honores. Hemos visto cómo, para el P. Rosa, Mons. Benigni era un oportunista: un falso antimodernista, incluso un falso fascista, un verdadero oportunista. Habría traicionado la causa democrática y modernista por oportunismo, poniéndose del lado de Pío X, por sed de ambición o riqueza. El “muy rico” Simón, el “banquero” Simón, habría sido un financista prácticamente sin fondo de la organización de Mons. Benigni. ¿De dónde sacó el dinero para la distribución gratuita de los Recalde? ¿Para sus viajes por Francia, Inglaterra, Estados Unidos? ¿Quiénes fueron sus mandantes? Hemos leído, aquí y allá, diferentes testimonios. El juicio de Emile Poulat, por ejemplo, que nos presenta un Benigni siempre fiel a las mismas ideas, tanto bajo León XIII como bajo Pío X, y bajo sus sucesores (278). Benigni era muy conciente de estas acusaciones y se defendió de esta manera, durante la investigación sobre el *Sodalitium*, escribiendo al Card. Sbarretti el 16 de noviembre de 1921: “*Sé por diversas y seguras fuentes que los mismos propagadores*

de las calumnias contra el S.P. están difundiendo el rumor de que he alquilado un edificio con una planta baja y un primer piso, y que en esta hermosa casa vivo con el personal de mi secretariado y mis sirvientes. ¡Cuánto dinero y cuánto misterio! Ahora bien, la verdad es un poco diferente. Mi salud me ha obligado a venir a los barrios altos, y vivo en un inmueble de la Cooperativa Vittoria, un pequeño apartamento (el más pequeño del edificio) que consta de cuatro habitaciones, donde estoy con mi antiguo ayuda de cámara (desde la guerra ya no he podido conservarlo, porque nadie me ha dado una asignación equivalente para mantenerlo), hoy es empleado en tranvías; está con su mujer y un hijo; a cambio de la habitación y de la luz que les proporciono, me limpian la habitación y me preparan la comida. En cuanto a los demás apartamentos donde estaría mi secretariado o cosas similares, estoy dispuesto a cederlos a mis expensas a mis calumniadores, si me los muestran aquí o en cualquier otro lugar de Roma. En cuanto al dinero, llevo una vida pobre, como siempre lo he hecho, y ahora que tengo que pagar un alquiler relativamente alto, he contraído una deuda que trato de pagar trabajando todo el día enseñando, en la biblioteca, etc.” (*Disquisitio*, pág. 293). También sus amigos lo describen muy diferente de como lo retrataron sus calumniadores, cuando tuvieron que testificar durante el proceso de canonización de Pío X. El Padre Antonelli (más tarde cardenal) en la *Disquisitio*, no dudó desde el principio en escribir de él: “No pudo y no se preocupó por tener una vida cómoda; de hecho, murió pobre” (pág. 197). Ya hemos visto cómo la secretaria, Bianca D’Ambrosio, pidió en vano a Mussolini un subsidio para pagar las importantes deudas de la I.R.D.S. dejadas a la muerte de Benigni. La casa donde vivía fue asegurada con la ayuda de su hermano Federico, un vendedor de automóviles en Perusa, quien, habiéndose convertido en su único heredero a la muerte de su hermano, tuvo que vender su biblioteca y sus archivos (el actual “Fondo Benigni”) al Vaticano, para saldar las deudas. Una casa, la de *Via Arno* 97, donde murió el prelado, fue definida como “*casa pobre*” por Emilio Cecchi. El Padre Jules Saubat, secretario del S.P. y consultor del Santo Oficio, declaró, entre otras cosas: “no tuvo honores ni dinero”; “*Mons. Benigni tiene a su favor el hecho de que vivió pobre y murió pobre. Podría haber sido comprado: ¡lo habrían pagado en oro! Lo que sabía, lo usaba para hacer su guerra santa: libros, opúsculos, revistas, folletos, el periódico La Correspondance de Rome, cartas...*” (también la *Disquisitio* relata en la pág. 233 que, habiendo recibido 1.000 francos de un convento trapense, dijo: “¡qué miseria, cuando necesitaría millones!” para la gigantesca obra que quería hacer). Saubat continúa: “*Tuvieron el atrevimiento de quitarle la capellanía de 1.000 liras anuales que había tenido en el pasado; lo privaron de su puesto de profesor en la Academia de los Nobles, sin darle un centavo. Sabiendo que estaba en la miseria y endeudado, le hice llegar todo el dinero que pude encontrar...*” (traducción mía de la edición francesa de la *Disquisitio*, págs. 70, 74-75). Guido Aureli relata la opinión del médico tratante de Benigni (y del mismo Aureli, también amigo de Benedicto XV), el Doctor Faelli: “*se había encariñado tanto con monseñor que ya no quería nada de sus honorarios, cuando la cuenta era considerable. Y a pesar de ello, siempre corría hacia monseñor, a quien admiraba y alababa por la dignidad de su gran pobreza...*”. De nuevo Aureli: “*Después de dejar la Secretaría de Estado vivió de manera precaria. Sin ninguna justificación, se le fue quitando todo, y sólo le quedó su pensión de protonotario apostólico. Las subvenciones de Vallardi (el editor de la *Storia Sociale*, n.d.a.) reparaban de vez en cuando las carencias de su déficit. Un hermano industrial de Perusa, antes anticlerical, que se había enriquecido, comenzó a arrepentirse e hizo las paces con el sacerdote. Pero esto llegó muy tarde. Enfermo de uricemia, su hermano le ayudaba con el tratamiento anual en Montecatini. Durante muchos años vivió en una verdadera pobreza*”. Pio Molajoni, que procedía de una conocida familia modernista, pero que más tarde se acercó a Benigni, escribió en su necrológica: “*No es una frase convencional decir que*

murió pobre, ya que uno de los hechos más extraños de su vida fue precisamente éste: que no habiendo querido pedir nunca ni un reajuste de sus pensiones y sueldos a los valores de antes de la guerra, se quedó con su salario de 1909: cátedras y prelaturas, profesor en la Academia de Nobles Eclesiásticos, en las academias de Propaganda Fide y del Apollinare, protonotario apostólico, gozaba de cinco mensualidades que en total apenas rozaban las seiscientas liras: el sueldo de un jornalero. Dotado de un orgullo tal vez excesivo, se negaba a rellenar esas sencillas solicitudes que en todas las burocracias del mundo son a veces necesarias, y prefería aceptar alguna ayuda de sus parientes” (279). No buscaba el dinero (salvo por una buena causa) y menos aún los honores. Muy apreciado por León XIII y San Pío X, tenía por delante una carrera segura que podría haber llegado hasta el cardenalato (su sucesor, Mons. Pacelli, se convirtió en Pío XII), sin embargo, como hemos visto, fue él mismo quien pidió al Card. Merry del Val dejar la Secretaría de Estado. “*Benigni tiene a su favor –declaró el Padre Saubat– el hecho de haber partido (de la Secretaría de Estado, n.d.a.), mientras que si hubiera querido apoyar la política del Cardenal Gasparri habría hecho carrera*” (280), tenía talento suficiente para aspirar a cualquier cargo. No habría muerto olvidado, despreciado, calumniado, como lo fue; en primer lugar por la prensa alemana (...). Calumniado, Mons. Benigni lo fue toda su vida hasta el final, particularmente en una distinguida revista eclesial (alusión a *La Civiltà Cattolica*, n.d.a.), cuyo director tenía otras razones personales para atacarle, denunciado como instigador de una sociedad secreta contra la Iglesia, como un mundano entre los laicos, y como ellos, él que era ferozmente abstigente, casi como un concubinario. Todo esto llevó al Cardenal Galli, amigo mío, a decir en aquella ocasión: ‘*Benigni está perdido, acabarán con él!*’ Fue entonces cuando le convencí para que publicara los documentos de la Consistorial, las cartas y bendiciones de Pío X, que probaban... la calumnia: *lo que convenció también al Cardenal Galli, que se indignó contra la revista que había difundido estas calumnias... ¡y que nunca se ha retractado!*”: afirmaba de nuevo el P. Saubat en el proceso de beatificación de Pío X (l.c., pág. 74). La pobreza y la franqueza de palabra de Mons. Benigni están atestiguadas también por el retrato que de él hace un informante del Régimen, fechado el 14 de febrero de 1926, en una nota dirigida al jefe de policía Francesco Crispo Moncada: “*Pobre, llevando ropas usadas, encerrado durante horas y horas en su modesta habitación, rica solamente en libros, revistas y archivos (trabajaba desde hacía años en una importante obra histórica), Mons. Benigni revela inmediatamente a su interlocutor un espíritu agudo, una cultura prodigiosa de una variedad poco común, y un espíritu político y sin prejuicios. Sus juicios sobre los hombres y las cosas son a menudo precisos, siempre agudos y casi sin reserva de cortesía formal (...). Como político, me parece demasiado apasionado y al mismo tiempo doctrinario para los puestos de dirección y de responsabilidad, y esto, tal vez unido a su espíritu corrosivo y a su carácter implacable, que raya en el cinismo, debió contribuir mucho a mantenerlo alejado del gobierno de la Iglesia*” (281) (un juicio sutil, me parece, y veraz). Ya en 1903, respondiendo al Padre Semeria que le escribía: “*combatamos entonces, estimado profesor pero, ¿por qué no emplear, en este terrible oficio, maneras más caballerescas?*” Benigni respondió: “*tal vez Usted pensaba en ese torneo de frases de doble sentido cuando me amonestaba en su carta a usar también ‘modales caballerescos’. Pues bien, estimado Padre, yo también le hago una humilde confesión: no puedo. Ponga Usted este defecto con todos los míos, como yo pongo esta virtud entre las suyas*” (PAGANO, págs. 296 y 298). Incluso sus mejores amigos eran concientes de lo temperamental que era Mons. Benigni (a quien se podía acusar de excesiva franqueza, pero desde luego no de fariseísmo hipócrita): “*un hombre extraño, lleno de talento, pero con un carácter imposible*” capaz de jugarle “*una mala pasada*” también a él mismo (escribe su antiguo amigo Boulin, el 16 de noviembre de 1931); “*Mons.*

Benigni ha tenido sus defectos... imprudencias... excesos... (...) Es cierto; seguía siendo un hombre; y eran los defectos de sus cualidades” (así el P. Saubat, pág. 73 de la edición francesa). Y sabiendo todo esto, la *Disquisitio* señalaba en 1950: *“hay que decir, en este punto, que por todas las informaciones que tenemos, no se puede dudar del apego sincero de Mons. Benigni a la Iglesia y al Papa. Tenía la intención de ponerse a sí mismo y sus numerosas cualidades intelectuales, su vasta experiencia, especialmente en el campo histórico-cultural y sociológico, al servicio de la Iglesia. Sobre este punto hay que insistir contra algunos juicios malintencionados (...)”* (pág. 199; ed. fr., pág. 222); *“con esta justa aversión a las tendencias modernistas, en el sentido más amplio de la palabra, Mons. Benigni entraba precisamente en el enfoque del Sumo Pontífice Pío X”* (pág. 200; ed. fr., pág. 223); *“Mons. Benigni, conocido como combatiente defensor de la política de Pío X contra el modernismo en todas sus diversas manifestaciones, se había convertido, como era de esperarse, en el blanco de los odios y el rencores de quienes se sentían expuestos y sospechados por él y sus organizaciones. Pero Benigni también tenía enemigos directos en el terreno de la gran política. Así, Aristide Briand ⁽²⁸²⁾, desde 1906 varias veces ministro, desde 1909 presidente del consejo de los ministros franceses, fue uno de sus grandes adversarios, sabiendo muy bien que Mons. Benigni había logrado más de una vez frustrar o entorpecer algunas de sus maniobras; por ello comenzó a presionar a la Secretaría de Estado para que se eliminara a este molesto personaje. Llegados a este punto, quizás sea oportuno mencionar la oposición que entretanto había surgido entre Mons. Benigni y el Cardenal Pietro Gasparri, y que se prolongó mientras vivieron. Sea como fuere, Mons. Benigni dejó su puesto en los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios el 7 de marzo de 1911 (...). A partir de este momento, Mons. Benigni, libre de las ataduras del cargo, se dedicó con toda su energía a sus diversas organizaciones, para continuar en la lucha emprendida contra todo tipo de modernismo abierto y velado”* (págs. 202-203; ed. fr., pág. 225-226); *“es de lamentar –concluye la Disquisitio querida por Pío XII, que conoció de cerca a Benigni– que nadie haya hecho hasta ahora un estudio serio y documentado sobre la actividad de aquellos que siguieron las directivas de Pío X, entre los cuales Mons. Benigni, con todos sus defectos personales y su intemperancia, ocuparía un puesto de honor”* (pág. 237; ed. fr., pág. 262). Compárense estas palabras con las declaraciones del Card. Gasparri y del P. Rosa: cualquier persona honesta admitirá que estos últimos han juzgado mal a Mons. Benigni y han sido injustos con él.

La historia de la Compañía de Jesús según I. de Recalde

Al tratar de las “relaciones” entre el P. Rosa (el moderado) y Mons. Benigni (el neofariseo), hemos mencionado varias veces los “panfletos antijesuitas” (*dixit* el P. Rosa) publicados bajo el pseudónimo “I. de Recalde” (que el “gran historiador” Sale confunde increíblemente con un pseudónimo de Buonaiuti) ⁽²⁸³⁾. En efecto, leyendo atentamente los numerosos artículos de *La Civiltà Cattolica* contra Mons. Benigni y su obra, uno se da cuenta fácilmente de cómo la acusación (ridícula) de modernismo, la acusación de ataques al Secretario de Estado e incluso a los Papas (Benedicto XV fallecido y Pío XI reinante), y todas las que pudo imaginar la vena moderada del director de *La Civiltà*, son en realidad accesorias, respecto a la que verdaderamente inquieta al P. Rosa, es decir, la colaboración de Mons. Benigni en la difusión de los opúsculos “antijesuitas” de la colección Recalde (la carta de denuncia de Domenico Bordi habla precisamente con indignación de los ataques a la Compañía y del depósito de libros en casa de Benigni, que el P. Rosa hará allanar escrupulosamente; y las amenazas de nuevos ataques y revelaciones contenidas en los artículos de *La C.C.* están siempre condicionadas al cese de la publicación de los

“panfletos” en cuestión). Pero ¿qué contenían de tan terrible estos “panfletos” que provocaron semejante reacción? ⁽²⁸⁴⁾ ¿De qué estamos hablando realmente?

Empecemos por el autor. “I. de Recalde” es obviamente un pseudónimo, para algunos es el nombre del propio San Ignacio (Iñigo López de Recalde), para otros, el nombre de uno de los primeros compañeros del Santo. El mismo P. Rosa identificó correctamente al autor en la persona del Abbé Paul Boulin, antiguo miembro del *Sodalitium Pianum*, y ya entonces colaborador de Mons. Benigni para Francia, además de editor de la *R.I.S.S.* de Mons. Jouin bajo el pseudónimo de Pierre Colmet. Pero el P. Rosa denunció la implicación de Mons. Benigni, en mi opinión no se equivoca: no sólo en la difusión de los opúsculos (hecho comprobado), sino también en la redacción de los mismos. En mi opinión, Mons. Benigni proporcionaba a su colega francés abundante documentación de archivo, perfectamente accesible para un historiador profesional como él: lo induce a creer los propósitos declarados por el prelado de abordar precisamente esos temas en su *Storia Sociale della Chiesa*, y también el hecho de que la publicación de los opúsculos cesó después de 1929, año de la ruptura entre Benigni y Boulin (salvo una reedición en 1930).

¿Qué opúsculos son estos? La lista de publicaciones ayudará a entender de qué estamos hablando.

1920: *Le Message du Sacré-Cœur à la France et le P. de La Chaise. Estudio histórico y crítico.*

1920, 1930 (segunda edición): Clemente XIV. *El Breve “Dominus ac Redemptor” de supresión de la Compañía de Jesús, con una Introducción y Notas.*

1921, 1928 (segunda edición): *Ecrits des Curés de Paris contre la politique et la morale des jésuites (1658-1659) avec une étude sur la querelle du Laxisme.*

1922, 1928 (segunda edición): *Lettres sur le Confessorat du P. Le Tellier, par l'abbé de Margon, con una Introducción y Notas sobre la Política de los Jesuitas y el Oratorio.*

1922: *Histoire intérieure de la Compagnie de Jésus, según los documentos, adaptado por I. de Recalde de la reciente obra española de Don Miguel Mir.*

1922: *Une victime des Jésuites. Saint Joseph Calasanz. Le P. Pietrasanta s.j. contre les Ecoles Pies d'après le chanoine Timon-David.*

1923: *La cause du Vénérable Bellarmin. L'autobiographie. Votum de Passione. Lettre à Clément VII. Avec une Introduction et des Notes.*

1924: *Autour d'un Bref secret de Clément VIII.*

1924: *Histoire jésuite. Histoire vraie. À propos du Bref “Dominus ac Redemptor” et de la Querelle des Rites.*

1924: *Un scandale jésuite. L'initiation sexuelle d'après une brochure de l'Action Populaire.*

1925: *Les Bulles “Immensa pastorum” et “Ex quo singulari” de Benoît XIV contre la Compagnie de Jésus pour l'affranchissement des Indiens du Paraguay et la condamnation des Rites chinois. Texte latin et traduction française avec une introduction et des notes par I. de Recalde.*

1927: *Les Jésuites sous Aquaviva. La canonisation de Saint Ignace. La Compagnie et les Illuminés d'Espagne. Condamnation de Suarez. Imago primi sæculi (d'après des documents inédits extraits des Archives du Vatican).*

1929: *Les Mensonges de Ribadeneira. Des miracles et de la mort de Saint Ignace. Sur le fléau de la “Sollicitation” en Espagne au XVIe siècle.*

La lista detallada, y espero no demasiado aburrida, de los famosos “panfletos antijesuitas”, demuestra, por el contrario, la naturaleza de estos escritos: todos, excepto uno contra *L'Action Populaire*, son libros históricos, que dan una versión diferente de la historia de la Compañía de aquella, apologética, de los historiadores jesuitas. Ahora que la

historiografía sobre la Compañía es vasta y detallada (baste pensar en Guido Mongini, Stefania Pastore, Sabina Pavone, Michela Catto, Robert A. Maryks, por citar algunos nombres, especialmente italianos) y que la *La Civiltà Cattolica* llega temerariamente a escribir sobre las similitudes entre San Ignacio y Lutero (!) ⁽²⁸⁵⁾, los argumentos de “Recalde” no escandalizarían a nadie en absoluto (excepto a los que quieran escandalizarse). Tanto más cuanto que, a diferencia de un Mongini, por ejemplo, “Recalde” no pone en duda la ortodoxia y la santidad de Ignacio de Loyola y sus hijos, ni la autoridad de la Iglesia para reconocer órdenes religiosas, lo que no es el caso de todos los tradicionalistas actuales con respecto a ciertas canonizaciones actuales ⁽²⁸⁶⁾. Los temas tratados –respetando así la autoridad de la Iglesia en la aprobación de las órdenes religiosas y las canonizaciones– se refieren todos a argumentos históricos que se discuten libremente, o incluso en los que la Iglesia ha intervenido con autoridad (por ejemplo, contra el laxismo o en la cuestión de los ritos chinos). La cuestión del tomismo (de la que hemos hablado) y de la gracia, la cuestión del laxismo, la cuestión de los alumbrados y de las relaciones con la Inquisición, la reforma de la vida religiosa, las reducciones del Paraguay, el galicanismo, etc., son todos temas del mayor interés para la historia de la Iglesia, que no se puede reprochar que se trate con la ayuda de numerosos documentos históricos. Y, de hecho, de los 13 volúmenes publicados por Recalde, sólo uno fue incluido en el *Índex*, y no es un volumen escrito por el propio Recalde, sino una traducción. Se trata de la adaptación francesa del primer volumen de la “*Historia interna documentada de la Compañía de Jesús*”, del historiador y sacerdote español, salido de la Compañía, Miguel Mir Noguera ⁽²⁸⁷⁾. La “*Historia interna documentada*” fue escrita en los años 1905-1906, permaneció inédita por carecer de *imprimatur*, se publicó en 1913, un año después de la muerte del autor, y se incluyó en el *Índex*, junto con su adaptación francesa, diez años después. Soy muy consciente de que el hecho de que una obra no se incluya en el *Índex*, aunque se denuncie, no es garantía de ortodoxia (tampoco lo es el *imprimatur*), pero también es cierto que la inclusión de una obra en el *Índex* no siempre conlleva su heterodoxia (sino a veces, sólo su inoportunidad). El decreto está fechado el 2 de mayo de 1923 (el mismo día que el decreto de inclusión en el *Índex* del “Secreto de La Salette”) y “Recalde”, que ya había traducido al francés la adaptación del segundo volumen de Mir, en obediente cumplimiento del decreto eclesiástico, renunció a la publicación ⁽²⁸⁸⁾. Las invectivas de *La Civiltà Cattolica* no me parecen proporcionadas al tenor histórico y documental de los volúmenes de “Recalde” (aunque vayan acompañados de introducciones polémicas que se refieren a la disputa en curso entre *La Civiltà Cattolica* y los integristas, de la que hemos hablado); en cuanto a la Compañía, la Iglesia la aprobó con Pablo III, la abolió con Clemente XIV, la restableció con Pío VII, la coronó con la gloria de tantos santos, pero también condenó algunos errores defendidos por tantos de sus autores (como sobre el laxismo y los ritos chinos, por ejemplo): no es contra el espíritu de la Iglesia recordar las condenaciones, o tomar posición sobre cuestiones aún discutidas (pensemos en las largas disputas en el seno de la Congregación de *Auxiliis*), como han hecho también los jesuitas fieles a la escuela de Santo Tomás, y no a la de su propia Orden. Los ataques del P. Rosa a los volúmenes de “Recalde” son comprensibles, dado el espíritu de cuerpo y la devoción a su familia religiosa, pero completamente desproporcionados e injustos.

La educación de la juventud. El método Montessori, entre jesuitas e integristas

Uno de nuestros colegas (alineado con la llamada “Resistencia”, *sedeplenistas* que critican, sin embargo, las negociaciones entre la Fraternidad San Pío X y los modernistas), el Abbé Pivert, escribió recientemente un interesante artículo sobre el método educativo de

María Montessori (289). Su intervención se debe probablemente a un debate interno en el mundo tradicionalista (el primer capítulo se titula *Montessori et les traditionalistes*), ya que algunas escuelas privadas dirigidas por religiosas han adoptado el método de la educadora italiana. El artículo critica el método educativo en cuestión, tanto por sus méritos como por la bien documentada afiliación de María Montessori a la Sociedad Teosófica de Madame Blavatski y Annie Besant.



Maria Montessori

Las opiniones contrastantes de los católicos sobre el método Montessori no datan de ayer, entre otras cosas porque Maria Montessori, aunque iniciada en la teosofía ya en 1899 y colaboradora de la masonería, no dejó de declararse católica y trató sistemáticamente de infiltrarse en los círculos católicos para recibir su apoyo. En *Annali di Storia dell'educazione* (2018, 25) se han publicado interesantes contribuciones sobre el tema, de las que reproduzco algunas informaciones de dos artículos: *Maria Montessori tra modernisti, antimodernisti e gesuiti*, de Fulvio De Giorgi, y también, *I progetti di Maria Montessori impigliati nella rete di Mons. Umberto Benigni*, de Erica Moretti y Alejandro Mario Diéguez: los títulos de los artículos muestran claramente la relevancia para el tema que estoy tratando. Ya bajo Pío X, Montessori trató de influir en los círculos católicos, a pesar de sus afiliaciones masónicas y modernistas.

La formación de M. Montessori fue, según su propio parecer, positivista, y su método educativo encuentra sus raíces en Rousseau, evidentemente, en el positivista israelita Marco Ezechia conocido como Cesare Lombroso (1835-1909) (cfr. DE GIORGI, págs. 66- 69), en el menos conocido Jacob Rodrigues Pereira (1715-1780), perteneciente a una familia portuguesa de marranos que se había trasladado a Francia, y en Edouard Séguin (1812-1880) (de la escuela de Lamennais y Saint-Simon), que se ocuparon de niños con déficits cognitivos (DE GIORGI, pág. 70). Imitando también en esto a Rousseau, María Montessori tuvo en 1898 un hijo, Mario, del psiquiatra Giuseppe Montesano, al que no quiso reconocer para que no fuera un obstáculo en su carrera: un espléndido modelo de educadora y de mujer (colocado en un internado, se lo llevó con ella a la edad de 14 años presentándolo como su “sobrino”). En 1899, nombrada por el Ministro de Educación italiano, el masón Guido Baccelli, asistió en Londres al *Congreso Internacional de la Mujer*. El 23 de mayo de ese año ingresó en la *Sociedad Teosófica*, fundada por la ocultista Blavatski, y en 1907 viajó a Londres expresamente para conocer a la sucesora de Blavatski, la feminista Annie Besant, afiliada a la masonería mixta, de la que fue amiga de por vida: “no se trataba de una adhesión superficial: el pensamiento pedagógico de Montessori, sus escritos filosófico-feministas, llevan huellas considerables de la influencia teosófica” (290). Ese mismo año, el ahijado de Mazzini, el judío Ernesto Nathan, fue elegido alcalde de Roma (llegaría a ser Gran Maestro de la Masonería) y favoreció la creación de la montessoriana *Casa del Niño* en Roma: “y fue aquí, en 1907, año en que Nathan fue elegido alcalde, que Montessori pudo abrir, gracias al apoyo material y moral que recibió de círculos en gran parte masónicos, la primera *Casa del Bambino*, subrayando durante su discurso inaugural su función social, claramente inspirada en las ideas de los círculos radicales, socialistas y masónicos; no por casualidad, socialista y masón era también el entorno de *L'Umanitaria* milanese, donde al año siguiente se abriría un instituto montessoriano” (291). Fue el Gran Maestro Nathan y su entorno masónico quienes actuaron como puente entre M. Montessori

y los barones Franchetti, a saber, el senador Leopoldo Franchetti (1847-1917) y su esposa, la estadounidense Alice Hallgarten (1874-1911). La familia Franchetti es una familia israelita muy rica, trasladada de Francia a Mantua en el siglo XV, de allí a Livorno y Túnez, ennoblecida por Vittorio Emanuele II y Umberto I por sus servicios (financieros) a la causa del *Risorgimento*, y emparentada con los Rothschild. Leopoldo, políticamente cercano al israelita Sidney Sonnino, es “un librepensador y masón” (292) que acoge de buen grado al Gran Maestro Nathan en su residencia cercana a Città di Castello, en Villa Montesca; morirá suicidado en un “ritual lúgubre” (A.A. Mola) tras la derrota de Caporetto. Su esposa, también israelita, se interesó, como Montessori, por la escuela nueva de pedagogía y el feminismo. En 1909 la pareja “judeomasónica” (es apropiado decirlo) conoció a Montessori en casa de Sibilla Aleramo (293) y visitó la *Casa del Bambino* inaugurada en Roma por Montessori, y



La teósofa Annie Besant con las insignias masónicas

quedaron tan entusiasmados que invitaron a la educadora, de la región italiana de Las Marcas, a Villa Montesca, donde concibió su obra principal: *Il Metodo della Pedagogia Scientifica applicato all'educazione infantile nelle Case dei Bambini* (El método de la pedagogía científica aplicado a la educación infantil en las casas de los niños, Città di Castello, Editorial S. Lapi, 1909), dedicada a los Barones Franchetti. Los Franchetti no sólo frecuentaban las logias, sino también los círculos modernistas o filomodernistas, entre ellos la mencionada *L'Unione per il Bene*, y también se hicieron amigos de M. Montessori: Moretti y Diéguez citan a Sofia Bisi Albini (1856-1919), a la judía Felicitas Buchner, al mismo Antonio Fogazzaro (294), del que Bisi Albini y Buchner eran muy amigos, al círculo del Padre Semeria, pág. 103; De Giorgi menciona además de los Franchetti, en pág. 27, al Card. Svampa y Mons. Faberi, pág. 29, Egilberto Martire y la revista *Vita* (pág. 36). El espiritualismo modernista llevó así a Montessori –siempre iniciada en la Teosofía, no lo olvidemos– a frecuentar los círculos religiosos femeninos y a intentar que su método fuera adoptado por las monjas católicas, hasta el punto de proyectar una consagración religiosa de ella misma y de sus discípulas. Desde 1903, la teósofa estaba en contacto con el Card. Svampa y con las Ancelle del Sacro Cuore (Siervas del Sagrado Corazón), dirigidas por el Padre jesuita Carlo Giuseppe Rinaldi (1852-1915), redactor de *La Civiltà Cattolica*, y con las Franciscanas Misioneras de María, “una joven congregación religiosa apreciada por los ambientes innovadores, pero también por el Card. Ferrata” (DE GIORGI, pág. 36). El 10 de noviembre de 1910, la teósofa, que el año anterior había dedicado su método “al librepensador y masón” Franchetti y a su esposa, hizo su profesión religiosa secreta con cinco de sus alumnas, y durante dos años la “*Pia unione montessoriana*” tuvo su propia capilla privada (DE GIORGI, pág. 36-37). Las hermanas franciscanas obtuvieron entonces el apoyo del Padre Gemelli (un “moderado”, como diría el P. Nitoglia), que abrió una Casa del Niño también en Milán en 1911 y defendió el método Montessori en una conferencia en 1912; una bendición del Papa (Pío X) con ocasión de las felicitaciones de Pascua de 1911, llevó a lo más alto los éxitos “católicos” de la iniciada (ocultamente) en la teosofía (DE GIORGI, pág. 38). *La Civiltà Cattolica* no era ajena al apoyo a Montessori, cercana, como se dijo, al Padre Rinaldi y al Padre Tacchi Venturi, como veremos. Dos artículos de 1910 y 1911, el primero del Padre Pavissich (en 1910) y el segundo del Padre Leanza (en 1911),

trataban de discernir lo bueno de lo malo en la discípula de Ernesto Nathan. El P. Pavissich, recordémoslo, ya había sido criticado por un artículo anterior de 1908 sobre el Congreso Femenino, y su nueva intervención en *La Civiltà Cattolica* fue juzgada “*ampiamente positiva*” por DE GIORGI (pág. 40), en contraste con la del Padre Leanza. Mons. Benigni recordaría más tarde la muy mala impresión que le habían dejado a él y a los suyos los todavía cautelosos artículos de *La Civiltà Cattolica*: “*nuestros amigos más experimentados tienen desde hace tiempo una estima extremadamente relativa de la famosa Montessori y de su método, desde el día ya lejano (bajo Pío X) en que los jesuitas comenzaron a exaltar a la mujer y al método (véase el artículo de La Civiltà Cattolica de la época). Acostumbrados al ‘dime con quién andas y te diré quién eres’, habían entendido a la mujer y, no solamente su método, sino también su juego*” (MORETTI-DIÉGUEZ, pág. 98, nota 36). Sin embargo, la avanzada “católica” de Montessori se vio obligada a “replegarse” por una serie de artículos de un “integrista” como Don Alessandro Cavallanti ⁽²⁹⁵⁾ en *L’Unità Cattolica* (*Il metodo della Montessori*, 25 de enero de 1911; *A zonzò. Il metodo Montessori*, 12 de mayo de 1912) y sobre todo en *Sentinella antimodernista* del 1º de junio de 1912: *Padre Gemelli, il metodo Montessori e le Francescane Missionarie di Milano* (nº 6, 1912, págs. 169-174). El P. Gemelli, que a través de estas Hermanas apoyaba el método Montessori, se lo tomó mal y escribió a las Hermanas contra esos “*canallas que ven modernistas por todas partes*” (MORETTI-DIÉGUEZ, pág. 103, nota 57; DE GIORGI, págs. 41-42), pero se hizo necesariamente más prudente: ¡maniobra descubierta, submarino hundido! Dicho... submarino se refugió en España y, después de la muerte de San Pío X, volvió al ataque (maniobra de infiltración) gracias al muy poderoso historiador de la Compañía, el Padre Pietro Tacchi Venturi, nacido en Las Marcas (como ella), secretario de la Compañía. *L’Unità Cattolica* había expresado sus inquietudes respecto a Tacchi Venturi en la cuestión del sindicato confesional y Pío X tenía sus reservas (DE GIORGI, pág. 44); simpatizaban con él en cambio los círculos modernistas romanos, muy interesados en sus estudios sobre la primitiva Compañía de Jesús. El historiador de la Compañía, ya en 1901, se ocupó de la poetisa Vittoria Colonna, “*defensora de la reforma católica*” en el siglo XVI, que en realidad era partidaria de la herejía de Juan de Valdés que había contaminado incluso a los Cardenales Morone y Pole. Los “*modernistas no heterodoxos*” (*sic*) estuvieron muy interesados por los estudios de Tacchi Venturi sobre los inicios de la Compañía y de dicha “*reforma católica*” (DE GIORGI cita a Don Brizio Cascioli, pág. 35), y Tacchi Venturi estaba vinculado a los círculos modernistas de los Condes Gallarati Scotti (Giancarlo y su hijo Tommaso). Desde 1916, estando en Barcelona, M. Montessori mantuvo una intensa correspondencia con Tacchi Venturi, que se convirtió como en su director espiritual y en su protector y consejero de alto nivel (DE GIORGI, pág. 45 y ss.). Montessori buscaba la aprobación de su antiguo proyecto, una congregación religiosa montessoriana, la Cruz Blanca, o al menos un aliciente del Papa, ahora Benedicto XV. Al principio lo intentó con una carta al Cardenal Vicario de Roma, Pompilj (agosto de 1917), con el apoyo de los capuchinos catalanes, el Padre Miguel de Esplugas O.F.M. Cap. y el Padre Joaquín de Lleveneras, así como con un informe sobre su método del vicentino Padre Antonio Casulleras. Este camino resultó un fracaso, ya que el Padre Joaquín de Lleveneras era hermano del difunto cardenal capuchino Vives y Tutó, por lo que tuvo la idea (desafortunada para Montessori) de apoyarse en... ¡Mons. Benigni! Nuestro monseñor interceptó todo el dossier, que todavía aparece en el “Fondo Benigni” del Archivo Secreto Vaticano (MORETTI-DIÉGUEZ, págs. 102-105). Tuvo mejor suerte gracias al apoyo del Padre Tacchi Venturi y de los jesuitas de *La Civiltà Cattolica*, ahora dirigida por el P. Enrico Rosa. Consiguió obtener la bendición de Benedicto XV en noviembre de 1918 (MORETTI-DIÉGUEZ, pág. 106, DE GIORGI, pág. 49), pero nada más del Papa. En cambio, obtuvo

mucho más de los Padres de *La Civiltà Cattolica*, que ya no tenían motivos para ser tan cautelosos como bajo Pío X. El Padre Barbera escribió varios artículos a favor del método Montessori en 1919 y 1922, comparándola con Don Bosco y Felipe Neri y publicando la bendición papal (MORETTI-DIÉGUEZ, págs. 107-109; DE GIORGI págs. 49 y ss.), hasta el punto de que el propio P. Gemelli escribió al P. Rosa para discrepar de la posición de la revista jesuita (DE GIORGI, págs. 54-56; aunque publicó un benévolo artículo de Meda en *Vita e Pensiero*, 8/112, 1922, págs. 666-678).

El P. Barbera escribe en *La Civiltà* (73, 1922, I, 375-358) sobre la “*bondad sustancial de su método, que no difiere fundamentalmente con los principios de la recta razón*” (DE GIORGI, pág. 58); comentando en el nº 73 siguiente (IV, págs. 452-453) un libro de María Montessori, elogia el hecho de que la educadora haga accesible la liturgia para los niños y recomienda que las monjas estudien su método (DE GIORGI págs. 58-59). Los intereses litúrgicos pastorales de Montessori, emulando a Antonietta Giacomelli, interesaron significativamente a Mons. Montini, ¡que acudió al P. Barbera para profundizar en la cuestión! (DE GIORGI, pág. 59). Mientras el P. Barbera elogiaba a Montessori en *La Civiltà Cattolica*, Mons. Benigni, en cambio, la atacaba acusándola directamente de estar iniciada en la Sociedad Teosófica, que acababa de ser condenada por el Santo Oficio del Card. Merry del Val el 16-18 de julio de 1919 (DS 3648). Otra obra publicada con la contribución de Moretti y Diéguez nos informa que Mons. Benigni escribió un documento sobre la relaciones entre Montessori y la Teosofía el 30 de noviembre de 1919: “*Mons. Umberto Benigni acusó directamente a Montessori de formar parte de la Sociedad Teosófica y de haber favorecido su difusión en gran parte de Europa a través de su método*”. “*Dividido en tres partes, el texto*” examina la difusión del método “*a través de tres redes de relaciones: las actividades educativas, las vinculadas a la salud y a la política. Luego citaba a Besant, quien, hablando en Calcuta sobre los problemas de la paz en diciembre de 1917, había reconocido que ‘la Educación es uno de los (problemas) más grandes, si no el más grande’. Había enseñado que ‘para educar bien al niño hay que considerarlo ante todo como una inteligencia espiritual permanente revestida de una envoltura material’ y, por tanto, debe ser bien estudiado para poder ayudarle y no imponerle un método inadecuado para su desarrollo. El gran Instructor nos aconsejó introducir las ideas teosóficas en la Educación. Esto se ha hecho en Europa y el sistema Montessori es prueba de ello*”. El “*gran Instructor*”, explica Benigni, es el Mesías de la Teosofía, Juddu Krishnamurti. “*En su escrito, Benigni continuaba apuntando a los redactores de La Civiltà Cattolica, (...) que ‘recientemente intentaron justificar los errores de Montessori haciéndolos pasar por ‘inexactitudes’ de lenguaje, y esto en contraste con el precedente juicio pronunciado unos años antes’ (...). Ahora, sin embargo, Benigni tenía ante sus ojos, recién salido de imprenta, la ‘larga y sistemática incursión crítica al método Montessori’ escrita, probablemente por encargo ‘de lo alto’, por Mario Barbera en tres episodios de abril a junio de 1919*”. El informe Benigni preveía una “*actividad antisectaria*” para “*erradicar el ‘misticismo único de una religión panteísta’ que a menudo resultaba ‘muy seductor, especialmente para las mujeres’...*”. Señalaba que la Sociedad Teosófica no tenía la intención de imponer etiquetas teosóficas a sus ideas educativas, para difundirlas mejor “*en la atmósfera mental, de modo que puedan ser captadas por todos los cerebros receptivos*” (296). La desigual batalla de Mons. Benigni prosiguió al año siguiente en su boletín del 20 y 21 de octubre de 1920, cuando denunció el apoyo dado por los bolcheviques al método Montessori en Rusia, y cómo ésta continuaba trabajando en Milán con la asociación masónica *L’Umanitaria*: “*estos entusiasmos muy justificados de la secta por el método Montessori deberían hacer reflexionar a aquellos eclesiásticos y laicos católicos que tan a*

la ligera se convirtieron en sus defensores” (MORETTI-DIÉGUEZ, pág. 104, nota 60). Entre ellos, en los mismos años (1920-1922), se hallaban los Padres Tacchi Venturi y Barbera.

Pero, ¿qué podrían hacer los artículos de Mons. Benigni contra un acorazado como *La Civiltà Cattolica*? Y, sin embargo, M. Montessori, que se había trasladado a Inglaterra, se apoyaba en congregaciones religiosas (Hermanas de la Asunción, Hermanas de la Misericordia) pero también, al mismo tiempo, en judíos, teósofos, freudianos (DE GIORGI, págs. 61-65). Cuando un sacerdote jesuita irlandés, el Padre Corcoran, criticó duramente el método Montessori, sus defensores apelaron a la autoridad indiscutible del P. Tacchi Venturi (DE GIORGI, págs. 69-72). La Encíclica *Divini Illius Magistri* de Pío XI, según DE GIORGI (pág. 110), disipaba providencialmente el equívoco Montessori, que ahora sólo podía dar paso, en la década de 1930, a una “*visión ecuménica del niño*”, y más tarde al “*período indiano*” en la sede de la Sociedad Teosófica: ¡Montessori se había quitado la máscara! Tras el fracaso de la infiltración en la Iglesia Católica, la educadora de la región de Las Marcas recurrió a la infiltración del gobierno fascista. También aquí Benigni advirtió a las autoridades: la nota de información del *fiduciario* 42 a la policía política del 29 de octubre de 1932 invitaba: “*que se cierre la casa Montessori, al menos como dependencia de esta malvada mujer y reformando su espíritu central*”, ya que no hay “*nada más espiritualmente antifascista que el método Montessori*” (MORETTI-DIÉGUEZ, pág. 104). También aquí Mons. Benigni veía más lejos que Mussolini...

Concluamos este argumento con una observación: los “*moderados*” de *La Civiltà Cattolica*, tomados como modelo por el P. Nitoglia, favorecieron ingenuamente (?) a una teósofa en su infiltración de la Iglesia Católica; los “*extremistas*” integristas tuvieron el mérito de denunciar y evitar el peligro. La misma oposición, en el campo de la educación, la observamos con respecto al movimiento “*scout*”...

La educación de la juventud. De los oratorios católicos al “Bar Inglés” del Zorro Negro

Una de las grandes preocupaciones –y de los grandes méritos de Pío XI para contrarrestarla– fue el avance del llamado ecumenismo, entonces a veces llamado pancristianismo, de origen protestante, es cierto, pero que se había infiltrado en los círculos católicos: contra él permanece, memorablemente, la Encíclica *Mortalium Animos*. El ecumenismo fue también uno de los campos de aplicación del modernismo después de su condenación, para sobrevivir en la Iglesia (y contra ella). Dejando preferentemente la negación abierta de los dogmas a los modernistas declarados y desenmascarados, ahora fuera de la Iglesia, los modernistas y modernizantes escondidos dentro de ella continuaron su trabajo, aplicando siempre los mismos principios no tanto a las cuestiones especulativas como a las prácticas y contingentes, donde era menos fácil discernir y denunciar la negación del dogma. Al final del pontificado de Pío X, la batalla contra el modernismo había pasado del dogma a la práctica: como en los grandes debates sobre los sindicatos aconfesionales, sobre la prensa de penetración, sobre el compromiso político de los católicos aconfesionales y desligados de la jerarquía. Bajo Benedicto XV y Pío XI, la estrategia modernista y modernizante se ocupó del diálogo ecuménico, del movimiento litúrgico, de la infiltración de la acción católica, y luego volvió, bajo Pío XII, a socavar directamente la doctrina con

*El Padre Jacques Sevin,
el Zorro Negro*



la llamada *nouvelle théologie*, pero también aquí escondiéndose detrás de una revaloración de la patrística, especialmente la griega (para oponerse a la escolástica), de una filosofía (para reemplazar al tomismo), y del movimiento bíblico.

Uno de los campos de aplicación contingentes y aparentemente indiferentes de la estrategia modernista y modernizante se manifestó en el campo de la educación juvenil, entre otras cosas (no sólo) en el apoyo al movimiento scout. La Iglesia Católica siempre ha sido maestra en la educación de los jóvenes, desde las escuelas hasta los oratorios: Don Bosco en Italia y Timon David en Francia dan testimonio de ello de modo bastante reciente. El Card. Mercier, por el contrario, en Bélgica, y la Compañía de Jesús y *Le Sillon* de Marc Sangnier en Francia, sugirieron adoptar el método inventado por el coronel Baden Powell: el del escultismo. Los católicos integristas, especialmente los que rodean a Mons. Benigni, pero también Mons. Delassus, se opusieron siempre y desde el inicio a toda forma de escultismo, tanto a la original, obviamente, como a la católica, juzgada inevitablemente ligada a la original (POULAT, *Intégrisme...*, págs. 272, 276-277). Sin embargo, el “bar inglés” (nombre en clave del escultismo en los documentos del *Sodalitium Pianum*) en la versión católica fue elogiado en una carta del Card. Merry del Val el 18 de enero de 1913. ¿Una batalla perdida, entonces? No necesariamente. Porque bajo Pío XI el escultismo católico estuvo a un paso de la condenación, y ello gracias a un dossier de un sacerdote muy cercano a Mons. Benigni, hasta el punto de ser uno de los dos sacerdotes que asistirían más tarde a sus funerales en 1934. La apasionante historia de este asunto es narrada por Christophe Carichon⁽²⁹⁷⁾. El sacerdote y religioso del que hablamos es el Padre Henri Jeoffroid (1880-1961), de los Hermanos de San Vicente de Paul, a los que pertenecieron muchos miembros del *Sodalitium Pianum* (Charles Maignen, Charles Rollin, Henri Hello), y que vivió en Roma como profesor, de la escuela de Billot, y luego procurador de su propia congregación. También es el primer capellán del oratorio romano de Prati di Castello: es un experto educador de la juventud. A finales de 1923 escribe una memoria de 95 páginas sobre el escultismo, ampliada más tarde a 113, titulada *Le scoutisme catholique et la Théosophie*. Fue el propio Baden Powell, de hecho, quien recibió la promesa scout de Annie Besant, heredera de Blavatsky a la cabeza de la Sociedad Teosófica, fundadora de la Liga Malthusiana (a favor de la contracepción y el aborto) y miembro de las logias mixtas de la masonería, y la nombró comisaria del movimiento scout para la India. A los orígenes protestantes y masónicos del escultismo, hay que añadir la influencia de la teosofía en los rituales iniciáticos, en las insignias, en los uniformes y en la terminología. Por otra parte, la colaboradora más cercana de Baden Powell declara que “*desde sus orígenes, el escultismo no se ha presentado como ni confesional ni aconfesional, sino para ser exactos como interconfesional, abierto a todos los que deseen prometer ‘servir a Dios’, promesa que implica la práctica de una cierta forma de culto*”. Dicho esto, ¿era posible un “escultismo católico” tal como se estableció entre los años 1910 y 1920, teniendo en cuenta que no sería más que una rama de la familia scout, necesariamente vinculada a la hermandad scout? La respuesta de la memoria Jeoffroid fue negativa, y el obispo de Cambrai, Mons. Chollet, dio a conocer esta postura a los obispos franceses, mientras que varios cardenales, como Billot y Van Rossum, aconsejaron en este sentido a Pío XI, quien consideraba que el escultismo debía mantenerse bajo control. En mayo de 1924, Mons. Benigni pasó la memoria a la *Revue internationale des Sociétés Secrètes (R.I.S.S.)* de Mons. Jouin, que la presentó al público con un artículo de Pierre Colmet (Abbé Paul Boulin). Asustado y preocupado, el Padre Sevin S.J., “padre” del escultismo católico, cercano a la *Action Populaire* del Padre Desbuquois S.J., acompañado por el General de Salins, se dirige a Roma en mayo de 1924, y el Card. Billot le dirige al Padre Jeoffroid. De este encuentro, el P. Sevin S.J. concluyó que el P. Jeoffroid era “*alguien muy peligroso*”, “*un adversario activo*”, y se dirigió a sus



El Papa Pío XI

protectores: el Cardenal Bourne, el P. Rosa S.J. de *La Civiltà Cattolica*... El Card. Merry del Val le explica con benevolencia que el temor del Papa se refiere al interconfesionalismo (pero que el Santo Oficio, que él dirige, no se ocupa del escultismo), y de hecho Mons. Pizzardo informa al Padre Sevin de la decisión del Papa de no recibir “interconfesionales”. Al final, Pío XI se reúne con el Padre Gianfranceschi S.J., capellán de los scouts católicos italianos, y acepta recibir al P. Sevin. En el escrito del P. Sevin, *Les leçons de notre séjour à Rome* [Las lecciones de nuestra estancia en Roma], aparecen las concesiones, las retractaciones, “el acto de contrición” (que Carichon define más bien como atrición, es decir, dictado por el temor a una condenación) del religioso jesuita, que sólo bajo estas condiciones, nunca puestas luego en práctica, obtiene la bendición de Pío XI para la peregrinación internacional de los scouts en septiembre de 1925. Los jóvenes scouts ya no se llamarán “lobatos” (como se llama en la masonería a los hijos de los masones),

promete el P. Sevin, sino “pequeños lobos”: ¡podemos dormir tranquilos! (bajo la bandera verde del naturalismo masónico) (298). El 10 de mayo de 2012, “*Renard noir*” (zorro negro, nombre totémico del P. Sevin), que había abandonado la sotana para vestir el uniforme de scout, fue declarado “venerable” por Joseph Ratzinger.

P.D.: La cuestión aparentemente marginal del Movimiento Scout es mucho menos marginal de lo que parece. Fue, por ejemplo, un entorno favorable para el movimiento litúrgico (pensemos en el jesuita Padre Doncœur, 1880-1961). Hablaremos a continuación de otro papel desempeñado por la Compañía en los años veinte: el diálogo con la masonería. A este respecto, léase también el capítulo VIII del libro del Padre Rosario Esposito, *Le grandi concordanze tra Chiesa e Massoneria*, dedicado al escultismo. El Movimiento Scout sería de hecho una de estas concordancias. El “católico” masón Alec Mellor afirmó: “*Si los integristas hubieran tenido éxito en hacer condenar al Escultismo (y es probable que lo hubieran logrado si viviéramos en el siglo XVIII), entonces el movimiento scout habría terminado en una desviación, y se habría vuelto fundamentalmente hostil a la Iglesia*” (pág. 303). Es decir, se habría quitado la máscara.

1928: la Compañía inaugura el diálogo con la Masonería

El Padre Rosario Francesco Esposito S.S.P. (1921-2007), Maestro Libre Masón Honorario de la Gran Logia de Italia (299), se habría alegrado y conmovido al ver al “obispo” de Terni, el 27 de septiembre de 2022, atravesar literalmente las columnas del Templo para inaugurar, junto al Gran Maestro del Gran Oriente de Italia, Stefano Bisi, la “casa masónica” local. A él mismo le gustaba recordar el agape fraterno del 11 de abril de 1969, en la Casa del Divino Maestro, de los Padres Paulinos, en Ariccia: “*Los tres comensales masones eran respectivamente un israelita, un gnóstico, un valdense; el Gran Maestro Gamberini, a quien ofrecimos el lugar de honor, entonó el Padre Nuestro, que todos recitaron, luego, tan pronto como se sentó, tomó un pan y, partiéndolo, dijo: ‘El masón parte el pan con el jesuita’ y dio un trozo al Padre Caprile (de La Civiltà Cattolica, n.d.a.); todos repetimos el gesto de comunión fraterna. En otra sesión, Elvio Sciubba leyó una oración compuesta por*

él para un ritual de la logia: la emoción de todos era profunda”⁽³⁰⁰⁾. Tanto el P. Esposito (ligeramente) como el P. Caprile S.J., antes del Concilio, tenían un pasado antimasónico. Pero el P. Esposito nos señala un precursor, un pionero del diálogo con la masonería: el Padre jesuita Hermann Gruber (1851-1930). “*El primer ejemplo*” “*del movimiento de reconciliación*” “*es el realizado por dos masones austríacos (Lennhoff y Reichl) y un norteamericano (Ossian Lang, 1865-1945, de la Gran Logia de New York) que obtuvieron el consentimiento del Padre jesuita Hermann Gruber para una reunión, que tuvo lugar el 18 de junio de 1928 en la residencia jesuita de Aquisgrán*”. Este primer encuentro “*suscitó la instancia dialógica también entre los jesuitas franceses, particularmente en los Padres J. Berteloot*”⁽³⁰¹⁾ y E. Portalié, y en todo el grupo de la revista parisina *Études*”⁽³⁰²⁾. El Padre Gruber, por su parte, no era un desconocido cuando los tres dignatarios masones se reunieron con él: erudito especializado desde hace tiempo contra la masonería, escribía sin embargo (bajo el pseudónimo de Hildebrand Gerber) en los periódicos que, como *Études* en Francia, hemos visto en Italia y Alemania tomar partido contra los integristas: *La Civiltà Cattolica*, *Stimmen der Zeit* (entonces: *Stimmen aus Maria-Laach*), *Kölnische Volkszeitung* de J. Bachem. Ahora bien, ¿quiénes se opusieron a estos primeros pasos en el diálogo con la masonería? Sólo los católicos integristas: la R.I.S.S. del Abbé Boulin y –peor aún– *Vérités* de Luc-Verus, es decir, el trío de antiguos miembros del *Sodalitium*, Boulin, Rocafort y Merlier. La R.I.S.S. avisa primero, en 1927 (nº 49, pág. 879) y en 1928 (nº 1). A la muerte de Gruber, *Vérités* publica a su vez un artículo suyo (nº XX, 1930, ya separados, por tanto, de Mons. Benigni: *Ce qu’est un “jésuite”. Le Jésuite Gruber et la Franc-Maçonnerie*). Tras una introducción, en la que se habla del proyecto del Padre Gruber después de la primera guerra mundial, de lanzar una “*internacional antimasónica*” (que conduciría a los católicos militantes poco desconfiados a seguir el sindicalismo cristiano según la fórmula interconfesional de Colonia, pág. 8), el artículo describe primero al Gruber antimasónico (págs. 8-14) y luego al Gruber filomasónico (págs. 14-25): el contraste es impresionante. Luc-Verus nos informa sobre los masones Eugen Lennhoff (1891-1944)⁽³⁰³⁾ y Kurt Reichl (1899-1956)⁽³⁰⁴⁾, que visitaron a Gruber en 1928. Judío y pilar de la Gran Logia de Austria, el primero, director de la *Wiener Freimaurer Zeitung*, el segundo. El diálogo (sólo epistolar) es relatado por LENNHOF en el libro *Die Freimaurer* (Amalthea-Verlag, Zurich-Leipzig-Viena, 1928; ed. italiana: *Il libero muratore*, Bastogi, 2006) (LUC-VERUS, págs. 17-24). Los artículos del P. Gruber en el semanario *Das Neue Reich* en 1926 habían despertado el interés del Dr. Reichl, que vio en ellos un cambio de sensibilidad: los masones creen en Dios, los masones ya no tienen secretos. “*Desde un punto de vista católico –escribía Gruber a Reichl– considero una tarea absolutamente urgente –dado el tipo de relaciones que existen entre nosotros– combatir en primer lugar la noción infantil y errónea de la masonería que aún hoy prevalece en ciertos círculos*” (pág. 21). “*Un punto digno de la mayor importancia es que el P. Gruber no es el único que ha adoptado esta nueva actitud: toda una serie de jesuitas, en diferentes países, han adoptado esta nueva orientación*” (pág. 21). “*Para llevar a los católicos a un entendimiento (con la masonería, escribía el P. Gruber al Dr. Reichl el 5 de junio de 1928), hay que hacer todo lo posible para desarmar poco a poco la arraigada desconfianza hacia la asociación masónica propiamente dicha, haciéndoles comprender que las condenaciones papales se referían al naturalismo subyacente, enemigo de Dios, que desde 1848 se había manifestado en las Sociedades Secretas, de manera mucho más radical, agresiva y destructiva que en las Logias propiamente dichas: ya que éstas, por el contrario, combatían este naturalismo subyacente de la manera más manifiesta*” (LENNHOFF, pág. 409, LUC-VERUS, pág. 23). “*Lo que hace hoy P. Gruber no es más que una renuncia decisiva a un sistema de polémicas anticuadas de dos siglos basado en la mentira*” (LENNHOFF, pág. 410, LUC-VERUS, pág. 24). El artículo

terminaba con la reproducción de la noticia, en *L'Osservatore Romano* del 28 de mayo de 1930, de la muerte del P. Gruber, “martillo de la masonería”. “Martillo similar al de los Venerables”, comentaba amargamente Luc-Verus. “*L'Osservatore Romano se olvida de decirnos a cuál de los dos Gruber hay que creer: al ‘martillo’ de las antiguas campañas masonófobas o al más reciente ‘martillo’ de los acercamientos masonófilos*” (pág. 27). ¿Qué diría hoy, viendo a un obispo inaugurar la “casa masónica”, y al mismo código de derecho canónico wojtyliano suprimir la excomunión de los masones?

Para concluir: en los años veinte, el director de *La Civiltà Cattolica*, el P. Rosa, dialogaba con los judíos sionistas, un redactor de la misma publicación, el P. Gruber, con los masones. ¿Se equivocó Benigni al acusar a *La Civiltà Cattolica*?

P.D.: Los años veinte vieron también desarrollarse al movimiento ecuménico (las conversaciones de Malinas se celebraron de 1921 a 1925, el movimiento fue condenado en 1928 por *Mortalium Animos*), el movimiento litúrgico, el movimiento bíblico... todos estrechamente ligados. Sobre el movimiento ecuménico, véase la III Jornada por la Realeza Social de Cristo (11 de octubre de 2008): *Ecumenismo: en la Iglesia, contra la Iglesia. 80 años después de la Encíclica Mortalium Animos de Pío XI (1928)*; sobre el movimiento litúrgico: IV Jornada por la Realeza Social de Cristo: *Lutero no vencerá. 1969-2009: la batalla por la Misa Romana tras la introducción del Novus Ordo*; primera conferencia: *La herejía antilitúrgica de Lutero a Pablo VI*. Todas las conferencias están disponibles en nuestro canal de YouTube. La información que contienen completa la visión de conjunto de la crisis de la Iglesia durante las décadas de 1920 y 1930.

Conclusión sobre el tema “integristas y jesuitas”

De los tres partidos enfrentados sobre los que escribió Antonio Gramsci (los modernistas, representados por Buonaiuti, los integristas, representados por Mons. Benigni, y los jesuitas, representados por el P. Rosa), no cabe duda de que, al final, el “partido jesuita” salió victorioso.

Este “partido”, que había gozado de una estima incondicional (o casi incondicional) por las encomiables batallas en defensa de la Iglesia después de la Revolución, se vio, bajo San Pío X, minado en la confianza del Pontífice por otro partido. Escribe el Padre Sale S.J.:

“Entretanto, fuerzas reaccionarias y conservadoras, ya desde principios de 1906, se habían impuesto en el Vaticano, sustituyendo poco a poco a los Padres de La Civiltà Cattolica en la consideración del Pontífice; fuerzas que orientaban la acción del Papa en una dirección fuertemente conservadora e integrista, haciéndole ver por todas partes complots modernistas organizadas en detrimento de la Iglesia, incluso en ámbitos, como el social, donde los principios de la ortodoxia católica eran claramente respetados. Este clima de sospecha, estudiadamente organizado en torno al Pontífice por personas interesadas en presentarle las cosas de una determinada manera, corría el riesgo de desbaratar poco a poco el trabajo realizado hasta entonces (y que había comenzado en los gloriosos tiempos de León XIII) por las mejores mentes del mundo católico en los ámbitos social y político. Y este meditado proyecto integrista tuvo su impulsor central en la Secretaría de Estado que,



Tapa de libro del P. Esposito

como ya sabemos, no estaba contenta con la orientación que algunos de los Padres de *La Civiltà Cattolica*, junto con otros exponentes del mundo católico, proponían en materia de acción social, política y sindical de los católicos. Y cuando hablamos de la Secretaría de Estado no nos referimos solamente a la persona del Cardenal Merry del Val, sino a todo el establishment que lo rodeaba. De hecho, estos son los años en los que Mons. Umberto Benigni, que recientemente había asumido como subsecretario de la Secretaría de Estado, comenzó a tejer pacientemente, con el apoyo explícito de algunas figuras poderosas de la Curia Romana (y aparentemente del mismo Pío X) su red maligna y venenosa, en la que se encontrarán posteriormente implicadas personas eminentes (tanto laicos como eclesiásticos) y de vida santa, que cometieron el único error de no apoyar su anacrónico plan de restauración de un supuesto catolicismo llamado *integrismo*" (305).

Aparte de la acritud del historiador jesuita y su evidente parcialidad (por un lado, la "*red maligna y venenosa*" integrista, por el otro, hombres de doctrina ortodoxa y vida santa), me ha impresionado, y por eso lo cito, la envidia que se trasluce en las palabras que he colocado en negrita: los católicos integristas estaban tomando el lugar de los jesuitas de *La Civiltà Cattolica* en la confianza del Papa, y esto era inadmisibile. Por el contrario, desde un punto de vista doctrinal, la cuestión se basaba en el llamado "modernismo social", es decir, "*la acción social, política y sindical*" de los católicos. El Padre Sale alude al choque que enfrentó a los integristas con el *Zentrum*, el *Volskverein*, la *Escuela de Colonia* en Alemania, *Le Sillon* y la *Action Populaire* en Francia, el *murrismo* y el *Partido Popular* en Italia, es decir, siempre y en todo caso, el interconfesionalismo o aconfesionalismo ecuménico y "liberal" (tendencia socialista), mientras que la Compañía estaba del otro lado (es decir, contra los integristas). El corazón de la batalla estaba en Alemania: un periodista que defendió a los jesuitas de la acusación de haber apoyado a los Imperios Centrales, argumentando que la revista jesuita francesa *Études* capitaneó "*la guerra contra los integristas*", recibió como respuesta de un periodista amigo de Benigni, Riccardo Olivi, que precisamente "*aquella era una guerra alemana (gladbachismo contra integrismo)*"; "*la metedura de pata es muy significativa*", comentaba el documento del Fondo Benigni en agosto de 1916 (306).

Si los jesuitas franceses ofrecieron una contribución notable a la *nouvelle théologie* (pensemos en la escuela de Fourvière, Daniélou, de Lubac, Teilhard de Chardin), una reedición del modernismo, fue un jesuita alemán quien fue la principal fuerza impulsora del giro conciliar: el Padre Agostino Bea (307), del Instituto Bíblico (308), confesor de Pío XII y protector en Roma del naciente movimiento litúrgico, secretario del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos (el "contra-Santo Oficio") bajo Juan XXIII, y fue él quien hizo triunfar la doctrina sobre la libertad religiosa, el ecumenismo y el diálogo judeo-cristiano en el Vaticano II con Pablo VI, mientras los obispos y teólogos aún de buena doctrina, formados en el voluntarismo y en la tendencia naturalista de la Gregoriana, antepusieron la Institución visible a la fe misma a la que ella debe servir, realizando sin querer lo que Mons. Lefebvre llamará el "*golpe maestro de Satanás*" y que el Padre Guérard des Lauriers describirá con mayor profundidad teológica en los *Cahiers de Cassiciacum* (309).

Conclusión: el "nuevo rumbo" según Mons. Benigni

Alejando Diéguez cita un documento del mismo Mons. Benigni (*Notas Vaticanas*, "*La Apù grande lotta*" [La lucha más grande], 27 de diciembre de 1923), que me parece que resume bien toda la cuestión: la oposición entre modernistas e integristas, y el papel de los

distintos pontificados, de Pío X a Pío XI: *“Una tenaz y profunda lucha, disimulada en sus trincheras, hace estragos en las filas de la cultura y la acción católicas: entre los modernistas y los integristas. La lucha estalló ruidosamente en tiempos de Pío X por motivos filosóficos, teológicos y bíblicos; los modernistas defendieron ferozmente su sistema, que fue ferozmente atacado por los integristas. Cuando el Papa condenó definitivamente aquel modernismo, y poco después murió dejando el gobierno de la Iglesia a quien quería darle otra dirección, la táctica cambió de repente. Los modernistas extremistas surgieron de las filas católicas en abierta rebelión: como Tyrrell, Loisy, Minocchi, Murri, pero el estado mayor ‘político’ proclamó que el modernismo, tal como lo condenó el difunto Papa, era cosa de ayer y ya no existía: los integristas calumniaban diciendo lo contrario. A partir de entonces tuvo lugar la lucha más tenaz que nunca en este frente: por parte de los modernistas, dejar de hacer alarde de su heterodoxia científica [sic] y trabajar más activamente en el campo de la acción, en el terreno pragmático de la ética, el derecho y la sociología; por parte de los integristas, denunciar esta doble maniobra y buscar pruebas. Para el modernismo pragmático, la lucha integrista no podía quedar en vano, porque en verdad las doctrinas y maniobras modernistas habían ganado demasiada fuerza y demasiado impulso como para ser disimuladas. Apoyándose en partidos o al menos en orientaciones políticas con base parlamentaria y, por tanto, con mayor o menor influencia sobre los gobiernos, confiando en el ‘nuevo rumbo’ imperante en el Vaticano desde septiembre de 1914, los líderes del movimiento continuaron tanto como pudieron. El propio nuevo Papa, Pío XI, a pesar de ser tan mesurado y de antiguos sentimientos liberales, se iba a encontrar con que el nuevo rumbo había... ido demasiado lejos, ya que en su Encíclica programática Ubi Arcano había denunciado y condenado con vehemencia ‘no menos que al modernismo dogmático, al ético, al jurídico y al social’, deplorando expresamente que el mismo clero estuviera profundamente contaminado por él. Ante este golpe, el estado mayor modernista se doblegó profundamente y enseguida ordenó a sus numerosos e influyentes órganos que no hablaran más... de la Encíclica. Al mismo tiempo, se fortaleció la inteligente campaña que negaba la supervivencia del modernismo condenado por Pío X, el modernismo bíblico, dogmático y filosófico; y una revista parisina muy influyente, Études, publicó un artículo específicamente para llegar a esta conclusión”* (310).

¿Modelo a evitar o “profeta” desoido?

El juicio del P. Nitoglia sobre Mons. Benigni parece ser el siguiente:

“Errare humanum est, pero el exceso de celo no puede ponerse como ejemplo. Mons. Benigni es un autor que hay que estudiar, pero no es un modelo a imitar”, por lo que *“no lo considero tampoco un ejemplo a proponer para la imitación de los católicos fieles a la Tradición”* (novena parte). Es evidente que el interés del P. Nitoglia se refiere a la actualidad, es decir, a aquellos que hacen de Mons. Benigni *“un modelo a imitar”* para los católicos fieles a la Tradición. Sospecho que el P. Nitoglia no está tan interesado en combatir la memoria de Mons. Benigni, sino más bien a quienes se refieren, como nosotros, a su nombre: *“Desgraciadamente, esta mentalidad de algunos de los católicos ‘integristas’ más fervientes de principios del siglo XX (que incluso llegaron a disgustarse con Merry del Val y De Lai), hoy se encuentra en algunos círculos que se refieren a ellos y acusan a todos los ‘otros’ católicos de ser modernistas”* (tercer episodio). ¿A quién deberíamos tomar como ejemplo? ¿Al P. Rosa y al Card. Gasparri, que, por odio a Mons. Benigni, testificaron contra la heroicidad de las virtudes de Pío X y, por tanto, contra su canonización?

Quien no piensa como nosotros no es ciertamente un modernista por esta razón: incluso en este caso, la acusación de nuestro colega se basa en alegaciones infundadas y tal vez influenciadas por relaciones personales que han pasado de la amistad sincera y los ideales compartidos (se supone que uno no escribe veinte años en una revista inspirada en el *Sodalitium Pianum* sin pensar en un cierto sentido: ¿o no?) a un resentimiento sordo: ese resentimiento que el autor atribuye a Mons. Benigni como motivo de sus acciones. Suele suceder: nadie más que Nuestra Señora es la Inmaculada Concepción.



El obispo de Terni Francesco Soddu asiste a la inauguración de una logia masónica el 10/03/2022

Lo ocurrido con el Vaticano II demuestra que la represión del modernismo no fue suficiente sino deficiente: *quod erat demonstrandum* [que era lo que se quería demostrar].

NOTAS

1) *Di fronte alla calunnia* [frente a la calumnia], Roma, por el autor, 1928; *Attraverso la stampa*, en *Fede e Ragione*, 27 de mayo y 3-7 de junio de 1928, págs. 179-180 y 190-195. Véanse también las dos respuestas a la memoria de Mourret, de 1921, así como las cartas de Mons. Benigni al Card. Sbarretti, publicadas por POULAT en *Intégrisme et catholicisme intégral*, págs. 464-603.

2) ÉMILE POULAT, *Intégrisme et catholicisme intégral*, Casterman, 1969; *La Correspondance de Rome* (edición), Milán, Feltrinelli, 1971; *Catholicisme, Démocratie et socialisme*, Casterman, 1977.

3) E. POULAT, *Catholicisme, démocratie et socialisme. Le mouvement catholique et Mgr Benigni de la naissance du socialisme à la victoire du fascisme*, Casterman, 1977, pág. 472. Los dos sacerdotes eran el mismo P. Saubat y el P. Jeoffroid.

4) Todavía hoy, sobre todo en Francia, los católicos que se opusieron al Vaticano II y a sus reformas, y que en general prefieren designarse a sí mismos como “tradicionalistas”, son llamados “integristas” por sus adversarios. En particular, el teólogo dominico Yves Congar (1904-1995), uno de los principales exponentes de la *nouvelle théologie* condenada por Pío XII, luego experto en el Concilio, y finalmente creado “cardenal” por Juan Pablo II (por méritos teológicos), quiso vincular la figura y la posición de Mons. Lefebvre al integrismo de la *Action Française*, con la mal disimulada intención de vincular al prelado tradicionalista al infame integrismo y al condenado movimiento de Charles Maurras, degradando las motivaciones religiosas de los opositores al Vaticano II en motivaciones políticas (“fascistas”, *ça va sans dire*). La amalgama entre “integristas” y la *Action Française*, para implicar a unos en la condena de los otros, es obra, como veremos, de Louis Canet y del Quai d’Orsay.

5) Como sabemos, Mons. Eugenio Pacelli fue el sucesor inmediato de Mons. Benigni cuando éste dejó la Secretaría de Estado en 1911. Mons. Pagano, del Archivo Secreto Vaticano, muestra cómo Mons. Pacelli era informante de Mons. Benigni (*Documenti sul modernismo romano dal Fondo Benigni* [Documentos sobre el modernismo romano del Fondo Benigni], pág. 259). Con ocasión de la elección de Pío XII en 1939, Guido Aureli, periodista amigo de Mons. Benigni, escribió un artículo (titulado justamente “Pío XII”) en *La Vita Italiana* (volumen LIII, 15 de marzo de 1939, págs. 273-287), en el que recordaba la conexión entre el difunto Mons. Benigni y el nuevo Papa. Eugenio Pacelli, recuerda Aureli, había sido alumno de Mons. Benigni en las lecciones de diplomacia en la Academia de Nobles Eclesiásticos, luego su colaborador y subordinado “predilecto” en la Secretaría de Estado (pág. 278). Cuando Benigni dimitió en 1911, su sucesor, Mons. Pacelli, “fue, junto con otro eminente cardenal (...) el que no sólo recordó, cuando tuvo ocasión, sino

que tuvo respetuosa consideración por sus doctrinas” (pág. 279). El levantamiento de las sanciones contra la *Action Française* ya en 1939, y más tarde la beatificación y canonización de Pío X muestran cómo Pío XII estaba ligado a la memoria del pontificado del Papa Sarto, aunque estaría fuera de lugar clasificar al Papa Pacelli entre los “católicos integristas”.

6) (F. Antonelli) S.C. dei Riti, *Romana beatificationis et canonizationis Servi Dei Pii Papæ X Disquisitio circa quasdam obiectiones modum agendi Servi Dei respicientes in Modernismi debellatione una cum sommario additionali ex officio compilato*, Tipis Polyglottis Vaticanis, 1950, pág. 41.

7) G. SALE, *La “La Civiltà Cattolica” nella crisi modernista (1900-1907) fra transigentismo politico e integrismo doctrinale*, 2001; *Popolari e destra cattolica al tempo di Benedetto XV, 1919-1922*, vol. I di *chierici e camerati*, 2006; *Fascismo e Vaticano prima della Conciliazione*, vol. II di *Popolari, chierici e camerati*, 2007. Todos estos volúmenes han sido publicados por Jaca Book en la colección *I libri della “La Civiltà Cattolica”*, y están prologados por Pietro Scoppola.

8) Además de Nina Valbousquet, Alejandro Mario Diéguez, Francesco Tacchi, cfr. también CRISTOBAL ROBLES MUÑOZ (*El modernismo religioso y su crisis*, Acci, Madrid, 2016-2017, 3 volúmenes).

9) La expresión es de Leo Strauss.

10) Marc Lazar, sociólogo, profesor en la Universidad de París. También ha enseñado en la LUISS y colaborado con *Repubblica*. Su libro “*Catholique et antisémite*” es una adaptación de la tesis doctoral de Valbousquet.

11) Limitándonos a los que conciernen exclusivamente a los católicos integristas, podemos citar: “*Il complottismo di un nostalgico integrista: Guido Aureli e il suo memoriale su Monsignor Benigni e Pio X*” [La teoría de la conspiración de un integrista nostálgico: Guido Aureli y su memoria sobre Mons. Benigni y Pío X], coescrito con Alejandro Mario Diéguez, edición crítica de un documento original de los Archivos del Vaticano, *Modernism*, vol. 1-2, diciembre de 2018, págs. 159-222.

“*Catholic Anti-Modernism and the Modernity of Fascism: Integrista Catholicism, Nationalism, and Antisemitism in Fede e Ragione*”, *Incontri. Rivista europea di studi italiani* (Universidad de Utrecht), vol. 10, diciembre de 2017, págs. 80-95.

“*Antisemitismo italiano e cattolici integralisti nel primo dopoguerra*” [Antisemitismo italiano y católicos integristas a principios de la posguerra], *Passato e Presente*, vol. 102, septiembre de 2017, págs. 68-91. “*Anti-Modernism and Catholic Nationalism. The Impact of WWI on Msgr Umberto Benigni’s Catholic Integralist Network*”, *Modernism*, vol. 3: Roman Catholic Modernism and Anti-Modernism in the Great War, septiembre de 2017, págs. 212-246. “*Tradition catholique et matrice de l’antisémitisme à l’époque contemporaine*”, *Revue d’Histoire Moderne & Contemporaine*, vol. 62-2/3, septiembre de 2015, págs. 63-88.

“*Transnational Antisemitism and Political Christianity in the Aftermath of the Great War: The Catholic Participation in the First Diffusion of the Protocols of the Elders of Zion*”, in Rebecca Carter-Chand, Kevin Spicer (dir.), *Religion, Fascism, and Ethno-nationalism, 1918-1945*, publication prévue début 2020.

“*Gasparri, Benigni et les catholiques intégraux. Autorité du Saint-Siège et opposition intégrale, de Pie X à Pie XI*”, en Laura Pettinaroli, Massimiliano Valente (dir.), *Cardinal Pietro Gasparri, Roma*, Publication en ligne du Deutsches Historisches Institut in Rom (nouvelle série), 2019.

“*Trasformazioni del cattolicesimo integrale sotto Benedetto XV: la rete Benigni dopo lo scioglimento della Sapinière*”, en Giovanni Cavagnini, Giulia Grossi (dir.), *Benedetto XV nel mondo dell’inutile strage, Fondazione per le scienze religiose Giovanni XXIII* [Benedicto XV en el mundo de la matanza inútil...], Bologna, Il Mulino, 2018, págs. 450-462.

12) Nostalgia... encontré en una vieja carpeta –mientras escribía este artículo– la fotocopia de la carta que envié a este respecto al Abbé Aulagnier, director de la revista *Fideliter*, el 2 de noviembre (!) de 1981, y que provocó poco después –sin culpa alguna del Abbé Aulagnier– mi expulsión (definitiva) del seminario de Ecône y (provisional) de la Fraternidad San Pío X. La carta contenía un pequeño estudio crítico (12 páginas manuscritas) de los artículos del Abbé Bonneterre (especialmente el último, septiembre-octubre de 1981, n° 23, pág. 42 y siguientes) contra los católicos integristas, acusados de “exagerados”, y en favor de los católicos “moderados” (Grandmaison, Batiffol, Lagrange), verdaderos enemigos de los modernistas e intérpretes ejemplares de San Pío X. La serie de artículos resumió las conferencias que el Abbé Bonneterre, entonces director del seminario de Albano, dirigió a los seminaristas en los años 1979-80, durante las cuales hizo leer en el refectorio la vida del Padre Léonce de Grandmaison S.J., escrita por el P. Jules Lebreton S.J. (evidentemente el director de Albano pretendía –con la referencia histórica a la época de San Pío X, aludir a las disputas en el seno de la Fraternidad entre los llamados “liberales” y “antiliberales”, concluyendo a favor de los “liberales”, que obviamente no se consideraban tales). Al releerme después de tantos años, además de la audacia juvenil, sólo corregiría dos juicios: el demasiado confiado sobre la pertenencia de Rampolla a la masonería, y el demasiado severo hacia el Padre Lagrange, cuya doctrina era sustancialmente buena, aunque (ya) no era buena su mentalidad.

13) No descarto que existan autores de este género. Si existen, no son católicos integristas, y probablemente ni siquiera católicos. El autor tiene el deber de citarlos, si existen.

14) En su pequeño capítulo “*Benigni según Nina Valbousquet*”, el P. Nitoglia se refiere a “N. Valbousquet, *Transformaciones del catolicismo integrista bajo Benedicto XV: la red Benigni tras la disolución de La Sapinière*, en A. Melloni –dirigido por– *Benedicto XV. Papa Giacomo Della Chiesa*, Bolonia, Il Mulino, 2017, I vol”, ya que el volumen “*Catholique et antisémite. Le réseau de Mgr Benigni 1918-1934*”. Valbousquet –en este volumen– sostiene la tesis de que los integristas constituyeron bajo Pio XI “una tendencia cismática”, el punto de llegada de una evolución coherente (cap. 6, páginas 267 y ss.). El P. Nitoglia “bebe” de estas fuentes: Melloni (Escuela de Bolonia) y Valbousquet (asociaciones judías). El tema de la “tendencia cismática” es retomado por Valbousquet en su último libro (págs. 267 y sig.) sin poder citar una sola frase de Mons. Benigni en apoyo de esta tesis.

15) El P. Nitoglia tal vez se olvida de colaborar con el quincenal antimodernista *Sì Sì, no no*, cuyo lema es “*ubi veritas et iustitia ibi charitas*”, fundado por Don Francesco Putti (a quien estimaba y amaba), que ciertamente no tuvo, en sus palabras y en sus escritos, un lenguaje “pretencioso” y moderado, todo lo contrario. Véase al respecto el artículo conmemorativo en *Sodalitium* n° 6, marzo abril 1985, págs. 3-4, retomado, con una introducción, del Centro Federici n° 102, 21 de diciembre de 2014: *En memoria de Don Francesco Putti - Centro Studi Giuseppe Federici*.

16) Sin embargo, él mismo se ha quejado de haber sido objeto de un proceso similar por parte de Roberto De Mattei: “*Perché ho dovuto querelare Roberto De Mattei*” [¿Por qué tuve que demandar a Roberto De Mattei] (6 de octubre de 2014): <https://doncurzionitoglia.wordpress.com/2014/10/06/perche-ho-dovuto-querelare-roberto-demattei/>, en respuesta al artículo de De Mattei “*Il delirio nazi-cattolico di don Curzio Nitoglia*”, que fue eliminado por el autor pero que todavía se puede leer aquí: <https://forum.termometropolitico.it/650828-delirio-nazicattolico-don-curzio-nitoglia-roberto-de-mattei.html>

De Mattei a su vez respondió a un artículo del P. Nitoglia, “*Putin, Dugin, De Maistre, De Mattei e i Teocons*”, http://www.unavox.it/ArtDiversi/DIV921_Nitoglia_Putin_Dugin.html

Paradójicamente, el P. Nitoglia criticó a De Mattei, entre otras cosas, por haber participado en una iniciativa junto con el filósofo ruso Dugin; ¡recientemente De Mattei criticó la presencia de Dugin en el congreso “no vax” de Venecia en el que también participó el P. Nitoglia! Sobre este tema, cfr. también http://www.unavox.it/ArtDiversi/DIV931_Don-Nitoglia_Risposta_a_deMattei.html

17) En perfecto estilo soviético: el disidente es un enfermo al que hay que reeducar. El método sigue vigente: cualquiera que se oponga al “vicio nefando” de la sodomía (más anexos y conexiones) no es simplemente un cristiano consecuente, sino un homófobo, es decir, un enfermo psicológico que padece fobias (por no hablar de la transfobia). El proyecto de ley Zan quiere castigar legalmente una... ¿enfermedad psíquica?

18) MARC ORAISON, *Essai sur la peur en psychologie religieuse*, en *La Vie spirituelle, supplément*, 15 de septiembre de 1952, citado por POULAT, *Intégrisme...*, op. cit., pág. 79, nota 29. Paul Droulers S.J., de la Pontificia Universidad Gregoriana, en su biografía del Padre Desbuquois S.J., cree haber encontrado la explicación de la cuestión “integrista” en la anormalidad psicológica: “*Muy dotado, pero anormal, 'hochbegabt, aber anormal', dijo de Mons. Benigni un alto dignatario vaticano (E. Ritter, pág. 343). Este punto de vista es sin duda una de las claves de esta extraña historia: su protagonista romano se muestra como un agitado y ansioso, un hábil embriagado por su juego secreto, mucho más, quizás, que el ambicioso desleal que creyeron ver sus contemporáneos que tanto lo sufrieron*” (*Politique sociale et christianisme. Le Père Desbuquois et l'Action Populaire. Débats, Syndicalisme et Intégristes, 1903-1918*; Les éditions ouvrières, París, 1969, pág. 262, nota 96) (observo de paso que el libro de Emil Ritter citado por el Padre Droulers sobre la anormalidad de Benigni es considerado históricamente no fiable por EMILE POULAT, cfr. *Intégrisme...*, pág. 199).

19) ¿Por qué, se pregunta Poulat, el 7 de marzo de 1911 –por tanto, todavía bajo el pontificado de San Pío X– Mons. Benigni fue promovido a Protonotario Apostólico Participante, cargo prestigioso pero sin poderes concretos, y abandonó en cambio la Curia y la Secretaría de Estado, donde ocupaba el cuarto puesto jerárquico y donde normalmente habría tenido perspectivas de carrera (una nunciatura, o incluso la púrpura cardenalicia; su sucesor, Mons. Pacelli, llegaría a ser Papa)? Para sus amigos fue un ascenso, para sus enemigos una caída en desgracia debida a alguna traición por parte de alguien a quien retrataban como un “transfugado” del movimiento democristiano, e incluso del modernismo, al *integrismo* más rígido, y que había acabado traicionando incluso la confianza de Pío X. ¿Bajo la influencia de quién se habría visto obligado a dimitir Mons. Benigni? ¿Del Card. Ferrari, arzobispo de Milán? (págs. 383 ss.); ¿del Card. Gasparri (págs. 384 ss.)? ¿Del Secretario de Estado Merry Del Val? (págs. 386 ss.); ¿sobre cual base? ¿A causa de Francia? (págs. 393 ss.); ¿de Rusia? (págs. 394 ss.); ¿de Alemania? (págs. 418 ss.). La Secretaría de Estado tuvo que intervenir personalmente y desmentir los rumores de los enemigos de Mons. Benigni, quien,

en 1912, explicó en *La Correspondance de Rome* que fue él mismo quien pidió insistentemente al Papa y al Secretario de Estado que se le permitiera dejar sus funciones en la Curia. Las declaraciones de Mons. Benigni corresponden a la verdad, pero no a toda la verdad, porque tuvo que ocultar la verdadera razón por la que había efectivamente insistido en ser liberado de sus obligaciones en la Curia. La verdad completa, que no podía ser revelada, ha salido ahora a la luz gracias a las investigaciones de Mons. Pagano, del Archivo Secreto Vaticano.

20) Sobre las relaciones entre Mons. Benigni y el “secretariado” de San Pío X, cfr. PAGANO, *Documenti sul modernismo romano*, pág. 243, y POULAT, *Intégrisme...*, págs. 66, 581, 588. Sobre el secretariado mismo, cfr. A. DIÉGUEZ, S. PAGANO, *Le carte del “Sacro Tavolo”*. *Aspetti del pontificato di Pio X dai documenti del suo archivio privato*, Archivio Secreto Vaticano, 2006.

21) A. DIÉGUEZ-SERGIO PAGANO, *Le carte del “Sacro Tavolo”*, Archivio Secreto Vaticano, Ciudad del Vaticano, 2006, vol. II, pág. 876-877, nota 1488; menos clara, N. VALBOUSQUET, *Catholique...*, págs. 52-53, 230-231.

22) E. POULAT, *Catholicisme, démocratie et socialisme. Le mouvement catholique et Mgr Benigni de la naissance du socialisme à la victoire du fascisme*, Casterman, 1977, págs. 386-391; POULAT, *Intégrisme...*, págs. 76-77, 267-270 etc. Ver también F. TACCHIA, *La Curia Romana e la Germania durante la crisi modernista*, Viella, 2022, capítulo IV: *Un anno cruciale: il 1912, 1. Benigni e Merry del Val* (págs. 111-118). Sobre el término “*La Peur*” atribuido a Merry del Val, cfr. pág. 116; sobre la continuación de la colaboración entre Merry, Benigni y el *Sodalitium* incluso después de los malentendidos de 1911-1912, véanse págs. 117-118.

23) Seguimos el texto citado por Sergio Pagano (*Documenti sul modernismo romano, op. cit.*, nota 67, págs. 250-251) y no el de Valbousquet, como hace el P. Nitoglia. Observamos que también en este caso, Mons. Benigni intuye el nombre del elegido del cónclave. Tras descartar que Gasparri podiese ser elegido, escribe sobre el Card. Ratti: “*Muy conocido en Polonia, es el candidato del P.P.I. y de la Internacional Blanca, junto con Maffi de Pisa y Gasparri. De los tres, el más citado es Ratti*”. Los Cardenales Merry del Val y De Lai ofrecieron los votos de su corriente a Ratti si aceptaba no confirmar a Gasparri como Secretario de Estado: el Card. Ratti se negó, obteniendo aún su apoyo. La encíclica programática de Pio XI, *Ubi Arcano*, despertó el entusiasmo y la esperanza de los integristas, entusiasmo que, como veremos, dio lugar a la decepción. “*La internacional blanca*”, en el lenguaje de Benigni, era la alianza internacional de los demócratas cristianos.

24) Una curiosidad sobre esto. Según Paul Droulers, biógrafo del Padre Desbuquois S.J., Mons. Benigni intentó restablecer el *Sodalitium Pianum* creando la *Intesa Romana di Difesa Sociale* y el “bureau Veritas”, que, según él, también se llamaría “*Société des nec spe nec metu*”, con el objetivo, señaló el P. Desbuquois el 15 de febrero de 1924, “*de luchar contra el actual ‘modernismo económico, social y jurídico’*” (PAUL DROULERS, *Le Père Desbuquois et l’Action Populaire*, Pontificia Universidad Gregoriana, 1981, pág. 137, nota 93).

25) No fue el único en sospechar: cfr. <https://www.parrocchiariesepiox.it/san-pio-x/opinioni-e-news-pio-x/561-la-misteriosa-morte-del-cardinale-merry-del-val-nelle-carte-della-polizia-politi-ca-fascista>

26) N. VALBOUSQUET-A.M. DIÉGUEZ, *Guido Aureli e il suo memoriale su mons. Benigni e Pio X*, en *Modernism*, pág. 214 y nota 116; cfr. POULAT, *Catholicisme...*, págs. 240-243.

27) “*Il grave dolore*”. *Allocutio habita in occasione impositionis bireti novis cardinalibus die xxvii maii 1914*. El texto fue publicado en las *Acta Apostolicae Sedis* (AAS, 28 de mayo de 1914, año VI, vol. VI, n. 8, págs. 260-262) en italiano, y traducido al francés y comentado por E. POULAT en *Intégrisme...*, págs. 455-458.

28) Introducción a la publicación del mismo texto de San Pío X por el Centro Studi Giuseppe Federici el 3 de enero de 2018: “*Il testamento di san Pio X*”: <https://www.centrostudifederici.org/testamento-san-pio-x/>

29) En efecto, en la cita de la pág. 160 del artículo de NINA VALBOUSQUET y ALEJANDRO MARIO DIÉGUEZ, “*Il complottismo di un nostalgico integralista: Guido Aureli e il suo memoriale su Monsignor Benigni e Pio X*”, publicado en la revista *Modernism* (año IV, 2018), no hay nada de cuanto el P. Nitoglia atribuye a la escritora... francesa. O el P. Nitoglia estaba distraído, o pensó que nadie comprobaría la fuente que citaba.

30) E. POULAT, *Catholicisme...* págs. 201-204 y 234-236.

31) MAURIZIO TAGLIAFERRI, *L’Unità Cattolica. Studio di una mentalità*, Editrice Pontificia Università Gregoriana, Roma, 1993, pág. 178 y nota 473.

32) *The reception and application of the Encyclical Pascendi*. Editado por Claus Arnold y Giovanni Vian, Edizioni Ca’ Foscari, 2017.

33) *Tra competenze e procedure: la gestione dell’operazione*.

34) L. M. SARDELLA, *La répression du modernisme*.

35) R. PERIN, *Le relazioni dei vescovi italiani a norma dell'enciclica Pascendi*.

36) En *Revue d'histoire ecclésiastique*, vol. 109, nº 3-4, 2014, págs. 758-782. La cuestión es tratada por POULAT, *Intégrisme...*, págs. 438-440.

37) Un "profeta" modernista. *Il testamento di don Primo Vannutelli*, en *Sodalitium* nº 64, mayo de 2010, pág. 14 y págs. 21-22, nota 4.

38) E. POULAT, *Intégrisme...*, págs. 71-72 y 261-265. Se le confiará la parroquia de Saint-Pouanges, 155 almas.

39) FRANCESCO TACCHI, *La Curia Romana e la Germania durante la crisi modernista. L'Integralismusstreit tedesco (1900-1914)*, Viella, 2022, págs. 104-106. Amplia referencia al Fondo Benigni.

40) RAFFAELLA PERIN, *Reazioni curiali antimoderniste: il caso vicentino* en C. ARNOLD Y G. VIAN (editores), *La condanna del modernismo. Documenti, interpretazioni, conseguenze*, Viella, 2010, págs. 572-573. Sobre el mismo tema cfr. GIOVANNI AZZOLIN, *Gli Scotton: prediche, battaglie, imboscate*, La Serenissima, 1998.

41) El 8 de enero de 1911, el joven sacerdote Giovanni Menara (1885-1933) escribió a Mons. Bressan, de la secretaría privada de Pío X, para exponerle un problema de conciencia. Colaborador de *La Riscossa*, de *La Liguria del Popolo*, de *L'Unità Cattolica*, de *Il Berico* y de *Le Armonie della Fede*, todos periódicos "papales" o "integristas", había sido contratado recientemente por el Conde Della Torre para escribir en *Libertà*, de Padua (para nada "integrista"). "Nacido y criado en Breganze, bajo la dirección de Mons. Andrea Scotton, que me trató como a un hijo, abracé las ideas de *La Riscossa* y de redención y *L'Unità Cattolica*. Nunca hubo un momento en el que dudara de la rectitud del programa de estos periódicos: sólo hoy, tras la reprobación del cardenal arzobispo de Milán, empiezo a dudar de que el camino emprendido por *La Riscossa* sea el camino a seguir". Menara, que también era o sería miembro del *Sodalitium*, preguntó por tanto al Papa, a través de Bressan, si podía "en conciencia continuar mi colaboración semanal con *La Riscossa*". La respuesta manuscrita de Pío X fue la siguiente (10 de enero): "Reverendísimo Señor, dé gracias al Señor por haber tenido como maestro a Mons. Andrea Scotton, y procure no olvidar nunca las lecciones recibidas y el ejemplo dado por *La Riscossa*. Para su consuelo, lea la carta que, incluso recientemente, el eminentísimo Cardenal Secretario de Estado escribió a Mons. Scotton, y nunca se arrepentirá de haberse aferrado a los principios valientemente defendidos por su maestro". Merry había escrito de Scotton el 28 de noviembre de 1910: "como un valiente soldado está siempre dispuesto a la batalla, resuelto a no deponer las armas más que cuando Dios se las tome de las manos para cambiarlas por un glorioso trofeo de victoria en el Cielo" (DIÉGUEZ, *Le carte del Sacro Tavolo*, vol. I, págs. 346-347). Don Menara fue destinado por Pío X a colaborar en la redacción de *La Riscossa* en 1914, pero encontró la oposición de Mons. Rodolfi (G. AZZOLIN, *Gli Scotton. Prediche, battaglie, imboscate*, La Serenissima, 1998, págs. 290-291 y 363, DIÉGUEZ, l.c.). Según Mons. Benigni, a la muerte de Pío X abandonó el *Sodalitium* (POULAT, *Intégrisme...*, pág. 583). De hecho, tras la guerra, cambió de postura: apoyó al nuevo director de *L'Unità Cattolica*, Ernesto Calligari (Mikròs), de quien se convirtió en biógrafo (cfr. TAGLIAFERRI, *L'Unità Cattolica..., passim*), adhirió al Partido Popular, combatió y fue combatido (a garrotazos) por los fascistas, y terminó su carrera como redactor del *L'Osservatore Romano*, siempre cercano al Conde Della Torre (*Breganze in cartolina, Gruppo Ricerca Storica Breganze*). No obstante, mantuvo su afecto por los hermanos Scotton, de quienes escribió la primera biografía en 1925 (*I Fratelli Scotton, mons. Jacopo, Andrea e Gottardo, Memorie biografiche*, Firenze, Tipografia Santa Maria Novella).

42) Juan XXIII, que era su amigo, abrió la causa de beatificación del Card. Ferrari el 10 de febrero de 1963. Pablo VI lo declaró venerable (con el reconocimiento de virtudes heroicas) el 1º de febrero de 1975, y Juan Pablo II lo proclamó beato el 10 de mayo de 1987. Así pues, los tres "santos papas" conciliares contribuyeron a esta especie de descanonización de Pío X. Desde el punto de vista historiográfico, son interesantes (aunque tendenciosos, por supuesto) los volúmenes del postulador de la causa de beatificación, CARLO SNIDER: "*L'episcopato del cardinale Andrea Carlo Ferrari*", Neri Pozza, Vicenza, 1981.

43) Publicado por el Centro Studi Valle Imagna. El volumen se publicó en 2015 para conmemorar el centenario de la muerte de Mons. Radini Tedeschi. Agradezco a mi amigo Stefano Vitali, que me ha señalado y donado el volumen.

44) La familia Medolago Albani, gracias al editor Renato Borsotti, tuvo el gran mérito de publicar finalmente la biografía de su ilustre antepasado escrita por Don Paolo de Töth: "*Il soldato di Cristo: Stanis-*



El Padre Giovanni Semeria

lao Medolago Albani”, de la que el *Centro studi don Paolo de Töth* publicó el prefacio del propio Don Paolo: Prefacio de Don de Töth al libro: “*El Soldado de Cristo, Stanislao Medolago Albani*” - Centro Studi Paolo de Töth. Por desgracia, la voluminosa publicación (777 páginas) no incluye la parte final del texto, sin duda la más interesante (la narración termina en 1904, mientras que el conde murió en 1921), que puede haberse perdido.

45) Marco Invernizzi, actual regente de *Alleanza Cattolica*, publicó una entrada laudatoria sobre el Conde Grosoli en el “*Dizionario del pensiero forte*” [Diccionario del pensamiento fuerte] de esta asociación (Invernizzi comenzó su carrera estudiando a Medolago, de Töth y Benigni, y aquí acaba con Grosoli y... Bergoglio. Un camino seguido, por desgracia, por muchos, demasiados otros). Giovanni Grosoli Pironi (1859-1937) nació de padre judío y madre cristiana. En 1902 fue elegido presidente de la *Opera dei Congressi*, sucediendo a Paganuzzi, de quien era adversario. Una circular suya del 15 de julio de 1904, escrita en colaboración con Filippo Meda y Mons. Radini Tedeschi, criticaba a los católicos que seguían atados a “*cuestiones muertas en la conciencia nacional*” (en alusión a la oposición católica al *Risorgimento*). El 19 de julio, la Santa Sede publicó una nota de disensión en *L’Osservatore Romano*, a la que siguió la dimisión de Grosoli y la disolución de la *Opera*, a excepción del grupo dirigido por Medolago Albani. En 1907 Grosoli fundó un “Trust” de periódicos católicos “de penetración”, que fueron desautorizados por la circular de la Santa Sede de 1912, sólo para ser rehabilitados bajo Benedicto XV: volveremos sobre ello. En 1919 estuvo entre los fundadores del Partido Popular, que sin embargo abandonó en 1923 para fundar en 1924, con otros católicos liberales o modernizantes como él, el *Centro Nazionale Italiano*, partidario del fascismo, que cerró sus puertas en 1930, habiendo realizado para entonces el viejo sueño de los conciliaristas con el Estado italiano nacido del *Risorgimento*.

46) FRANCESCO MORES, *Ammiratore di Semeria, discepolo del Bonaiuti. Una lettera e un giudizio di Stanislao Medolago Albani su Angelo Giuseppe Roncalli*, en *Modernism*, año 2017, págs. 289-300, ed. Morcelliana. *Modernism* es una revista de la *Fondazione Romolo Murri, Centro Studi per la Storia del modernismo*, de la Universidad de Urbino, cuyo origen se debe a una iniciativa del sacerdote Lorenzo Bedeschi en 1972. En cierto modo, *Modernism* sucede a la publicación *Fonti e Documenti* (1972-2005). El *Centro Studi* se ocupa también del antimodernismo, obviamente desde un punto de vista puramente modernista.

47) “*En la audiencia papal que tuve poco después, alegrándome por el efecto saludable que tendría la Encíclica (Pascendi) y que ya estaba mostrando, me preguntó tristemente: ‘¿Usted lo cree?’*”. Filippo Crispolti explicó a Pío X las razones de su optimista convicción, “*pero en lugar de asentir, como yo para su consuelo deseaba, (...) continuó moviendo la cabeza. Seguía siendo un hombre que había realizado un acto solemne, porque ante Dios tenía la obligación de hacerlo, pero en cuanto a los efectos, seguía siendo pesimista. Y sí –concluyó Crispolti– ¡sólo hicieron falta unos pocos años para reconocer que el golpe que dio al modernismo fue realmente fatal!*”. Y unas pocas décadas bastaron, en cambio, para ver cuánta razón tenía San Pío X, y cuán equivocados estaban los ingenuos o interesados “enterradores” del modernismo que se hacía el muerto”. El “liberal” Crispolti no pudo o no quiso entender, y de San Pío X escribió: “*su pontificado fue uno de los más tristes que se recuerdan. Siempre vio en negro las condiciones de la Iglesia que le tocaba gobernar. Sí, confiaba en la palabra sagrada que aseguraba que la barca de Pedro era insumergible, pero para entonces y quién sabe hasta cuándo, creía que la tempestad era tan amenazadora al punto de hacer pensar que sería atribuido a su reinado el lema desolador de la profecía apócrifa, aunque no le fuera atribuido: religio depopulata [religión devastada]. Cuántas veces y a cuántos no dijo: ‘¡ya no se oye al Papa!’*” (F. CRISPOLTI, *Pio IX, Leone XIII, Pio X, Benedetto XV. Ricordi personali*, Treves-Treccani-Tumminelli, 1932, págs. 129-132). También Pío X, como Benigni, era, humanamente hablando, “*nec spe, nec metu*” [sin miedo y sin esperanza].

48) Cfr. *Sodalitium* n° 23 págs. 4, 10, 11, citando a GUIDO SOMMAVILLA S.J., *La Compagnia di Gesù*, Rizzoli, 1985, pág. 225; *Storia della Chiesa*, dirigida por H. Jedin, Jaca Book, Milán, 1973, vol. IX, pág. 576; G. CASSIANI INGONI, *Vita del P. W. Ledochowski*, Roma, 1945, págs. 71 y 73; *Disquisitio...*, op. cit., págs. 10-11.

49) *Sodalitium*, n° 70-71, págs. 22 ss.; n° 36, págs. 33-47. En el artículo del n° 70-71 concluía: “*las vicisitudes de los distintos pontificados del siglo XVI nos recuerdan que una cosa es el Papa, Vicario de Cristo y sucesor de Pedro, y otra cosa son las personalidades de cada uno de los hombres que ostentan esta sublime dignidad: un ‘concordismo’ absoluto conduce a una mala apologética*”.

50) Esto es lo que escribe el P. Nitoglia en su primer episodio: “*El Cardenal Pietro Gasparri, en su deposición del 28 de marzo de 1928 durante la causa de beatificación de Pío X, trató la cuestión del S.P., también conocido como ‘Liga de San Pío V’ (de ahí el apelativo de ‘Pianum’ por el Papa Pío V), dirigido por Mons. Umberto Benigni y quiso señalar, polémicamente y tal vez un poco amargamente, que el papa Sarto había apoyado la mencionada asociación, definiéndola: ‘Una asociación oculta de espionaje fuera y por encima de la jerarquía, que espía a los mismos miembros de la jerarquía [...]. Una especie de*

masonería en la Iglesia, algo inédito en la historia eclesiástica, viendo en esto un 'punto oscuro' que podría haber perjudicado la beatificación de Pío X, acusado implícitamente de espiar al episcopado para eliminar a los modernistas (Sacra Rituum Congregatio, Disquisitio circa quasdam obiectiones modum agendi servi Dei respicientes in modernismi debellatione, Roma, 1950, pág. 6)”. Pero aquí hay dos casos: o el Card. Gasparri fue injusto contra Pío X y el Sodalitium, y entonces, ¿cómo se le puede defender? O se lo quiere defender, por este mismo hecho, pero entonces no fue injusto. El autor se las arregla con: “un poco amargamente” (¡tal vez! un poco...*). El problema es otro: ¿fue justo o injusto?*

51) Tommaso Reggio (1818-1901), de noble familia genovesa, fue “beatificado” por Juan Pablo II el 3 de septiembre de 2000. Celebró los funerales del rey Humberto I, que le había condecorado con la Orden de honor de los Santos Mauricio y Lázaro. Opuso a la fórmula del P. Margotti que llevaba a la Santa Sede al “*non expedit*” (“ni electos ni electores”), la fórmula opuesta: “elegidos y electores”. En el sitio web de la arquidiócesis de Génova, el card. Tarcisio Bertone, su “sucesor”, lo conmemoró de la siguiente manera: “*Mons. Reggio buscó rejuvenecer las estructuras dentro de la Opera dei Congressi y poner en práctica 'los postulados de una democracia verdaderamente cristiana', oponiéndose al paso 'a la locura del socialismo anticristiano y antisocial'. El impulso a los estudios sociales continuó con la actividad que el Prof. Toniolo, venerado maestro de los jóvenes del Círculo de Spinola, llevó a cabo en Génova y con las conferencias del Padre Semeria (que se convertiría en un conocido modernista, n.d.a.) en la Escuela Superior de Religión. La intención de esta última Escuela, fundada en 1897 en el Instituto Vittorino da Feltre, donde hay un círculo juvenil muy abierto a las iniciativas sociales y políticas, es ofrecer a los jóvenes católicos de la escuela secundaria y de la universidad una adecuada formación religiosa. Reggio confió la Escuela al Padre barnabita Semeria, a quien luego concedió –en el mismo año 1897– permiso para predicar sus famosos 'Advientos' en la iglesia de Santa Maria delle Vigne: un gesto de confianza y coraje hacia las nuevas fuerzas, que no escatimaron críticas a Mons. Reggio por los exponentes intransigentes de la Opera dei Congressi. (...) Parece necesario decir, con respecto al naciente grupo democristiano, que Reggio tiene visión de futuro, sabe captar fermentos que encontrarán desarrollo en el futuro, percibe que algunos fenómenos forman parte de un movimiento lento pero imparable de la sociedad. El P. Semeria resumirá así la acción de Mons. Reggio, en su célebre conmemoración del 13 de diciembre de 1901: 'Nuestro buen arzobispo mostró sentir el soplo de los nuevos tiempos que, lenta pero fatalmente, van madurando; este soplo democrático, del que cuantos somos en el mundo hombres de corazón, esperamos una mejora, una ascensión de las clases humildes y desheredadas. No sé si le agradaba ese nombre de democracia, y, más bien pensaría, porque debo ser franco, pensaría que no, pero, fiel al in dubiis libertas, no se opuso y, sobre todo, tuvo el buen sentido de entender que, más que el nombre tan fácil de tomar y dejar, lo que importa es la cosa, sin la cual el nombre, o es vanidad infantil, o incluso hipocresía calculada'. (...) La historiografía ha coincidido en señalar estos aspectos de la larga vida de Tommaso Reggio: (...) En política, su simpatía por la causa de los católicos liberales, hasta el punto de ser recordado, junto con Scalabrini y Bonomelli, como uno de los prelados italianos más favorables a la tradición del Risorgimento y al sistema constitucional del Estado unitario”.*

52) Interesante, sobre las relaciones entre el Card. Rampolla y su secretario Mons. Della Chiesa, lo que escribe un amigo de éste último, FILIPPO CRISPOLTI, en *Pio IX, Leone XIII, Pio X, Benedetto XV. Ricordi personali*, Treves-Treccani-Tumminelli, 1932, págs. 148-165. Los Cardenales Agliardi y Rampolla veían en el joven Della Chiesa el anuncio de “*un nuevo Consalvi*” (pág. 148). Della Chiesa, por su parte, así recordó a Rampolla con ocasión de la muerte de su “*venerado padre y maestro*”, escribiendo a Crispolti: “*quizás nadie haya tenido una cercanía tan larga con el difunto cardenal como yo la tuve, ni nadie haya sido de él tan apreciado como yo lo he sido. Imaginen entonces la tristeza de mi alma. Pero estoy contento de haber venido a depositar un cálido beso en sus frías manos*” (pág. 154). Sin embargo, Crispolti también señala las diferencias: diplomático muy reservado, Rampolla, locuaz e imprudente, Della Chiesa, como lo demuestra el caso Latapie (págs. 156-158).

53) SERGIO PAGANO, *op. cit.*, pág. 243, nota 51 y 244.

54) Giovanni Genocchi (1860-1926). En 1877 ingresó en el Seminario Pío de Roma (un semillero de modernistas) donde fue condiscípulo de Fracassini, Lanzoni y Della Chiesa. Ordenado en 1883, ingresó en los misioneros del Sagrado Corazón de Issoudun en 1886. “*A principios de marzo de 1897 visitó a A. Loisy, biblista y uno de los promotores del modernismo francés, que vivía en Neuilly desde 1894, después de su destitución del Institut catholique de París, dando inicio a una relación que continuó por correspondencia y con nuevos encuentros posteriores en abril de 1900 y junio de 1901: asociación que probablemente también tuvo un papel importante en su formación personal como biblista abierto y erudito*”. “*En el momento más agudo de la crisis modernista, un consultor anónimo del Santo Oficio pudo escribir que, en la casa del Sagrado Corazón de Piazza Navona, G. había 'formado una escuela de hipercríticos entre sus jóvenes discípulos y que alimenta el hipercrítico alemán en Roma'*” (TURVASI, 1971, pág. 24 ss.). “*Si recordamos,*



Nina Valbousquet

entre sus allegados, además de Fracassini, S. Minocchi, B. Casciola, A. Ghignoni, G. Semeria, C. Pizzoni, G. Vitali, N. Piastrelli, A. Fogazzaro, I. Torregrossa y, más en general, casi todos los protagonistas de la crisis modernista; el entorno de G. fue también un punto de conexión con los modernistas europeos. (...) Mientras tanto, desde noviembre de ese mismo 1897, le habían sido encomendadas las lecciones de exégesis en la cátedra de exégesis bíblica establecida por León XIII en la Pontificia Universidad del Apolinar, cátedra que fue abolida al año siguiente debido a la tenaz oposición del Cardenal C. Mazzella. (...) En los años siguientes, su asociación con amigos y conocidos vinculados al modernismo, su adopción de posiciones muy avanzadas en el campo de la crítica bíblica plantearon obviamente el problema de su relación personal con el movimiento modernista; él, sin embargo, logró no alejar la estima de las máximas autoridades eclesiásticas. Discutió la autenticidad mosaica del Pentateuco y la historicidad de los tres primeros capítulos del Génesis, desaconsejando rechazar las conclusiones de los investigadores a este respecto; intervino

sobre la composición del libro de Isaías abogando por la teoría de la pluralidad de autores. De hecho, esto se tradujo en posiciones sistemáticamente opuestas a las respuestas de la comisión a los diversos temas antes mencionados, así como a las evaluaciones exhaustivas del corpus paulino, a la cuestión sinóptica con especial referencia a la autenticidad del Evangelio de Mateo, al problema de la parusía en los discursos escatológicos de Jesús y en las afirmaciones de Pablo en la Primera Carta a los Tesalonicenses (TURVASI, 1974, pág. 217-284). (...) Esta obra de pastoral bíblica, proyectada y realizada por G. con la colaboración de Mons. G. Della Chiesa, del Cardenal M. Mocenni y, como secretario, de Mons. G. Mercati (a quien sucedió el Padre G. Valdambrini), tomó el nombre de Sociedad San Jerónimo para la difusión de los Evangelios; la dirección estaba en la Secretaría de Estado, la administración en la casa de Genocchi. La primera tarea consistió en la edición italiana de los Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles: la traducción se confió al Padre G. Clementi, las notas a G. y la introducción al Padre Semeria (*Il Santo Vangelo di Nostro Signore Gesù Cristo e gli Atti degli apostoli*, Roma 1902) (...)” (ROCCO CERRATO, *Dizionario biografico degli italiani*, vol. 53, 2000, entrada Genocchi). Véase también DIÉGUEZ, *Le carte del Sacro Tavolo*, op. cit., I, págs. 185, 283-284, nota 510.

55) ROBERTO DE MATTEI, *Modernismo e antimodernismo nell'epoca di Pio X*, en *Don Orione negli anni del modernismo*, Jaca Book, 2002, págs. 44-47, y especialmente, SERGIO PAGANO, *La mancata pubblicazione dell'opera 'Pio IX e il Risorgimento italiano' di Giuseppe Clementi e Edoardo Soderini*, en *Barnabiti studi*, 28 (2011): *I Barnabiti nel Risorgimento*, actas del congreso, Roma, 14 y 15 de enero de 2011.

56) DROULERS, op. cit., vol. 1, pág. 405. Mons. Jules Tiberghien (1867-1923), amigo del Padre Sevin y del escultismo católico, fue consagrado por Benedicto XV en 1921. Antoine Pottier (1849-1923), belga, uno de los líderes de la democracia cristiana y del sindicalismo católico. Gaston Vanneufville (1866-1936), fundador con el Abbé Six de *La Démocratie Chrétienne*, por la difusión de las ideas del Abbé Lemire; Louis Glorieux (1867-1925), también considerado “aliado de los bachemistas alemanes” (Poulat); todos ellos procedían de la región que también fue hogar de Mons. Lefebvre. De hecho, conviene recordar que las raíces eran comunes: el catolicismo social nació de La Tour du Pin, de Albert de Mun, de Maurice Maigren, en definitiva del catolicismo intransigente y legitimista; sólo más tarde los caminos se separaron, hasta llegar a oponerse.

57) El texto del discurso de San Pío X, con nuestra introducción, fue publicado por el *Centro Studi Giuseppe Federici*, comunicado n° 2/18, del 3 de enero de 2018: <https://www.centrostudifederici.org/testamento-san-pio-x/>

58) E. POULAT, *Intégrisme...*, pág. 331. “Según el Cardenal Tisserant, Pío X no quiso elevar a la púrpura a Giacomo Della Chiesa mientras vivía Rampolla, para no tener dos cardenales unidos en la aversión al integrismo: cfr. F. ENGEL-JANOSI, *Il Vaticano tra fascismo e nazismo*, tr. it., Firenze, 1973, p. 25”, cit. por GIANNI VANNONI, *Integralismo cattolico e Fascismo: Fede e Ragione*, en *La Chiesa del Concordato*, editado por Francesco Margiotta Broglio, Il Mulino, Bolonia, 1977, nota 28, pág. 463.

59) Así, por ejemplo, Pío X creó cardenal a Della Chiesa, quien a su vez creó cardenal a Tommaso Pio Boggiani, enteramente de la línea de Pío X.

60) “Otro”: me refiero a Giovanni Grosoli. Concretamente, el converso del judaísmo no fue el propio Giovanni Grosoli Pironi, sino su padre, el rico abogado judío Giuseppe Forlì, quien “al pasarse al catolicismo, había adoptado el apellido del padrino de bautismo (que se llamaba precisamente Grosoli: cfr. G. CANDELORO, *Il movimento cattolico in Italia*, 3a. ed., Roma, 1972, pág. 299, nota 1)” (G. VANNONI, en *Cristianità*, n° 14, año 1975). Pironi era en cambio el apellido de su madre, Luisa.

- 61) GIANNI VANNONI, *Integralismo cattolico e Fascismo: Fede e Ragione*, op. cit., págs. 443-443, y nota 27, pág. 462.
- 62) Don Paolo (Francesco Ferdinando Paolo) Tommaso (en religión) de Töth, nació en Udine el 7 de marzo de 1881. Era friulano de origen húngaro. Su noble familia se mudó a Friuli alrededor de 1828 con Francesco, abuelo de Don Paolo (hijo de otro Francesco). La familia era de tendencia liberal y a favor deñ *Risorgimento*, y entre sus tíos Don de Töth se contaban algunos diputados del parlamento y varios periodistas, como Guglielmo de Töth, de *Fanfulla*, y Raimondo Brenna, de la *Agenzia Stefani* y de la *Nazione*. A Don Paolo, que ingresó muy joven a los carmelitas (a los ocho años) y cuyos padres fallecidos tempranamente eran religiosos, el ambiente familiar no le transmitió el liberalismo, pero sin duda le transmitió la pasión por el periodismo e importantes conocimientos. Una amistad en común con Mons. Della Chiesa era el Marqués Filippo Sassoli de Bianchi, de Bolonia, colaborador y mecenas de *Fede e Ragione*.
- 63) Sobre Mons. Belvederi: GIULIO ANDREOTTI, *I quattro del Gesù. Storia di un'eresia*, Rizzoli, Milán, 1999; FLUVIO DE GIORGI, *Maria Montessori tra modernisti, antimodernisti e gesuiti*, págs. 30-36; *Sodalitium* n° 42, pág. 8; n° 51, págs. 68-69; n° 64, págs. 20-22.
- 64) Cfr. *Sodalitium* n° 64, pág. 14 y nota 4, pág. 21: *Un 'profeta' modernista. Il testamento di don Primo Vannutelli*. En una nota cité el comentario de Mons. Benigni: “*Modernistas y Gasparri, 1916. El asunto del repentino juramento prestado en manos del cardenal Gasparri por los conocidos sacerdotes modernistas, Buonaiuti Ernesto, Turchi Nicola, Mozzo (sic)... y Vannutelli, tiene la siguiente historia de fondo. Estos terminaron con aquel proceso en el Santo Oficio, del que Rampolla los había salvado a ellos y a otros. Entonces Gasparri (¿por orden del Papa?) tomó el asunto él mismo, quitándolo del Santo Oficio. Después de la comedia sacrílega del juramento, Buonaiuti se quedó una hora con Gasparri, y dijo que estaba asombrado por la amplitud (!) de ideas del cardenal. Evidentemente Gasparri los persuadió para que prestaran juramento ante él y en su sentido, sentido en acuerdo con el suyo (...)*” (SERGIO PAGANO, *Documenti sul modernismo romano dal Fondo Benigni*, op. cit., págs. 261-262). Benigni tenía razón, como lo confirma el largo relato de los hechos narrado por el propio Buonaiuti en su autobiografía (*Pellegrino di Roma. La generazione dell'esodo*, Gaffi editore, Roma, 2008: parte II: *il manipolo* (1915-1920), págs. 168-178).
- 65) E. POULAT, *Intégrisme...*, pág. 559.
- 66) HENRI COSTON, *Dictionnaire de la politique française*, Flanant, Limoges, 1998, pág. 958; PRÉVOTAT, op. cit., pág. 389.
- 67) E. POULAT, *Intégrisme...*, págs. 419-421.
- 68) DROULERS, op. cit., vol. 1, págs. 405, 419-420. La sede de la A.P. había sido bombardeada durante la guerra.
- 69) A. M. DIÉGUEZ, *Fondi dell'Archivio Segreto Vaticano relativi al modernismo*, pág. 24.
- 70) HEINRICH DENZINGER, *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, edición bilingüe, editada por Peter Hünermann, Edizioni Dehoniane, Bolonia, 3a. edición, enero de 2000.
- 71) S. PAGANO, *Documenti sul modernismo romano...*, op. cit., pág. 269.
- 72) A este respecto, cfr. “*Tomisti e antitomisti in un'opera recente*”, en *La Civiltà Cattolica*, vol. IV, cuaderno 1858, 19 de noviembre de 1927, págs. 330 ss. (donde se critican las críticas del P. Pègues O.P., en una obra traducida del francés por el “famoso” –para nosotros– P. Regattieri); “*La recente calunnia di Fede e Ragione contro La Civiltà Cattolica*”, vol. III, cuaderno 1878, 15 de septiembre de 1928, págs. 527 ss. (respuesta al artículo de *Fede e Ragione*: “*Ritorno a Scoto? L'opposizione alle XXIV Tesi*”: un tema muy querido por Don Paolo de Töth).
- 73) DON PAOLO DE TÖTH vuelve a escribir sobre toda la cuestión en el volumen “*Della preminenza, in sé e secondo le dichiarazioni dei Sommi Pontefici Leone XIII, Pio X, Benedetto XV e Pio XI, della Filosofia e Teologia di San Tommaso, a proposito di un opuscolo su 'La Scolastica e i suoi compiti odierni'*”, La Commerciale, Acquapendente, 1936. El opúsculo en cuestión defendía la teoría según la cual Benedicto XV había dado, precisamente, libertad para seguir las tesis filosóficas de Suárez (cfr. especialmente págs. 68-77), para quien Santo Tomás fue un gran Doctor... ¡“muerto y enterrado”! (una anticipación de la “historización” de Santo Tomás operada por los Padres dominicos Chenu y Congar). De Töth defiende enérgicamente a Benedicto XV contra el intento de atribuirle esta libertad de opinión, lo que es absolutamente correcto desde el punto de vista del magisterio oficial (ya que la carta al General de la Compañía no fue insertada, como se ha explicado, en las *Acta Apostolicae Sedis*).
- 74) E. POULAT, *Intégrisme...*, págs. 536-540, que publica los documentos relativos al restablecimiento del S.P. en traducción francesa; texto italiano en la *Disquisitio*, págs. 271-276.
- 75) Jesuita, Michel d'Herbigny (1880-1957) se convirtió en “*el hombre de confianza de Pío XI para los asuntos orientales*” (Congar). Influído por el ecumenismo del Padre Portal y Soloviev (el Newman ruso,

como le llama d'Herbigny), llegó a ser presidente del Pontificio Instituto Oriental (1922) y de la Pontificia Misión pro Rusia (1930), tras fundar el *Russicum* en Roma (1929). Mons. Pacelli le consagró obispo en secreto en 1926 para establecer una jerarquía clandestina en Rusia, que pronto fue descubierta. Para Benigni fue también un espía del gobierno francés: el hecho es que cayó en desgracia entre 1931 y 1934, hasta el punto de que a partir de 1938 su nombre fue incluso retirado del anuario pontificio y dejó de llevar las insignias episcopales: de las estrellas a los establos (POULAT, *Intégrisme...*, págs. 322-324).

76) E. POULAT, *Intégrisme...*, *op. cit.*, pág. 591. Poulat escribe: “en 1915, ante el nuevo rumbo, tuvo que abandonar sus funciones”, el que había sido “apoyado por Pío X”. El “nuevo rumbo” era el de Benedicto XV. En 1919, con la desgracia de Mons. Volpi, también tuvo que abandonar el refugio de Arezzo.

77) En el palacio de Via Montecatini 5, De Gasperi conoció también –con emoción– al modernista Fogazzaro.

78) “*El Partito Popolare Italiano (...) nace como un partido no católico, aconfesional, como un partido de fuerte contenido democrático e inspirado en ideales cristianos, pero que no toma la religión como elemento de diferenciación política*”, Don Luigi Sturzo, discurso en Verona el 16 de marzo de 1919, citado por G. SALE, *Popolari e destra cattolica...*, pág. 19.

79) El Padre Sale S.J. publica una serie de cartas (pág. 227 ss.) de un espía del P. Rosa S.J., Roberto Faino, del entorno de Don de Töth (se hacía pasar por su amigo, y luego informaba al P. Rosa), que ilustran bien la acción de los jesuitas en el seno de la derecha. La consigna era luchar contra el aconfesionalismo dentro del P.P.I... aconfesional. De esta forma: “*les hicimos saber (es decir, al ala izquierda de Miglioli, aliada con la derecha en el odio a Don Sturzo, n.d.a.) que al oponernos a la declaración de aconfesionalidad no queremos el confesionalismo (como Usted –es decir, el P. Rosa n.d.a.– y Su Eminencia –es decir, Gasparri, n.d.a.– me dijeron), sino la catolicidad real del partido, manteniendo su nombre y su autonomía (que no debe confundirse con el olvido de la necesaria disciplina)*”. Así que la versión derechista del P. Rosa estaba en contra de la aconfesionalidad pero no a favor de la confesionalidad, y a favor de la autonomía de la jerarquía en la disciplina hacia la jerarquía: ¡una obra maestra jesuítica en negar el principio de no contradicción! Otro de los informantes del P. Rosa dentro del ala derecha (pág. 250-252) describe a su manera la reunión de diciembre de 1920 en Bolonia de dicha corriente, que llevó a la dimisión de Sassoli de Bianchi como presidente del ala derecha e incluso del P.P.I., por consejo de Don de Töth, amablemente declarado por el informante “*brazo largo de Mons. Benigni*”, “*desequilibrado*”, “*violento*”, “*que muestra un resentimiento verdaderamente deplorable e indigno de un sacerdote*”, que “*se encolerizaba terriblemente*” como un “*sacerdote enfurecido*”, cuya revista, *F.e.R.*, “*sólo puede calificarse como un panfleto indigno*” (mientras que el amigo informante del P. Rosa olía, como podemos ver, a la más pura caridad). Coincidiendo con de Töth en pensar “*lo indemostrable*”, es decir, las “*disparatadas afirmaciones*” de de Töth, estaban Sassoli y Medolago Albani. Pero, ¿cuáles eran tales disparates? Decir que el “*P.P. estaba en absoluta contradicción con la doctrina católica, y que era un pecado muy grave para todo católico pertenecer a él*”: precisamente lo que negaba la Secretaría de Estado. La acción del P. Rosa en el seno del ala derecha del P.P.I. es un ejemplo clásico de cómo controlar la oposición: ponerse a la cabeza de la oposición, excluir cualquier oposición real, y conseguir de hecho hacerle el juego al poder al que se hace oposición.

80) El informe de la Secretaría de Estado no ignora las objeciones a la inscripción en el P.P.I. “*Por otra parte, se podría objetar: el Partido Popular no es un partido católico, es más, se proclama autónomo e independiente de la Autoridad Eclesiástica. En palabras de sus propios dirigentes (discurso de Don Sturzo en Verona el 16 de marzo de 1919: ‘nació como un partido no católico, aconfesional’, es ‘una asociación libre de ciudadanos libres que se reúnen para la realización de un programa propio estrictamente político’). Además, la evolución que han tomado ciertas tendencias en el mismo partido y la admisión de elementos maliciosos (a los que, sin embargo, según el artículo 2 de los estatutos, no se podría negar la entrada) suscita serias dudas, por lo que no ofrece, en opinión de muchos, una garantía cierta de que pueda ser un instrumento de restauración cristiana de la sociedad para los católicos. Se plantea, pues, la cuestión de la conveniencia o no de que los católicos se afilien al partido*”. Las objeciones están bien expresadas, y no se niegan sus razones, pero increíblemente no se deducen las conclusiones adecuadas, es más, se llega a la conclusión contraria: “*Evidentemente, no cabe duda de la licitud. La adhesión al Partido Popular sólo podría ser ilícita solamente si, como tal, se utilizara como medio para un fin malo en sí mismo, o si la participación en él llevara consigo un peligro próximo y grave para la fe o la moral*”. ¿Y no ve la Secretaría de Estado un peligro en que los católicos se afilien a un partido no católico, creyéndolo católico? Evidentemente no, ya que “*¡no es ciertamente el caso, puesto que el Partido Popular declara explícitamente que se inspira en ideales cristianos, e incluye a muchos buenos católicos en sus filas!*”. Queda la cuestión de si es aconsejable inscribirse en el P.P.I., ya que sería lícito hacerlo: “*¿Será, pues, aconsejable inscribirse en el Partido Popular? En el estado actual de cosas (es decir, mientras los católicos no encuentren un medio mejor y más seguro que éste, para ejercer una acción política práctica y eficaz en bien de la sociedad), la*

respuesta sólo puede ser afirmativa, tanto más si los católicos se afilian con la muy noble intención de mejorar el propio Partido y hacerlo cada vez más apto para la realización de los ideales cristianos”. Con un bemol final: “pero esto en tesis general y en las actuales circunstancias” (como prueba de esto, la Secretaría de Estado sacrificó al Partido en el altar de los Acuerdos de Letrán) y a juicio del obispo en las realidades locales, que podía prohibir a los eclesiásticos la inscripción en el Partido.

81) Pio Boggiani nació en Bosco Marengo, en Monferrato, en 1863: era, por tanto, conciudadano de San Pío V, cuyo nombre llevaba, a quien quiso honrar haciendo erigir un monumento en su nombre en la plaza del pueblo que ahora lleva el nombre del cardenal, en 1936. Ingresó pronto en la Orden de los dominicos, donde tomó el nombre de Tommaso, y desempeñó numerosas funciones en Italia y en el extranjero, entre ellas las numerosas visitas apostólicas a las diócesis italianas que le encomendó San Pío X para eliminar el modernismo. El Santo Pontífice le quiso obispo de Adria en 1908 (bajo su episcopado la ciudad sufrió el entredicho) y ya tenía dos experiencias genovesas: párroco de Santa María in castello y profesor de seminario en 1900, y luego administrador apostólico de la diócesis en 1914. Este último nombramiento fue especialmente delicado, ya que el arzobispo Mons. Andrea Caron (1848-1927), apreciado por San Pío X, fiero antimodernista, no había tenido el *exequátur* real [pase regio o autorización real] y no había podido hacerse cargo del gobierno de la diócesis, debido al veto del ministro masón Camillo Finocchiaro Aprile (Loggia Giorgio Washington de Palermo, entonces en el Consejo Supremo del grado 33), y la turbia oposición de los elementos modernistas incitados por el Padre barnabita Giovanni Semeria (sobre todo el asunto, véase el excelente artículo de RAIMONDO GATTO, *L'interdetto su Genova del 1912. Una pagina pressoché sconosciuta di fedeltà e tradimenti* [El entredicho sobre Génova de 1912. Una página casi desconocida de lealtades y traiciones], publicado en *agerecontra.it* y retomado por nuestro *Centro Studi Giuseppe Federici*, n° 85/15 del 27 de octubre de 2015, que pone de relieve la triste posición adoptada –desde un punto de vista histórico– por el Card. Siri, contraria a la acción de San Pío X y Mons. Caron en aquellas circunstancias, y favorable a los modernizantes ligures). Benedicto XV, Papa genovés, conocía bien entonces a Mons. Boggiani cuando lo creó cardenal el 4 de diciembre de 1916 y lo asignó a la diócesis genovesa en 1919. *Fede e Ragione* hizo imprimir y distribuir el volumen *i due anni di episcopato genovese dell'Eminentissimo card. Tomaso Pio Boggiani: atti pastorali*, Acquapendente, 1922, que contiene la carta pastoral sobre el Partido Popular y la carta pastoral de despedida a la diócesis con referencias suplementarias sobre la cuestión; nuestra editorial ha reimpresso la carta pastoral en el opúsculo: *Un vescovo contro la democrazia cristiana*.

82) “*Il giornale ‘Il Cittadino’ di Genova. Monito. Novembre 1920*”. Texto en: *I due anni di episcopato genovese...*, *op. cit.*, págs. 196-197.

83) Incluso antes de la famosa carta pastoral, publicó una notificación titulada “*Clero y partidos políticos*”, de mayo de 1920 (*op. cit.*, pág. 109 ss.). Después de la Pastoral de julio de 1920 (pág. 12 ss.) publicó las notificaciones: “*Otra vez el clero y los partidos políticos*”, en agosto de 1920 (pág. 154), “*Los locales de las asociaciones católicas y los partidos políticos*”, en el mismo mes (pág. 155), y “*La Unión del pueblo*” (pág. 156), la mencionada advertencia contra *Il Cittadino*, las notificaciones “*normas y disposiciones confirmadas*”, de enero de 1921 (págs. 201-203), y “*Clero, Asociaciones Católicas y elecciones políticas*”, de mayo de 1921 (págs. 284-286), y finalmente la última carta pastoral de despedida de agosto de 1921. Ciertamente olvidó algunas...

84) Cfr. *I due anni di episcopato genovese, op. cit.*, págs. 295-315. El volumen, fechado en noviembre de 1922, publicaba en la pág. 329 la carta de apoyo del Papa Benedicto XV al Card. Boggiani, por la carta pastoral contra el Partido Popular.

85) Además del Card. Gasparri, el Padre Sale S.J. cita como ejemplo el juicio de Mons. Eugenio Tosi, sucesor del Card. Ratti en la sede de San Ambrosio, según una carta del archivo del P. Rosa y del obispo de Treviso (SALE, *Popolari e destra cattolica...*, *op. cit.*, págs. 135-136, 237).

86) FAPPANI-MOLINARI, *Montini giovane*, Marietti, 1979, págs. 39, 61, 81, 93 (Semeria “profetizó” que Montini se convertiría cardenal e incluso más), 95, 108 (apoya al periódico de Montini, *La Fionda*, junto con Gemelli, Meda, Longinotti, Martire), 144 (nuevamente la “profecía” sobre el seminarista Montini del admirador y amigo de su padre, Giorgio).

87) FAPPANI-MOLINARI, *op. cit.*, págs. 159-160 (lo introduce en Roma), pág. 192 (a través de su amigo el Card. Gasparri, lo introduce en la Academia de Nobles Eclesiásticos, para prepararlo para la carrera diplomática), pág. 335 (sustituto de la Secretaría de Estado). Véase también Y. CHIRON, *Paul VI, le pape écartelé*, Perrin, 1993, págs. 38-39.

88) *Disquisitio*, págs. 18-24. Longinotti declara que no tiene ninguna devoción por Pío X, y diserta sobre las razones por las que estima que no podría acceder al honor de los altares.

89) Igualmente conocida –como la de Gramsci– es la cita de De Gasperi en el III Congreso de la Democracia Cristiana, celebrado en Venecia el 5 de junio de 1949: “*La Democracia Cristiana es un partido*

de centro inclinado a la izquierda que obtiene casi la mitad de su fuerzas electorales de una masa de derecha” (por lo tanto, continuamente estafada).

90) POULAT, *Catholicisme...*, págs. 366-369.

91) *Cristianità* n° 14, 1975, <https://alleanzacattolica.org/i-caratteri-del-giornalismo-cattolico/>

92) San Pío X decía en este discurso: “*Parece increíble, y es también doloroso, que haya sacerdotes a los que haya que hacer esta recomendación, pero estamos desgraciadamente en esta dura y desgraciada condición de tener que decir a los sacerdotes: ¡amad al Papa! ¿Y cómo se debe amar al Papa? Non verbo neque lingua, sed opere et veritate. Cuando se ama a una persona se trata de conformarse en todo a sus pensamientos, de realizar sus deseos, de interpretar sus anhelos. Y si Nuestro Señor Jesucristo dijo de sí mismo: si quis diligit me, sermonem meum servabit, así para mostrar nuestro amor al Papa es necesario obedecerle. Por eso, cuando se ama al Papa, no se discute sobre lo que dispone o exige, o hasta dónde debe llegar la obediencia, y en qué cosas se debe obedecer; cuando se ama al Papa, no se dice que no ha hablado con suficiente claridad, como si estuviera obligado a repetir al oído de todos aquella voluntad que tantas veces ha expresado claramente, no sólo verbalmente, sino en cartas y otros documentos públicos. Cuando se ama al Papa, no se cuestionan sus órdenes, con el fácil pretexto de quienes no quieren obedecer, de que no es el Papa quien manda, sino quienes le rodean. No se limita el campo en el que puede y debe ejercer su autoridad. No se antepone a la autoridad del Papa la de otras personas, por doctas que sean, que discrepen de él, y si son doctas no son santas, porque quien es santo no puede discrepar del Papa. Este es el desahogo de un corazón dolorido, que hago con profunda amargura, no por vosotros, amados hermanos, sino con vosotros, para deplorar la conducta de tantos sacerdotes, que no sólo se permiten discutir y criticar los deseos del Papa, sino que no se avergüenzan de llegar a la desobediencia impúdica y descarada, con tanto escándalo de los buenos y con tanta ruina de las almas*”. El Papa se refería a quienes, sacerdotes y obispos, “sabotearon” sus disposiciones relativas a la prensa católica y, en general, a la lucha contra el modernismo. Pero estas palabras también deberían ser ponderadas por quienes –siguiendo a la Fraternidad que lleva el nombre de San Pío X– teorizan la resistencia a una persona reconocida como Papa legítimo. El texto íntegro del discurso, así como la Advertencia, se encuentran también en la página web del Vaticano.

93) La célebre carta de Mons. Della Chiesa al Card. De Lai contra *L'Unità Cattolica* y *La Riscossa* (reproducida por TAGLIAFERRI, *op. cit.*, pág. 177, y *Disquisitio*, págs. 127-128) citada sin venir a cuento por el P. Nitoglia, “*estaba vinculada a la publicación de la Avvertenza*” (TAGLIAFERRI, pág. 177, nota 470).

94) Cfr. para toda la cuestión, y el texto de la carta en cuestión, M. TAGLIAFERRI, *op. cit.*, pág. 190, nota 536 y, en general, págs. 181-193.

95) TAGLIAFERRI, *op. cit.*, pág. 191.

96) Colección *I libri della Civiltà Cattolica*, ed. Jaca Book, 2005-2006, volumen 1: *Popolari, chierici e camerati*, págs. 165-174.

97) Suscriben la carta: el sacerdote doctor Don Paolo de Töth, el Marqués Filippo Sassoli de Bianchi, el abogado A. Renier, el Conde Commendatore abogado Aurelio Pecoraro, el sacerdote doctor Oreste Nuti y, para la Revisión Eclesiástica, el canónigo doctor Giuseppe Biagioli.

98) Paolo Leopoldo de Gislimberti, contable, “*redactor de La Tribuna, fue concejal municipal de 1914 a 1919 en la junta de Próspero Colonna*”: información de N. VALBOUSQUET y A.M. DIÉGUEZ, *op. cit.*, pág. 105, nota 104. Lejos de ser un pseudónimo de Don de Töth, entonces.

99) El diputado Anile, que en 1922 era Subsecretario de Educación, había colaborado con el Boletín de la Sociedad Teosófica (abril-mayo de 1917), afirmando que los fenómenos de telepatía y espiritismo eran un caso de espiritualización de la materia... Cfr. *Fede e Ragione*, año I, abril de 1920, y año III, 15 de enero de 1922.

100) Sobre el Padre Giovanni Semeria, barnabita amigo de los Montini, véase lo escrito en la *Disquisitio* con ocasión del proceso de beatificación de Pío X (págs. XXVI-XXVII): “*No puede decirse que el P. Semeria no haya dado ocasión a tales acusaciones (de modernismo, n.d.a.); aparte de sus escritos, sus mismas relaciones lo hacían sospechoso. En 1896, Mons. Mignot, entonces obispo de Fréjus, muy liberal y amigo íntimo de Loisy, llegó a Ginebra, junto con el Barón V. Hügel, el gran agente viajante del modernismo, para visitar al P. Semeria. El propio Loisy mantenía correspondencia frecuente con él y le enviaba sus escritos. En 1897 el P. Semeria leyó en el congreso de Friburgo, en Suiza, una conferencia del Barón V. Hügel sobre el Hexateuco, basada en las teorías de Loisy. En el momento de la condena del americanismo y la inclusión del teólogo alemán Schell en el Índice (1899), Duchesne escribió a V. Hügel sobre Semeria: ‘On parle... de forcer Semeria à quitter l’Italie; tous les diables sont déchaînés’ [Se habla de obligar a Semeria a abandonar Italia; se desata un infierno] (LOISY, *Mémoires*, I, 515). Cuando el P. Semeria publicó su muy discutida obra: *Dogma, Gerarchia e culto nella Chiesa primitiva* (1902), el Barón V. Hügel escribió a Loisy que en este libro había ‘partout le développement’ [por todas partes el desarrollo] (es decir, la evolución del dogma) ‘et auquel Lepidi avait accordé un généreux imprimatur’ [y al cual Lepidi había*

concedido un generoso *imprimátur*] (LOISY, l.c., II, 116). En el mismo año, Loisy envió al P. Semeria, así como al P. Amelli, al P. Gazzola, a Don Minocchi y al P. Genocchi, sus dos volúmenes, *Etudes évangéliques y L'Évangile et l'Église* (LOISY, l.c., II, 155). En los libros de las memorias de Loisy, el nombre de Semeria se menciona muy a menudo. Llegamos a la encíclica *Pascendi*. Precisamente por las sospechas que pesaban sobre el P. Semeria, fue obligado por sus superiores a leer desde el púlpito una declaración de aceptación de la *Pascendi*. Loisy habla de esto como un 'triste incidente', y cita las siguientes palabras de una carta del Baron V. Hügel del 3 de febrero de 1908: '¿Sabe Usted que nuestro pobre Padre Semeria se vio forzado a leer una *acceptation* de la *Pascendi* desde el púlpito de su iglesia de Génova el 16 de enero, y que estos señores todavía no están satisfechos?' (LOISY, l.c., II, 619). Finalmente, el P. Semeria fue trasladado de Génova a Bruselas (partió el 12 de abril de 1912)". Y concluye citando las palabras dirigidas al Padre por Pío X: "ensanchas las puertas para que entren los que están fuera, y mientras tanto dejás salir a los que están dentro" (p. XXVIII). ¿Era realmente oportuno invitar a dicho Padre a tomar la palabra en la inauguración de la Universidad Católica? (Pío X se comportó de manera muy diferente, el cual prohibió formalmente predicar a Semeria: ver los mandatos del Papa a Mons. Della Chiesa para Bolonia en DIÉGUEZ, *Le carte del Sacro Tavolo*, vol. I, págs. 173-177).

101) Egilberto Mártir (1877-1952). Del "Diccionario biográfico de los italianos" tomo la siguiente información, que habla por sí sola: "en noviembre (de 1901), se unió al grupo romano de la Democracia Cristiana, acercándose así al movimiento de Don R. Murri. En 1904, siguiendo las huellas ya trazadas por el Movimiento por la moralidad de R. Bettazzi, creó el círculo de estudios religiosos *Unione giovanile romana per la moralità* y, durante el mismo año, con la ayuda de importantes exponentes del grupo, interconfesional y de orientación laica, de la Unión por el Bien (como Antonietta Giacomelli, G. Salvadori, A. Fogazzaro, el barnabita P. G. Semeria, B. Casciola y el pastor protestante P. Sabatier) comenzó a publicar en Roma, con la colaboración de G. Pioli, la revista mensual *La Vita* (publicada hasta 1910), orientada en particular a tratar el problema de la educación sexual entre los jóvenes. También fue importante su participación en la Liga católica del trabajo, fundada en 1902 para difundir los ideales democristianos entre los trabajadores de la capital, que estaba encabezada por G.B. Valente y en la que, además de M., trabajaron, entre otros, M. Cingolani, G. Borromeo y G. Quadrotta. Entre 1906 y 1908, M., prolífico periodista y orador convincente en defensa y apoyo de cuestiones relacionadas con la moralidad católica, todavía cercano al murrismo y al modernismo, colaboró en el bimensual *Rivista di cultura*, de Murri, así como en el quincenal *Nova et vetera* (1908), de E. Buonaiuti. Pero ya en 1906 se había incorporado a la redacción del diario *Il Corriere d'Italia*, fundado por G. De Felice, orientado hacia una línea clerico-moderada y conciliadora; poco a poco, en sintonía con la postura adoptada por las jerarquías eclesiásticas, M. se fue distanciando de los movimientos más avanzados y heterodoxos, actitud que se vio reforzada tras la publicación de la encíclica *Pascendi* (1907) que condenaba el modernismo. M. permaneció en *Il Corriere d'Italia* hasta 1929, compartiendo siempre su "línea editorial", que, recordemos, era la del "Trust" grosoliano. Intervencionista pero no combatiente, "al final de la guerra participó en el nacimiento del Partido Popular Italiano (P.P.I.), mostrando inmediatamente sus simpatías por las tesis de los círculos filo-nacionalistas y conservadores católicos, posiciones que le situaban en la corriente de derecha del partido. Fue, sin embargo, de los pocos que Don L. Sturzo convocó a su lado, los días 23 y 24 de noviembre de 1918, en la sede de la Unión Romana, para elaborar la plataforma programática y el primer llamamiento del naciente partido. Los días 16 y 17 de diciembre participó en las asambleas de la 'pequeña asamblea constituyente' que aprobó los documentos convergentes el 18 de enero de 1919, en el 'llamamiento a todos los hombres libres y fuertes', acta de nacimiento del P.P.I. Fue elegido diputado por Roma en las elecciones generales del 16 de noviembre de 1919 (...) confirmado, siempre entre los primeros, en las del 15 de mayo de 1921 (...)". Más tarde, "rápidamente se pronunció a favor de un entendimiento más estrecho entre el P.P.I. y el nuevo gobierno fascista y, el 10 de abril de 1923, en vísperas del congreso popular de Turín (12-14 de abril), firmó (...) un orden del día en el que se pedía la expulsión de la corriente de izquierda (una de las condiciones fijadas por los fascistas para continuar la colaboración en el gobierno con el P.P.I.). Por otro lado, M. se negó a firmar el manifiesto que declaraba su 'completo consentimiento' al gobierno de Mussolini, aparecido en Roma el 30 de junio y redactado por elementos católicos conservadores, por considerar impropio e inoportuno tanto el momento político y la evidente confusión entre política y religión que en él se manifestaba, como el ataque directo a la persona de Sturzo, a quien querían obligar a dimitir de la secretaría del partido. Sometido a una investigación del consejo nacional popular y expulsado a continuación del P.P.I. (25 de julio de 1923) por no haber respetado la disciplina del partido absteniéndose en la votación que establecía el paso a la discusión de los artículos de la ley electoral Acerbo, M. se presentó a las elecciones de 1924 como candidato de la Unión Nacional en la 'lista' y fue reelegido; adhirió luego al Centro Nacional Italiano, grupo católico de apoyo al gobierno fascista, creado en Bolonia (12 de agosto de 1924) por iniciativa de P. Mattei Gentili, S. Cavazzoni, F. Mauro, G. Grosoli Pironi y A.

Carapelle, y se convirtió en miembro de su comité central”: siempre entonces con católicos modernizantes, sus amigos de siempre. “Ya en noviembre de 1922, había fundado en la capital la asociación cultural *Fides Romana*, con sede en el oratorio de los filipinos de la Chiesa Nuova, a la que adhirieron muchos eclesiásticos y exponentes del mundo católico de la capital, reunidos en torno a un programa destinado a conciliar los objetivos ideales de una ‘romanidad sagrada’ con los de un fascismo políticamente moderado y socialmente conservador. (...) Bajo el patrocinio de la Asociación publicó varias revistas (*Conquista cattolica*, *Riscossa cattolica*) y, sobre todo, *La Rass. romana* (4 nov. 1929-15 julio 1938), con el fin específico de promover una convivencia constructiva y aliviar y resolver las posibles tensiones entre el régimen y la Iglesia. (...) Su interés misionero –que se remontaba a su asistencia juvenil a la escuela de G. Genocchi y luego se vio enriquecido por su larga experiencia en la Sociedad antiesclavista de Italia, de la que a lo largo de los años había llegado a ser secretario general– le llevó durante un período académico de tres años, a partir de 1936-37, a enseñar como profesor responsable de la historia de las misiones, en el ‘Instituto Oriental de Nápoles’. Detenido en 1939, fue enviado al exilio hasta 1942. “Al final de la segunda guerra mundial, M. se reincorporó a la vida pública, adoptando una línea disidente a la de la Democracia Cristiana (DC) de A. De Gasperi. Con ocasión del referéndum institucional y de las elecciones de la Asamblea Constituyente (2 de junio de 1946), utilizó su ágil pluma y su brillante oratoria en defensa de la monarquía y, sobre todo, en la lucha contra el comunismo. Su última experiencia periodística, el semanario satírico *Rabarbaro*, que fundó y dirigió en polémica con un periódico anticlerical entonces muy difundido, *Don Basilio*, fue efímera y pobre (de 1946 a 1949). En plena coherencia con su actividad anterior fue también el último compromiso político de M.: la fundación de una nueva Unión Romana, una especie de acuerdo de las derechas católicas de la capital, que debía lanzarse con ocasión de las elecciones administrativas romanas de 1952, en el marco de la llamada ‘operación Sturzo’, que sin embargo fue abortada. M. murió en Roma el 4 de octubre de 1952”. Un modernista de derecha, podríamos decir, lo que hace comprender el sentido de la invitación que le dirigió el Padre Gemelli.

102) Sin duda, el pensamiento de *Fede e Ragione* era totalmente conforme a la enseñanza de Pío XI. ¿Por qué entonces, según el Card. Gasparri, el Card. Ratti se había disgustado con el artículo sobre la Universidad Católica? Evidentemente, no le habían gustado las críticas a importantes representantes del mundo (político) católico, y menos aún las críticas, no expresadas pero inevitables, a quienes habían invitado a tales figuras a la inauguración (no sólo el Padre Gemelli; ¿no era el cardenal arzobispo de Milán el Card. Ratti?). Reacción comprensible. Pero, ¿qué decir de quienes condenarían por perturbar la paz pública a quienes gritan “ladrón, ladrón”, cuando el problema no es el grito, por molesto que sea, sino el ladrón?...

103) Carlo Santucci (1849-1932), de familia católico-liberal, vio positivamente la toma de Porta Pia y se opuso al *non expedit*, tratando de fomentar el compromiso electoral de los católicos en el nuevo Estado unitario bajo León XIII (“reuniones de *casa Campello*”) y Pío X, que lo desaprobaron. En 1906 participó en la fundación del *Il Corriere d’Italia*, periódico que pasó a formar parte del “Trust” de Grosoli, desautorizado por Pío X. “Bajo el pontificado de Giacomo Della Chiesa (Benedicto XV) Santucci volvió a la cima del movimiento católico” (Treccani), sucediendo al Conde Ottorino Gentiloni, y en 1916 aceptó la presidencia del Banco di Roma, sucediendo a Ernesto Pacelli. En 1919 figura entre los fundadores del P.P.I., y es nombrado senador del Reino. Con otros modernizantes del círculo de Grosoli, abandonó el P.P.I. en 1923 para fundar el Centro Nacional, de orientación clerico-fascista, y fue asociado por Gasparri en las conversaciones con el gobierno para la conciliación entre la Iglesia y el Estado. Aunque personalmente no fuera masón, no faltaron sus implicaciones con la financia masónica (obediencia *Piazza del Gesù*), como atestigua GIANNI VANNONI con todo detalle en *Massoneria, Fascismo e Chiesa Cattolica*, Laterza, 1979, págs. 95-101. Una anécdota simpática: las primeras reuniones secretas entre Mussolini y el Card. Gasparri con vistas a la conciliación tuvieron lugar en el palacio Santucci, que tenía dos entradas, para desviar el control de la masonería; sólo que Mussolini era acompañado a la reunión por el diputado Acerbo, de la masonería de *Piazza del Gesù*...

104) NINA VALBOUSQUET (*Catholique...*, pág. 262, notas 70 y 72) da cuenta de las cartas de Mons. Fossà, obispo de Fiesole, a Pío XI, del 8 de agosto de 1922, de la respuesta del Papa del 29 de septiembre, y de una memoria enviada por Mons. Fossà al Papa el 5 de octubre. Por su parte, el Card. Gasparri escribió al canónigo Biagioli, censor eclesiástico de *F.e.R.* de parte del obispo, el 29 de octubre de 1922, argumentando que “la distinción entre el Papado en abstracto y el Papa en concreto, o entre Papa y Papa, no es digna de un católico” (traduzco del francés): esta es la acusación retomada por el P. Nitoglia (que olvida aplicarla a sí mismo en relación con los Papas –tal como él los considera– desde Juan XXIII hasta Francisco).

105) N. VALBOUSQUET, *Catholique...*, pág. 243. El P. Rosa abogó por la eliminación de la revista de Mons. Benigni y Don de Töth (una hostilidad que se remonta a 1908), salvando a la revista y al Conde Sassoli. Carta de Borgongini-Duca al P. Rosa fechada el 17 de septiembre de 1922, informe del P. Rosa a Borgongini-Duca del 29 de septiembre.

106) VANNONI, *Integralismo cattolico e fascismo: Fede e Ragione*, op. cit., págs. 457-459.

107) M. TAGLIAFERRI, op. cit., pág. 82, y G. VANNONI, *Integralismo cattolico...*, págs. 445-448. Calligari definió a de Töth como un “maníaco”, “reincidente en decir mentiras”, “pretendido Atanasio de pacotilla” y “lo acusó de haber hablado mal de San Alfonso y del Cardenal Gasparri. Nosotros, imitando al genovés Balilla, arrojamos un tomate podrido, recogido en su huerto, a la nariz del ídolo de papel maché (de Töth), y el ídolo se tambalea en el pedestal y pronto caerá”. Naturalmente, de Töth no había hablado mal de San Alfonso, sino que seguía, cuando enseñaba en el seminario, una sentencia de Santo Tomás en lugar de una de San Alfonso. La retractación firmada por Calligari y publicada por *L'Unità Cattolica* el 12 de diciembre de 1926 fue redactada por el mismo de Töth (texto en VANNONI, pág. 447).

108) N. VALBOUSQUET, *Catholique...*, op. cit., págs. 262-265, sobre los “dolores de *Fede e Ragione*” de 1922 a 1929.

109) Ver al respecto todo el capítulo 1, *Il tramonto del Cardinal Gasparri* [El ocaso del Card. Gasparri], de Carlo M. Fiorentino, *All'ombra di Pietro*, Le Lettere, 1999, págs. 41-83, en particular, págs. 52-58, donde desahoga su ira contra Pio XI y su sucesor, el Card. Pacelli. Según una nota de Mons. Benigni, el artífice de su caída fue el P. Rosa: “No faltaron quienes atribuyeron la inminente defenestración del Card. Gasparri al Padre Enrico Rosa, director de *La Civiltà Cattolica*, que acaba de regresar de España, y a los jesuitas que influyeron cada vez más en la política antifascista de Pio XI” (FIORENTINO, *ibíd.*, pág. 49 y nota 29).

110) La breve experiencia de la *Actualité Catholique* es recordada por E. POULAT, *Intégrisme...*, pág. 43 nota 54 y pág. 72; y por N. VALBOUSQUET, *Catholique et antisémite...*, págs. 61-63. Según P. DROULERS (op. cit., pág. 133), también colaboraba un amigo de Mons. Delassus, Mons. Delmont, de Lyon. La carta del Card. Gasparri al Card. Dubois del 25 de mayo de 1921, expresa el “deseo del Santo Padre” de que Mons. Lepercq cese toda colaboración con la revista.

111) Frase dirigida a Mons. Baudrillart y referida por Mons. Benigni en su carta del 5 de enero de 1922 (cfr. VANNONI, *Nuovi documenti sull'Integrismo. Sodalitium Pianum e Action Française*, en *Storia contemporanea* n. 4/5, Il Mulino, 1981, pág. 733).

112) CHANOINE SAUVÊTRE, *Un bon serviteur de l'Eglise. Mgr Jouin, protonotaire apostolique, curé de Saint-Augustin* (1844-1932), París, Casterman, 1936.

113) Especialmente las *Editions Saint-Rémi*, que, entre muchos deméritos, tuvieron el mérito de reimprimir la colección de la revista. N. Valbousquet cita (pág. 290) esta editorial y su revista como ejemplo de la continuación del antisemitismo católico.

114) N. VALBOUSQUET, *Catholique...*, pág. 63 y ss., Mons. Benigni fue informado ya en el otoño de 1919 de la reapertura de la revista y se mostró entusiasmado.

115) N. VALBOUSQUET, *Catholique...*, págs. 261-262.

116) Al tratar de la *Action Française*, veremos qué pensar de esta declaración de Buonaiuti. Atestigua, sin embargo, cómo los ataques de Gasparri a Benigni eran también funcionales a la lucha contra la *Action Française* y todos los nostálgicos de Pío X.

117) Varias veces Buonaiuti lamenta que con la condenación de *Pascendi* el modernismo haya abandonado los temas dogmáticos para pasar a los políticos y sociales (págs. 89-95, 234-238). En general se muestra contrario a cualquier conexión entre política y religión, y entre Estado e Iglesia, de lo que él mismo será víctima ilustre tras el Concordato.

118) Una biografía totalmente apologética de Pío XI por YVES CHIRON (*Pie XI*, Perrin, 2004), no oculta este aspecto de Achille Ratti hasta su elección al trono de Pedro. Ejemplo típico del catolicismo lombardo, el joven Achille Ratti no puede considerarse un liberal en el sentido doctrinal, pero tal era considerado en un sentido amplio. En 1888, favorable a Rosmini y a los rosminianos, deseó la canonización del filósofo de Rovereto, en una carta fechada el 20 de febrero, sólo 15 días antes del documento de condena por parte del Santo Oficio (*Post obitum*). Amigo de los Gallarati Scotti (el padre de Tommaso es definido por de Töth como “liberaloide insignificante, lleno de dinero por desgracia”, TAGLIAFERRI, pág. 332), fue profesor de Tommaso Gallarati Scotti desde 1880, aunque más tarde, convertido en líder de los modernistas milaneses, se distanció de ellos, tratando con él en nombre del Card. Ferrari (pág. 71-73). También es amigo de Filippo Meda, a quien Chiron llama liberal (págs. 41-43), pero que era más exactamente político democristiano, así como del gran rabino de Milán Alessandro Da Fano (págs. 68 y 80). Durante el enfrentamiento entre los integristas y el Card. Ferrari, inaugurado por la denuncia de los hermanos Scotton contra el seminario milanés, firmó la carta de protesta de los profesores del seminario en 1910 (pág. 73), y fue enviado por el Card. Ferrari a Roma, ante Pío X y el Card. De Lai, para defender la causa de Milán contra los integristas (págs. 74-75); de nuevo en 1913 asume este papel en favor de Ferrari (pág. 77). Entre sus amigos íntimos se encontraba también el monseñor milanés, de familia transigente, Mons. Caccia Dominioni; el libro de Alberindo Grimani da fe de la pésima moralidad del sujeto (págs. 76-77). Nuncio en Polonia, fue nombrado obispo por Benedicto XV en 1919, sucedió al Card. Ferrari en Milán en 1921 y fue creado cardenal. Fue

entonces, en julio de 1921, cuando se reunió dos veces con el modernista Louis Canet, representante del gobierno francés para asuntos religiosos, en Roma y Montecassino. Canet le elogió ante el gobierno francés (pág. 105). El 7 de diciembre de 1921, asistió con el Card. Maffi a la inauguración de la Universidad Católica del Padre Gemelli (pág. 110); en esa ocasión, el periódico integrista *Fede e Ragione* reaccionó y fue por ello reprendido por el Card. Gasparri (véanse los detalles cuando hable de la revista de Fiesole). En la inminencia del cónclave que lo elegirá, un informe al gobierno de L. Canet presenta la elección de los Cardenales De Lai y Merry del Val como absolutamente a evitar. Gasparri es también a descartar, no en cuanto “liberal” en religión sino en cuanto no simpatizante de Francia (era germanófilo). El favor de Canet fue para el Card. Ratti (págs. 113-114). Pero fue el embajador francés ante la Santa Sede, Jonnart, quien, deseando la elección del Card. Ratti, lo define como “*liberal, y favorable a la Entente*” (pág. 114): el P. Nitoglia debería dirigirse hacia Jonnart, y no hacia Mons. Benigni. El cónclave fue laborioso (14 votaciones). El más votado al principio fue Merry del Val, pero no lo suficiente como para ser elegido, también fueron insuficientes los votos, en el lado opuesto, de Gasparri. Fue entonces cuando el Card. De Lai, representante del “partido” de Pío X, propuso los votos de este grupo si desestimaba a Gasparri como Secretario de Estado (pág. 117). Como relata el propio Gasparri en sus memorias, afirmando que con este acto De Lai había incurrido en excomunión, el Card. Ratti se negó, pero aun así obtuvo los votos de los intransigentes, que en este caso no fueron tales. Fue en esta ocasión que Mons. Benigni criticó al Card. De Lai (después de la disolución del S.P. en 1921, el cónclave tuvo lugar en 1922), “escandalizando” al P. Nitoglia: “*Benigni, después de la muerte del Papa Sarto, se vio ‘traicionado’ por casi todos los que lo habían protegido, en 1922 llegó incluso a desquitarse con el Cardenal De Lai, que siempre había sido su amigo y protector, incluso bajo el pontificado de Benedicto XVI, escribiendo amargamente: ‘De Lai, Gaetano: bajo Pío X muy combativo en la lucha antimodernista, luego conciliador para conservar su puesto. Privado de fondos, impresionable, violento, cambiante, muy ambicioso hasta la intriga...’ (ASV, Fondo Benigni, b. 59, carta de Benigni a sus colaboradores franceses de febrero de 1922). Ahora bien, si podemos admitir que después de 1914 Benigni tuvo oposición de algunos prelados de mentalidad más moderada en cuanto a la manera de gobernar la Iglesia, es difícil seguirle en sus acusaciones contra Merry del Val (desde 1911) y De Lai (desde 1922). No se puede negar, por tanto, que tras la muerte de Pío X hubo ‘un caso Benigni’, caracterizado por una frustración y un resentimiento cada vez mayores, que le llevaron a críticas excesivas e injustas, pero esto no nos autoriza a condenar plenamente la obra del S.P., la lucha antimodernista y la producción académica de Monseñor Benigni*”. Si el P. Nitoglia afirma con razón que nadie es la Inmaculada Concepción (excepto María), ni siquiera Benigni, esto también se puede aplicar al Card. De Lai, que goza no obstante de nuestra estima y admiración; Benigni podía en una carta privada mencionar los defectos del prelado, especialmente en una circunstancia contingente, sin ser por esto necesariamente frustrado y resentido. Un documento del Fondo Benigni citado por Mons. Pagano (*op. cit.*, pág. 272) explica en parte la posición del Card. De Lai después de la muerte de San Pío X. El Padre Genocchi, filomodernista, reprochaba a Benedicto XV, entre otras cosas, “*haberse acercado a los antimodernistas, por ejemplo, manteniendo a De Lai en la Consistorial, mientras que su elección necesitaba otro comportamiento en favor de sus electores y partidarios (democráticos-modernistas-liberales), que esperaban represalias sobre toda la línea antimodernista, mientras que Benedicto XV sólo arremetía contra los antimodernistas con los que estaba disgustado por razones muy personales, tales como Merry del Val y Benigni*”: esto explica el reproche antes mencionado: “*conciliador para conservar su puesto*”.

119) Muchos franceses “tradicionalistas” critican duramente el Concordato napoleónico de 1801, que sin embargo había permitido la reapertura del culto en Francia; por otro lado en esa ocasión nació el cisma –que se basó en ideas jansenistas y galicanas– de la “*Petite Eglise*” (aún existente). Olvidan que los inconvenientes del Concordato –principalmente la elección gubernamental de los obispos– se remontan al Concordato “de Bolonia” de 1516 entre León y Francisco I, estipulado para evitar un mal peor, la “Pragmática Sanción” de Bourges (7 de julio de 1438), deseada por Carlos VII, que se basaba en la doctrina conciliarista del “Concilio” de Basilea (1431-1445), consecuencia lejana a su vez de la humillación del papado deseada por Felipe el Hermoso contra Bonifacio VIII, del “cautiverio de Aviñón” y del Gran Cisma. Los males actuales suelen tener raíces antiguas.

120) EMILE POULAT, *Les Diocésaines. République Française, Eglise catholique: Loi de 1905 et Associations culturelles, le dossier d’un litige et de sa solution* (1903-2003), La Documentation Française, 2007.

121) E. POULAT, *Intégrisme...*, *op. cit.*, págs. 575-576; véase también, *ibidem*, págs. 286-287, y E. POULAT, *Les Diocésaines...*, *op. cit.*, pág. 170.

122) E. POULAT, *Intégrisme...*, págs. 15 ss. Benigni llamó a la obra de Nicolas Fontaine (Canet) “*en su pintoresco francés*”, escribe Poulat (pág. 16, nota 9) (¡no más pintoresco que su italiano!): “*Une bouille-à-baisse où il y a de l’assafetida au lieu de l’ail*” [Una sopa de pescado donde hay asafétida en lugar de ajo] (Veritas, V/10, 10 de marzo de 1928). Para apreciar la cita: “Ferula assafoetida, conocida también de forma

abreviada como assafoetida y en castellano denominada a veces como asafétida, es una especia de la familia de las apiáceas. Esta planta tiene un olor pungente. En castellano se la denomina también como “estiércol del diablo”. Su olor y sabor cuando se cocina es como una mezcla de cebolla y ajo. El nombre científico de la planta proviene de una mezcla del persa indicando la palabra resina (asa) y del latín foetida que hace referencia a su fuerte aroma sulfuroso” (Wikipedia).

123) FONTAINE, *op. cit.*, págs. 110 y 114, en POULAT, *Intégrisme...*, *op. cit.*, pág. 16.

124) El análisis de Antonio Gramsci es interesante a este respecto: “*El artículo: El equilibrio de la verdad entre los extremos del error, en «La Civiltà Cattolica» del 3 de noviembre de 1928, toma como referencia la publicación de Nicolas Fontaine: Saint-Siège, «Action Française», et «Catholiques intégraux», París, Gamber, 1928, de la que, en nota, se da este juicio: «El autor está dominado por prejuicios políticos y liberales, sobre todo cuando ve política en la condenación de la Action Française; pero los hechos y documentos, que adjunta, sobre el famoso ‘Sodalicio’ no fueron desmentidos». Ahora bien, Fontaine no publicó nada completamente inédito (los documentos de Fontaine sobre los «integristas» habían sido publicados en abril de 1924 por el «Mouvement»); ¿por qué, entonces, los jesuitas no hicieron uso de ellos antes? La cuestión es importante y parece resolverse en estos términos: la acción pontificia contra la Action Française es el aspecto más visible y decisivo de una acción más amplia para liquidar una serie de consecuencias de la política de Pío X (en Francia, pero indirectamente también en otros países), es decir, Pío XI quiere limitar la importancia de los católicos integristas, abiertamente reaccionarios, que hacen casi imposible en Francia la organización de una Acción Católica fuerte y de un partido democrático-popular que pueda competir con los radicales, pero sin atacarlos frontalmente. La lucha contra el modernismo había desequilibrado el catolicismo demasiado a la derecha; por tanto, había que «centrarlo» de nuevo en los jesuitas, es decir, volver a darle una forma política dúctil, sin rigideces doctrinales, con gran libertad de maniobra, etc.; Pío XI es verdaderamente el papa de los jesuitas. Pero luchar contra los católicos integristas en un frente orgánico es mucho más difícil que luchar contra los modernistas. La lucha contra la Action Française ofrece un terreno excelente; los integristas no son combatidos como tales, sino como partidarios de Maurras, es decir, la lucha es en orden aleatorio, contra individuos que no obedecen al papa, que se interponen en su defensa de la fe y de la moral contra un ateo y un pagano confeso, mientras que la corriente en conjunto es oficialmente ignorada. Esta es la importancia capital del libro de Fontaine, que muestra la conexión orgánica entre Maurras y el «integrismo» y ayuda enérgicamente a la acción del papa y de los jesuitas (hay que señalar que Fontaine insiste repetidamente ante los «laicistas» franceses en que los integristas y no los jesuitas son «antidemocráticos», que los jesuitas, de hecho, ayudan a la democracia, etc. ¿Quién es Fontaine? ¿Es un especialista en el estudio de la política religiosa? ¿No podría estar inspirado por los propios jesuitas?)” [Cuadernos de la cárcel, cuaderno 20 (XXV) § 4; católicos e integristas, jesuitas, modernistas].*

125) JACQUES PRÉVOTAT, *Les catholiques et l’Action Française. Histoire d’une condamnation 1899-1939*, Fayard, 2001, con prefacio de René Rémond, de la Academia francesa. Prévotat es profesor de historia contemporánea en la Universidad Charles De Gaulle-Lille III.

126) Sobre él y Lugan, cfr. PRÉVOTAT págs. 112-114.

127) A.C.J.F.: *Association Catholique de la Jeunesse Française*. Fundada en 1886 por el legitimista Albert de Mun, su primer capellán fue Charles Maignen, más tarde integró el *Sodalitium Pianum*. El *Ralliement* a la República lo llevó a posiciones demócratas. Su presidente Henri Bazire será el suegro de Blondel, cuyo otra hija se casará con Charles Flory, también presidente de la A.J.C.F. y uno de los miembros fundadores del M.R.P. (*Mouvement Républicain Populaire*, equivalente de la Democracia Cristiana en Italia).

128) Sobre toda la cuestión, cfr. E. POULAT, *Intégrisme...*, *op. cit.*, págs. 388-391.

129) Además de la opinión del Padre Lemius, señalada por Poulat, me parece útil referir la del Card. Billot, citado por el Padre Droulers S.J.: “*No puedo dejar de comprobar que Reims, que os reprochará por hacer causa común con los destructores de 1789*” (la escuela de Reims acusaba a los católicos que la criticaban de ser “liberales” porque eran anti-socialistas), “*no hace más que rehacer su obra, la construcción de un Estado omnipotente, omnívoro, en posesión de derechos ilimitados, dueño de la religión, de la educación, de la familia: ...allí es donde nos conduce el sindicalismo integrista preconizado por la Acción Popular; ...nos lleva directamente al sueño de Marc Sangnier; ...sobre todo, no puedo dejar de comprobar la total oposición de las tendencias de Reims a las directivas de la Santa Sede, confirmadas y acentuadas una vez más por la reciente carta del Cardenal Secretario de Estado a de Mun*” (carta a Joseph Rambaud, director de *Le Nouvelliste* de Lyon, 10 de febrero de 1913). La carta concluía: “*Como Usted bien dice, Señor Director, en su excelente artículo, el viento sopla a favor de la revolución; por desgracia, estalla en todas partes, ¡en todas partes! Y en Reims, como en otros lugares, se navega siguiendo el viento*”. El provincial de la Compañía de Jesús de Lyon escribió a Rimbaud reprochándole la difusión de esta carta, “*tan grave para el*



honor de la Compañía de Jesús” (DROULERS, vol. 1, pág. 289 y nota 184). El honor de la Compañía no se vio comprometido por la difusión de la carta de un cardenal jesuita, ¡sino por el apoyo dado por la Compañía a la escuela de Reims!

130) PRÉVOTAT, *op. cit.*, págs. 343 ss.

131) Después de la disolución del *Sodalitium Pianum* la campaña contra los “integristas” continuó haciendo públicos los documentos previamente enviados al Vaticano. El 11 de enero de 1922, *La Nation belge* (nacionalistas valones) tomó la “Memoria anónima” (de Mourret) para atacar a Joncks, que se había convertido en un ardiente “flamingante”. El artículo, firmado Virey, es de Alphonse Janne (1870-1928). Se venga de *La Correspondance de Rome* (S.P.) (detrás de la cual estaba Merry del Val), que en 1909 había iniciado una campaña periodística que le había valido el despido del periódico *La Croix* por un artículo a favor de la política de Briand. El 13 de enero se publicó un artículo en *Courrier de Genève* y el 30 de enero en *Excelsior* de París; del 17 al 28 de enero: una serie de artículos en el periódico católico de Amsterdam, *De Tijd*; el autor es el sacerdote holandés Peter J.H. Geurts (1869-1928), heredero del fondo Höner, profesor en el seminario de Ruremonde, que en 1911 había tenido que dimitir como redactor jefe del mismo periódico, por lo que

detestaba a los integristas. Los artículos se publicaron posteriormente en un volumen en 1927.

132) *Cahiers anti-judéomaçonniques*, marzo de 1933, n° 5, pág. 73, citado por POULAT, *Catholicisme...*, pág. 460, nota 32. La E.R.D.S.: en francés *Entente Romaine de Defense Sociale*, en italiano I.R.D.S., *Intesa Romana di Difesa Sociale*, fundada por Mons. Benigni después de la primera guerra mundial.

133) E. POULAT, *Intégrisme*, *op. cit.*, pág. 78. Los otros dos puntos de fractura, según Poulat, se produjeron con la Secretaría de Estado y con la Compañía de Jesús.

134) E. POULAT, *Intégrisme...*, *op. cit.*, págs. 261-265, 338-350, 361-364.

135) A propósito del Padre H. Le Floch, espiritano y rector del Seminario Francés de Roma (que formaba a los futuros obispos transalpinos), Jacques Prévotat pone en duda el rumor, también apoyado por algunos tradicionalistas, según el cual el P. Le Floch, consultor del Santo Oficio, habría ocultado los expedientes del proceso de 1914 contra Maurras, impidiendo así a Pío XI obtener inmediatamente los documentos que le habrían servido para atestiguar su continuidad con su predecesor. Una carta del Card. Merry del Val al P. Le Floch, citada por Prévotat, es categórica a este respecto (*op. cit.*, págs. 337 ss.). No fue por esta razón, pues, sino por una facción interna de algunos profesores, que Pío XI apartó al P. Le Floch de la dirección del seminario durante la crisis de la A.F.

136) En los antecedentes que condujeron al decreto de 1926, Prévotat enumera una encuesta realizada en Bélgica de la que resultó que entre todos los escritores considerados como maestros por la juventud católica, Maurras ocupaba el primer lugar. Hemos visto que también Mons. Benigni, antes de Pío XI, era conciente de este peligro.

137) *Wojtyla “una cum” Blondel...*, en *Sodalitium* n° 34, págs. 39 ss.

138) Cfr. *Sodalitium* n° 27, pág. 20 y n° 22, pág. 15, con el texto íntegro de la carta a la viuda de Marc Sangnier.

139) Informaciones tomadas de *Vérités XV (Notre ‘perfidie’. Nos ‘inepties’. Nos ‘impiétés’*, por Luc Verus, París, 1929), *Vérités XIV* (1928) y *Vérités X (La continuité pontificale*, 1928). NINA VALBOUSQUET, a propósito de la colección *Vérités*, habla de una tendencia cismática más que de un tono insolente (*Catholique et antisémite*, *op. cit.*, págs. 267 ss.), sobre todo en los años treinta (cuando Mons. Benigni no tenía más nada que ver). El tono es ciertamente insolente, y más que insolente, favorecido por el anonimato y el hecho de que los redactores eran a menudo laicos (Merlier, Rocafort...), pero no veo el espíritu cismático. Y por desgracia, los hechos denunciados eran ciertos y tristes. Comprobamos que, a pesar de una denuncia al *Índex* por parte de los cistercienses, *Vérités* nunca fue colocada entre los libros prohibidos.

140) *Bulletin Hebdomadaire des Loges Parisiennes*, n° 728, año 1930, citado por HENRI COSTON, *Dictionnaire de la politique française*, Editions Flanant, Limoges, 1967, 1998, pág. 959, entrada Sangnier Marc.

141) Cfr. *L’Ame populaire*, órgano de *Le Sillon catholique*, julio de 1931: *Les encouragements de notre Archevêque*, reproducido en *Vérités*, XXVII, París, 1931, págs. 1 y 2.

142) N. VALBOUSQUET, *Catholique et antisémite*, *op. cit.*, págs. 261-262.

143) Los ejemplos serían innumerables, por lo que me limitaré a citar el elogio (sin restricciones) que en 2017 el P. Nitoglia hacía de Mons. Joseph Tiso, presidente de Eslovaquia, “*un ejemplo de verdadero gobernante cristiano*”. Mons. Benigni es condenado por el P. Nitoglia por haber colaborado con el gobierno fascista, es decir, el gobierno de su país, mientras que Mons. Tiso (exponente de los socialcristianos, es decir, del Partido Popular) es alabado cuando ha colaborado con el gobierno nacionalsocialista de un país extranjero. Sin quitarle nada a Mons. Tiso, no entiendo la vara de medir de mi colega.

144) No sólo Italia, sino también Alemania, mantuvieron hasta el siglo XIX una multiplicidad de Estados, a diferencia de las demás monarquías europeas; la razón hay que buscarla, pues, no sólo en la presencia del Papado y su Estado eclesiástico, sino también en la herencia del Imperio medieval. Cuando el antiguo Imperio medieval también desapareció formalmente bajo los golpes de Napoleón (1806), Italia y Alemania se constituyeron en una única realidad estatal, centralizada en Italia (1861), federal en Alemania (1870) (donde la mayoría de los antiguos principados permanecieron en el marco del Imperio prusiano). Sobre toda la cuestión del *Risorgimento*, véase la VI Jornada por la Realeza Social de Cristo (Módena, 8 de octubre de 2011): *Risorgimento: Massoneria e Protestantismo all’assalto della Chiesa Cattolica* (video en nuestro canal de YouTube, 11, en particular (para el mencionado tema de la vocación imperial o universal, más que nacional, de Italia: <https://www.youtube.com/watch?v=FVKgiEVXNcc>: min. 11.1): *La Controriforma: sconfitta dell’eresia protestante in Italia*. Una carta confidencial de Mons. Bressan, de la secretaría del Papa, y aprobada por Pío, enviada a Mons. Andrea Scotton el 7 de diciembre de 1912, termina con estas palabras: “*En cuanto a la unidad de Italia, que es el caballo de batalla de los adversarios, siempre se debe señalar con los argumentos más válidos que establecerla como fue establecida fue un error, una desviación política y una conjuración por parte de las sectas contra la Iglesia y contra el verdadero bien de la propia Italia. La unidad italiana podría constituirse legítimamente, pero respetando los derechos sagrados e intangibles del jefe de la Iglesia*” (DIÉGUEZ, *Le carte del Sacro Tavolo*, vol. I, págs. 802-803).

145) La “entrevista a Latapie” causó sensación en Francia, es decir, la imprudente entrevista que Benedicto XV concedió al periodista francés Louis Latapie, que suscitó desconcierto entre los católicos belgas y franceses (PAGANO, pág. 272) y que *L’Osservatore Romano* tuvo que desmentir.

146) N. VALBOUSQUET, *Antimodernism and Catholic Nationalism. The impact of World War I on Msgr Umberto Benigni’s Catholic Integralist Network*, en *Modernism*, año 2017, Morcelliana, pág. 212.

147) La cita está tomada de H. BRAND (U. Benigni), *Notes Internationales: L’Encyclique*, en *Fede e Ragione*, 4 de febrero de 1923. La encíclica en cuestión es la primera de Pío XI, *Ubi Arcano*. El texto original está en francés.

148) Por un lado, Alfons Joncks (1872-1953), al aceptar un papel en el gobierno flamenco filo-alemán durante la guerra, por lo que había sido condenado a prisión en rebeldía por los tribunales belgas en 1920 (y luego otra vez a 15 años en 1945), se había comprometido en cuestiones políticas de las que el S.P. quería permanecer extraño; por otro lado, se sospechaba que también había colaborado con los alemanes en la entrega de documentos confidenciales del S.P. durante el allanamiento de su casa (pero probablemente tenía pocas opciones). La propaganda germanófila entre los católicos flamencos fue difundida durante la guerra por el sacerdote Carl Sonnenschein, “*la bestia negra del integrismo, que vio en él a uno de los pilares del bachemismo y uno de los ‘gladbachistas más peligrosos*” (POULAT, *Intégrisme...*, pág. 473). Incluso en este caso, una cuestión originalmente religiosa se convirtió, durante la guerra, en una cuestión política.

149) Retomando las visiones de Santa Margarita María de Alacoque (1689), Claire Ferchaud (1917) propuso insertar la imagen del Sagrado Corazón en la bandera francesa. Esta devoción fue difundida, entre otros, por el canónigo Gaudeau y por Mons. Jouin, mientras que el Card. Billot se opuso con un artículo en *Le Figaro* del 4 de mayo de 1918. ¿Cuál era el pensamiento de los integristas cercanos a Mons. Benigni? Se puede hallar en un libro de I. Recalde (Abbé Boulín), *Le message du Sacré-Cœur à Louis XIV et le Père de la Chaise, étude historique et critique*, 1920, absolutamente contrario a la iniciativa. Sobre el tema cfr. también: E. APPOLIS, *En marge du catholicisme contemporain: millénaristes et naundorffistes autour du ‘secret’ de La Salette*, en *Archives de sociologie des religions*, nº 14, 1962, págs. 103-121.

150) Según Valbousquet, que cita a Pollard, el artículo no agradó a Benedicto XV; la Secretaría de Estado tendía a excluir la Cuestión Romana de la política internacional (¡a menos que ganaran los Imperios Centrales, como veremos más adelante!).

151) La carta, publicada sólo parcialmente en la *Disquisitio* (págs. 277-279), y en la *Disquisitio* traducida al francés por E. POULAT, *Intégrisme...*, págs. 542-544, había sido divulgada en su totalidad por la memoria de Guido Aureli, ahora publicadas por N. VALBOUSQUET-A.M. DIÉGUEZ, *Il complottismo di un nostalgico integralista. Guido Aureli e il suo memoriale su Monsignor Benigni e Pio X* [La teoría de la conspiración de un integrista nostálgico. Guido Aureli y su memoria sobre Mons. Benigni y Pío X], en *Modernism*, Morcelliana, año 2018, págs. 206-217.

152) Para más detalles, véase E. POULAT, *Intégrisme...*, págs. 543-547, especialmente las notas 6 y 7, y N. VALBOUSQUET-A. DIÉGUEZ, *Il complottismo...*, *op. cit.*, págs. 201-215. Por el contrario, la acusación de trabajar para Rusia contra los Imperios Centrales fue el pretexto para la orden de allanamiento de Gand contra el S.P.: POULAT, *ibidem*, págs. 524-536.

153) VALBOUSQUET, *Anti-Modernism...*, pág. 221.

154) Carta del 8 de febrero de 1923 al diputado Giuseppe Bottai, citada en VALBOUSQUET, *Anti-Modernism...*, *op. cit.*, cit. pág. 242.

155) CARLO M. FIORENTINO, *All'ombra di Pietro. La Chiesa Cattolica e lo spionaggio fascista in Vaticano 1929-1939*, Editorial Le Lettere, Florencia, 1999, págs. 27 y 28, nota 67. Para la cuestión del conflicto entre Mons. Benigni y la prensa democristiana alemana, citada por el informante italiano y que tuvo lugar en realidad en 1912, véase POULAT, *Intégrisme...*, *op. cit.*, cit. págs. 327-244, en particular la nota 10 y F. TACCHI, *La Curia romana...*, págs. 111-114. La nota de *L'Osservatore Romano*, *A proposito di una velenosa corrispondenza*, fue publicada el 8 de marzo de 1912; el día anterior, Benigni ya había agradecido al Secretario de Estado. El periódico de Augsburgo era *Augsburger Postzeitung*, “el órgano principal del Centro Bávaro, que había quedado bajo el control de J. Bachem desde hacía un año”. El artículo (“*Las maquinaciones contra los católicos alemanes*”, 1º de marzo de 1912) acusaba a Mons. Benigni de traición a los católicos polacos a favor del Imperio Ruso y de apoyo a la masonería (¡!). En realidad, apuntaba más alto: al propio Merry del Val y a Pío X.

156) E. POULAT, *Intégrisme...*, pág. 544, traducción mía del francés.

157) VALBOUSQUET-DIÉGUEZ, *Il complottismo...*, pág. 204.

158) VALBOUSQUET-DIÉGUEZ, *Il complottismo...*, págs. 204-209. El único rastro eventual del espíritu del *Risorgimento* se puede encontrar en el reproche hecho a Austria por haber condenado a muerte a Don Tazzoli (uno de los “mártires de Belfiore”). Pero se trata del pensamiento de Aureli, no del de Benigni.

159) Sobre el apoyo de los católicos integristas –incluidos los del grupo de Benigni– a Francisco Fernando, cfr. E. POULAT, *Intégrisme...*, pág. 528 y *Catholicisme...*, pág. 408 (el mismo San Pío X tenía confianza en él). Posteriormente, sin embargo, el juicio de Benigni sobre el archiduque difunto fue negativo, debido a la influencia que los jesuitas tuvieron sobre él, a quienes atribuyó la política anti-italiana del Card. Rampolla (*I Gesuiti e l'Italia fascista. Documenti e fatti*. Roma, 1927, citado por *La Civiltà Cattolica, Internazionalismo e nazionalismo nelle diffamazioni di un'agenzia clandestina*, año 78, 1927, vol. IV, pág. 392). Otros católicos integristas fueron más favorables a Austria, como Don Cavallanti en *L'Unità Cattolica* (que era precisamente cercano a los jesuitas): TAGLIAFERRI, *op. cit.*, págs. 194 ss., a pesar de que el periódico florentino, a la muerte de Francisco José, fue mucho más sobrio que *L'Osservatore Romano* (págs. 238-239).

160) Cfr. *Sodalitium* n° 60, febrero de 2007 y especialmente n° 65, febrero de 2012: *Il conclave del 1903, il veto contro Rampolla, l'elezione di san Pio X*.

161) ANNIBALE PALOSCIA, *Benedetto fra le spie. 1914: l'anno fatale della Grande Guerra*, Mursia, 2013, pág. 34.

162) N. VALBOUSQUET, *Anti-Modernism...*, pág. 231.

163) A. PALOSCIA, *op. cit.*, págs. 44-46.

164) Erzberger (1875-1921) era el líder del ala izquierda del partido. Entre los firmantes de la capitulación alemana, se convirtió en ministro de finanzas de la República de Weimar. Fue asesinado por un comando de los Cuerpos Francos.

165) Mons. Pagano, del Archivo Secreto Vaticano, presenta todavía hoy la tesis defensiva (*Documenti sul modernismo romano...*, *op. cit.*, págs. 269-270, y nota 44).

166) ALBERINDO GRIMANI, *Per il Duce o per il Papa*, Roma, 2014. Interesante libro, escabroso en algunas páginas, inédito por ahora (agradezco al autor por habérmelo comunicado). Se basa en los archivos de Emanuele Brunatto y en su libro, escrito bajo pseudónimo en 1933, “*Gli anticristi nella Chiesa di Cristo*” [Los anticristos en la Iglesia de Cristo]. Sobre Von Gerlach, de esta última obra, véase el capítulo VIII, de la pág. 88 a la pág. 94, despiadado para con Benedicto XV (pág. 87, así como todo el capítulo XII sobre Carlo Diana) y el futuro Pío XI (pág. 92). Declino toda responsabilidad por las conclusiones de Brunatto a este respecto. (Carlo Diana o Diano se menciona en FIORENTINO, *op. cit.*, pág. 83; la existencia de su correspondencia con el Papa era conocida por la Policía Política).

167) “*Tardío lugarteniente de Garibaldi*”: un duro juicio aunque no exento de verosimilitud, sobre todo después del discurso con el que Mussolini comentó los Pactos de Letrán, y que los integristas de *Fede e Ragione*, aunque favorables al Concordato, no dejaron de criticar duramente: “*El Estado, también por boca del Honorable Mussolini, ha querido subrayar su preeminencia jurídica: estamos, pues, siempre en Febronio y en José II*” (SPECTATOR-SASSOLI, *Note politiche. Il discorso dell'on. Mussolini sugli accordi lateranensi, Fede e Ragione*, 19 de mayo de 1929, pág. 165). Mussolini había dicho, entre otras cosas: “*En el Estado, la Iglesia no es soberana y tampoco es libre. No es soberana por la ‘contradicción que no permite’*;

tampoco es libre, porque en sus instituciones y en sus hombres está sometida a las leyes generales del Estado y está sometida también a las cláusulas especiales del Concordato. De ahí que la situación pueda definirse así: Estado soberano en el Reino de Italia; Iglesia Católica con ciertas preeminencias leal y voluntariamente reconocida; libre admisión de otros cultos. (...) Italia tiene el singular privilegio, del que debemos estar orgullosos, de ser la única nación europea que es sede de una religión universal. Esta religión nació en Palestina, pero se hizo católica en Roma. Si hubiera permanecido en Palestina, lo más probable es que hubiera sido una de las muchas sectas que florecieron en aquel medio candente, como las de los esenios y los terapeutas, y lo más probable es que se hubiera extinguido, sin dejar rastro de sí misma (...). Otra observación: en los ocho primeros siglos del cristianismo no hay rastro de principado civil en la historia de la Iglesia (...). Además, la historia más somera nos dice que en los tres primeros siglos el cristianismo era la religión de una minoría mal conocida, mal tolerada e incluso, finalmente, de manera intermitente perseguida por los emperadores. Y sólo en los años 311-313 se concedió la libertad religiosa a los cristianos, primero por Galerio y luego por Constantino y Licinio, con el famoso edicto de Milán. Este acontecimiento coincidió con la terrible masacre de todos los descendientes de las antiguas familias imperiales –hombres, mujeres, niños– ordenada por Licinio, tras la derrota y suicidio de Maximino. Quince siglos más tarde, algo igualmente horrendo ocurrió en Rusia, con la masacre de todos los Romanoff. Fue Constantino quien introdujo el foro eclesiástico. Algunas de las concesiones otorgadas a los cristianos en el terreno civil darían materia a futuros concordatos estipulados por la Iglesia con las autoridades civiles. Y sólo gracias a las negociaciones y actos entre Carlomagno y León III se estableció el principado civil de los Romanos Pontífices. Esto duró diez siglos. (...)” Después de hablar de todos los golpes infligidos a la soberanía del Papa (Napoleón, la República Romana, el Reino de Italia) y de burlarse del débil ejército papal, concluye: “Llegados a este punto me dirán: ‘Pero, ¿por qué esta lección histórica?’ Porque quiero mostrarles los precedentes, porque quiero mostrarles que soy coherente, y que no sólo no renegamos del Risorgimento italiano, sino que lo completamos”. Mussolini ensalzó entonces a los precursores de la Conciliación, especialmente al obispo Bonomelli. “Y bien, oh señores, no hemos resucitado el poder temporal de los Papas: lo hemos enterrado. Con el tratado del 11 de febrero no pasa a la Ciudad del Vaticano más territorio que el que ya posee y que ninguna fuerza del mundo y ninguna revolución le habrían arrebatado. La bandera tricolor no se arría, porque nunca fue izada allí”. “Adviertan, pues: existe la Ciudad del Vaticano y existe Roma. Desde la época de Augusto hay que llegar a 1870 para encontrar de nuevo a Roma como capital de Italia; pero desde 1870 hasta 1929 hubo todavía una reserva, todavía una hipoteca de carácter moral. Esta hipoteca y esta reserva por parte de la más alta autoridad religiosa del mundo, desaparecen hoy. Roma pertenece sólo al Reino de Italia y a los italianos. Espero que perciban la enorme importancia de este hecho” (...). “Dicho esto, no hay duda de que, después del Concordato de Letrán, no todas las voces que se alzaron en el campo católico estaban afinadas. Algunos han comenzado a condenar al Risorgimento; otros encontraron casi ofensiva la estatua de Giordano Bruno en Roma. Debo declarar que la estatua de Giordano Bruno, tan melancólica como la suerte de este fraile, permanecerá donde está. Es cierto que cuando se la colocó en Campo di Fiori hubo protestas muy violentas; incluso Ruggero Bonghi se opuso y fue abucheado por los estudiantes de Roma; pero ahora tengo la impresión de que sería encarnizarse con este filósofo que, si se equivocó y persistió en su error, lo pagó. Por supuesto, ni siquiera vale la pena pensar que el monumento a Garibaldi en el Janículo pudiese tener una ubicación diferente. Ni siquiera desde el punto de vista del cuello del caballo. Creo que Garibaldi puede mirar tranquilamente en esa dirección, ¡porque hoy su gran espíritu está apaciguado! No sólo permanecerá, sino que en la misma zona se construirá el monumento a Anita Garibaldi por parte del régimen fascista. Se observó que algunos elementos católicos, especialmente entre aquellos que no cortaron todos los vínculos con las ideologías del Partido Popular, intentan juzgar al Risorgimento. Se leyeron llamamientos de este tipo: multipliquemos filas, reforcemos filas, cerremos filas, etc., etc. Naturalmente, ante estas frases, uno se ve obligado a preguntarse: pero ¿qué está pasando? ¡Es curioso que en tres meses haya confiscado más periódicos católicos que en los siete años anteriores! ¡Quizás ésta era la única manera de devolverles la entonación correcta! (...) Ni se piense en negar el carácter moral del Estado fascista, porque me avergonzaría hablar desde esta tribuna si no sintiera que represento la fuerza moral y espiritual del Estado. ¿Qué sería el Estado si no tuviera su propio espíritu, su propia moral, que es la que da fuerza a sus leyes, y mediante la cual logra hacerse obedecer por los ciudadanos? ¿Qué sería el Estado? Una cosa miserable, ante la cual los ciudadanos tendrían derecho a la rebelión o al desprecio. El Estado fascista reivindica plenamente su carácter ético: es católico, pero es fascista, sobre todo exclusivamente, esencialmente fascista. El catolicismo lo integra, y lo declaramos abiertamente, ¡pero que a nadie se le ocurra, bajo el aspecto filosófico o metafísico, cambiarnos las cartas sobre la mesa! (...) Cuando, al final de las negociaciones, Camillo Cavour, ansioso, recomendó al Padre Passaglia: ‘Tráigame la rama de olivo antes de la Pascua’, sintió que ésta era la suprema exigencia de la conciencia y del devenir de la revolución nacional. Hoy,

honorables camaradas, podemos llevar esta rama de olivo sobre la tumba del gran constructor de la unidad italiana, ¡porque es sólo hoy que su esperanza está realizada, que su deseo está cumplido!". (De las Actas del Parlamento italiano. Cámara de diputados. Discusiones. Año 1929, volumen I, págs. 129-154). El discurso de Mussolini, evidentemente, no es católico, y considera a la Iglesia puramente como una institución humana, y no divina, cuyos eventuales derechos no derivan de Dios sino de una concesión del Estado. Sin embargo, hay que tener en cuenta honestamente que se proponía justificar el Concordato ante las críticas de los elementos más anticlericales del Régimen.

168) E. POULAT, *Catholicisme...*, pág. 464, nota 35.

169) CARLO M. FIORENTINO (*op. cit.*, págs. 131 ss.) distingue tres actitudes diferentes en la Curia con respecto al fascismo: "*La primera de estas actitudes, presente en algunos cardenales, respondía al viejo intransigentismo, que hacía mella especialmente entre los cardenales de más edad, no tenía en cuenta para nada los Pactos de Letrán, e incluso expresaba todas las reservas sobre la acción de Pío XI y su Secretario de Estado Gasparri, que había llevado a la firma del 11 de febrero de 1929, a la renuncia definitiva, es decir, por parte de la Iglesia, de sus antiguas prerrogativas temporales sobre la ciudad de Roma. A este grupo de cardenales pertenecía el vicario del papa, Basilio Pompilj, 'uno de los cardenales disidentes y que permaneció amigo de Merry del Val'. Pompilj se mostraba abiertamente hostil tanto al gobierno fascista como a la política vaticana y al propio Pío XI, a quien no dejaba de dirigir 'duras críticas e incluso burlas vulgares e irreverentes'. El motivo de esta actitud de Pompilj, que no iba a disminuir sino que más bien se radicalizó con el paso del tiempo, era puntualmente el Concordato y la forma en que se había realizado*", en particular en lo que respecta al papel desempeñado por Francesco Pacelli. Por este motivo, Pío XI y Gasparri quisieron sustituir al vicario, y el Papa convocó a Pompilj en diciembre de 1929, "*instándole a presentar espontáneamente su dimisión. En aquella ocasión, sin embargo, el anciano cardenal reiteró toda su aversión a la Conciliación y manifestó su intención de negarse a dimitir del cargo que había desempeñado dignamente durante muchos años*". Pompilj criticaba luego a Mons. Pizzardo por su gestión de la Acción Católica, y atribuyó sus propias enfermedades "*a la persecución de que era objeto por parte del Pontífice*". El vicario de Roma se lamentaba: "*han entregado Roma sin decirme nada, es decir, entregaron Roma, su prestigio, su importancia histórica, sus monumentos, sus iglesias, como si fuera una aldea abisinia*". "*Su muerte, acaecida el 5 de mayo de 1931, puso fin a los sufrimientos físicos y espirituales del Cardenal Basilio Pompilj, quizás el último protagonista importante de la ya anacrónica protesta temporalista de la Santa Sede*". Otros cardenales que compartían el pensamiento de Pompilj eran Ragonesi, Verde, Capotosti, Bisleti, Marmaggi, algunos de los cuales eran señalados como cercanos a Merry del Val.

170) El mismo Mons. Benigni (o alguien de su red), aunque favorable al Concordato, señaló en uno de sus informes a la Policía Política: "(el Card. Francesco Ragonese era) *el terror y el odio del Papa, porque en su brutalidad no se abstenía de hacer escenas, como cuando el Papa firmó el Concordato sin decir nada a los cardenales*" (nota informativa "42", Roma, 14 de septiembre de 1931, citada en FIORENTINO, pág. 139, nota 23). El autoritarismo de Pío XI era, por otra parte, proverbial y conocido por todos.

171) "*Recibí la visita del sacerdote Dr. Paolo de Töth, quien me habló de la decepción de los cardenales Boggiani y Merry del Val por verse totalmente apartados de las negociaciones en curso para el Concordato entre la Iglesia y el Estado en Italia. No entendí muy bien las razones de esta maniobra directa contra los jesuitas, que querrían hacer de las recientes tratativas un monopolio. Puesto que son cardenales, he creído oportuno hacerte saber su estado de ánimo*" (carta de Arnaldo Mussolini a su hermano, Milán, 7 de febrero de 1929, citada por VANNONI, *La Chiesa del Concordato, op. cit.*, pág. 470, nota 74). Pero el Padre Tacchi Venturi estaba vigilando a Mussolini, cuyo realismo político le aconsejaba en cualquier caso no tener en cuenta a un partido entonces minoritario en la Iglesia.

172) N. VALBOUSQUET, *Catholique...*, pág. 157.

173) El gobierno republicano francés que liberó a Roma de la república de Mazzini en 1849 no era ciertamente de sentimientos católicos, como tampoco lo era el viejo carbonario Napoleón III que ayudó a Víctor Manuel II contra los austríacos, y también en la anexión de las provincias pontificias de Romaña, Umbría y Las Marcas, pero que veló por que el Lacio permaneciera con el Papa. A Francia no le convenía que Italia fuera demasiado fuerte.

174) Sobre toda esta triste cuestión, cfr. VALBOUSQUET, *Catholique et antisémite...*, pág. 260, que señala varios informes de Benigni al Ministerio del Interior, antes y después de la ruptura definitiva sobre la cuestión del Concordato: los informes del 30 de agosto y del 10 de octubre de 1928 sobre la R.I.S.S., y aquellos en contra del artículo de Boulin: 17 de mayo de 1929 (*La bile française pour la Conciliation*), 7 de julio y 30 de noviembre de 1929. El tono es muy grave.

175) *Veritas*, V, n. 41, 20 de octubre de 1928, pág. 1, citado en POULAT, *Catholicisme...*, pág. 464, nota 36.

176) “*Estamos totalmente en contra de todo intento de disminuir, de hacer secundario, de disimular sistemáticamente las reivindicaciones papales por la Cuestión Romana, de obstaculizar la influencia social del Papado, de hacer dominar al laicismo; por la incansable reivindicación de la Cuestión Romana, según los derechos y las directivas de la Santa Sede, y por un esfuerzo continuo para volver a conducir la vida social, lo más posible, bajo la influencia legítima y benéfica del Papado y, en general, de la Iglesia Católica*” (nº 8 del programa del S.P. en *Disquisitio*, pág. 264). Una vez más, Pío XI, en su primera Encíclica de 1922, había reivindicado los derechos de la Santa Sede y protestado por la Cuestión Romana; el Concordato de 1929, sin embargo, estaba de acuerdo con “*las directivas de la Santa Sede*” y preveía para Italia, e indirectamente para el mundo, una renovada influencia social del Papado y de la Iglesia Católica. Este era el desafío del Concordato: hacer de Italia un país verdaderamente católico, y no sólo concordatario. El desafío fracasó debido a los antecedentes laicistas de Mussolini, por supuesto, pero también debido a la infiltración de la democracia cristiana en las filas del catolicismo. La derrota de Italia después de la guerra, la constitución republicana (que sin embargo incorporó el Concordato) opuesta a los principios del propio Concordato, la libertad religiosa proclamada por el Vaticano II y el resultado del nuevo Concordato como aplicación de la Constitución y del Concilio, enterraron las esperanzas de hacer de Italia un Estado verdaderamente católico de nuevo, y de instaurar allí el reinado social de Cristo Rey, deseado por Pío XI en la Encíclica *Quas Primas*.

177) Los 10 puntos del programa de la I.R.D.S. datan del 1º de octubre de 1928 y fueron publicados en la edición internacional de *Romana* (octubre-noviembre de 1928), y también en *Fede e Ragione* del 28 de octubre al 4 de noviembre de 1928. Texto francés en POULAT, *Catholicisme...*, págs. 528-530.

178) En un informe a la Policía Política de julio de 1928, Mons. Benigni escribió: “*Mientras la vieja masonería se apodera del fascismo desde dentro y desde fuera, la cuestión de ‘rehacer’ una masonería que sea fascista se mantiene viva en una élite de iniciados*” (F. GIORGIO, *Ignis cova sotto le ceneri*, Fundación Evola, L’arco e la corte, 2022, pág. 127, nota 1. La “*vieja masonería*” está representada por las dos obediencias (Palazzo Giustiniani y Piazza del Gesù) que habían sido disueltas en Italia (no en el extranjero) después de la ley sobre las sociedades secretas, pero que continuaron influyendo en el fascismo (desde dentro) o combatiéndolo (desde fuera); la nueva masonería a rehacer era la proyectada por Reghini con el grupo de Ur.

179) G. VANNONI, *Integralismo cattolico...*, págs. 456-457. El artículo de Benigni (H. BRAND) es: *Per la difesa sociale. Il motore della Rivoluzione*, en *Fede e Ragione*, 18 de febrero de 1923, pág. 6.

180) N. VALBOUSQUET, *Catholique...*, págs. 161-162, que cita, entre otros, un escrito de Benigni de octubre de 1923 (*L’internazionale ebraica stringe sempre più Mussolini* - La Internacional Judía aprieta cada vez más a Mussolini) y de Boulin en la R.I.S.S. (*L’œuvre de Mussolini*, 23 de marzo de 1924) aún más escéptico. Sobre el apoyo dado durante mucho tiempo por el gobierno fascista, e incluso por el gobierno nacional-socialista, a ciertos movimientos sionistas, en clave anti-inglesa, véase EMMANUEL RATIER, *I guerrieri di Israel*, Centro Librario Sodalitium, Verrua Savoia, 1998.

181) Véase, por ejemplo, la conclusión del artículo “Ezra Pound y la Teosofía”, en *Sodalitium* nº 67, diciembre de 2015; mi presentación del libro de RAFAELE AMATO, *Vangelo e moschetto*, Solfanelli, 2019; los videos de la Jornada de la Realeza Social de Cristo, Módena, 12 de octubre de 2019. En otros autores: GIANNI VANNONI, *Massoneria, Fascismo e Chiesa Cattolica*, Laterza, 1979, MARGIOTTA-VANNONI, *op. cit.*, y también GIANFRANCO DE TURRIS (editado por), *Esoterismo e fascismo*, Méditerranée, 2006, y LUCA ERWIN FRAGALE, *La Massoneria nel Parlamento*. “Principios del siglo XX y Fascismo”, prefacio de Fulvio Conti (autor cercano a la masonería), Morlacchi Editore, Perugia, 2021. También sobre la masonería y el fascismo, *L’arco e la corte* con la colaboración de la *Fundación Julius Evola* ha publicado recientemente el libro *Ignis cova sotto le ceneri*, de FABRIZIO GIORGIO, descubierto gracias a una reseña en *La Verità*, 21 de octubre de 2022, pág. 19: “*Cuando Mussolini intentaba hacer ‘su’ masonería filo-fascista*”. La masonería filo-fascista, italiana y pitagórica, habría sido diseñada por el masón Arturo Reghini (que también era miembro de la O.T.O., así como del Gran Oriente) con el apoyo de Evola; la ruptura posterior entre los dos esoteristas condujo al fracaso de la empresa. A pesar del título, el contenido del artículo es más cauteloso sobre el papel de Mussolini (aunque no lo suficiente). Personalmente, dudo del apoyo de Mussolini a la iniciativa, que coincidió con las negociaciones con la Iglesia sobre el Concordato, ya que el grupo Reghini-Evola (y el grupo de Ur) quería, en efecto, influir en el fascismo hacia “*el imperialismo pagano*”, pero fue marginal para el Régimen, y a veces incluso hostil. Además, Mussolini ya tenía a su disposición una masonería filo-fascista, si hubiese querido tener una: la de la Piazza del Gesù, del Gran Maestro Raúl Palermi. La lectura del libro confirmó mi primera impresión, y me ha ofrecido la grata sorpresa de oír hablar de Mons. Benigni como un vigoroso opositor de la iniciativa masónico-esotérica.

182) *Fede e Ragione*, 23 de enero de 1927, nº 4; 30 de enero de 1927, nº 5; 6 de febrero de 1927, nº 6. Los artículos están firmados por Fidelis, pero evidentemente se trata de Benigni.

183) El artículo citaba las expresiones “*Deutschland über alles*” (Alemania sobre todo) y “*France d’abord*” (Francia ante todo). Hoy en día, en diferentes contextos, se dice “*América primero*” o “*Italia para los italianos*”; estos no son principios específicamente cristianos, sino de simple ley natural (y por lo tanto cualquier cosa menos anticristianos), si se mantienen, como se explica en el artículo, dentro de sus límites, y no se colocan como un principio supremo.

184) Creo interesante traer otra cita de Sangnier, en los congresos de Bierville, elogiados también por los Padres jesuitas de la *Action Populaire*, que encontramos en los artículos antes mencionados, esta vez sobre las cuestiones económicas y sociales: “*El congreso, considerando que la huelga y los bajos salarios son una consecuencia del sistema capitalista, declara que (y aquí que se nos permita referir en su texto literal francés el gran axioma) ‘le seul remède aux difficultés actuelles est dans l’établissement d’un nouveau système économique, basé sur le principe de la production organisée en vue de la complète consommation et non des bénéfices, de la coopération au lieu de la concurrence: il engage les Syndicats de jeunes travailleurs de toute race, de toute croyance religieuse, de tout parti politique à créer des comités d’entente afin de pouvoir mieux résister à l’oppression patronale...’* [el único remedio para las dificultades actuales reside en el establecimiento de un nuevo sistema económico, basado en el principio de la producción organizada con vistas al consumo completo y no a los beneficios, de la cooperación en lugar de la competencia: insta a los jóvenes sindicatos obreros de todas las razas, creencias religiosas y partidos políticos a crear comités de entendimiento para poder resistir mejor a la opresión patronal]. *Por favor, ¿no podría quizás ser votado también este orden del día en el congreso de Moscú?... ¿Acaso no es este el grito de todos los predicadores de la lucha de clases y de los profetas del advenimiento proletario desde Mordecai (K. Marx) hasta Lenin?...*” Como señalé en el congreso de Vignola sobre la realeza social de Cristo, dedicado al social-comunismo, los católicos que se interesan por la doctrina social de la Iglesia en materia económica citan con razón las grandes encíclicas como *Rerum novarum* o *Quadragesimo Anno*, pero a menudo olvidan otra encíclica que ya condenaba los errores, también económicos y sociales, de Marc Sangnier, con los que el apóstol de la democracia quiso aplicar a la vida económica los principios de la Revolución Francesa: *Notre Charge apostolique*. Esta es una encíclica que debería ser releída cuidadosamente por muchos defensores de las improbables terceras vías, que a menudo no son más que variaciones sobre el tema del eterno error socialista.

185) Sobre la dimisión de Sassoli de Bianchi del Partido Popular y como presidente del “ala derecha” del Partido, véanse las dos versiones: la del PADRE SALE S.J., *Popolari e destra cattolica al tempo di Benedetto XV*, Jaca Book, 2005, y la de DON DE TÖTH, *Filippo Sassoli de’ Bianchi*, Florencia, 1958. Véase también la información que VALBOUSQUET (*Catholique...*, pág. 164) da o podría dar del Fondo Benigni, en particular de un encuentro entre Sassoli, Boggiani, de Töth, Benigni y Reggio d’Aci para decidir abandonar el ala derecha (la derecha que nunca había convencido a Benigni, considerándola, como era, “*un equívoco de la Internacional Blanca y una trampa jesuita*”, 1º de diciembre 1920).

186) GIANNI VANNONI, *Massoneria, Fascismo e Chiesa Cattolica*, Laterza, 1980, especialmente el capítulo sexto (págs. 164-192), con particular atención a la figura de Don Oreste Nuti (1850-1926), del grupo de *Fede e Ragione*, “*el último intransigente*”.

187) “Spectator” era el pseudónimo del Conde Sassoli. Lo cierto es que la opinión sobre el fascismo original dada por “Spectator” era evidentemente compartida por los demás colaboradores del periódico.

188) G. VANNONI, *Integralismo...*, págs. 451-452, que cita *Fede e Ragione* del 24 de mayo de 1925, 25 de octubre de 1925 y 25 de julio de 1926.

189) Recorriendo los años de *Fede e Ragione*, hay innumerables ejemplos. Ya en 1942, como simple párroco, Don de Töth se quejaba ante el obispo de que “*se encuentran las mayores dificultades en la educación religiosa de los adultos, y también de los jóvenes, después de la primera comunión y en cuanto entran en organizaciones fascistas, que los distraen y los alejan de asistir a la Iglesia*” (MARGIOTTA, VANNONI, *op. cit.*, pág. 477).

190) FILIPPO SASSOLI DE BIANCHI. Florencia, 1958, págs. 147-149 para la cita completa.

191) MAURO FORNO, *Comunisti, ebrei e massoni: Mons. Benigni da Londra scrive al Duce*, publicado en la revista *Contemporanea*, Il Mulino, 1/2005, págs. 87-104, donde, en un informe enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores, escribió sobre sí mismo, con sinceridad, aunque con un toque de ironía: “*no soy fascista*” (abril de 1926).

192) Sobre el tema Constantino-Mussolini, ver ALBERTO GUASCO, *Il ‘Nuovo Costantino’ fascista. Immagini e utilizzi dell’Imperatore tra Chiesa cattolica e Regime*, en *Costantino I, Enciclopedia Costantiniana...*, Instituto de la Enciclopedia Italiana, Roma, 2013, vol. III, págs. 469 ss.

193) Además de la disolución del *Sodalitium* a finales de 1921, hay que considerar también que en 1923 Mons. Benigni, junto con otros profesores, fue despedido de la docencia (que ejercía en la Academia de Nobles Eclesiásticos) pocos días después de la reanudación de las escuelas, el 17 de noviembre de 1923, por

Mons. Zonghi (Diéguez). Además, tras las vivas esperanzas suscitadas no tanto por la elección de Pio XI, sino por su encíclica programática (1922), *Ubi Arcano*, Mons. Benigni escribió, el 20 de febrero de 1922, a Mons. Pizzardo, sustituto en la Secretaría de Estado, que fuera su alumno y protegido, pidiéndole que interviniera en su favor ante el nuevo Papa. Pizzardo, por el contrario, se convertiría en enemigo y perseguidor de Mons. Benigni (y amigo de los “populares”), pero este episodio muestra cómo en 1922 aún vislumbraba la esperanza de trabajar directamente al servicio de la Iglesia. En 1923 la posición de Pío XI, “*Papa en compañía de Jesús*”, se había vuelto más clara (en sentido negativo para él), mientras, paradójicamente, el gobierno nacional comenzaba a abandonar las posiciones anticlericales del movimiento fascista para combatir (más o menos), no sólo al social-comunismo, sino también a la masonería y al catolicismo demócrata.

194) Pietro Mataloni (1889-1966), hijo de Giuseppe Mataloni, redactor de *La Voce della Verità* (periódico católico del que Mons. Benigni fue director a instancias de León XIII de 1901 a 1903), y de Settimia Benigni (alias Jolanda para Valbousquet), desafortunada hermana de nuestro monseñor. Mataloni se inscribió en el P.N.F. en 1925 (cfr. FIORENTINO, *op. cit.*, pág. 20n).

195) Nacida en Nápoles en 1887, definida como “de buena moral” en una nota confidencial del Comisario de Roma de la División de la Policía Política, fue en cambio difamada como inmoral por el ayuda de cámara de Mons. Benigni, Domenico Bordi, en carta al P. Rosa, de *La Civiltà Cattolica*. Fue el confesor de Mons. Benigni, el Padre Emery, de la iglesia de San Carlo al Corso, quien la recomendó al prelado que buscaba una secretaria. E. POULAT –que habla del tema en las págs. 37-38 de *Catholicisme, démocratie et socialisme*, Casterman, 1977– considera infundadas las calumnias de Bordi (y sus instigadores). La Policía Política controló la correspondencia dirigida a Bianca D’Ambrosio de 1928 a 1931, cuando se abolió el control; se trataba de correspondencia procedente del extranjero para la preparación del boletín internacional en francés de la Agencia *Urbs* de Mons. Benigni (cfr. FIORENTINO, *op. cit.*, págs. 20-22). (Más informaciones en ALBERINDO GRIMANI, *Per il Duce o per il Papa*, ya citado).

196) MAURO CANALI, *Le spie del regime*, Il Mulino, Bolonia, 2004; CARLO M. FIORENTINO, *All’ombra di Pietro. La Chiesa Cattolica e lo spionaggio fascista in Vaticano 1929-1939*, Le Lettere, Florencia, 1999; M. BETTINI PROSPERI, *Le carte di Umberto Benigni*, “Clio”, XVIII (1992), págs. 289-300. Obras documentadas, aunque no exentas de errores.

197) C.M. FIORENTINO, *op. cit.*, págs. 21-22; BETTINI PROSPERI, pág. 289.

198) La Policía Política (Pol.Pol) fue creada por Arturo Bocchini (1880-1940) a finales de 1926, luego de ser llamado por Mussolini, en septiembre de 1926, a la Dirección General de la P.S. (Polizia di Stato: Policía del Estado, n.d.a.) (Canali, págs. 59-60). La OVRA “*vio la luz algunos meses después que la Pol.Pol, como su brazo operativo*”. “*Aunque se sentía la necesidad, la OVRA surgió casi por casualidad y se perfeccionó, por así decirlo, ‘sobre la marcha’.* El carácter imprevisto de su institución lo demuestran varios elementos, empezando por el nombre, que fue acuñado sólo cuando ya llevaba algunos años operando. (...) Leto relata que ‘Bocchini solía decir que Mussolini a partir de la idea del piovra [pulpo], quitando la p, había creado el nombre OVRA, cuya interpretación dio rienda suelta a la imaginación del pueblo italiano (...) Leto sostiene que nunca hubo ‘una interpretación oficial de esta sigla, que sin embargo se explicaba comúnmente de la siguiente manera: ‘Obra voluntaria de represión antifascista’ u ‘Organización de vigilancia de los delitos [“reati” en italiano, n.d.t.] antiestatales’” (CANALI, págs. 302-303).

199) M. CANALI, *op. cit.*, pág. 560. En la lista del jefe de policía, el nombre de Benigni nunca aparece, sino sólo el de D’Ambrosio, como operante desde el 27 de septiembre de 1927. En 1931, entonces, el nombre de D’Ambrosio reemplaza completamente al de Mons. Benigni (FIORENTINO, págs. 22-23; CANALI, pág. 560).

200) E. POULAT, *Catholicisme...*, *op. cit.*, pág. 459, nota 29, que cita a P. SCOPPOLA, *Chiesa e fascismo*, Bari, Laterza, 1971, págs. 145-159. Mientras que Vannoni también atribuye a Benigni estas relaciones con el secretariado particular de Mussolini, Forno las excluye: “*Teniendo en cuenta el estado de nuestros conocimientos actuales, podemos excluir con una buena estimación la participación de Benigni en algunas iniciativas que se le atribuyen en el pasado. Por ejemplo, era ajeno a los informes periódicos sobre la situación de la Santa Sede enviados durante la década de 1920 por un ‘informante vaticano’ desconocido a la secretaría particular del Duce. Estos informes, descubiertos hace más de treinta años por Pietro Scoppola, y atribuidas por éste en teoría a ‘un elemento vinculado de alguna manera a Benigni’, son en realidad casi con toda seguridad atribuibles al periodista Francesco Zanetti, antiguo colaborador de L’Osservatore Cattolico, de Il Momento de Turín y de L’Osservatore Romano, del que se convertiría en redactor jefe gracias al apoyo del Cardenal Merry del Val*” (MAURO FORNO, *Comunisti, Ebrei e massoni: Mons. Benigni da Londra scrive al Duce*, *op. cit.*, pág. 19). Forno cita a FIORENTINO (*All’ombra di Pietro*,

págs. 23-26) que nos informa sobre la figura de Zanetti (1870-1938), no privado de contactos con nuestro monseñor, así como con el Card. Merry del Val y su mano derecha, Mons. Canali.

201) SERGIO PAGANO, *Documenti sul modernismo romano dal Fondo Benigni*.

202) Texto original latino en *Disquisitio*, págs. 296-297. Traducción francesa en POULAT, *Intégrisme...*, pág. 604. Traducción italiana original en *Di fronte alla calunnia* (abril de 1928), págs. 5-6, y en *Fede e Ragione*, 3 de junio de 1928, pág. 194.

203) *Nuovi documenti sull'Integrismo. Sodalitium Pianum e Action Française*, fragmento de *Storia Contemporanea* n. 4/5, octubre de 1981, Il Mulino. Una curiosidad: Vannoni habla extensamente del plan paneuropeo de Coudenhove-Kalergi, vinculado también a Briand y, en la Iglesia, a los círculos gasparrianos: págs. 727-729.

204) ALEJANDRO MARIO DIÉGUEZ, *Fondi dell'Archivio Segreto Vaticano relativi al modernismo*, en “*In wilder zügelloser Jagd nach Neuem*”, Brill, 2019, pág. 29.

205) Ordenado sacerdote en 1888 para la diócesis de Perpiñán, arcipreste de la catedral de Saint-Jean desde 1907, decano del capítulo catedralicio desde 1910, fue propuesto para el episcopado.

206) Entre los cuales, Ion Motzo o Mota (1902-1937), cuñado y mano derecha de Codreanu, que morirá combatiendo durante la Guerra de España, y Alexandru C. Cuza (1857-1947). Entre los amigos de la Entente, señalo a Eugenio Brandt, un antiguo funcionario zarista, partidario del Gran Duque Nicolás Romanov (otros apoyaban al Gran Duque Cirilo) y experto, como Benigni, en casos de homicidios rituales. Nina Valbousquet (gracias al Fondo Benigni) resuelve así un pequeño enigma planteado por E. Poulat: si se identifica o no como E. Brandt y H. Brandt, este último pseudónimo de Mons. Benigni. Poulat se inclina por la identificación, debido a la similitud del nombre y al interés por los homicidios rituales (Brandt es autor de la obra en tres volúmenes, escrita en serbocroata, titulada *L'omicidio rituale presso gli Ebrei*, Belgrado, 1926, 1927, 1929, recomendado por Benigni en *Romana*), por lo que incluye los volúmenes en la bibliografía de Benigni, aunque de manera dubitativa (págs. 502-503). Ahora, por el contrario, está claro que se trata de dos personas distintas, ya que incluso existe una correspondencia entre ambas, conservada en el Fondo Benigni.

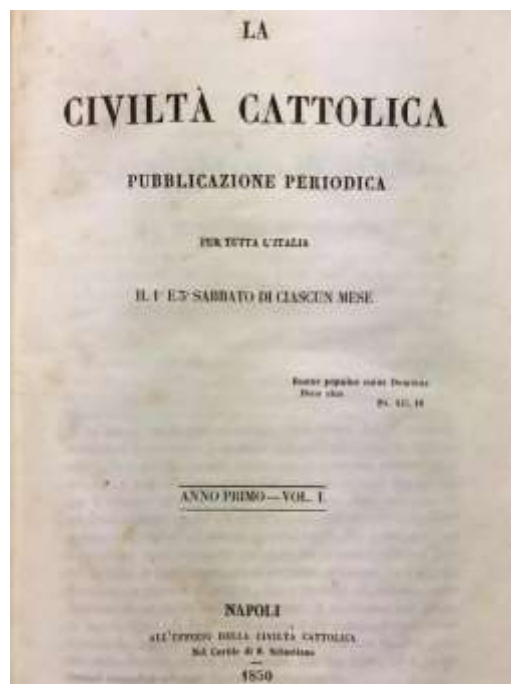
207) Todos los capítulos del libro están dedicados al “antisemitismo” del prelado de Umbría, dando un retrato distorsionado de su personalidad y de su pensamiento, descuidando aspectos aún más importantes para centrarse en uno solo. La obra se divide en seis capítulos. Después de un capítulo sobre el antisemitismo del catolicismo integrista hasta 1918, y un segundo sobre la edición de los *Protocolos*, el autor pasa a examinar dos iniciativas de Benigni: la *Intesa per la Difesa Sociale* (cap. 3) y la llamada “Internacional antisemita”. Un capítulo sobre el antisemitismo cristiano y anticristiano (cap. 5), y sobre las relaciones con el nacionalismo (la *Action Française* en Francia, fascismo en Italia), cierra esta tendenciosa obra.

208) Las mismas autoridades rabínicas, por otra parte, desconfían de los conversos al judaísmo, o de los hijos de madres cristianas, aunque estén circuncidados.

209) Leslie Fry, pseudónimo de Paquita de Shishamareff (1882-1970), entró en contacto con Mons. Benigni en 1922. Aunque para Wikipedia, ella fue “*agente de propaganda del nazismo en Estados Unidos*”, la misma Nina Valbousquet, nazifoba de profesión, debe admitir que ella era también opuesta al pangermanismo (págs. 201-202, 276).

210) FABRIZIO GIORGIO, *Ignis cova sotto le ceneri. Julius Evola, Arturo Reghini e l'Imperialismo pagano*, Fundación *Julius Evola e L'arco e la corte*, 2022, págs. 66-67, 89-90, 105-106, 112, 127-129. Reghini y Evola se habían conocido en 1923 en la Sociedad Teosófica. Los amigos florentinos informantes de Benigni podrían ser aquellos colaboradores de *Fede e Ragione* que estaban cerca de Papini, quien a su vez estimaba a Reghini (suposición mía). La acusación de satanismo no es tan hiperbólica como parece, si se piensa que detrás de Evola estaba Reghini, que también estaba afiliado a la O.T.O. (*Ordo Templi Orientis*) de Crowley, “la Gran Bestia 666”, como le gustaba llamarse al mago inglés. Por último, hay que señalar que Reghini pretendía fundar una masonería “fascista” (habría bastado con la de la Piazza del Gesù del Gran Maestre Raoul Palermi a la que quería suplantar), pero su grupo también incluía antifascistas, como el antropósofo Giovanni Antonio Colonna di Cesarò (hijo de Emmelina De

El 1er. número de “La Civiltà Cattolica”





El Padre Giovanni
Sale S.J.

Renzis, hermana del político israelita Sidney Sonnino); el fascismo de Evola y Reghini era muy dudoso y, en todo caso, estaba subordinado a su filosofía anticristiana. El libro de Fabrizio Giorgio nos muestra un Reghini ansioso por tener el apoyo masónico y el reconocimiento de las logias americanas para su proyecto. Sobre este tema, véase *Esoterismo e fascismo*, editado por GIANFRANCO DE TURRIS, Méditerranée, 2006, especialmente las contribuciones de Del Ponte y Iacovella.

211) Esto es suficiente para responder a la objeción de Don Nitoglia sobre la colaboración de Benigni con Preziosi (especialmente en el quinto episodio de la serie) en *La Vita italiana* (solo un artículo, anónimo, sobre los jesuitas), debido al pasado de Preziosi (filo-modernista bajo Pío X, abandonó el sacerdocio) y la colaboración (estable, en su caso) de Evola. No sólo Benigni tenía la costumbre de utilizar la prensa no católica para difundir tesis católicas (ya bajo Pío X), sino que además la desaprobación de Evola como colaborador de Preziosi es explícita. Y pensar que todavía recuerdo la emoción de un colega por haber conocido al hijo de Preziosi... (dos pesos y dos medidas).

212) C. M. FIORENTINO, *All'ombra di Pietro*, op. cit., pág. 28; M. BETTINI PROSPERI, *Le carte di Umberto Benigni*, Clio, XXVIII (1992), pág. 298, nota 20, según la cual el déficit de la *Difesa Sociale* ascendía a 250.000

liras de entonces, resultado de los préstamos que Mons. Benigni esperaba “*restituir con motivo del óbolo internacional por sus bodas de oro (20 de diciembre de 1934)*”. Lamentablemente, él murió primero.

213) N. VALBOUSQUET, *Tradition catholique et matrice de l'antisémitisme à l'époque contemporaine*, en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 62-2/3, abril-septiembre de 2015, págs. 82-83; *Fede e Ragione*, 22 de abril de 1928, págs. 1-2: *Il Santo Ufficio decreta la soppressione dell'associazione 'Gli Amici di Israele'*. La historia es descrita en detalle, de nuevo por VALBOUSQUET (y por lo tanto, desde su punto de vista anticatólico), en *Catholique et antisémite...*, op. cit., págs. 235-243.

214) Exactamente 19 cardenales, 278 obispos y arzobispos, y unos 3.000 sacerdotes: cfr. *Gesù non fu ucciso dagli ebrei: le radici cristiane dell'antisemitismo* [Jesús no fue asesinado por los judíos: las raíces cristianas del antisemitismo], Ediciones Terra Santa, Milán, 2020.

215) MARIE-FRANCE JAMES, *Esotérisme et Christianisme autour de René Guénon*, Lanore, Sorlot, 2008, págs. 235-300.

216) VALBOUSQUET, *Catholique et antisémite...*, op. cit., pág. 237.

217) VALBOUSQUET, *ibíd.*, págs. 238-239, que cita un artículo de PIERRE COLMET (Abbé Boulin): *Abolition des Amis d'Israël*, en *R.I.S.S.*, 29 de abril de 1928, págs. 369-386.

218) DON C. NITOGLIA, *Stanislas Fumet, Jacques Maritain nella genesi di Nostra Aetate*, en *Sodalitium* n° 57, julio de 2004, págs. 44-46; N. VALBOUSQUET, *Catholique et antisémite*, op. cit., pág. 236.

219) https://www.openstarts.units.it/bitstream/10077/31901/1/Pieraccini_51-82.pdf, *Qualestoria* n. 2, diciembre de 2017.

220) Francisco Suárez (1548-1617), teólogo español de origen judío, que ingresó en la Compañía de Jesús en 1564, de la que llegó a ser doctor principal (*doctor eximius*). Su filosofía, que se reivindica tomista, está influenciada no sólo por los tiempos modernos, sino también por la tradición escotista y occamista (voluntarismo, nominalismo). “*De la escolástica del siglo XIV, S. retoma también la actitud crítica respecto de las 'vías' tomistas (como respecto de todo argumento a posteriori), cuyo límite señala en su incapacidad para probar la existencia de un único ser espiritual*” (enciclopedia Treccani). Con Duns Escoto, niega el principio fundamental de la filosofía tomista, la distinción real en las criaturas entre esencia y *esse* [el acto de ser, n.d.a.], que distingue a Dios de todas las criaturas. Sobre la cuestión de la gracia, acepta el principio fundamental del molinismo (la ciencia media). Su teoría sobre la confesión y absolución a distancia fue condenada por el Santo Oficio. Las XXIV tesis de la filosofía tomista están todas en contra de la doctrina filosófica de Suárez.

221) La hostilidad entre el liberalismo decimonónico y la Compañía, la campaña antijudaica y antimasónica de la Compañía bajo Pío IX y León XIII, sólo pudieron atraerle la estima y la confianza de la escuela contra-revolucionaria, a pesar de deslices como el del Padre Carlo Maria Curci (1809-1891), fundador de *La Civiltà Cattolica*, que pasó de la defensa del poder temporal del Papa al liberalismo, al anti-temporalismo y finalmente a una apertura socialista. Habiendo abandonado la Compañía, fue readmitido antes de su muerte. EMILE POULAT (*Catholicisme...*, pág. 212) recuerda los elogios de Benigni a *La Civiltà Cattolica* en *La Correspondance de Rome* (11 de abril de 1910), “*felicitando a la valiente revista romana*” por su sexagésimo aniversario y deseándole “*triunfar cada vez más en nuevas batallas contra los enemigos*”

abiertos u ocultos de la Santa Sede y de la Iglesia". El propio P. Rosa echará en cara a Mons. Benigni un artículo de 1903 en su *Miscellanea* en defensa de los jesuitas contra Pombal, cuando ahora ataca a los jesuitas y defiende el hipernacionalismo de 1848 opuesto al universalismo medieval (*Le nuove diffamazioni di una agenzia clandestina*, 7 de abril de 1928, págs 64-65): ¡Sin embargo, para el P. Rosa, aquel elogiador de su revista era ya un modernista astuto y oculto bajo la apariencia de antimodernismo!

222) El episodio es narrado extensamente por M. TAGLIAFERRI, en *L'Unità cattolica. Studio di una mentalità*, Universidad Gregoriana, Roma, 1993, págs. 130-134, y la reproducción del documento en la pág. 336. La polémica estalló con motivo de un "congreso femenino" (feminista) en el que también participó María Montessori. *L'Unità Cattolica* dirigida por Don de Töth y también por el Padre Chiaudano S.J. condenaron totalmente la conferencia, mientras que el Padre Pavissich, en *La Civiltà Cattolica*, también mostró sus aspectos positivos. La controversia estalló no sólo entre los integristas (de Töth, Scotton) y los jesuitas, sino también entre los mismos jesuitas (Chiaudano contra Pavissich y *La C.C.*). *La Civiltà Cattolica* acabó entonces interrumpiendo el intercambio de revistas, respondió con artículos de Pavissich contra los integristas, y finalmente el propio general de la Compañía, Wernz, prohibió a todos los Padres jesuitas colaborar con *L'Unità Cattolica* y *Le Armonie della Fede* (periódicos dirigidos por de Töth y apoyados por Mattiussi) (29 de julio de 1908). Pío X tuvo que intervenir personalmente en favor de los integristas, tanto escribiendo a los jesuitas como felicitando a *L'Unità Cattolica* (textos en las págs. 134, 338-339). Tagliaferri concluye: "Pío X animó y confortó a *L'Unità Cattolica*, reprendió y disuadió a los jesuitas que se le oponían; el P. Wernz prohibió a los suyos escribir en el periódico querido por el Papa. Este sigue siendo un hecho singular y sumamente interesante". Los tan cacareados "moderados" estaban contra Pío X, y Pío X contra los "moderados": ¿y de qué lado estamos?

223) *La Civiltà Cattolica* había sido fundada en 1850 por el Padre Curci, que luego se había pasado al enemigo liberal. En 1866 Pío IX había constituido sus redactores en colegio, y reservaba el nombramiento de sus miembros al General (POULAT, *Intégrisme...*, pág. 335).

224) GIOVANNI SALE S.J., *La Civiltà Cattolica nella crisi modernista (1900-1907)*, La Civiltà Cattolica-Jaca Book, 2001. La historia del Padre jesuita Giorgio Bartoli, redactor de *La Civiltà Cattolica*, es narrada por el P. SALE de la pág. 238 a la pág. 254. En enero de 1904 publicó un artículo en *La C.C.* simpatizando con el filósofo evolucionista Herbert Spencer. *L'Unità Cattolica* reaccionó bajo la presión de los Padres jesuitas Casoli y Mattiussi, absolutamente opuestos a la línea "modernizante" de la revista: "él se arrogaba – escribe Sale– sin mandato la tarea de censor de la revista 'oficiosa' de la Santa Sede" (pág. 245): ¡un estribillo que conocemos bien! El colegio de redactores de *La Civiltà* no se olvidó de esto y se negó, en 1904 y luego en abril de 1906, a aceptar entre sus miembros al P. Mattiussi (en el colegio, en 1906, estaba el P. Rosa, ¡recordémoslo!) (pág. 245). ¿Y cómo acabó el P. Bartoli? Se hizo valdense: véase su carta de 1909 a sus antiguos compañeros (pág. 416). Pero para el P. Sale, "la más dura y grosera intransigencia" de los Padres Casoli y Mattiussi es la única condenable. En efecto, Mattiussi "fue la verdadera eminencia gris de *L'Unità Cattolica*, el inspirador de tantas batallas odiosas conducidas también 'contra autores respetables' y en defensa de un catolicismo integrista, incluso antes de que este papel fuera asumido, con medios y perspectivas muy diferentes, por Umberto Benigni y su tristemente célebre Sodalitium Pianum" (pág. 245). También éste es un estribillo que conocemos bien.

225) Sobre el Padre Giuseppe Chiaudano (1858-1915) y su ambivalente relación con el grupo de Mons. Benigni, cfr. POULAT, *Intégrisme...*, págs. 335-336. Amplias informaciones en SALE (*La Civiltà Cattolica...*, especialmente pág. 309). Exponente de la "escuela de Turín", perteneció a una de las tres casas "de derecha" de la Compañía (la de Chieri, las otras eran el colegio León XIII de Milán y la casa de Florencia). Contrariamente al joven Benigni y a los "leonianos", combatió siempre el término mismo de "democracia cristiana", y no sólo su concepto erróneo (pág. 306), y con el Benigni maduro se opuso al "sindicalismo católico", lo que le valió el nombramiento como director de *La Civiltà Cattolica* (1913-1915) por parte de San Pío X.

226) "Parece que esta elección no agradó demasiado a los Padres de *La Civiltà Cattolica*, ya que el Padre Chiaudano había combatido durante varios años la orientación adoptada por la revista en materia social y política. Su dirección, que duró de 1913 a 1915, dio a la revista una orientación firmemente integrista, no compartida por la mayoría de los Padres que formaban parte del colegio de redactores" (SALE, *La Civiltà Cattolica...*, pág. 309, nota 64). En su carta de nombramiento del director, Pío X pidió a sus colaboradores que fueran modelos de periodistas católicos "sincères et intègres" [sinceros e íntegros]. En la traducción italiana de la carta, la revista "evitó el término escabroso" (es decir: íntegros), traduciendo "íntegramente" por "enteramente". Y esto, "no sin intención y razón", comenta POULAT (*Intégrisme...*, pág. 337). Al igual que no fue sin intención que Pío X había, por el contrario, empleado precisamente ese término tan... escabroso, que los jesuitas de Via della Ripetta no pudieron digerir.

227) Del Fondo Benigni: “30 de octubre de 1914: Se confirma que se ha pensado y se sigue pensando en retirar al P. Chiaudano de *La Civiltà Cattolica*. Sería sustituido por el P. Rosa, cuyos artículos gladbacanistas provocaron el nombramiento del P. Chiaudano por Pío X. Probablemente esto no ocurrirá”. PAGANO, *Documenti sul modernismo romano*, pág. 268.

228) S. PAGANO, *Documenti sul modernismo romano*, op. cit., pág. 268; SALE, *La Civiltà Cattolica nella crisi modernista*, op. cit., págs. 244, 338 nota 141; POULAT, *Intégrisme...*, págs. 335-337.

229) Antonio Gramsci (1891-1937), miembro del Partido Socialista desde 1914, fundó *L'Ordine nuovo* en 1919. En 1921 fue uno de los fundadores del Partido Comunista de Italia, del que fue dirigente de 1924 a 1927. Tras un periodo viviendo en la Unión Soviética (donde conoció a su “esposa”, la judía Giulia Schucht) y una experiencia en el Parlamento, fue encarcelado por el régimen fascista de 1926 a 1934. Entre 1929 y 1935 escribió los *Cuadernos de la cárcel*. Especialmente atento a la peculiar situación italiana, donde predominaba la influencia de la Iglesia Católica, también se ocupó con gran atención del conflicto entre modernistas, “jesuitas” y católicos integristas.

230) E. POULAT, *Intégrisme...*, págs. 388-398. Cuando Pío X aún vivía, los jesuitas alemanes de la revista *Stimmen aus Maria Laach* escribieron: “Los actos de los Papas muertos están sujetos a la crítica de la historia. Así que algún día la historia emitirá su juicio sobre el valor extrínseco y los resultados del pontificado de Pío X. Pero los actos y decisiones del Papa reinante obligan a los católicos a una obediencia filial e internamente sincera, aunque no a una sumisión mecánicamente ciega y muerta... En la Iglesia nadie está dispensado de servirse de la propia razón y de todos los medios naturales. Dios nunca ha prometido preservar a los superiores eclesiásticos de todo paso en falso y de todo equívoco. Los Pontífices necesitan ante todo asesores prudentes y de mentalidad abierta; la responsabilidad que pesa sobre quienes rodean el trono papal es enorme... Pero por grande que sea esta posibilidad de error humano e incluso de pecado humano, nunca tenemos derecho a la rebelión ni a la crítica venenosa y amarga”. La crítica del “moderado” Padre Lippert S.J. tal vez no era venenosa, los argumentos tal vez eran ciertos en teoría (¡pero cuidado con aplicarlos a los sucesores de Pío X! ¡Les a majestad! ¡Sólo valen para Pío X y sus amigos!), pero Pío X no lo apreció y reemplazó al director de la revista. ¿Razón de la crítica “moderada” del jesuita “moderado”? Los ataques de los no moderados integristas: “Una guerra similar (contra el modernismo, n.d.a.) ha tenido fastidiosas consecuencias secundarias no deseadas por Pío X, como la manía de llamar herejes a los demás, o las polémicas chismosas y aburridas, la pedantería de obtusos espíritus...”, que sin embargo Pío X, curiosamente, sostenía. Las habituales acusaciones de “celo amargo” por parte de gente piadosa con “celo de miel”... e hipócrita. En cuanto a la historia, ha juzgado a Pío X y lo ha proclamado Santo.

231) El Padre Léonce de Grandmaison S.J. (1868-1927), de quien Loisy escribió “sólo he oído cosas buenas sobre él” (27 de junio de 1927), se convirtió en director de *Études* en 1908. Dos artículos causaron sensación: el primero, poco antes de la muerte de Pío X (*Critiques négatives et taches nécessaires*, 5 de enero de 1914) era un durísimo ataque a la prensa católica integrista, que todos sabían que contaba con el apoyo de Pío X; el segundo después de la muerte del Pontífice (*Pie X et son œuvre*, 20 de agosto, 5 y 20 de septiembre de 1914) lamentaba que bajo Pío X los integristas “nunca hayan sido desautorizados”. Las directivas pontificias “están sujetas a la aprobación explícita del Santo Padre, y así como sería injusto hacerle responsable de todas las medidas tomadas en estas materias, tampoco sería leal y conforme a la verdad hacer una distinción demasiado neta entre Pío X y su entorno. Uno u otro de sus servidores pudo exagerar sus intenciones, influir en sus sentimientos, interpretar demasiado estrictamente sus instrucciones; pero no hay duda de que las ideas personales del Papa coincidían, especialmente después de la encíclica *Pascendi*, con las de teólogos muy conservadores que desde entonces hicieron prevalecer sus puntos de vista y aprobar sus tendencias. In dubiis libertas. Sin embargo, tales preferencias augustas les añadieron una autoridad incontestable, especialmente cuando Pío X todavía estaba vivo”. Las medidas adoptadas “en los últimos años, de forma casi constantemente restrictiva”, hacen que “sea prematuro y temerario evaluarlas”. ¡Ciertamente no es un bello elogio fúnebre, con el cadáver aún caliente! Cfr. POULAT, *Intégrisme...*, págs. 392-394, que publica en las págs. 388-389 la carta de Benigni en la que explica el trasfondo de este primer artículo contra los integristas, apoyado por compañeros en Austria, Alemania, Polonia e Italia: naturalmente por los Padres de *La Civiltà*, Desanti, Rosa, Bricarelli, Tacchi Venturi, Leanza.

232) E. POULAT, *Intégrisme...*, op. cit., pág. 391.

233) Precisamente como “fiel intérprete” del Pontífice (un año después de la elección de Pío XI), Benigni comprobaba que estaba “en la ‘compañía’ de Jesús”, cfr. DIÉGUEZ, *Fondi dell'Archivio...*, pág. 28). De hecho, se decía que los que querían acceder a Mussolini tenían que pasar por el P. Tacchi Venturi S.J., y los que querían acceder a Pío XI tenían que hacerlo por el P. Rosa S.J. (incluso cuando Mussolini y Pío XI estaban en conflicto, y ¡menudo conflicto!, siempre había que pasar por la Compañía). Esta fama de “intérprete” de Pío XI también fue alardeada por contemporáneos, por ejemplo por el discípulo de Marc Sangnier, Francisque Gay, del cual ya hemos hablado, quien escribió en *La Vie catholique* (12 de noviembre

de 1927) que el P. Rosa era “uno de los intérpretes más autorizados del pensamiento del Santo Padre”, para hacer aceptar, sin más examen, los artículos violentos y calumniosos del P. Rosa en *La Civiltà Cattolica* contra Mons. Benigni, en el centro de la polémica entre ellos (cfr. *Vérités*, n. XIII, *Les découvertes du jésuite Rosa successeur de von Gerlach*). La alusión a Von Gerlach se basaba, entre otras cosas, en el hecho de que él también había sido el favorito de Benedicto XV, hasta el punto de que el Papa creyó en su inocencia aun después de la condena en los tribunales, las confesiones de Ambrogetti y la vida escandalosa del prelado alemán. Luc-Verus, en *Vérités*, explicaba así su intención: “Y, sin embargo, para nosotros la risa da paso a la tristeza cuando se nos dice: ‘¡Eh, Rosa es director de *La Civiltà Cattolica*! ¡Es él quien informa y aconseja al Papa!’”. Es porque no olvidamos que Pío XI es el sucesor de Pedro, el Vicario de Cristo, el guardián infalible del dogma católico, por lo que sufrimos por todo lo que socava su prestigio y la autoridad de su palabra. Es para servir a la Iglesia y a Francia que la emprendemos contra los siervos indignos que, no contentos con engañar al Papa, le atribuyen sus propias invenciones, haciéndose pasar por sus ‘fieles intérpretes’” (pág. 5).

234) Según el P. Rosa, “recibir con tanta facilidad las denuncias contra personas dignas de alta consideración” significaba, para un Papa, “ir más allá de los límites de la prudencia” (Processo ordinario romano, en *Positio super introductione causæ*, 1942, pág. 299, y *Positio super virtutibus*, 1949, pág. 430) (POULAT, *Intégrisme...*, págs. 336-337).

235) ROBERTO DE MATTEI, *Modernismo e antimodernismo all’epoca di Pio X*, en *Don Orione negli anni del modernismo*, Jaca Book, 2002, pág. 68. De Mattei cita en nota al Padre G. MARTINA S.J., *Storia della Chiesa*, vol. IV, pág. 100.

236) El P. Rosa, vicedirector en 1913 de *La Civiltà Cattolica*, se jactaba de tener la aprobación del Papa Pío X para autorizar una serie de artículos en los que *La C.C.* se distanciaba de los integristas. El director de *L’Unità Cattolica*, Don Cavallanti (ALCA) le respondió con un artículo titulado “*El Padre Rosa y Alca*”, esto con la bendición del Papa, a través del secretario particular Mons. Pescini, que comentó: “¡De ahora en adelante el Padre Rosa se guardará bien de replicar!” (PAGANO, *Documenti sul modernismo romano*, pág. 267).

237) *Nuovi libelli contro la Compagnia di Gesù*, en *La Civiltà Cattolica*, 1922, vol. I, 4 de marzo, págs. 417-427.

238) GIOVANNI SALE, “*La Civiltà Cattolica*” nella crisi modernista (1900-1907), *La Civiltà Cattolica*-Jaca Book, Roma, 2001, documento 16, págs. 444-445.

239) En política, el partido “católico” pero no confesional e independiente de la jerarquía era el *Zentrum*, fundado en 1870 y que a partir de 1906 había tomado como consigna “*interconfesionalismo y desclericalización*”. Del *Zentrum* dependía el *Volksverein* (Unión Popular para la Alemania Católica), con sede en Mönchengladbach, cerca de Düsseldorf, de ahí el término “gladbachismo”. En cuestiones sociales, los católicos alemanes estaban divididos entre la “escuela de Berlín” (*Verband katholischer Arbeitervereine ‘Sitz Berlin’*), dirigida por miembros del *Sodalitium Pianum* como el aristócrata berlinés Franz Von Savigny (1859-1917), y el sacerdote Heinrich Fournelle (1869-1923) como secretario general, apoyada por el Conde Hans-Georg Von Oppersdorff (1886-1948), también del S.P., diputado, director del periódico *Klarheit und Wahrheit*, y por el Card. Georg Von Kopp (1837-1914), con el obispo de Tréveris, Michael Felix Korum (1840-1921), fiel a la buena doctrina, y la “escuela de Colonia”, defendida por el Card. Fischer, democristiana filo-modernista. Los primeros apoyaban, por supuesto, los sindicatos confesionales, sólo católicos, que pondrían en primer lugar la cuestión religiosa, los segundos apoyaban los sindicatos aconfesionales, uniendo a católicos y protestantes, y mirando a la izquierda, dejando de lado la cuestión religiosa para ocuparse sólo del aspecto económico. Representantes destacados de esta corriente gladbachista fueron los Bachems (de ahí la expresión “bachemismo”): el diputado e historiador Carl (1858-1945), hijo del editor Josef, y su primo Julius (1845-1918), cuyo programa era “*hacer salir a los católicos de su torre de marfil*” (1906), con su hijo Franz (POULAT, *Intégrisme...*, pág. 199). Joseph Bachem contaba orgulloso de su padre, que expuso durante una procesión retratos del Papa y de Lutero (¡el precursor de Bergoglio! Cfr. ROBLES MUÑOZ, *op. cit.*, vol. III, pág. 14). Como hoy, el catolicismo alemán era rebelde: se levantó en 1910 contra la Encíclica *Editæ Sepæ* sobre San Carlos (y contra el protestantismo) y los profesores de teología de las universidades exigieron la exención del juramento antimodernista en 1911 (*ibíd.*, pág. 236). La Encíclica *Singulari Quadam*, del 24 de septiembre de 1912, manifestó la preferencia del Papa por los sindicatos confesionales también en Alemania, pero la escuela de Colonia se aferraba a las excepciones a la regla para hacer que las excepciones se convirtieran en la regla. La “*paz de Metz*” (1913) no duró mucho, y la guerra estaba en pleno apogeo en 1914 a la muerte de San Pío X. En Italia, estaban del lado de Colonia, por supuesto, los Cardenales Maffi y Rampolla (*ibíd.*, pág. 407) y *La Civiltà Cattolica* (SALE, *La Civiltà Cattolica...*, págs. 185-187, 206-207, 222-232, 446-447), mientras que se oponían Merry del Val y De Lai. Un estudio reciente de FRANCESCO TACCHI, *La Curia romana e la Germania durante la crisi modernista*,

ed. Viella, profundiza en el tema y las vicisitudes relativas a los sindicatos cristianos desde 1900 hasta 1914, cuando, con la muerte del Card. Kopp, el más cercano a la escuela de Berlín, y a la de Pío X, la causa católica (integrista) se vio definitivamente comprometida. El sistema de nombramientos episcopales vigente en Alemania, la elección del obispo por los canónigos de la catedral con una fuerte interferencia del gobierno imperial protestante, explica la impotencia de Roma, ya entonces, en Alemania, y la derrota sufrida en la “última batalla de Pío X” (POULAT), la del sindicalismo cristiano. Que el lector no piense que el asunto se refería sólo a Alemania. La *Action Populaire* y la escuela de Reims del Padre jesuita Gustave Desbuquois – como se ha mencionado– siguieron la misma línea que Colonia (cfr. el largo capítulo V, *Les luttes, la querelle du syndicalisme 1912-1914*, en P. DROULERS, *Politique sociale...*, op. cit., vol. 1, págs. 231-392). También en 1922, bajo Pío XI, el Card. Chollet, obispo de Cambrai, secretario de la A.C.A. (Asociación de cardinales y arzobispos), “en un tono cortés pero no menos inquisitorial, interrogó al Padre Desbuquois sobre la cuestión sindical: ¿por qué sindicatos ‘cristianos’ y no ‘católicos’ (es decir, confesionales)? ¿Por qué ‘sindicatos’ y no más bien ‘asociaciones profesionales’, para las que las actividades religiosas no estaban prohibidas por la ley (a diferencia de los sindicatos), en las que la autoridad eclesiástica tendría el papel que merecía, y ‘en el marco’ de las cuales los grupos o sindicatos podrían ‘perseguir intereses materiales’? (en una palabra, la fórmula de la ‘Berlinerrichtung’ de antaño). Era toda la orientación de la *Rerum Novarum* desarrollada por los católicos sociales la que volvía a ser cuestionada por el arzobispo” (P. DROULERS, op. cit., vol. 2, págs. 134-135). En realidad, fueron los “católicos sociales” quienes, desarrollando la doctrina a su manera, traicionaron a León XIII y a la *Rerum Novarum*, a Pío X y a la *Singulari Quadam*.

240) Se ha contado muchas cosas sobre este “banquero Simón”, sobre el que el P. Rosa escribiría profusamente en artículos posteriores, llamándolo “el muy rico Simón parisino” (*La Civiltà Cattolica* nº 1831, 2 de octubre de 1926). Hace justicia a esta fábula EMILE POULAT (*Intégrisme...*, págs. 593-594), identificándolo con el mutilado en guerra y terrateniente Alfred Simon (1866-1946), que era todo menos un banquero, amigo del Abbé Boulin y de Henri Merlier.

241) “Ni que decir tiene que no se ha dejado de cuestionar su moralidad. Hasta en dos ocasiones. (...) Lo menos que puede decirse es que también circularon ampliamente historias similares sobre otras personalidades mucho más ilustres: ¿es necesario mencionar a los dos nuncios en Francia, Cerretti y Maglione, al famoso Montagnini, al propio Merry del Val y –peor aún– al futuro Pío XI, tratado como Benigni?” (POULAT, *Catholicisme...*, págs. 37-38; se podría añadir, a propósito del caso Von Gerlach, al propio Benedicto XV, por no hablar de casos más recientes y quizás, sólo quizás, más fundados).

242) P. DROULERS, op. cit., pág. 137, nota 93.

243) *Disquisitio*, págs. 32 y 40; VANNONI, *Massoneria, Fascismo e Chiesa cattolica*, págs. 186-187; *Conduite de Saint Pie X dans la lutte contre le modernisme*, Courrier de Rome, 1996, pág. 75. En la misma declaración, el Padre Saubat alude a *La Civiltà Cattolica* como “la revista que había difundido estas calumnias... y que nunca se ha retractado” (*Conduite...*, pág. 74).

244) *Disquisitio*, op. cit., pág. 26, versión francesa citada, pág. 63: “se muestra no sólo bien informado, sino también muy equilibrado en sus juicios”.

245) NINA VALBOUSQUET-ALEJANDRO MARIO DIÉGUEZ, *Il complottismo di un nostalgico integralista. Guido Aureli e il suo memoriale su Monsignor Benigni e Pio X*, en *Modernism*, año 2018, pág. 195.

246) Poulat y Pagano dan cuenta de los rumores de los modernistas contra la moralidad de Mons. Benigni, rumores relativos a una época anterior, la de Pío X e incluso de León XIII. Buonaiuti a Piastrelli: “Sé de cierto que el Vicariato inició una vez un proceso contra él por algunas denuncias sobre su moralidad; el proceso, sin embargo, tuvo un resultado negativo. Benigni tiene en su casa a una mujer a la que llama ama de llaves, y que de hecho (pude comprobarlo porque durante dos años frecuenté su casa) actúa como una señora y es servida por una mucama. Hasta hace cuatro o cinco años, Benigni tenía en su casa a un joven, cuya actitud hacia Benigni era precisamente la de un ayuda de cámara. Un buen día este joven desapareció. En cuanto a las ideas, puedo decir sin temor a equivocarme que Benigni es un escéptico” (ni rastro del mencionado proceso). El oratoriano Federici a la misma persona: “Hubo muchos rumores sobre su repentina marcha (de Génova, n.d.a.). Algunos decían que los motivos morales no eran ajenos a su marcha, es decir, que la Curia arzobispal lo había despedido tras informaciones poco halagüeñas, etc.” (¿para que el Papa lo llame a Roma? n.d.a.) (PAGANO, *Documenti sul modernismo romano*, págs. 226-227, nota 5). Paul Sabatier a Paul Imbart de la Tour: “Hay historias sexuales contra él en las que preferí no profundizar” (20 de diciembre de 1907); A. Houtin, más pintoresco: “Benigni tuvo un hijo de una amante rusa, y hubo un juicio por su conducta ante el tribunal eclesiástico romano” (nota manuscrita, 1911); incluso para un tal “Karl von Aretin”, en 1970, Benigni y sus colaboradores (Brunner, Schoppen, Kaufmann, Vercesi) habrían abandonado el sacerdocio (falso para todos; además Vercesi era filo-modernista y anti-

integrata) (cfr. POULAT, *Catholicisme...*, pág. 37). “*N’importe quoi*” de “*n’importe qui*” [cualquier cosa de cualquier persona]...

247) *La Civiltà Cattolica*, un tiempo elogiosa hacia Mons. Benigni, comenzó a atacar sus actividades antimodernistas en 1914, año de la muerte de San Pío X, en el clima de enfrentamiento por el carácter aconfesional de los sindicatos y del final de un pontificado ahora sin apoyo: vol. I, pág. 454 y vol. II, pág. 582. En el momento de la disolución del *Sodalitium Pianum*, donde la Compañía desempeñaba, recordemos, un papel importante, destacamos dos artículos contra la publicación de los opúsculos antijesuitas firmados por I. DE RECALDE: *I gesuiti, studi e libelli* (1921, vol. I, pág. 568) y *Nuovi libelli contro la Compagnia di Gesù* (4 de marzo de 1922, vol. I, cuaderno 1721, páginas 417-427). Los ataques *ad personam* más violentos, sin embargo, comenzaron tras la denuncia de 1926 y el allanamiento posterior.

248) *La Civiltà Cattolica*, vol. III, cuaderno 1829, 4 de septiembre de 1926, *Ultimi episodi di modernismo*, págs. 420-425.

249) Buonaiuti incurrió en excomunión ya en 1907, excomunión decretada contra el autor anónimo del “Programa de los modernistas” en respuesta a la Encíclica *Pascendi*. En 1916, la primera censura nominal: la suspensión *a divinis* por la colaboración con la revista de ciencia de las religiones, resuelta por el Card. Gasparri con la farsa de un juramento antimodernista de la que hemos hablado. Rehabilitado, incurrió en excomunión nominal por primera vez el 12 de enero de 1921 debido a su libro sobre la cena en San Pablo. Una vez más Gasparri interviene en su favor y hace que lo absuelvan de la censura. Nada pudo hacer el 24 de marzo de 1924, cuando fue nuevamente excomulgado. El 30 de enero de 1925 fue despojado de su hábito eclesiástico y el 25 de enero de 1926 fue declarado excomulgado *vitandus* (excomunión mayor).

250) Mons. Ricardo de Samper (1873-1954) fue nombrado camarero secreto participante por León XIII en 1899, escanciador de Su Santidad (1905), canónigo de la Basílica Vaticana y protonotario apostólico supernumerario (1910) bajo Pío X. Benedicto XV lo nombró maestro de cámara (de 1914 a 1921) y luego mayordomo de Su Santidad (1921). Este cargo no era sólo honorífico (prelado palatino, era uno de los cuatro “prelados *di fiocchetto*”), sino que lo ponía en continuo contacto con el Papa como miembro importante de la familia pontificia y de la capilla papal, siendo responsable del palacio apostólico, las ceremonias y audiencias. En 1922, fue gobernador del Cónclave que eligió a Pío XI, acuñando moneda. Debajo de él, y al lado del Papa, se encontraba el maestro de cámara, Mons. Camillo Caccia Dominioni.

251) Se trata probablemente del Padre Lorenzo Tommaso Regattieri, autor de varios libros hagiográficos, devocionales o escolásticos (estos últimos suelen ser traducciones del francés). A veces se le llama religioso dominico, a veces sólo terciario: probablemente de terciario pasó más tarde a ser religioso.

252) El hecho es relatado detalladamente por Alberindo Grimani (*op. cit.*), pero también por el Padre Giovanni Sale S.J., que publica un documento inédito del P. Rosa, sin fecha pero probablemente coetáneo al encuentro de Mons. Bevilacqua con el Padre Regattieri. Tras trazar una cronología de los “errores” cometidos por Mons. Benigni mientras estuvo en la Secretaría de Estado de 1908 a 1911 (en particular en relación con los “católicos alemanes”, es decir, el “centro” democristiano), el P. Rosa añade la siguiente anécdota tomada de Regattieri: “*Es notable que el sacerdote Regattieri, terciario dominico (que vivía en San Domenico en Turín), estudiante en la Universidad de Friburgo, que vino a Roma en ese momento para denunciar ante el Santo Padre Pío X algunas manifestaciones sospechosas en esa Universidad, fue dirigido por el mismo Pontífice a Mons. Benigni. El Reverendo Regattieri, tratando durante varios días con Mons. Benigni, quedó algo escandalizado por la falta de piedad y el modo de celebrar la Santa Misa. Habiendo referido lo cual al Santo Padre Pío X, éste le respondió: Le he enviado a Mons. Benigni para informarle sobre Friburgo, y no para examinar su piedad*” (en *La Civiltà Cattolica nella crisi modernista*, La Civiltà Cattolica-Jaca Book, 2001, pág. 447). El documento termina aquí, sin ningún comentario (explícito) del P. Rosa. No podemos saber qué hay de verdadero en el relato de Regattieri referido por Rosa (y también por Brunatto): ciertamente, al menos aquí, no se alude a malas costumbres de Mons. Benigni. Sin embargo, el texto es revelador del pensamiento de Regattieri y Rosa no sólo sobre Mons. Benigni, sino sobre el mismo Pío X, que a diferencia de ellos no se escandalizaba tan fácilmente (ya fuera el escándalo de un alma “piadosa” o el de un espíritu farisaico) y que tenía plena confianza en Mons. Benigni. Por último, hay que señalar que es posible que la relación con Regattieri se debiera al hecho de que el P. Rosa era piamontés y conocía bien el ambiente turinés donde vivía Regattieri.

253) Carlo Perosi (1868-1930), hermano del famoso músico, fue llamado por el Card. De Lai, en 1908, para ser sustituto de la Congregación Consistorial, donde permaneció hasta 1911. Regente de la Sagrada Penitenciaría, fue nombrado consultor del Santo Oficio en 1916 (bajo Merry del Val y Benedicto XV). A la muerte del Card. De Lai en 1928, fue llamado a sucederle como pro-secretario y luego, creado cardenal el 24 de junio, como secretario de la Congregación Consistorial. Fue, pues, enemigo acérrimo de Mons. Benigni en 1928.

254) CARLO M. FIORENTINO, *All'ombra di Pietro. La Chiesa Cattolica e lo spionaggio fascista in Vaticano 1929-1939*, Le Lettere, 1999, pág. 22.

255) “En mi libro, entre los demás acontecimientos de los años 1927-1928, se hallan también las explicaciones de por qué Mons. Umberto Benigni fue ensuciado con la infame acusación que Usted conoce, gracias a los testimonios de su antiguo casero Domenico Bordi y del fraile dominico Lorenzo Regattieri de Turín. Los instigadores fueron el Padre jesuita Enrico Rosa y el Cardenal Carlo Perosi, ejecutor Mons. Felice Bevilacqua. Este es, en resumen, el resultado de mi investigación, si he sacado las conclusiones correctas” (correo electrónico del autor Alberindo Grimani, director del Archivo Emanuele Brunatto, Roma, al Padre Ricossa, 11 de septiembre de 2014).

256) MAURO CANALI, *Le spie del Regime, Il Mulino*, 2004, págs. 289 y 769.

257) Propositiones condenadas por el Beato Inocencio XI: proposición 30: “Es lícito al hombre honrado matar al ofensor que se empeña en inferir una calumnia, si no hay otro modo de evitar esta ignominia (...)” (...)” DS 2130. Proposición 44: “Es probable que no peca mortalmente el que imputa un crimen falso a otro para defender su derecho y su honor. Y si esto no es probable, apenas habrá opinión probable en teología.” DS 2144. Fueron tesis de Becanus (1563-1624), Vásquez (1549-1604), Escobar (1589-1669), Moya (1610-1684), etc., todos jesuitas.

258) “Brunatto es un completo sinvergüenza y, entre otras cosas, quiere hacer pagar al Vaticano por haber perdido el puesto de jefe de la policía secreta pontificia, que le había sido prometido”, Roma, 14 de julio de 1933, informe del nº 42 (Benigni-D'Ambrosio), expediente Emanuele Brunatto, citado en SERGIO LUZZATTO, *Padre Pio. Miracoli e politica nell'Italia del Novecento*, Einaudi, págs. 215 y 227 (advertimos contra este autor). Alberindo Grimani, fiel a la memoria de Brunatto y custodio de sus archivos, en “146, Boulevard Hausmann”, Roma, 2013, (págs. 61-63) estima que este juicio es una venganza por la investigación de 1928 contra Benigni, y se sorprende de que ésta no fuera la opinión de Bianca D'Ambrosio; en el posterior “*Per il Duce o per il Papa*”, en cambio, defiende la total inocencia de Mons. Benigni (ver nota anterior sobre el tema), lo que es difícil de conciliar con el libro de Brunatto de 1933 (*Gli anticristi...*). Lo más probable es que Mons. Benigni se mostrara disgustado por las páginas inesperadas sobre él en “*Gli anticristi nella Chiesa di Cristo*”, que data justamente de 1933, y que obtuvo sin embargo la “liberación” del Padre Pío. Sin duda Brunatto “chantajeaba” al Vaticano, pero para que se retiraran las medidas contra el Padre Pío, y sin duda fue un hombre devoto del fraile estigmatizado, pero, en la vida, muchas veces actuó sin escrúpulos.

259) “*Padre Pio crocifisso dalla Chiesa degli anticristi (romanzo infernale)*” [Padre Pío crucificado por la Iglesia de los anticristos, novela infernal], de ALESSANDRO GNOCCHI, en *Riscossa Cristiana*, 28 de septiembre de 2018, tomado por el sitio web de la *Confederazione dei Triarii*. “*Gli anticristi nella Chiesa di Cristo*” se puede encontrar en el sitio web “*Totus tuus*” de Don Alfredo Morselli.

260) “*Le modernisme catholique*”, por E. BUONAIUTI, en *La Civiltà Cattolica*, vol. III, nº 1850, 16 de julio de 1927, pág. 147.

261) En los artículos citados contra Benigni y Buonaiuti, de 1922 y 1927, se muestra en cambio muy indulgente con los “jóvenes” modernistas milaneses del *Rinnovamento* (entre los que se encontraba Gallarati Scotti), “*estupefactos por las blasfemias que les mandaba publicar el líder de la secta del modernismo romano*” (pág. 142, año 1927), y para con Maurice Blondel, “*un filósofo peligroso pero católico sincero*” (*ibid.*, pág. 147). Es esta estrategia la que salvó al modernismo y permitió el Vaticano II.

262) “*Fede e Ragione*’ e ‘*La Civiltà Cattolica*’ intorno a ‘*I fanciulli alla comunione*’ [los niños en la comunión] del P. Semeria”, en *La Civiltà Cattolica*, cuaderno 1852, 20 de agosto de 1927, págs. 324-328; artículo muy violento contra *Fede e Ragione* para defender al viejo modernista. El siguiente artículo (*Il ‘libro giallo’ di una pretesa potenza* [el “libro amarillo” de un supuesto poder]. *L’Action Française et le Vatican*) no aplica la misma “caridad” empleada con Semeria hacia los discípulos de Maurras, pero aprovecha para arremeter de nuevo contra Benigni, aunque sin nombrarlo (págs. 330-331 y nota 1): “*los de la banda Recalde y de su agencia romana, que utilizan abusivamente el episodio de la A.F. para sus sórdidas intenciones, de lucro, de venganza y de calumnia privada, tratando de enturbiar y confundir las cuestiones*”, etc.

263) “*La acción política del Padre Rosa en esta época consistió en presionar al régimen fascista a través de sus artículos en La Civiltà Cattolica (...). Precisamente la actividad periodística del Padre Rosa se había mostrado desde el ascenso de Mussolini al poder hostil al fascismo, hasta el punto de despertar las aprensiones del Papa. En agosto de 1929, la Santa Sede, para evitar complicaciones con el gobierno, se vio obligada a exiliar temporalmente al jesuita en España*” (C. M. FIORENTINO, *All'ombra di Pietro*, Le Lettere, 1999, págs. 178-179).

264) Informaciones sobre el tema en POULAT, *Catholicisme...*, pág. 501. Benigni sólo escribió dos artículos en *La Ronda*, ninguno sobre Benedicto XV, por supuesto, y Poulat recuerda que Hilaire Belloc y G. K. Chesterton colaboraron en la revista, a los que el P. Rosa no soñaba en reprochar. En 2015-2016, tras la

publicación del libro de BRUNO PISCHEDDA, *L'idioma molesto. Cecchi e la letteratura novecentesca a sfondo razziale* [El idioma molesto. Cecchi y la literatura racial del siglo XX] (editorial Aragno), todos los periódicos nacionales hablan de las relaciones entre Mons. Benigni y el célebre hombre de letras italiano Emilio Cecchi (1884-1946), padre de Suso Cecchi D'Amico y Dario Cecchi. Colaborador de *La Ronda* y del *Corriere della Sera*, Cecchi colaboró con Mons. Benigni: “*Es aquí donde se sitúa la delicada relación con Monseñor Umberto Benigni, un erudito y maestro eclesiástico que primero fue reformador y luego cada vez más reaccionario, de quien Pischedda reconstruye bien la creciente manifestación de hostilidad étnica y su carrera como conspirador oculto, así como la influencia ejercida sobre Cecchi después de la guerra. Bajo el reinado de Pío X, Benigni inició un ‘servicio de informaciones’, con una agencia de prensa y un semanario, diseñado para desacreditar toda expresión heterodoxa. Es un organismo complejo y proteico, cuya misión de censura, extendida internacionalmente, se ejecutará alrededor de 1920 en un ‘Boletín antisemita’ y en otras publicaciones orgánicamente racistas. Se trata de un plan secreto antimodernista y antijudío que prevé una red de denunciadores militantes a los que Cecchi, como otros colaboradores de La Ronda, no deja de aportar una contribución literaria o de prestar apoyo operativo con fines proselitistas: un doble nivel de militancia demostrado por los rastros inequívocos contenidas en la correspondencia*” (*Osservatorio Antisemitismo*, 28 de diciembre de 2015). Véase también el artículo de Gabriele Rigano (*Note sull'antisemitismo in Italia prima del 1938*), publicado en la revista *Storiografia* (n. 12, 2008, págs. 215-267) con una buena descripción de Mons. Benigni de Emilio Cecchi, en 1924: “*No conozco más que a un periodista católicos de gran profundidad, pero tendré que contentarme con dejarlo sin nombrar. Para él, el periodismo, su periodismo, es una misión; tanto militar como religiosa (...). En la pobre casa, a la que vienen personajes silenciosos y vestidos de oscuro de todas partes del mundo, él tiene realmente el aire de un viejo comandante, ahora, aparentemente, un poco apartado, pero en realidad muy activo. (...) Estratega, pero con el rostro surcado de cicatrices; y con ese ímpetu incontenible de volver a bajar al combate, lo que revela al viejo hombre de armas. El ruido del conflicto resuena en la habitación, aún más dramático y misterioso que natural. Durante las paradas, se multiplican las historias, los recuerdos y las anécdotas de campañas pasadas. Así que los oídos deben de silbarle a mucha gente, en las más distantes y custodiadas legaciones, secretarías y cancillerías. Y si no fuera por el crucifijo que abre sus brazos desde la pared, me temo que a veces acabarían zumbando los oídos, en el mundo del más allá, incluso a algún Papa*”. La influencia de Mons. Benigni sobre la cultura y la política de la época fue tan profunda como poco conocida: véase lo que VALBOUSQUET escribe al respecto, *op. cit.*, págs. 118-119.

265) *La Civiltà Cattolica*, 7 de abril de 1928, vol. II, cuaderno 1867, págs. 55-68.

266) En este artículo hay una cita (pág. 66) de Mons. Benigni que, hay que admitirlo honestamente, parece favorable al *Risorgimento*, pero hay tantos interrogantes que me reservo el derecho de verificar la fuente.

267) *La Civiltà Cattolica*, vol. II, cuaderno 1869, 5 de mayo 1928: “*L'assoluta incoerenza del modernismo*” *confessata da Ernesto Buonaiuti* (págs. 235-245).

268) El mismo Buonaiuti lo afirma en su autobiografía: “*y recuerdo como hoy la íntima sensación de voluptuosa complacencia con que quise pasar sin dormir las horas de oscuridad de la primera noche del siglo XX, sumido en la lectura de aquella obra magistral (“L'Action”), rebosante de un ‘espíritu sofisticado’, en la que Blondel trataba de encontrar pista por pista el largo camino por el que se eleva hasta Dios en la vida nuestra indomable y, según el mundo, inagotable necesidad de Eternidad y de Absoluto. Kant, en cambio, me dejó insensible e indiferente*” (*Pellegrino di Roma, op. cit.*, pág. 36). Más que el “veneno kantiano” (cit. Mattiussi), fue, pues, el veneno del “buen católico” (cit. P. Rosa) Blondel el que arruinó al joven seminarista Buonaiuti. Ese Blondel que luego elogiará sin moderación Karol Wojtyla (mensaje a Mons. Panafieu, arzobispo de Aix, 19 de febrero de 1993; audiencia a los participantes en la conferencia internacional *Blondel tra ‘L’Azione’ e ‘La Trilogia’*, 18 noviembre de 2000, cfr. *Sodalitium*, n° 34, junio-julio de 1993; *Wojtyla una cum Blondel...*, y n° 66, abril de 2013, *Genealogie*).

269) *La Civiltà Cattolica*, vol. III, cuaderno 1874, 21 de julio de 1928: *Risposta ad “una polémica senza onestà e senza legge”* [Respuesta a “una polémica sin honestidad y sin ley] (págs. 158-167); cfr. BUONAIUTI: *Una polemica senza onestà e senza legge. Lettera aperta al Padre Enrico Rosa S.J. direttore della Civiltà Cattolica*; UMBERTO BENIGNI, *Di fronte alla calunnia*, por el autor, Roma, abril de 1928.

270) *La Civiltà Cattolica*, 7 de mayo. 1910, pág. 349, citado por POULAT, *Catholicisme...*, pág. 212.

271) SERGIO PAGANO, *Documenti sul Modernismo Romano, op. cit.*, págs. 235, 246, 253-256, 260-261, 285-290; L. BEDESCHI, *Un episodio di spionaggio antimodernista* [un episodio de espionaje antimodernista] (*Documenti inediti sul caso Benigni-De Stefano-Buonaiuti*), en *Nuova rivista storica*, 66, 3-4 (1972), págs. 389-423; E. POULAT, *Intégrisme, op. cit.*, págs. 588-589; G. SALE, *La Civiltà Cattolica nella crisi modernista, op. cit.*, pág. 360.

272) G. SALE, *La Civiltà Cattolica...*, op. cit., págs. 371-375. El P. Sale escribe sobre Buonaiuti: “*fue un hombre de fe*”, “*siempre fiel a su sacerdocio*”, elogia “*el amor que alimentó por la Iglesia de Roma*”, por lo que “*su adhesión al modernismo no afectó su fe personal*”, aun admitiendo su heterodoxia. “*En lo que se refiere al ‘movimiento modernista’ en general, hay que recordar, por otra parte, que no todas las teorías defendidas por los innovadores (sobre todo los más moderados) son rechazables (como lamentablemente sucedió en aquellos años): en ellas había no sólo errores que podían ser condenados, sino también instancias nuevas y verdaderamente evangélicas, que más tarde el Concilio Vaticano II haría propias*” (op. cit., pág. 374, nota 249). GIORDANO BRUNO GUERRI, que no está obligado a la prudencia de los reverendos padres, no teme declarar que “*el papa Francisco*” ha realizado todas las exigencias de Buonaiuti (*Eretico o santo. Ernesto Buonaiuti, il prete scomunicato che ispira papa Francesco*, La nave di Teseo, 2022), con una hábil revisión de su anterior obra sobre el mismo personaje (*Eretico e profeta. Ernesto Buonaiuti, un prete contro la Chiesa*, Utet, 2001).

273) G. SALE, *La Civiltà Cattolica...*, op. cit., pág. 372, nota 372. El autor cree que la carta es anterior a 1921, pero es muy posterior, ya que cita la denuncia de Domenico Bordi, servidor de Mons. Benigni.

274) G. SALE, *La Civiltà Cattolica...*, op. cit., págs. 442-443. El P. Rosa, que escribe desde Montecatini, es muy amable con los carlistas integristas, que en general no eran bien vistos en Roma: pero necesitaba enterrar a Benigni.

275) Participó, como Fracassini, en el congreso modernista de Molveno. En la FUCI se hizo muy amigo de G.B. Montini. El periódico diocesano de Umbría, *La Voce*, lo recuerda con afecto, y escribe sobre nuestro Benigni: “*Tengo aquí delante una foto de Mons. Umberto Benigni, el fundador del Sodalitium Pianum: un sacerdote robusto, de apariencia fuerte, claramente dispuesto a golpear. Y en Perugia golpeó fuerte. Piastrelli, Fracassini, Brizio Casciola y sobre todo el gran Don Francesco Mari, que era de Nocera, una de esas pequeñas diócesis que entonces eran consideradas un poco como el armario de la arquidiócesis de Perugia: ha sido mérito de Don Dante Cesarini haber recuperado su grandeza como sacerdote y apasionado estudioso de la Biblia*” (Angelo M. Fanucci, 13 de mayo de 2018).

276) E. BUONAIUTI, *Pellegrino di Roma*, op. cit., págs. 44-46 de la edición de 2008, págs. 39-40 de la edición de 1964 citada por Pagano.

277) E. POULAT, *Catholicisme...*, pág. 188.

278) Ver el capítulo completo: *Quel est cet homme?* En *Catholicisme...*, págs. 25-55.

279) N. VALBOUSQUET-A.M. DIÉGUEZ, *Il complottismo di un nostalgico integralista...*, op. cit., págs. 195-196 y nota 83, y pág. 201. Sobre Molajoni, cfr. POULAT, *Catholicisme...*, págs. 471-472.

280) Se trata de un error por parte del P. Saubat: cuando dejó la Secretaría de Estado en 1911, Gasparri ya no estaba allí. Pero es verdad que podría haberse dado vuelta fácilmente después de 1914 y volver a ganarse el favor de Gasparri, como hicieron muchos (pero no él).

281) C. M. FIORENTINO, *All'ombra di Pietro...*, op. cit., pág. 23, nota 55.

282) Junto con el gobierno alemán, el gobierno francés fue uno de los más hostiles a Mons. Benigni, por lo cual, como deja claro la *Disquisitio*, la Secretaría de Estado, por razones... de Estado tuvo que sacrificar al prelado umbro que, en cualquier caso, hacía tiempo que había pedido dejar su puesto para dedicarse a tiempo completo al S.P. Aristide Briand (1862-1932), un socialista anticlerical, fue iniciado en la masonería: para detalles sobre su turbulenta carrera masónica, cfr. HENRI COSTON, *Dictionnaire de la politique française*, Flanant, Limoges, págs. 170-173. El P. Saubat atribuyó a Gasparri (que ya no estaba en la Secretaría de Estado) la destitución de Benigni de la Secretaría de Estado, a causa de los vínculos entre Briand y Gasparri. Es precisamente de Francia y Alemania de donde vendrá la maniobra que conducirá a la disolución del S.P.

283) GIOVANNI SALE, *La Civiltà Cattolica...*, op. cit., pág. 482. Este no es el único disparate del historiador jesuita, como he documentado. Por ejemplo, también sobre los pseudónimos, escribe que Paolo de Gislamberti era un pseudónimo de Don de Töth, cuando era el verdadero nombre de un periodista realmente existente (*Popolari e destra cattolica...*, op. cit., págs. 135 y 171).

284) Para echar una mano a *La Civiltà Cattolica* en sus insultos a “Recalde” se añadió la Universidad Católica del P. Gemelli, con un artículo de PIO BONDIOLI publicado en *Vita e Pensiero* (vol. 1, 1928), titulado: *Una campagna contro i gesuiti. Lo pseudo I. de Récalde contro San Ignazio di Loyola*. El artículo se puede procurar en línea y no agrega mucho a las invectivas del P. Rosa.

285) PHILIP EANDEN S.J., *Ignazio e Lutero*, en *La Civiltà Cattolica*, 23 de enero de 2016, cuaderno 3974, págs. 140-150. Para su inaceptable comparación, el autor se apoya en la cercanía entre los primeros jesuitas y el círculo del Card. Contarini, es decir, de aquellos que “*querían mantener dentro del catolicismo lo que había de bueno en el luteranismo*” (pág. 144), y en los procesos sufridos por San Ignacio por la Inquisición (págs. 148-149) y las sospechas de las que San Ignacio tuvo que defenderse de nuevo en su carta al rey de Portugal, Juan III (15 de marzo de 1545).

286) Por ejemplo, en la obra *Autour d'un Bref Secret de Clément VIII*, Recalde escribe: “Una vez más: nada en estos documentos puede considerarse contrario a la santidad de Ignacio. Lo que está claro son los subterfugios de la Compañía. Su fundador está en el Cielo, ya que la Iglesia lo ha proclamado; pero todos los motivos invocados para colocarlo en los altares no son del todo inocentes” (pág. 99) (el autor se refiere al hecho histórico de saber si el Santo murió, o no, con los sacramentos). Muchos tradicionalistas (incluyendo, según creo, al que contradice a Mons. Benigni) reconocen la legitimidad de Juan Pablo II, Benedicto XVI o Francisco, pero niegan ciertas canonizaciones decretadas por ellos (como las de Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II).

287) Cito la entrada que le dedica a Miguel Mir Noguera la Enciclopedia Treccani (1934): “*Historiador y escritor, nacido en Palma de Mallorca en 1841, fallecido en Madrid en 1912. Ingresó en la Compañía de Jesús a los dieciséis años, fue expulsado de España con sus compañeros en 1868 y se refugió en Londres, donde recibió las órdenes sagradas. De regreso a Madrid en 1871, trabajó con sus compañeros Cabré y La Torre en la reorganización y publicación de las cartas de San Ignacio. En 1891 abandonó la Compañía. Trabajador incansable, publicó numerosas obras históricas, literarias y apologéticas; entre ellas merece una mención especial, Santa Teresa de Jesús: su vida, su espíritu, sus fundaciones (Madrid, 1912, vols. 2). Pero la obra que hizo más ruido fue la póstuma Historia interna documentada de la Compañía de Jesús (Madrid, 1913, vols. 2); fue inmediatamente atacada por un pseudónimo, F. Venzel Pronta, con la Defensa de la Compañía de Jesús (Barcelona, 1913), y por el jesuita Ruiz Amado (D. Miguel Mir y su historia, Barcelona, 1914). De la Historia interna se difundió ampliamente por Europa una adaptación francesa (París, 1922), cuyo autor se oculta bajo el pseudónimo de I. de Recalde. Tanto la obra de M. como la adaptación francesa se incluyeron en el Índice*”.

288) El autor escribe en la introducción de “*Autour d'un Bref Secret de Clément VIII*”, en 1924: “No era este cuaderno ligero de notas documentales lo que pretendíamos ofrecer al público por el momento, sino la importante traducción del segundo tomo de la historia interior de la Compañía de Jesús, de Don Miguel Mir. Estaba lista, y estábamos ultimando los retoques para la imprenta, cuando se publicó el decreto del Santo Oficio, fechado el 2 de mayo de 1923, condenando la docta obra del ex jesuita español, junto con nuestro intento de adaptar su primer volumen al público francés. Ahora, solo tenemos una manera de mostrar nuestra deferencia a la Sagrada Congregación. El Índice no da las razones de su juicio; por lo tanto, nos es imposible someternos a su sentencia sino en términos generales, pero aceptamos, sin ninguna reticencia de principio, esta severa medida, tal como ha sido tomada, según el espíritu de la Iglesia. Implícitamente reprobamos, de la manera más absoluta, hasta el último error involuntario o las palabras inapropiadas que nos es difícil especificar mejor, hasta que se crea oportuno designarlas con exactitud. En la práctica, por mucho que nos cueste material y moralmente, dejaremos en suspenso nuestra edición francesa de Miguel Mir hasta que la autoridad competente nos autorice a continuarla. Sin duda, la Sede Apostólica no compromete su infalibilidad doctrinal, ni siquiera su plena responsabilidad disciplinaria, con una decisión de este tipo. En este caso, sólo se ejerce el ejercicio legítimo de su derecho de administración espiritual. Pero esto basta para doblegarse con la docilidad más filial, el profundo respeto por un juicio cuyos datos no necesitamos conocer para admitir sus conclusiones. Evitaremos incluso la tentación de enorgullecernos ante la idea, tal vez engañosa o decepcionante, de que entre los muchos opúsculos que hemos dedicado a la Compañía de Jesús, el único que ha incurrido en un reproche es precisamente uno de los últimos publicados, una simple traducción en la que hemos puesto muy poco de lo nuestro. ¡Que Dios nos libre de buscar en esto una patente de ortodoxia a favor de nuestros escritos! Tampoco insistiremos en el hecho muy novedoso de que de los dos volúmenes recientemente condenados –Mir y una reimpresión del Secreto de La Salette– no sea el nuestro, a pesar de su inclusión específica en el Índice, del que la Santa Inquisición Romana y Universal hace una obligación explícita y especial para con los Ordinarios de retirarlo de las manos de los fieles. Podría tratarse de una distinción injustificada entre dos fórmulas equivalentes. Tampoco repetiremos que los documentos publicados por Mir no podrían ser impugnados ni anulados por una sentencia judicial, y que el Sagrado Tribunal ciertamente no tenía la intención de pronunciarse sobre la exactitud material de los textos. Evidentemente, sólo apuntaba a una indiscreción o a comentarios inapropiados. Que Mir pueda haber importunado no es sin razón, ¡y nos hemos ocupado concienzudamente de advertir al lector! Pero no hay motivo para temer que él haya atentado de alguna manera contra la Fe. Por lo tanto, es mejor, como se verá (en este opúsculo, n.d.r.), haber escrito la Historia interna documentada que haber redactado las Ordinationes, tan pregonadas, de Aquaviva (General de los jesuitas, n.d.a.), en un tiempo acusadas (por Clemente VIII, n.d.a.) de haber atentado contra la ley natural y las Bulas pontificias” (págs. 5-7).

289) Sitio de M. l'abbé Pivert, *La Fidélité catholique, La méthode Montessori est-elle chrétienne?* 20 de noviembre de 2002 (www.abbe-pivert.com).

290) LUCETTA SCARAFFIA, *Emancipazione e rigenerazione spirituale: per una nuova lettura del femminismo*, en L. SCARAFFIA Y ANNA MARIA ISASTIA, *Donne ottimiste. Femminismo e associazioni borghesi nell'Otto e Novecento*. Il Mulino, Bolonia, 2002, pág. 89. Scaraffia, que más tarde se hizo ratzingeriana, es de extracción masónica.

291) LUCA IRWIN FRAGALE, *La Massoneria nel Parlamento*, Morlacchi, 2021, pág. 54.

292) *A Città di Castello incontro dedicato al barone Leopoldo Franchetti, libero pensatore e massone - Grande Oriente d'Italia* - Sitio oficial (21 de junio de 2014).

293) Pseudónimo literario de Marta Felicina Faccio (1876-1960). Bisexual, feminista militante, frecuentó a Julius Evola y Giulio Parise en el grupo esotérico de Ur. Primero antifascista y luego fascista, tras la guerra se afilió al Partido Comunista.

294) El autor de “*Il Santo*” y “*Malombra*” practicó el espiritismo, recibió la influencia de Towianski y mantuvo estrechos contactos con la *Sociedad Teosófica*: cfr. “*Antonio Fogazzaro e la Teosofia. Una ricognizione sulla base di documenti inediti*”, del Profesor Marco Pasi: <https://www.youtube.com/watch?v=WitW3tEfp34>

295) De Giorgi señala con razón que Don Cavallanti contaba con el apoyo de la parte “integrata” de la Compañía: “*los Padres Guido Mattiussi, Alfonso Maria Casoli y Bellino Carrara, del colegio Leone XIII de Milán, el Padre Alfonso Cerasoli, nacido en Tívoli, de la residencia de Florencia (duro acusador de Antonietta Giacomelli y Fogazzaro y colaborador de La Riscossa de los Scotton), y el ya mencionado Padre Giuseppe Chiaudano, rector de la facultad teológica de Chieri, baluarte del antimodernismo más extremo*” (DE GIORGI, pág. 41). Sin embargo, no contaban con el apoyo del General, el Padre Wernz, y de la mayoría del colegio de escritores de *La Civiltà Cattolica*.

296) Todas las citas están tomadas del volumen *Il destino di Maria Montessori*, editado por RENATO FOSCHI, ERICA MORETTI Y PAOLA TRABALZINI, en el capítulo de MORETTI Y DIÉGUEZ, *Il difficile equilibrio tra cattolicesimo e Teosofia*, págs. 103-112, Fefè editore, Roma, 2019.

297) CHRISTOPHE CARICHON, *Un scoutisme catholique est-il possible? L'affaire Jeoffroid-Sevin (1924)*, en *Le scoutisme. Un mouvement d'éducation au XXe siècle. Dimensions internationales*, editado por Gérard Cholvy, Publications de l'Université de Montpellier 3, 2003, págs. 107-122. Agradezco a Yves Chiron que me haya comunicado, a petición mía, el estudio de Ch. Carichon y otros documentos relacionados con este tema. Mi trabajo estaba ya terminado cuando las Ediciones Saint-Remi anunciaron la publicación del texto, hasta ahora inédito, del Padre Jeoffroid, bajo el título “*Notes sur le scoutisme*”. Desgraciadamente, la introducción no está a la altura del texto del P. Jeoffroid, y menos aún la dedicatoria a Mons. Lefebvre, que nunca fue hostil al escultismo (si acaso todo lo contrario). Excelente autor (el P. Jeoffroid), mal editor...

298) Sobre esta cuestión, cfr. también JEAN-JACQUES GAUTHÉ, *Le scoutisme, école initiatique inventée par un général maçon?* En *Histoire du christianisme magazine* n° 7, págs. 106-112; así como otro artículo de CH. CARICHON, *Scoutisme et théosophie*, en *Politeia Hermetica* n° 17, 2003, págs. 217-137, que me comunicó Stefano Vitali. En el movimiento tradicionalista muchos son fieles al método scout; sin embargo, no faltan opositores. La revista *Matines* (n° 33, abril-mayo-junio 1983 y n° 34, julio-agosto-septiembre 1983), por ejemplo, publicó un dossier (*Le scoutisme vu par la Franc-Maçonnerie*) extraído de la revista masónica *La chaîne d'union*. Lo bueno es que el dossier lo publica un capellán scout católico, el Abbé Veuillez.

299) Comunicado del Superior General de la Sociedad San Pablo, Agenzia Sir, 5 de junio de 2007; véase también la necrológica del Padre Esposito por el mismo superior, Don Giuliano Saredi, fechada el 24 de noviembre de 2007.

300) ROSARIO F. ESPOSITO, *Le grandi concordanze tra Chiesa e Massoneria*, Nardini, 1987, pág. 388; cfr. también del mismo autor, *Chiesa e Massoneria. Un DNA comune*, Nardini, 1999, pág. 218: estuvieron presentes el Gran Maestro Giordano Gamberini (1915-2003), obispo gnóstico con el nombre de *Tau Julianus*, el Gran Maestro adjunto Roberto Ascarelli (1904-1970), israelita, y Augusto Comba (1923-2009), valdense; por el lado “católico”, Don Vincenzo Miano, del Secretariado Pontificio para los no creyentes, el Padre Esposito, y el Padre Caprile, jesuita de *La Civiltà Cattolica*. Véase también: R.F. Espósito. *La riconciliazione tra la Chiesa e la Massoneria. Cronaca di alcuni avvenimenti e incontri*, Rávena, Longo, 1979, que no he podido consultar.

301) El Padre Joseph Berteloot, jesuita (1881-1955), primero simpatizante y luego miembro efectivo de la *Action Populaire* del Padre Gustave Desbuquois S.J., del que tanto hemos hablado. “*Desbuquois lo anima y aconseja en sus contactos muy secretos hasta entonces con los masones de alma recta* (sic), en particular el historiador Albert Lantoiné” (1869-1949), masón de alto grado (PAUL DROULERS, *op. cit.*, pág. 45, nota 24). Las “amistades peligrosas” del Padre Desbuquois fueron numerosas: el filósofo modernista Maurice Blondel, el Padre jesuita –íntimo amigo suyo– Teilhard de Chardin (*ibidem*, págs. 89, 96, 168, 177, 205, 241, 265, 269, 318-319, 353, 398, 414, 425). Para obtener información biográfica precisa, consultar la entrada

“Berteloot, Joseph”, en MARIE-FRANCE JAMES, *Esotérisme, occultisme, franc-maçonnerie et Christianisme aux XIXe et XXe siècles. Explorations bio-bibliographiques*, Lanore, París, 2008, págs. 35-36.

302) R. F. ESPÓSITO, *Le grandi concordanze...*, pág. 42, *Chiesa e Massoneria...*, págs. 69, 139-140, 156. Del mismo autor, véase también: *Il Padre Gruber e la conferenza di Aquisgrana*, en *Santi e masoni al servizio dell'uomo. Vite parallele*, Foggia, Bastogi, 1992, págs. 173-192, y *P. Hermann Gruber. È l'inizio del disgelo cattolico-massonico*, en *Palestra del Clero*, Rovigo, a. 68, n° 2, 15 de abril de 1989, págs. 471-500, que no he consultado.

303) “Eugen Lennhoff (1891-1944), judío, periodista, es masón de la Großloge von Wien desde 1920, del que se convierte en Gran Secretario, y es redactor jefe de la revista *Wiener Freimaurer-Zeitung* (1923-1933). Elevado al grado 33 del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (RSAA), fue el fundador y Soberano Gran Comendador del primer Consejo Supremo del RSAA de Austria de 1925 a 1931”. Es coautor del “*Internationales Freimaurerlexikon*” (abreviatura: IFL; trad.: “Diccionario Masónico Internacional”) de los masones Eugen Lennhoff y Oskar Posner”, considerado una “fuente cualificada” (“*qualifizierte Quelle*”) para conocer el pensamiento masónico. El IFL (Viena, 1932) es objeto de reimpressiones (1975 ss.), además de una nueva edición en el 2000, de la cual la sexta reedición es de 2011. Véase también al PADRE PAOLO SIANO, en *La Corrispondenza Romana*, 1º de abril de 2020: en este artículo, con la competencia habitual, el P. Siano demuestra que, según el diccionario de Lennhoff, existe un culto mágico a Lucifer en la masonería; remito al artículo, que se puede encontrar en el sitio web de *La Corrispondenza Romana*.

304) Reichl más tarde se unió al nacional-socialismo.

305) G. SALE, *La Civiltà Cattolica...*, *op. cit.*, págs. 228-229.

306) S. PAGANO, *Documenti sul modernismo romano*, *op. cit.*, pág. 269.

307) Sobre el Cardenal Bea, ver la biografía de su secretario, STJEPAN SCHMIDT S.J., *Agostino Bea, il cardinale dell'unità*, Città Nuova, Roma, 1987; sobre su apoyo al movimiento litúrgico bajo Pío XII, págs. 224-249, sobre su ecumenismo en el mismo período, págs. 250-270; véanse también los episodios de “*Il Papa del Concilio*” en *Sodalitium*, a partir del n° 37 (abril-mayo de 1994). Cabe señalar que Bea, contemporáneo de Juan XXIII, fue ordenado sacerdote en 1912, es decir, en plena crisis modernista, bajo el pontificado de San Pío X.

308) Fue San Pío X quien quiso el Instituto Bíblico y lo confió a la Compañía de Jesús, desconfiando de la escuela de Jerusalén del Padre Lagrange O.P. En una vida del exégeta dominico (BERNARD MONTAGNES, *Marie-Joseph Lagrange. Un biblista al servizio della Chiesa*, Edizioni Studio Domenicano, 2007, traducción de la edición francesa de 2004: *Marie-Joseph Lagrange. Une biographie critique*, especialmente las págs. 337-361), se refleja continuamente la oposición no sólo entre la escuela conservadora (en ese momento representada por el Padre Fonk, jesuita) y la escuela progresista (Padre Lagrange), sino también entre órdenes religiosas (justamente jesuitas y dominicos) y diferentes nacionalidades (alemana y francesa). Fue precisamente el Padre jesuita Bea quien “rehabilitó” al Padre Lagrange, inspirando la Encíclica *Divino afflante Spiritu* de Pío XII.

309) Léase la crítica a esta mentalidad en el n° 1 de los *Cahiers de Cassiciacum* (mayo de 1979), págs. 29-30, 63-64, 76-77, 88-90, etc.). De hecho, tanto el “sedeplenismo” como el “sedevacantismo *simpliciter*” (con el “conclavismo” adjunto) son deudores de esta mentalidad.

310) ALEJANDRO MARIO DIÉGUEZ, *Fondi dell'Archivio Segreto Vaticano relativi al modernismo, “In wilder, zügelloser Jagd nach Neuem. 100 Jahre Modernismus und Antimodernismus in der katholischen Kirche”*, editado por HUBERT WOLF Y JUDITH SCHEPERS, FERDINAND SCHÖNINGH (Römische Inquisition und Indexkongregation, 12), Paderborn-München-Wien-Zürich, 2009, págs. 13-31.

Oración fraterna del *Sodalitium Pianum*

Compuesta por Mons. Umberto Benigni

Nuestro Señor Jesucristo y nuestro Redentor, os suplicamos por el triunfo de Vuestra Santa Causa contra sus enemigos y sus falsos amigos. Dignáos reagrupar a sus fieles que, dispersos por el mundo, libran el buen combate, para que se conozcan y sean concordés en espíritu y en obras. Dignáos proporcionarles los medios materiales y morales necesarios y adecuados para tal fin. Os rogamos también que, según Vuestra divina promesa, estéis siempre entre ellos, bendiciéndolos y auxiliándolos en la vida y en la muerte. Así sea.





**Escudo del Sodalitium Pianum
(Dieta Sodalitii Piani Romæ)**

El escudo con la cruz compuesta de cinco anillos representa las distintas secciones de la organización.

La cruz roja invertida es la de San Pedro. Los colores oro y plata son los de la Iglesia; el rojo y el oro son también los de la ciudad de Roma.

*(Elaboración nuestra a partir de POULAT, *Intégrisme et catholicisme intégral*, Casterman, 1969, pág. 144).*

Centro de Libros Sodalitium

centrolibrario@sodalitium.it

www.sodalitium.it

Sodalitium nº 74, especial